NEREA LLANES

LA ACADEMIA I

OCASO



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Rain ha tenido siempre claro que quiere formar parte de la orden del Amanecer para algún día ser una de las Sabias del consejo. Es lista y ambiciosa y no piensa permitir que no tener un apellido grandioso detrás la frene. Así que entrar en la Academia es un sueño hecho realidad. Y, además, quiere que este nuevo curso su relación con Jun, su mejor amigo, de quien lleva enamorada años, cambie.

Pero la Academia no es el lugar que ella había esperado. Una desaparición repentina la lleva a unirse a Ash Blake, el hijo de un infame brujo que busca venganza por la muerte de su padre. Rain hallará secretos de su mundo que cambiaran su perspectiva y que la empujaran hasta los límites de su moral. Y por el camino descubrirá una peligrosa e inevitable atracción por Ash Blake.

Las cosas más hermosas pueden ser las más letales

LA ACADEMIA I

OCASO

Nerea Llanes

CROSS BOOKS

Para todas las mujeres que, si fueran hombres,
el mundo entero admiraría



«Los pecados escriben la historia, el bien es silencioso».

GOETHE





CAPÍTULO 1



Rain miró el paisaje a través de la ventana del tren. Las ciudades habían dado paso a vastos bosques, y estos, a enormes montañas. Ahora bajaban al valle cruzando una espesa extensión de frondosos y gigantescos árboles de un intenso verde. Estaban en el norte.

Se sentía algo nostálgica. Era una especie de tristeza que los viajes en tren siempre le provocaban.

La Academia era algo así como la universidad para las personas con «habilidades especiales», como les gustaba llamarse. Cuando Rain tenía unos cinco años su madre comenzó a notar que no era como las demás niñas de su edad, la llevó a todo tipo de especialistas hasta que un día una mujer se presentó en su casa.

La misteriosa señora se llamaba Rebeca Lane y trabajaba para el Consejo de Sabias, un grupo secreto de mujeres que controlaban todo lo que estaba fuera del espectro de lo normal, es decir, que poseían magia. Sherin Lee, doctora en Historia y arqueóloga, no se habría creído ni una palabra si no hubiese visto las cosas de las que era capaz su hija Rain.

—Cuando nuestro planeta fue creado... Bueno, hubo mucha gente que decidió creer que un dios nos había puesto en él, que éramos

un producto de poderes sobrenaturales. La mayoría no tenían magia, así que a los que la manifestaban se los perseguía, como ya sabrá —explicó Rebeca Lane, haciendo referencia a sus conocimientos de historia—. Por lo que un grupo muy selecto de personas se encargó de mantenerlo en secreto y velar por los «distintos». Este grupo es el Consejo de Sabias, fundado hace siglos por Cordelia Blean, la llamada «bruja original».

La doctora Sherin había mirado a esa mujer con una mezcla de incredulidad, escepticismo e interés. Había oído el nombre de la bruja Cordelia antes, no era más que un cuento, una historia que se les contaba a los niños. Al igual que cuando se hablaba de hadas o dragones.

—Tal vez no me crea —prosiguió—, pero nuestro universo se rige por dos remolinos, uno de orden y otro de caos, y ellos nos transmiten su energía.

Rain recordaba la mirada de la señora Lane, era como si pudiese ver algo en ella que nadie más veía, como si la estuviese observando por dentro.

—Su hija tiene la capacidad de canalizar más de esa energía que alguien corriente y lo mejor que puede hacer por su vida y su seguridad es llevarla a una de nuestras instituciones. En apariencia son colegios privados de élite, pero en realidad enseñamos a los niños a controlar y manejar sus poderes y a protegerse de las miradas curiosas. ¿Sabe si su padre poseía alguna habilidad especial?

La eterna pregunta para la que nunca habían obtenido respuesta. No era normal que una primera generación fuese tan poderosa como Rain, y como su madre era completamente común, la opción era que su padre poseyese algo de magia. Nunca lo sabrían en realidad porque la doctora Lee desconocía quién era.

Cuando su madre estaba en el cuarto año como estudiante de doctorado había asistido a un congreso de arqueología junto con otros doctorandos y su tutor. La última noche salieron a tomar unas copas y conoció a su padre en un bar. Acabaron en su habitación de hotel, y cuando ella despertó, él ya se había ido. Ni siquiera recordaba si se habían dicho los nombres. Cuando Sherin Lee se enteró de que estaba embarazada no supo cómo localizarlo.

Rain volvió con sus pensamientos al tren. La ventana se había llenado de vaho y le pasó la mano para ver mejor, afuera caía una ligera llovizna. No se había quitado de la cabeza a aquella mujer desde ese primer encuentro. Se había obsesionado completamente con la historia de las Sabias y con todo lo que tenía que ver con el Mundo Fuera de lo Normal, como ellas lo llamaban.

—Muchos conoceréis historias populares, están en libros y películas, sobre cómo en tiempos pretéritos se perseguía a las mujeres sospechosas de ser brujas. Hace unos siglos que la situación se calmó, pero hemos vivido tiempos muy oscuros. Y es gracias a la institucionalización de nuestro sistema escolar, de la creación de las órdenes y la red de búsqueda de todas las personas con habilidades especiales. Además de nuestro anonimato —les había explicado la directora del colegio.

»El anonimato es esencial para preservar nuestra seguridad y paz. Los colegios ayudan a que todos podáis aprender a desarrollar vuestro potencial de forma segura y guiada. Los mejores, si así lo desean, podrán ir a la Academia y formarse para entrar en las órdenes que velan por la seguridad del Mundo Fuera de lo Normal; es donde los brujos y brujas más capaces ayudan a desarrollar nuestro potencial como sociedad y de allí salen las Sabias que ocupan los siete asientos del Consejo: Gea, Aer, Hydra, Pyr, Aether, Lithos y Psyque.

»Que seamos una comunidad unida, una sociedad, es lo que nos proporciona fortaleza y hace que no nos sintamos solos y aislados. Además podemos construir nuestras propias vidas y crear nuestras familias. En el pasado ya existía la isla Eurínome, y desde la creación de la Academia Hidden, son dos lugares solamente nuestros.

Desde que había escuchado aquellas palabras había tenido claro que quería aportar su granito de arena como miembro de las órdenes y el Consejo, quería ser capaz de mejorar el Mundo Fuera de lo Normal, investigar sobre los remolinos, su poder y la magia. Dejar un legado.

A Rain siempre le había obsesionado saber y su madre la había educado en la idea de que cuanto más conociese, más lejos llegaría. De que alcanzaría todo lo que deseaba si trabajaba duro para ello.

La doctora Lee era una mujer ambiciosa, algo que a veces se señalaba como negativo.

—Solo porque soy una mujer, Rain —le había insistido—. A mis compañeros de la universidad, «ambicioso» se les dice como un halago. Así que sí, ambiciona cuanto quieras y esfuérzate para conseguirlo.

Y su madre había tenido razón. Más de una vez se había topado con gente que le decía que soñase cosas más sencillas, que no tuviese expectativas tan altas.

«¿Miembro del Consejo?», le decían. Esto siempre iba acompañado de una risa tierna y algo condescendiente. «¿Y por qué no un cargo administrativo? O profesora, ¿son puestos muy buenos y más fáciles de alcanzar?».

Curiosamente a sus amigos nunca les decían que no podrían alcanzar sus objetivos. Pero Rain era testaruda y contaba con el apoyo de su madre, que siempre la había creído capaz de todo lo

que se propusiese, así que había conseguido entrar en la Academia, en contra de lo que muchos pensaban.

La emoción le chisporroteaba en las venas. Llevaba años soñando con ese día.

A su lado, Jun tenía los ojos cerrados.

Miró su perfil, tenía una de las caras más simétricas y hermosas que Rain hubiese visto jamás. Los ojos almendrados, la nariz algo chata, la mandíbula marcada y la nuez prominente. Se fijó en que una cadena se escondía bajo su camisa. Le pareció curioso, porque nunca había llevado una antes.

El corazón se le retorció en el pecho. Llevaba colada por él prácticamente desde que lo conocía, pero en los últimos años, conforme su aspecto se había transformado en el de un adulto, cada vez que lo miraba sentía un nudo en el vientre y un cosquilleo en las puntas de los dedos.

Casi ocho años de amor no correspondido. Rain esperaba pacientemente que llegase el día en que él la mirase como algo más que su mejor amiga, que de pronto despertase de ese largo letargo y se diese cuenta de que ella siempre había estado ahí.

Todavía no había ocurrido. Y cada día dolía más.

Pero ese año iba a ser distinto. El instituto había quedado atrás, la Rain que había tardado en dar el estirón más que la mayoría de las chicas de clase o la que había tenido cara de niña hasta el año anterior había crecido.

Así que quizá ese sería el año en que Jun la miraría de forma distinta.

Tinieblas, su gata persa gris, maulló lastimeramente.

—Lo sé. Yo también estoy nerviosa, pero te va a encantar. La torre del Amanecer tiene un montón de escondites y recovecos para

que explores. Y la biblioteca... —Rain casi dejó escapar un gemido de placer al recordar aquella sala enorme llena de libros.

Tinieblas ronroneó.

Rain se sintió observada y se calló de golpe. Jun había girado la cabeza y la estaba mirando con una pequeña sonrisa casi oculta.

—No te preocupes, Rainy. Eres estupenda, a pesar de ser una empollona, así que no te pongas nerviosa —rio él.



La Academia se erigía imponente sobre una colina. La lluvia caía como una suave cortina sobre el paisaje. Rain se bajó del tren y observó los alrededores de Hidden. La ciudad se encontraba entre las enormes montañas del norte de Eos, delimitada por un gigantesco y espectacular bosque esmeralda. Un lugar perfecto para no atraer la atención de curiosos, donde podían actuar con libertad y no tener que esconderse. Una de las ciudades controladas por las Sabias y donde se asentaban la mayoría de los que pertenecían al Mundo Fuera de lo Normal.

Alguien chocó con ella, se había quedado parada en mitad del andén con la boca abierta.

Tinieblas maulló enfurruñada.

—No puedo abrirte todavía, si lo hago te llenarás las patas de barro —le susurró a través de la puerta.

La gata la miró con sus enormes ojos amarillos enfadada.

—¡Eh, Rainy! ¿Vienes? —la llamó Jun.

Ella tiró de la maleta y lo siguió. Aquella era la última parada de la línea, pero ese día la estación estaba llena de adolescentes. Podía distinguirse fácilmente a los que iban a primero, como ellos, de los que eran veteranos, que se movían con confianza y seguridad.

La Academia era el único lugar que preparaba a los futuros miembros de las órdenes, así que venían chicos y chicas de todas las partes del mundo. Era como una universidad muy exclusiva para los comunes. Pasar los exámenes de prueba era muy difícil y solo un número muy reducido conseguía entrar.

Las órdenes eran la élite del Mundo Fuera de lo Normal, solo un escalón por debajo del Consejo de Sabias. Manejaban tanto asuntos políticos como de seguridad. Se encargaban de controlar el Eclipse y de hacer cumplir el mandato del Consejo entre otras cosas.

Jun, con sus hombros anchos y su más de metro ochenta, destacaba en la multitud. Llevaba una bolsa enorme de deporte colgada en un hombro, una maleta igual de pesada y una de las bolsas de Rain.

—¿Qué llevas aquí, un cadáver? —preguntó resoplando.

Rain se sopló el flequillo acalorada, a pesar de que aquel 21 de septiembre hacía frío.

—Tenía que traerme mis libros, no podía dejarlos en casa.

—Rain, te das cuenta de que este sitio tiene una biblioteca enorme, ¿verdad?

Habían visitado la Academia en primavera después de ser admitidos junto con Aiden, él no los había acompañado en su largo viaje en tren desde Céfiro, la capital de Eos. Había volado hasta la ciudad más cercana y había hecho el resto del trayecto en taxi. Seguramente estaría ya en la Academia.

—Sí, y por eso solo me he traído los más importantes. No volveremos a casa hasta las vacaciones de Yule, ¿y si los necesito antes?

La estación estaba a mitad de camino entre Hidden y la Academia, y para llegar tenían que bordear parte del bosque y subir la colina.

Jun y ella se conocían desde los diez años, cuando habían entrado al mismo colegio para niños con habilidades especiales. Unos años más tarde, en el instituto, se hicieron amigos de Aiden. Desde entonces habían sido inseparables.

Juntos habían decidido presentarse al examen para entrar en la Academia y tener un futuro en la Orden del Amanecer. En realidad, Jun siempre lo había tenido claro, sus padres formaban parte de la orden, y era lo que se esperaba de él.

Aiden, por otro lado..., quería elegir su propio camino. Su padre esperaba que él continuase al frente de la empresa familiar porque era su único hijo. Pero a Aiden nunca le había interesado el trabajo de su padre y había acabado desafiándolo.

Tanto Jun como Aiden provenían de largos linajes en el Mundo Fuera de lo Normal.

La Academia era un enorme castillo con múltiples torres puntiagudas y escarpadas que acariciaban el cielo. Luces flotantes la iluminaban proyectando extrañas sombras sobre la estructura. Arriba, en las puntas, gárgolas de distintas formas se cernían sobre las cornisas como si estuviesen a punto de lanzarse al vacío.

Era imponente, bello y a la vez, de algún modo, espeluznante.

Cruzaron una gigantesca puerta doble enrejada en la que podía leerse «La Academia». El camino hasta la entrada estaba abovedado por arcos puntiagudos y delimitado por grandes árboles de hojas oscuras.

Rain sentía el flequillo pegado a la frente a causa de la humedad y el sudor. No quería pensar en el aspecto desastroso que debía tener el resto de su pelo, seguro que se le había encrespado.

Jun, sin embargo, estaba genial, fresco, impecable... Debió de sentir los ojos marrones de ella observándolo porque le dirigió una mirada.

—Te odio —masculló Rain, casi jadeando, y él soltó una risa armoniosa.

Cuando reía se le arrugaba ligeramente la nariz, gesto que a ella le encantaba. Jun tenía un lunar justo en la punta, era muy pequeño, pero a Rain le fascinaba. Cuando eran niños lo pulsaba como si fuese un botón para molestarlo.

—¿Qué pasa, Rainy, no te gusta la lluvia? —preguntó Jun, burlándose.

«Qué ingenioso», pensó ella. Solo era la vez número un millón que le hacían un juego de palabras con su nombre y la lluvia.

—¿Por qué tienes tan buen aspecto? ¿Repeles la humedad o algo así?

—Qué puedo decir, estoy hecho de un material especial.

Rain puso los ojos en blanco.

Él le revolvió el pelo con la mano que tenía libre y ella se apartó malhumorada. No pudo evitar que el calor le subiese a las mejillas y que el corazón le latiese de forma errática.

—Estás genial, Rain —dijo él, mirándola con sus ojos oscuros como la noche.

Odiaba cuando Jun hacía eso, lo odiaba tanto como le encantaba. Algo lleno de espinas se le enredaba en el corazón y la dejaba sin respiración. Ella trastabilló, nerviosa, y él siguió caminando como si aquella frase, como si esas palabras no le provocasen nada.

Rain se quedó mirando su espalda unos segundos, suspiró y siguió adelante.

El vestíbulo era impresionante. A pesar de que Rain ya había estado allí una vez, la vista no dejaba de robarle el aliento. La mente, en

sus recuerdos, no es capaz de recrear la belleza en toda su magnitud, siempre se desdibuja.

El techo era más alto de lo que alcanzaba la vista y todo estaba iluminado por las luces flotantes que daban un toque dorado a los muros de piedra grisácea y marrón. Tapices y alfombras otorgaban un aspecto cálido y acogedor a la sala.

Aiden estaba sentado sobre su maleta con la barbilla apoyada en la mano y aspecto aburrido. Se irguió como una ardilla en cuanto los vio. Se subió las gafas cuadradas por el puente de la nariz y se encaminó hacia ellos.

Tenía el pelo rubio oscuro, castaño si era invierno; los ojos, entre el marrón y el verde; la cara, salpicada de pecas, y una postura algo desgarbada. No era demasiado alto ni de complexión atlética. Y era la persona más insociable que Rain hubiese conocido jamás, algo por lo que lo amaba. A veces pensaba que era su alma gemela.

Los brazos enclenques de Aiden tiraron de su maleta baúl de marca con fuerza, pero acabó tropezando y chocando con el pecho de alguien.

El vestíbulo se quedó en silencio.

El chico rubio le dirigió una mirada fría y afilada. Rain solo alcanzó a ver su perfil desde su posición. Tenía la nariz recta, los pómulos angulosos y una expresión altiva. Llevaba el pelo peinado con la raya a un lado y echado hacia atrás en una onda perfecta, casi parecía que le hubiesen dado vida a una estatua de mármol. Llevaba una camisa oscura que resaltaba sus amplios hombros y unos pantalones de vestir también oscuros.

Agarró a Aiden por el hombro y lo empujó sin miramientos apartándolo. Seguidamente se llevó la mano al pecho y se sacudió la camisa como si lo hubiese manchado.

—Pero ¿de qué va ese imbécil? —masculló Jun, dirigiéndose enfurecido hacia él.

—Mira por dónde vas —dijo el chico rubio con desdén.

Rain se colocó al lado de Aiden y le lanzó una mirada furiosa al idiota maleducado.

Al lado del metro noventa que debía de medir el rubio, Rain no imponía en absoluto. Él, si hubiese querido, hubiera podido apartarla de un manotazo, pero aun así la mirada de ella se mantuvo firme.

Los ojos grises del rubio la recorrieron y, a continuación, torció la boca despectivamente, como si ella le pareciese insignificante. La pasó por alto sin prestarle atención hasta posar los ojos en Jun. Arqueó una ceja y soltó una pequeña risa entre los dientes. Todo en él resultaba arrogante. Su expresión altiva parecía ocultar algo oscuro, quizá porque sus ojos estaban apagados como si no contuviesen ni una pizca de humanidad.

—Por supuesto —le pareció que decía el rubio para sí mismo.

Rain se estremeció.

El chico siguió mirando a Jun un par de segundos más a través de sus pestañas al mismo tiempo que su boca se torcía en una expresión de fría diversión. Y se marchó tranquilamente.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Rain a Jun.

Pero él no la oyó, estaba enfocado en el chico rubio. Rain nunca había visto a su mejor amigo mirar así a nadie.



«Todo comienzo tiene su encanto».

GOETHE





CAPÍTULO 2



En la primera planta, un enorme sistema de planetas flotaba en el techo. El sol arriba coronándolo todo, la luna abajo en contraposición y cientos de órbitas, algunas más pequeñas y otras más largas, se inclinaban en el espacio ocupando diferentes posiciones.

El cosmos era un lugar vasto y del que se sabía todavía muy poco. Había otros mundos ahí fuera, realidades distintas, donde reinaban otros tipos de magia.

A Rain le gustaría ser capaz de estudiarlas algún día.

«Por supuesto, como ya sabéis, todo lo que aprendamos aquí es secreto; por nuestra propia seguridad no podemos contar nada al resto del mundo. La paz a veces se construye con la ignorancia, y así es como hemos conseguido convivir tantos años. Rebelar cualquier información sobre el Mundo Fuera de lo Normal está prohibido y castigado con el olvido», les habían explicado una y otra vez cada comienzo de curso en su colegio.

El olvido era el peor castigo posible. Si alguien incumplía las normas desaparecía para siempre, pues se sometía a un hechizo de olvido tanto a quien cometía la falta, que olvidaba todo lo

relacionado con el Mundo Fuera de lo Normal, como a todas las personas que lo habían conocido.

La Orden del Crespúsculo se encargaba de ese trabajo y era uno de los motivos por los que los del Amanecer los despreciaban.

Había dos tipos de magia predominante, regidos por las energías de los remolinos: Caos y Orden. Los remolinos eran las fuerzas superiores que lo equilibraban todo, el origen y el final. Y aquellos que formaban parte del Mundo Fuera de lo Normal estaban convencidos de que sus habilidades especiales provenían de ellos. Algunos se inclinaban más hacia el orden y otros hacia el caos, y así surgieron las diferentes órdenes: para dar cabida a las dos corrientes mágicas y de pensamiento mayoritarias.

En los tiempos más oscuros, cuando su sociedad estaba hecha jirones, la creación de las órdenes había sido clave para su supervivencia. No solo para protegerse de la caza de los comunes, sino también para mantener a raya el Eclipse; un fenómeno en el que criaturas oscuras aparecían de las sombras.

Las Sabias llevaban siglos intentando frenar el Eclipse, buscando formas de que no ocurriese. Aunque todavía era un suceso del que no se sabía demasiado, se creía que algún brujo había creado una rotura en su mundo intentando cruzar a una de las realidades del Otro Lado.

El Otro Lado era como se referían a esos mundos y realidades que existían fuera del suyo. Y estaban casi seguros de que las criaturas oscuras provenían de allí, donde la magia era distinta y fuerte.

Abrir portales era muy peligroso porque podía provocar alteraciones del espacio-tiempo, la probabilidad de abrir una brecha y mezclar las realidades, romper el equilibrio del planeta... Los que se habían atrevido a intentarlo habían causado estragos en sí mismos y en los remolinos.

Así que estaba absolutamente prohibido. Se castigaba seriamente con la pena de muerte. Y desde que esa norma se había implementado hacía siglos nadie lo había intentado..., hasta hacía unos años.

Bajo el sistema planetario había dos personas. Un hombre de mediana edad, alto y fornido, con la piel tan oscura como la noche. Llevaba un traje de cuello mao de terciopelo negro con bordados plateados.

A su lado, una mujer altísima y de complexión fuerte, tenía el pelo lleno de trenzas tan largas que casi llegaban al suelo, sus ojos eran de un tono tirando a violeta y llevaba las orejas adornadas con múltiples pendientes. Su piel tostada contrastaba con el blanco marfileño del vestido, largo y cubierto de volantes, encajes y puntillas.

—Mi nombre es Dominique Kêt y soy la tutora de primero para la Orden del Amanecer, aparte de vuestra profesora de Magia del Orden —se presentó la mujer. Su voz era profunda y grave.

—Yo soy Akin Diop, tutor de primero para la Orden del Crepúsculo y profesor de la asignatura Magia del Caos.

Rain observó al profesor Diop sorprendida. Su imagen de los magos del caos no coincidía con la serenidad que él transmitía. Casi siempre le habían parecido personas extremadamente soberbias.

—Por favor, seguidnos. Os acompañaremos a las torres residenciales —indicó la profesora Kêt.

Cada una de las torres se encontraba en una punta diferente del ala oeste de la Academia. Rain trataba de captar todos los detalles sobre los lugares por los que pasaban, quería memorizar el camino y familiarizarse con el lugar lo antes posible.

—Por supuesto que es del Crepúsculo... —masculló Aiden a su lado.

Rain giró la cabeza hacia él sin saber de qué hablaba. Tinieblas se removía en el transportín enfadada.

—¿Quién?

—El imbécil con el que has chocado en el vestíbulo —intervino Jun—. Es Ash Blake, Aiden.

Aquel nombre le resultó familiar a Rain, pero su cerebro se apagó cuando Jun estiró la mano y le apartó el flequillo hacia un lado. Sus dedos le rozaron ligeramente la mejilla dejándole un rastro de calor y hormigueo en la piel. A Rain la respiración se le cortó durante un segundo.

Notó algo entre la compasión y la frustración en la mirada que Aiden le lanzó.

Rain aceleró el paso, odiaba cuando la miraba así, la hacía sentir ridícula y tonta.

En la entrada de la torre había una enorme puerta con un amanecer tallado. Se subía por una escalera de caracol que daba a un espacioso salón común. Había una radio vieja a un lado, múltiples mesas, sofás, sillas y cojines. Lámparas desparejadas, estanterías repletas de libros y fotografías y cuadros de personas ilustres de la Orden del Amanecer. Una chimenea destacaba en la esquina, calentando el lugar.

En la Academia, la tecnología apenas funcionaba porque los hechizos protectores creaban interferencias, estaba en un lugar recóndito en el que casi no había cobertura y el castillo era tan antiguo que la instalación eléctrica era un auténtico desafío.

A través de las ventanas se podían ver los alrededores de la Academia, y a lo lejos, se divisaba el bosque y la ciudad de Hidden.

—En la primera planta —dijo la profesora Kêt, señalando hacia las escaleras que subían— están las habitaciones de primero, y en las siguientes, las de segundo y tercero.

Les indicó con la mano que la siguieran. La escalera subía y se dividía en dos. La profesora Kêt les indicó que a la derecha estaban las habitaciones de las chicas, y a la izquierda, las de los chicos, y que dormirían por parejas.

Rain, que había levantado la mano con insistencia unas diez veces durante su primera visita en primavera, sabía que la Academia tenía capacidad para unos trescientos alumnos, pero normalmente no había más de doscientos.

—Vuestros nombres están en las placas de cada habitación, encontrad la vuestra, deshaced las maletas y en una hora nos vemos en el salón de actos para la presentación y el discurso de la directora. Debéis ir vestidos con el uniforme.

—Espero que nos hayan puesto juntos —murmuró Aiden, mirando a Jun—. La secretaria de mi padre llamó unas cincuenta veces para asegurarse de ello.

—Sabes que no pasa nada porque conozcas a gente nueva, ¿verdad? —contestó Jun, con los brazos cruzados.

Rain torció la boca, para él era fácil. Todo el mundo lo adoraba allí por donde iba. Y ella lo entendía mejor que nadie; Jun era amable y atento, era guapo, atlético e inteligente. La persona más carismática que había conocido nunca. Y curiosamente los había escogido a ellos como sus mejores amigos, las dos personas menos sociables del mundo.

No es que Rain fuese tímida; era más bien solitaria. Siempre en su propio mundo, enfocada en estudiar o perdida en algún libro. Hacer amigos nunca había sido una prioridad, así que no se le daba demasiado bien. Fue Jun quien se acercó a ella y el que hizo que sucediera. Y con Aiden todo había surgido de forma natural. Después de encontrarse una y otra vez en la biblioteca de su instituto, compartir gestos y reacciones similares ante lo que pasaba

a su alrededor y de sorprenderse leyendo los mismos libros, habían acabado estrechando lazos. Curiosamente, Jun y Aiden ya se conocían un poco del club de combate de destreza y porque sus padres se movían en círculos similares. Y así acabaron los tres juntos.

Y ese era uno de los motivos principales por los que nunca se había atrevido a confesar a Jun lo que sentía por él. Porque no quería romper la armonía del grupo y porque valoraba mucho su amistad. Además de que sospechaba que él no la correspondía.

Rain cargó sus maletas con esfuerzo y recorrió un largo pasillo enmoquetado hasta llegar a la puerta de su habitación.

«Maya García y Rain Lee» estaba escrito en una plaquita dorada. Empujó la puerta con el hombro y dejó caer sus cosas con un suspiro de alivio; a lo mejor sí que se arrepentía un poquito de haber traído tantos libros.

Abrió la puerta del transportín y Tinieblas salió como un rayo, ni siquiera la miró para demostrarle su enfado.

La habitación era semicircular, siguiendo la curvatura de la torre. Tenía dos grandes ventanas que daban a uno de los patios de la Academia. Había dos camas con dosel, una a cada lado, mesillas con lamparita, dos escritorios con tapa y armarios empotrados. El suelo estaba cubierto de alfombras desparejadas, y el techo, alto, cruzado por vigas de madera. «El sueño de Tinieblas», pensó Rain.

—¡Hola! —saludó alegre una voz a su espalda.

Una chica alta y morena estaba apoyada en el quicio de la puerta. Tenía una mochila enorme en la espalda y una sonrisa que le ocupaba toda la cara. Llevaba un pantalón de chándal y una sudadera ancha, y lucía un pendiente en la nariz.

Por su acento, Rain supuso que sería del sur.

—Hola —dijo Rain, y le tendió la mano formalmente—. Soy Rain Lee.

—Maya García —contestó ella, apretándole la mano con entusiasmo. Se quitó la enorme mochila y la dejó caer con despreocupación—. Un poco pasado de moda, pero servirá —comentó mientras daba un vistazo a la habitación.

—En realidad mantiene la estética original desde que se construyó hace tres siglos. Lo hizo una descendiente directa de la primera Sabia, así que se considera una reliquia arquitectónica y mágica, dicen que cada directora le ha dado su toque personal en cuanto a hechizos y cada orden guarda innumerables secretos sobre su magia entre estas paredes.

Maya se quedó en silencio durante unos segundos mientras la miraba. Arqueó las cejas en un gesto de sorpresa y luego soltó un silbido.

—Vaya, te has estudiado a fondo la historia de este sitio —comentó.

Rain se estiró con orgullo.

—Sí, siempre he tenido claro que quería venir a estudiar aquí. Me parece un lugar fascinante y quería conocer todos los detalles posibles para estar bien preparada. Puedo asegurar que he leído casi todo lo que está escrito sobre la Academia. Exceptuando los libros que se encuentran precisamente en este lugar o los que están escritos en lengua antigua, esos todavía me cuesta interpretarlos, claro.

Maya soltó una carcajada y los hombros de Rain cayeron. Ya está, había tardado cinco minutos en espantar a su nueva compañera.

«Eres maravillosa Rainy —le había dicho Jun durante en el tren—. Y si la gente llega a conocerte, estoy seguro de que te adorarán.

Pero a lo mejor al principio puede que les resultes algo abrumadora, así que quizá deberías empezar poco a poco».

Había pensado en seguir su consejo y controlarse, pero hablar sobre la Academia y compartir sus conocimientos la emocionaba demasiado.

—Estoy impresionada —dijo Maya—. Ya sé al lado de quién debo sentarme en clase. Tengo memoria de pez y siempre se me olvida todo —dijo riendo.

Rain la observó y no pudo evitar que un ligero rubor se extendiese por sus mejillas.



«La amistad puede, y a menudo lo hace, convertirse en amor, pero el amor nunca se convierte en amistad».

LORD BYRON





CAPÍTULO 3



El uniforme de la Academia consistía en una falda de tartán de color burdeos y gris, una camisa blanca, corbata burdeos con franjas grises y chaleco del mismo color, en el que llevaba prendida la insignia del Amanecer en dorado, un sol que ascendía y una luna que descendía. Rain se puso unas medias caladas del mismo tono marrón de la falda y unos mocasines.

Se pasó las manos por el pelo, castaño tostado, tratando de domarlo. El flequillo le caía sobre los ojos, y se lo apartó. En su nariz podía verse el rastro muy tenue de algunas pequitas que habían aparecido con el sol del verano. En invierno su piel era blanca e inmaculada y solo se intuían algunas en su nariz.

Se recolocó la corbata y sonrió. Estaba perfecta.

Detrás de ella, Maya llevaba puestos unos pantalones, la camisa por fuera y la corbata suelta. Y había combinado todo con unas botas de cordones.

Rain hizo un esfuerzo por no mirarla con desaprobación.

—Eres toda una princesita —dijo Maya.

Rain volvió a mirarse en el espejo. Bueno, es que llevaba mucho tiempo deseando vestir ese uniforme y quería estar perfecta.

—Tú estás... —arrugó la frente mientras salían al pasillo. Buscó una palabra que no resultase ofensiva— interesante.

Maya se metió las manos en los bolsillos.

—Tengo mi propio estilo y esto de los uniformes nunca me ha gustado. Coartan mi libertad de expresión.

Rain la miró como si hubiese dicho que creía que su planeta era plano y que se caerían por el borde.

—Los uniformes tienen una función muy importante, dan cohesión y homogeneidad a los estudiantes, además te identifican y te hacen sentir parte del grupo. Ayudan a la disciplina y al orden y hacen que todos tengan el mismo aspecto, de modo que no se pueda distinguir tan fácilmente entre clases sociales, por ejemplo.

—Vaya, veo que eres una gran fan —rio Maya—. Tiene gracia que digas eso de las clases sociales en este sitio, como si fuese precisamente barato asistir...

—Bueno... los que lo hacemos es porque tenemos las capacidades para ello —dijo Rain.

—Y por qué nuestras familias pudieron llevarnos a los colegios e institutos del Consejo, porque tenían la capacidad económica de mudarse a las ciudades en las que existen y de pagar las matrículas. Nada es gratis.

Rain no pudo rebatir el argumento de Maya, aunque se quedó impresionada; a primera vista le había parecido la típica chica que va contra las cosas por ser distinta, pero que lo hace sin motivos. Sin embargo, aquel comentario hizo que se ganase un ápice de su admiración.

Era cierto que muchos de los que no provenían de grandes linajes no tenían la capacidad de desarrollar sus habilidades especiales y, al igual que un músculo que no se usa, la magia se acababa atrofiando hasta no ser más que una pequeña chispa. Aun así, el Consejo y las

órdenes siempre tenían los ojos puestos en ellos por si acaso revelaban más de lo necesario. Era su trabajo controlarlos.

El salón de actos estaba en la primera planta. Tenía dos niveles de asientos y los de primero debían sentarse abajo para la presentación. En el escenario había un enorme púlpito con un sol y una luna esculpidos en oro y plata. El claustro al completo estaba sentado en balcones alrededor de la embocadura.

Rain se frenó de golpe. Jun y Aiden estaban esperándola en la entrada. Había varias chicas que hablaban animadas con el primero. Aiden, sin embargo, parecía incómodo e irritado. Se incorporó en cuanto vio a su mejor amiga. Siguió la trayectoria de los ojos de Rain que estaban clavados en Jun y su uniforme, en la camisa blanca ceñida sobre su pecho y la corbata alrededor del cuello.

Caminó hasta ella y se inclinó hasta su oreja.

—No seas tan obvia.

Las mejillas de Rain se encendieron y se apresuró a apartar la mirada. Se aclaró la garganta y trató de ignorar el latido precipitado de su corazón.

—Aiden, esta es Maya García, mi compañera de habitación. Este es Aiden Clark, mi mejor amigo. —Los presentó sin mirar a ninguno a los ojos.

Aiden estudió a la desconocida con recelo. Detestaba conocer gente nueva.

—¡Encantada! Vaya os parecéis tanto que habría jurado que eráis familia —comenzó a decir Maya, animada.

La risa de Jun distrajo a Rain del resto de la conversación, estaba charlando con una chica rubia muy atractiva. Parecían conocerse, a lo mejor de cuando él viajaba a Eurínome con sus padres. Ella nunca había podido ir porque su madre tenía prohibida la entrada. Aquel

pensamiento la entristeció y entró a toda prisa en el salón de actos. Escogió un sitio en la cuarta fila y se sentó lo más recta que pudo.

Eso había quedado atrás, ahora estaba en la Academia, siendo una más, y pronto podría ser un miembro de pleno del Mundo Fuera de lo Normal.

Deseó que el acto comenzase cuanto antes para poder deshacerse de aquella sensación de malestar.

—¿Cuánto va a durar esto? —dijo una voz prepotente a su espalda.

—Depende de a lo que a la directora Blean le dé por enrollarse —contestó otro chico. El primero hizo un ruidito despectivo—. Puedes no hacer tan obvio que odias este sitio, solo te vas a poner las cosas más difíciles, Ash.

—Me pone enfermo estar rodeado de tantos imbéciles. Este lugar es una basura hipócrita.

Rain se irguió más si cabe alertada por sus palabras y se giró con una mezcla de curiosidad y desagrado. Era el mismo chico con el que había chocado Aiden en el vestíbulo. A su lado estaba sentado un muchacho negro, alto y fornido. Tenía el pelo muy corto, ojos amables y una sonrisa enorme. Ambos llevaban la insignia del Crepúsculo, un sol descendiendo y una luna ascendiendo en color plata, prendida en el pecho.

Los ojos de Rain se encontraron con los de Ash Blake, que le devolvió la mirada durante un segundo, y luego la apartó como si no hubiese visto más que a una insignificante mosca pasar.

Jun apareció en ese momento con Aiden detrás.

—Ey, te estaba buscando. ¿Por qué has entrado sola?

Rain se giró dejando de observar a los dos chicos del Crepúsculo.

—No quería... quedarme sin los mejores sitios —comentó, evitando sus ojos oscuros.

—Tienes que aprender a relajarte, Rainy.

Se oyó el murmullo de una risa despectiva, una pequeña exhalación casi imperceptible.

Jun se volvió sobre su hombro arqueando una ceja. Hasta que se encontró con el rostro hostil de Ash Blake.

—¿Tienes algún problema?

—La verdad es que sí —contestó el rubio de mala gana.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Vosotros en general, tú en particular, Jeong.

—Ni siquiera sé qué hace alguien como tú aquí —contestó Jun.

Algunos de sus compañeros comenzaron a prestar atención a la conversación entre los dos chicos.

Rain no estaba acostumbrada a ver a Jun hacer esa clase de comentarios y volvió a tener curiosidad por quién sería Ash Blake y por qué ambos parecían odiarse.

El chico que estaba junto al rubio soltó una carcajada estridente.

—¡Oh, vaya! Nos hemos topado con la superioridad moral del Amanecer.

Rain agarró a Jun del brazo y sacudió la cabeza.

—Déjalo —le dijo—. La directora está a punto de salir.

Ni Rain ni Jun vieron cómo Ash Blake fruncía el ceño y clavaba la mirada en ambos cuando se volvieron hacia el escenario.

Astrid Blean era descendiente de un largo y antiguo linaje de brujas. De hecho, una ascendiente suya era quien había creado la Academia. Tenía el pelo de un naranja apagado y los ojos verdes como la hierba. Era alta y voluptuosa, y tendría unos cuarenta y tantos años.

Sus botas de punta alargada y de un color rubí chillón repiquetearon en la tarima. Iba completamente de negro, con un

vestido de terciopelo hasta los tobillos, y destilaba una elegancia natural.

—Bienvenidos a la Academia —saludó con una sonrisa—, y enhorabuena por haber llegado hasta aquí. Habéis conseguido distinguiros como los mejores entre varios cientos, así que es todo un logro. Pero este camino no ha hecho más que empezar y espero que estéis preparados para el reto que supone estudiar y formaros aquí.

»Debéis saber que ser parte de las órdenes no es sencillo. Es un lugar solo para los mejores. Además de servir al Consejo y proteger nuestra sociedad, luchamos contra el Eclipse y las criaturas del Otro Lado. Mantenernos en el anonimato y defender el Mundo Fuera de lo Normal implica sacrificios.

»Debéis tener claro que esto es lo que queréis y comprometeros con la causa por encima de todo. No somos como esos que acaban utilizando sus dones para predecir el futuro de los comunes o que hacen trucos baratos a cambio de algo de notoriedad y dinero. Esto es brujería sería, quiero que lo entendáis —siguió explicando Blean.

»Es un camino de honor y lealtad, y para seguirlo debéis estar convencidos y comprometidos con la causa. Sois la élite de los estudiantes y os vamos a preparar para ser la élite de nuestra sociedad. De aquí saldrán los futuros líderes de nuestro mundo y por eso os exigiremos el máximo.

Rain casi levitaba sobre su asiento mientras oía a la directora. La barbilla se le movía ligeramente mientras asentía con cada frase. Ese era el tipo de mujer que ella deseaba ser.

Un resoplido la distrajo y vio cómo Ash Blake ponía los ojos en blanco. ¿Cómo podía ser tan poco respetuoso? Si no quería estar allí, podía largarse, había mucha gente que daría cualquier cosa por una oportunidad como la que ellos tenían.

Astrid sonrió con cariño.

—También espero que aprendáis y disfrutéis de la experiencia. Siempre deseo que acabéis formando una familia con vuestros compañeros, los lazos que se crean en la Academia son únicos y os acompañarán, con suerte, el resto de vuestras vidas.

»Sé que no es lo habitual, pero solo podréis comunicaros con vuestros padres por correo ordinario —se oyeron unos cuantos bufidos y risas—, o podéis acercaros a las cabinas de teléfono de Hidden. La tecnología está prohibida aquí por razones de seguridad.

»Ahora voy a presentaros al claustro para vosotros, los de primero. La profesora Boucher os impartirá Historia y Mitología; el profesor Surya Narayana, Astronomía; la profesora Laila Kazemi, Lengua Antigua; el profesor Li Qiang, Defensa; el profesor Gunnar Berg, Fuerzas Arcanas; la profesora Lewis, Entrenamiento. Y los profesores Akin Diop y Dominique Kêt, que ya habéis conocido, os impartirán Magia del Caos y su Control, y Magia del Orden y su Control.

»Como sabéis, os dividís en dos ramas según el tipo de magia que vais a aprender: Orden y Caos. El Amanecer y el Crepúsculo. Pero tendréis clases en común, así que espero que os llevéis bien. No soy ajena a la enemistad que hay entre las dos órdenes, pero creo que es una idea preconcebida y una competitividad producto de vuestra corta edad, porque en el futuro, cuando salgáis de aquí, tenéis que saber que vais a trabajar juntos, aunque no compartáis los mismos ideales. Os pido que seáis tolerantes los unos con los otros.

El auditorio respondió con murmullos. Ya en el instituto los alumnos empezaban a hacer evidente qué tipo de magia les llamaba más y, con ello, se iban formando grupos y rivalidades. Normalmente

se seguía el linaje familiar, porque no hacerlo era casi una traición al apellido.

Rain nunca había comprendido por qué alguien elegiría la magia del tipo Caos, le parecía muy peligrosa e impredecible, y a menudo topaba con límites morales.

No le gustaba nada tener que compartir sus clases con los del Crepúsculo. En el instituto los que se inclinaban por el Amanecer eran algo esnobs y elitistas, pero Rain siempre había sido lo suficientemente inteligente y capaz de espabilarse sola para que la dejasen en paz. Eso y que Jun no permitía que nadie se metiese con ella o con Aiden. Mientras que los que iban por el lado del Crepúsculo eran chulos, prepotentes y desagradables, como si nadie mereciese respirar el mismo aire que ellos.

—Bien, ahora podéis ir al comedor —se despidió la directora.



«La mente es su propio lugar y en sí misma puede hacer un cielo del infierno, un infierno del cielo».

JOHN MILTON





CAPÍTULO 4



Maya estaba durmiendo a pierna suelta al otro lado de la habitación. Rain casi no había conseguido pegar ojo de lo emocionada que estaba. Apenas aparecieron los primeros rayos de sol, se levantó y se apresuró a vestirse.

Tinieblas todavía estaba enfadada por el viaje del día anterior así que la ignoró desde las alturas.

Aún faltaba una hora para el desayuno, pero se imaginó que la biblioteca ya estaría abierta. Bajó de la torre del Amanecer, cruzó la primera planta hasta una de las escaleras y fue hacia el tercer piso. Las alfombras se tragaban el sonido de sus pisadas. Las antorchas de las paredes desprendían más calor del habitual, hechizadas para que calentasen los fríos pasillos de piedra.

La poca luz del día nublado se colaba a través de las viejas ventanas de la biblioteca, con sus cristales ligeramente opacos. En aquel rincón de Eos rara vez aparecía el sol.

Las estanterías llegaban de pared a techo, tan altas que había un segundo nivel para poder recorrer la parte superior. La habitación debía de tener una altura de al menos diez o doce metros.

Había varios espacios de altura, con estanterías más pequeñas y a los que se llegaba por escalinatas en forma de arco para que se pudiese pasar por debajo de ellas.

Sin duda era el lugar más impresionante de la Academia y el favorito de Rain.

Se dirigió hacia la parte este, donde estaban los tableros de ajedrez, sacó un libro pesado y lo coloco en la silla frente a ella. A continuación lo abrió por una página al azar y entonces murmuró un hechizo.

Ni a Jun ni a Aiden les gustaba el ajedrez, así que casi siempre se tenía que conformar con jugar contra libros de famosos ajedrecistas que replicaban sus partidas.

Se subió las gafas, que se le habían resbalado ligeramente por el puente de la nariz, y movió e4.



El comedor, bullicioso, era un enjambre de charlas animadas cuando cruzó sus puertas. Se frenó un momento para subirse los calcetines, que se le habían bajado con la carrera. Había estado tan absorta en su partida que se le había hecho tarde.

—¡Rain! —la llamó Jun, haciéndole gestos con la mano.

Él y Aiden estaban sentados con Maya y la chica rubia con la que Rain había visto hablando a Jun la noche anterior. El corazón se le contrajo en el pecho y notó un pequeño chispazo de celos que se esforzó en ignorar. Fue hacia ellos con paso apresurado, sin mirar por dónde iba y con la vista fija en la mesa de sus amigos; cuando ya casi había llegado, su hombro chocó con el brazo de alguien.

Echó la cabeza hacia atrás para disculparse y se encontró con los ojos fríos de Ash Blake. Se sostuvieron la mirada durante un

segundo, y entonces él desvió su atención adonde ella se estaba dirigiendo con prisa. Y al divisar a Jun arqueó una ceja rubia e hizo una mueca de desagrado.

Rain arrugó el gesto y siguió su camino.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha dicho algo? —le preguntó Jun en tono protector.

Rain negó con la cabeza; tenía una mala sensación. Estaba a punto de preguntarle qué pasaba entre él y Ash Blake cuando Aiden se inclinó hacia ella con cara de pocos amigos.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué me has dejado solo? Odio socializar, pero si es por la mañana lo odio aún más —murmuró con los ojos abiertamente hostiles clavados en las dos chicas.

—Rain, esta es Manon Dubois —la presentó Jun.

La chica de ojos claros y pelo rubio corto le dedicó una sonrisa y la saludó. Rain le devolvió el saludo entre dientes mientras se servía un café solo.

—¿A qué hora te has levantado? Has debido de irte muy temprano —le preguntó Maya—. Jo, en cuanto ha sonado el despertador he tenido ganas de cargármelo. Tu gata estaba mirándome en plan siniestro desde los pies de la cama y me ha dado un susto de muerte.

—No podía dormir más, estaba demasiado emocionada —dijo Rain, sorbiendo su café.

—¿No os morís de ganas de que llegue la fiesta de bienvenida? Conozco a una chica de segundo curso que iba a mi instituto en Serena y me ha dicho que es una pasada —siguió charlando Maya.

—Prefiero que llegue nuestra primera clase —rebatió Rain.

—Rain es nuestra genio, una empollona de primera —comentó Jun a los demás mientras le pasaba a ella un brazo por encima de los hombros con cariño y orgullo.

Estaba tan cerca que Rain podía oler su aroma particular, una mezcla de loción de afeitado, ropa limpia y un toque cítrico. Sus ojos se posaron en el lunar de su nariz. A veces la sorprendía la fuerza con la que lo deseaba, la sensación abrumadora de cariño y amor que se le instalaba en la boca del estómago y la dejaba sin aire.

Notó que se estaba sonrojando y apartó la mirada.



Cuando acabaron de desayunar se dirigieron a sus respectivas clases. La mayoría de las aulas estaban en la segunda planta. Había carteles identificativos junto a las puertas en placas de bronce.

Rain y Aiden se habían adelantado unos pasos al resto del grupo.

—Deberías superarlo —comentó él.

—¿De qué hablas? —susurró ella con los dientes apretados.

—Sabes de lo que hablo, Rainy —comentó imitando el apodo por el que la llamaba Jun—. Te está destrozando y no entiendo cómo no se ha dado cuenta, o a lo mejor sí que lo ha hecho, pero finge no notarlo porque...

—¿Por qué? —Rain levantó la mirada hacia su mejor amigo, él no era mucho más alto que ella.

—Porque no quiere ponerte en un aprieto, porque espera que se te pase o porque es un cobarde que no sabe cómo enfrentarlo, no lo sé. A lo mejor solo está ciego y es la persona más despistada de la Tierra, porque es obvio, es tan obvio que estás colada por él que es como si llevases un cartel luminoso sobre la cabeza.

Rain abrió la boca y luego la cerró. Cogió aire por la nariz con fuerza. Sus ojos marrones se quebraron en pequeñas esquirlas y pestañeó para apartar el dolor.

—Graci...

Alguien chasqueó la lengua detrás de ellos.

—Apartad —se quejó una voz cortante.

Rain y Aiden miraron a su espalda a la vez. Ash Blake y su mirada apagada, sin rastro de emoción alguna, los recibió.

—Podrías pedirlo con más educación —señaló Rain.

Ya tenía experiencia con los que eran como él, personas que se creían dueños de todo y que consideraban que los demás casi tendrían que estar agradecidos por respirar su mismo aire.

Blake arqueó una ceja.

—También podría empujaros fuera de mi camino y ya está —contestó, como si el hecho de que ella le hubiese respondido le resultase irritante.

Aiden puso los ojos en blanco.

—Oh, Dios mío, esto debe de ser una maldición —se quejó por lo bajo.

—Blake, deberías ser más amable con nuestros compañeros —dijo el chico negro de la presentación—. Creo que ayer no empezamos con buen pie, soy Kane Diop —se presentó, y le tendió una mano a Aiden, que la estudió durante unos segundos y, como si el gesto le pareciese ofensivo, resopló, agarró a Rain del brazo y tiró de ella dentro de la clase sin molestarse en contestar.



La profesora de Historia cruzó el pasillo entre los pupitres y fue hacia la tarima. Llevaba una falda de lana por debajo de la rodilla, un jersey con una corbata de cuadros y el pelo recogido en un moño informal.

—Soy la profesora Boucher. —Volvió a presentarse mientras una tiza a su espalda escribía su nombre en la pizarra—. Bienvenidos a

mi clase. Todos los años empezamos con la misma pregunta. ¿De dónde venimos? Es decir, cuál es nuestro origen. ¿Alguien sabría darme una repuesta?

Hubo un pequeño murmullo, pero nadie se atrevió a responder, así que Rain levantó la mano.

—Sí, señorita...

—Rain Lee. Si se refiere al origen del ser humano, los textos dicen que una fuerza poderosa, a la que algunos llaman Dios, nos trajo a la Tierra. ¿Las razones? Se teoriza que nos desterraron del paraíso, que estar aquí es un castigo por pecados antiguos. Los nuestros se inclinan más por creer que los remolinos son la causa, que nacimos de su energía, que esa energía se transforma en lo que somos y que por eso algunos, como nosotros, tenemos habilidades especiales, porque albergamos más de esa energía, y que una vez que morimos nuestra alma, nuestra energía vuelve a los remolinos para crear nuevas vidas.

—¿Y no puede ser que ambas cosas sean ciertas? —contestó la voz dulce de Manon.

—¿Qué quiere decir...?

—Manon Dubois, profesora. Creo que los remolinos o Dios son dos formas de referirse a lo mismo. Los que no creen prefieren darle un nombre, y los que creen otro, pero en realidad son la misma cosa.

Alguien en las filas de su derecha bufó. Blake estaba reclinado en la silla y tenía una mueca despectiva en los labios.

—¿Tiene algo que aportar, señor Blake?

A nadie pareció sorprenderle que supiese quién era él. Tenía que preguntarle a Jun.

—No tengo nada que decir —dijo con ese tono prepotente que lo caracterizaba.

—¿Ah, no? ¿Y qué hacía?

—Simplemente me hace gracia lo ingenuos que son algunos.

Manon pareció encogerse en su asiento y Rain sintió lástima por ella. Observó a Blake con severidad.

—¿Por qué lo piensa? —preguntó la profesora.

—Bueno, por todos es sabido que los del Amanecer no son muy listos y que se tragan cualquier cosa a cambio de... —Se encogió de hombros—. Son los borreguitos del sistema, dóciles y crédulos.

—¿Y por qué no nos cuentas eso que no sabemos? —replicó Rain sin darse cuenta, y se arrepintió al instante. No quería empezar su primer día teniendo una discusión.

La mirada de Blake se posó en ella y la estudió durante un momento con una frialdad calculada. Su expresión pasó de la indiferencia a algo despectivo, dejándole claro que su comentario le parecía ridículo. Sus labios se curvaron en una sonrisa que no llegó a sus ojos y le espetó con chulería:

—Pídemelo por favor.

Rain apretó los dientes con rabia. *Capullo*.

Blake, complacido con haberla hecho callar, dejó de prestarle atención, aunque no antes de fijarse en cómo Jun Jeong le apretaba la mano de forma protectora.



«¿Puedes, con tu razón, capturar el infinito?».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 5



Rain estaba sentada con un libro en las rodillas y un lápiz entre los dientes. Maya estaba hojeando algo en una revista vieja y gritó sobresaltada.

—¡Lo encontré! —Se tiró en la cama de Rain, y Tinieblas le lanzó un zarpazo, molesta, pero no tuvo más remedio que apartarse para que la chica no se sentase sobre su rabo—. Mira —dijo, mostrándole un artículo a Rain.

En la página se veía la foto de un hombre rubio de rostro anguloso y maduro. Ambrose Blake podía leerse en el pie de foto:

> El reputado brujo del caos, que fue encarcelado hace un año en Tártaro por el Consejo de Sabias, a la espera del juicio por sus indagaciones sobre el Otro Lado y el intento fallido de abrir un portal, se ha suicidado en su celda.
>
> Fuentes internas creen que podría deberse a la cercanía del juicio que, casi con toda seguridad, lo habría condenado a la muerte.
>
> Este trágico hecho se suma a la pérdida de su esposa y su hija de apenas siete años en un ataque de criaturas del Otro Lado. Deja huérfano a su hijo mayor, Ash Blake.

¡Así que por eso le resultaba conocido su apellido! Ahora entendía por qué todo el mundo sabía quién era.

—¿Por esto me has acompañado a la biblioteca antes? —le preguntó a Maya.

—Fue un auténtico escándalo hace tres años. Mis madres trabajan para el Consejo y fue de lo único que se habló durante semanas. Quería volver a leer lo que se dijo.

—Ahora entiendo por qué es tan cretino. Me cuesta comprender por qué la magia del Caos pura no está prohibida, es peligrosa y casi todos lo que la practican son delincuentes. De los doce intentos que ha habido por derrocar el poder del Consejo diez han sido por parte de brujos del Caos.

Maya pescó a Tinieblas entre sus brazos y la acarició con cariño. La gata le lanzó una mirada despectiva.

—¿Y por qué deberían prohibirlo? Tú lo has dicho hoy en clase, hay dos remolinos y uno de ellos es caos. Las dos fuerzas son importantes. ¿Verdad que sí, gata malhumorada? —Rozó su nariz con la del animal y se ganó un bufido.

Rain cerró el libro y le quitó a Tinieblas de los brazos.

—Pero hay conjuros..., hay magias que pueden llegar a volverte loco, a transformar tu mente. Hay límites que no deberían cruzarse. Entiendo que tiene que existir un equilibrio, pero los que solo usan magia del Caos...

Maya se desperezó y se puso de pie con la revista en las manos.

—El Orden no es perfecto, Rain. En el Caos existe la posibilidad de que todos seamos iguales; en el Orden, unos siempre están por encima de otros.

—¿Y por qué has elegido el Amanecer? —Sus ojos inquisitivos se clavaron en los de su compañera.

—Mis madres usan magia del Orden y... no lo sé, yo no tengo todas las respuestas correctas, Rain. Pero al menos no doy por sentado que lo sé todo.

Aquello fue como una bofetada. Rain encajó el golpe en lo más profundo de su orgullo.

—Oh, vamos. No puedes saberlo todo, Rain.

—Pero lo desearía —murmuró.

Maya dejó la revista en su cama y se levantó estirándose.

—¿Vienes?

—¿Adónde?

—A buscar a Aiden —dijo con una sonrisa felina, le recordó a Rain a un dibujo del gato de Cheshire.

Rain se puso de pie con Tinieblas en brazos.

—Oye, no sé si te has dado cuenta de que Aiden no es muy sociable y que tú...

—¿Que no le caigo bien?

Maya empezó a bajar las escaleras hacia el salón común con Rain pisándole los talones.

—No quería ser maleducada, pero sí.

—Todo el mundo tiene malos comienzos. Danos un tiempo. Igual que tú y yo, fíjate, ya somos amigas.

—¿Ah, sí? —preguntó Rain, un poco emocionada.

—¿Dónde está ahora?

Rain miró el enorme reloj de engranajes de la pared.

—Con el equipo de combate de destreza. Él y Jun han ido a presentarse a las pruebas.

Maya ya estaba saliendo de la torre del Amanecer.

—¿Y dónde se hacen?

—En la tercera planta, en la sala de hierros. —Cuando Rain se quiso dar cuenta ya estaban subiendo las escaleras—. Espera, ¿no querrás ir?

—Claro que sí. Son tus mejores amigos. ¿No tienes curiosidad por si los cogen? Además, con lo colada que estás por Jun, me extraña que no estés allí.

Rain abrió los ojos como platos y luego los cerró apretando los párpados con fuerza. Se pasó las manos por el flequillo, colocándoselo, e irguió los hombros.

—Que me guste no significa que tenga que seguirlo a todas partes.

—Vaya, no lo has negado.

—No, al parecer es obvio para todo el mundo menos para él... Y que sepas que solo voy porque Aiden va a ser un borde contigo y me apetece verlo.

Maya soltó una carcajada.

—Genial.

La llamada sala de hierros era alargada y estrecha y toda la parte izquierda estaba llena de ventanas que daban a uno de los patios. A lo lejos podían verse las luces de Hidden extendiéndose por la falda de la montaña.

La sala tenía una chimenea enorme en la que Rain casi hubiera cabido de pie, el suelo era de madera pulida y unas enormes lámparas de araña colgaban del techo. Las paredes estaban cubiertas de espejos de latón y armarios llenos de distintos tipos de espadas: con los bordes romos —para entrenar—, de doble filo, de uno solo, con cazoleta, sin cazoleta...

Había unos cuantos alumnos de primero agrupados junto a las ventanas observando las pruebas.

En la Academia había dos equipos de combate de destreza, el del Amanecer y el del Crepúsculo y, a pesar de que ese día las pruebas eran para los del Amanecer algunos veteranos del equipo del Crespúsculo estaban allí para echar un ojo a las nuevas incorporaciones.

Rain vio a Shady Mitchell, una chica que iba un curso por encima de ella en su instituto de Céfiro, sentada con otros de segundo; le

había costado reconocerla. Siempre había sido una chica callada y disciplinada, pero agradable; ahora había algo en su forma de mirar... Estaban observando a otra chica del Crepúsculo que también debía de ser de segundo y parecían burlarse de ella. Juraría que los había oído murmurar la palabra *parvenus*.

Se le tensaron todos los músculos del cuerpo, que alguien te dijese aquella palabra era peor que que te tirasen un cubo de basura por la cabeza. *Parvenus* era el término que usaban para designar a los recién llegados al Mundo Fuera de lo Normal, pero tenía una connotación muy negativa, era clasista y despectivo. A Rain solo se lo dijeron una vez a la cara en el colegio para habilidades especiales y el chico que lo hizo se ganó un empujón furioso de Jun. Por aquel entonces ella ni siquiera sabía la gravedad de lo que acababan de decirle.

Rain no era una persona común y tampoco era una bruja del todo, era como si estuviese en un limbo entre ambos. Y eso la hacía sentir sola. No podía acudir a su madre en busca de consejos, porque ella no formaba parte del Mundo Fuera de lo Normal, y no tenía bagaje en esa sociedad. Era en momentos así en los que echaba de menos la figura de su padre.

Y Jun acabó convirtiéndose en ese apoyo.

Desvió su atención del grupo de segundo cuando lo vio salir a la pista; llevaba su equipo de entrenamiento, un pantalón ajustado de color crema, un polo y una coraza rígida para protegerse el torso. Encima llevaba puesto un peto con un número en la espalda. Aiden vestía las mismas prendas, pero al completo de negro y otro peto con un número distinto.

Maya le hizo un gesto a Rain para que se sentase a su lado.

—¿Para qué te has traído a la gata? —le susurró.

Entonces cayó en la cuenta de que había tenido tanta prisa por seguir a su compañera que se había olvidado de que tenía a Tinieblas abrazada.

—Mierda, tengo que irme, nos han dicho que debemos dejar a las mascotas en las torres.

Pero cuando comenzó a levantarse la puerta de la sala se abrió de nuevo y la entrenadora anunció con voz severa:

—Echad la llave, la práctica va a empezar. No quiero interrupciones. —Rain miró a su gata y suplicó por que se comportase—. Número catorce y número cuatro, salid a la pista.

Los veteranos se cruzaron de brazos, sentados, dispuestos a contemplar a los novatos. Los que habían acudido a observar guardaron silencio, y Jun y una chica pelirroja se colocaron las caretas.

Él le guiñó un ojo a Rain, que articuló un «buena suerte». Alguien tosió una risa al otro lado de la sala, junto a la chimenea.

Jun siempre había sido muy bueno, fue el capitán de su equipo en el instituto los últimos dos años. Tenía un estilo de luchar calmado, sereno. No dejaba que el adversario rompiese su defensa con facilidad. Al ser una práctica, el ambiente no se parecía en nada al de un combate real, donde las aficiones celebraban cada punto y la tensión se podía palpar.

En el Mundo Fuera de lo Normal, el combate de destreza era el deporte más conocido con un montón de seguidores. Históricamente era una práctica que servía para defenderse de otros adversarios, sobre todo de los comunes que trataban de cazarlos, pero poco a poco el arte de la lucha se había ido perfeccionando hasta convertirse en todo un fenómeno.

Jun esquivó un fondo de la chica dando un salto hacia atrás y cuando ella quedó desprotegida le dio en la careta.

Rain aplaudió cuando la entrenadora marcó punto para él y Tinieblas saltó de su regazo.

—Vuelve aquí, Tinieblas —susurró.

La gata la miró por encima del lomo y siguió su camino esquivando sillas.

—Oye, pero ¿aquí cuándo empieza la sangre? —preguntó Maya.

—Los combates a primera sangre solo se hacen en eliminatorias individuales oficiales. Maldita gata, es una indeseable.

Rain se tiró al suelo y gateó entre los pies de los espectadores para no taparles la vista mientras perseguía a Tinieblas.

—Siguientes, número once y número siete —llamó la entrenadora.

Tinieblas estaba mirando las majestuosas cortinas con expresión homicida.

—Tinieblas, no. Dichosa gata psicópata.

El animal se echó ligeramente hacia atrás sobre sus patas para coger impulso mientras el sonido de las espadas al chocar llenaba la sala. Rain se incorporó a toda prisa lanzándose a por ella.

La agarró al vuelo y cerró los ojos sabiendo que ahora le tocaba caer, pero unos brazos fuertes la atraparon. Abrió un ojo y se encontró con la amplia sonrisa de Kane Diop.

—¿Estás bien?

Por los remolinos, a su lado parecía una niña de primaria, el chico era enorme. Rain se pegó a Tinieblas al pecho para evitar que volviese a escaparse y agachó la cabeza con cortesía.

—Gracias y disculpa.

Él soltó una carcajada animada.

—No tienes por qué ser tan formal, tenemos la misma edad.

—¿Estás seguro? —murmuró ella para sí misma.

—Eres Rain, ¿verdad?

—Rain Lee, encantada —dijo, tendiéndole una mano, que desapareció por completo en la de él—. Siento que Aiden te ignorase el otro día. La cortesía no es su fuerte. Es que el domingo tu compañero Ash Blake y él tuvieron un pequeño encontronazo y... —se aclaró la garganta—. Bueno, él no fue muy agradable con Aiden, así que está un poco a la defensiva.

Alguien resopló detrás de Kane, que se movió un poco a un lado, mostrando a Blake. Estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados. La miró con un desdén nada disimulado. Sus ojos la atravesaron a la vez que su boca se ladeaba sarcástica, y ella tensó los hombros para no estremecerse.

—Bueno, un placer, debo...

—Estoy deseando enfrentarme a tu amigo Jeong en combate y dejarle un par de cicatrices de recuerdo. Puedes decírselo de mi parte.

Kane intercedió:

—No le hagas caso, de personalidad eligió amargado. Aiden es bueno —comentó señalando hacia la pista, donde su mejor amigo esquivaba con cierto pasotismo a su oponente—. Es un chico... interesante.

Rain le echó una larga mirada a Blake. Ahora que sabía quién era entendía su carácter. Se giró para mirar a Kane, que le había parecido muy amable y le dedicó una sonrisa dulce.

—Me aseguraré de transmitir a Aiden tu impresión sobre él, aunque te aviso que es probablemente la persona más arisca de la Tierra. Se parece mucho a Tinieblas —dijo, levantando a su gata, que hacía cara de pocos amigos.

Y dedicándole un último vistazo de reojo a Blake, se alejó de vuelta a su asiento disculpándose con el público.



«El mal no es algo que uno hace, sino algo que uno sufre».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 6



Maya estaba sentada a su derecha garabateando distraída en un papel. Jun a su izquierda seguía los movimientos de la profesora Kêt en la clase de Magia del Orden. Las clases que eran únicamente del Amanecer eran las favoritas de Rain, que trataba de grabarse a fuego las palabras de Kêt en la cabeza mientras tomaba apuntes.

Una chica levantó la mano.

—¿Sí?

—¿Que nuestra magia tenga límites morales no nos hace más débiles que a los del Crepúsculo? En una batalla física y de poder, quiero decir.

La profesora sonrió.

—Es una buena reflexión que muchos se han hecho. Entonces, ¿por qué eligieron el Amanecer? ¿Alguien dice su motivo?

—Porque tengo unos valores —contestó Manon.

Jun se giró para mirarla y le dedicó una sonrisa cariñosa. Rain a su lado, cogió aire como si la hubiese golpeado. Aiden, observándolos puso los ojos en blanco.

—Verán. La magia es algo que escapa a nuestra comprensión mental, es una energía, un potencial inexplorado. ¿Por qué? Porque

todo depende de la capacidad del brujo o bruja, los límites de su poder están en su capacidad para transformar esa magia. —Se llevó la mano a la cabeza—. Es una extensión de su intelecto y de lo que cree que es capaz de llevar a cabo porque requiere de convicción y de entrega. También de fuerza, por eso deben entrenar. Todos nosotros nos hacemos la misma pregunta: ¿cuánto estamos dispuestos a dar para canalizar todo ese poder?

»Los del Crespúsculo creen que son más fuertes porque tensan más los límites, porque están dispuestos a sacrificar más, y bueno en cierta manera puede ser cierto. Por algo son los únicos capaces de conjurar el Olvido. Pero ya saben que todo hechizo tiene un contrapeso. Cada conjuro toma un poco de nuestra alma, o energía, como quieran llamarlo. Y nos deja una marca.

—¿Quiere decir que cada vez que alguien del Crepúsculo lleva a cabo un Olvido se debilita? —preguntó un chico.

—Bueno, podría decirse así. Tengan en cuenta que la energía fluye y que cuando se libera en forma de hechizo va a parar a otro lugar, nos abandona. Así funciona incluso para los que no pueden conjurar, vamos dando energía desde que nacemos hasta que nuestro ciclo vital se agota porque ya no nos queda más.

—Entonces, ¿cada hechizo nos mata un poco? —preguntó otro alumno.

—Depende del poder que requiera... Puede. La magia nos deja huella.

Rain observó las notas que había tomado y garabateó una pregunta al margen de la hoja.

—Pero eso quiere decir que también se puede tomar, ¿no? —susurró Dereck Keller, un par de filas más atrás—. Por ejemplo, un *parvenus* podría hacerlo para ganar poder.

En la clase se hizo el silencio. Maya se giró soltando una sarta de palabrotas dirigidas al chico.

—Le daría una patada en el culo tan fuerte que probaría el sabor de mis zapatos.

La profesora Kêt se giró hacia él, que no se mostró arrepentido de que hubiesen oído su comentario, de hecho, le dirigió una mirada de soslayo a Rain.

—No vuelva a usar ese término, señor Keller. Ni en mi clase ni en esta institución. Y eso que sugiere es tabú. Como digo, nada es gratis y todo lo que hacemos nos marca —dijo con censura.



Rain guardó sus cosas en la cartera y se enrolló su bufanda roja al cuello. A su lado Maya lo apretujó todo en su bandolera llena de pines.

—Menudo gilipollas —gruñía para sí misma.

Rain ya había notado que aquel lugar no la había acogido de forma tan amigable como esperaba. En cuanto decía su apellido veía como se quedaban pensando, buscando en su archivo quiénes eran los Lee y cuando no aparecía esa información, lo hacía la expresión que decía «ah, es nueva».

—Al menos, Kêt se ha puesto supersiniestra. Debería haberle amonestado —dijo Aiden.

Los tres se encaminaron hacia la salida.

—Bueno, obviando la palabra que ha utilizado Keller, la profesora tiene razón, tomar poder de otra persona es un tema muy delicado —reconoció Rain.

—Llevamos cuatro días aquí y lo único que he aprendido es nada —se quejó Aiden—. Todo son cuestiones filosóficas, estoy harto de

replantearme el sentido de mi existencia y el porqué de las cosas.

Rain miró a su amigo.

—Pero para eso hemos venido aquí ¿no? Para ser capaces de hacernos preguntas y con suerte encontrar alguna respuesta. A mí me gustaría ser capaz de dar con la verdad detrás de alguna de esas incógnitas. Yo quiero ser...

«Alguien excepcional», pensó. Qué sentido tenía hacer algo si se conformaba con ser mediocre en vez de esforzarse por estar entre los mejores.

—Hola —saludó una voz seductora y alegre.

Rain levantó la cabeza saliendo de sus pensamientos y se encontró con Kane Diop y Ash Blake unos pasos atrás. Pasó la mirada de uno a otro y se quedó atrapada un momento en el gris tormentoso de los iris del rubio. Rain agachó la cabeza sintiendo un escalofrío, el peso de sus ojos sobre ella eran como un par de manos alrededor de su garganta.

Aiden emitió un gruñido. Y trató de seguir su camino ignorando el saludo de Kane.

—He oído que has entrado en el equipo de combate del Amanecer —dijo Kane, sin importarle el gesto molesto de Aiden.

Rain los observó divertida. Kane era altísimo, fuerte y atractivo; Aiden, bajito, delgado, paliducho y de rostro aniñado. Un contraste increíble. Sin embargo, el que resultaba más intimidante era el segundo, con su cara de mala leche.

—Sí, ¿y?

—Ash y yo estamos en el del Crepúsculo.

—No veo por qué eso debería importarme —contestó Aiden, haciendo gala de su habitual simpatía.

Blake, un poco más rezagado, puso los ojos en blanco.

—¿Podemos dejar de perder el tiempo, Kane?

—¿Quieres venir esta tarde a Hidden a tomar un café? —siguió Kane, ignorando a su amigo.

—¿Por qué? —contestó Aiden.

—¿Y por qué no?

Aquella pregunta pareció desarmar al chico, que parpadeó detrás de sus gafas, sin respuesta.

Jun llegó en ese momento con Manon a su lado. Se paró junto a Rain y le pasó un brazo por los hombros. Y los ojos de Blake siguieron el movimiento, como si estuviese comprendiendo algo importante.

—Patético —murmuró burlón.

—¿Has dicho algo? —escupió Jun.

Sus ojos oscuros se clavaron en los grises de Blake, los dos medían casi lo mismo.

Blake dio un paso hacia ellos con las manos en los bolsillos del pantalón del uniforme de color negro y perfectamente planchado. Rain se preguntó si habría usado un hechizo para que no tuviese ni una arruga.

—Solo saludaba —su tono suave y calmado destilaba veneno y una malicia casi desganada.

Parecía estar divirtiéndose.

—Oh, por favor, si queréis ligar os dejaremos en paz —intervino Maya, agarrando a Rain del brazo y sacándola de allí—. Manon quizá quieras venir, estos cuatro parecen necesitar intimidad.

—¡Eh, esperadme! Preferiría pasar toda una tarde con mis tíos a tomarme un café contigo... Oh, bueno, quizá en ese caso me lo pensaría —contestó Aiden mientras se largaba a zancadas largas.

—¡Encantado de charlar contigo! —se despidió Kane.

—El placer no es mutuo —gruñó Aiden.

—Piénsate lo del café.

—¡No, gracias! —contestó, apretando el paso.

Jun siguió su camino con Manon al lado, dedicándole un último vistazo a Blake, que lo miró como si fuese un gusano arrastrándose bajo su zapato y desease aplastarlo.

—Gracias por sacarnos de ahí —le dijo bajito Rain a Maya.

—Para eso estamos. Tanta testosterona me estaba abrumando. Mira a Aiden, hasta parece acalorado.

—Por casualidad no te golpearías la cabeza de pequeña, ¿no? —dijo él entre dientes—. Eso explicaría muchas cosas.

—Mmm, sí, ahora que lo dices unas cuantas veces —sonrió ella con ese gesto felino que escondía algo travieso—. Pero no veo que tiene eso que ver con el hecho de que te has puesto nervioso porque Kane Diop estaba intentado ligar contigo. Está bueno, ¿eh? —lo pinchó, dándole un codazo.

Aiden soltó un sonido irritado.

—La odio, de verdad que la odio, Rain. Es insoportable.

Maya siguió intentando fastidiar a Aiden con el tema de Kane, y Rain los observó con una sonrisa divertida. Había tenido mucha suerte con que Maya fuese su compañera de habitación.



«La esperanza es el peor de los males, pues prolonga el tormento del hombre».

NIETZSCHE





CAPÍTULO 7



Maya estaba sentada con los ojos cerrados disfrutando del día soleado. Rain, a su lado, estaba enfrascada en un libro.

—¿Desde cuándo te gusta? —preguntó su compañera, distrayéndola.

—¿Leer? —dijo Rain.

—Mira, si tienes sentido del humor.

Rain cerró el libro y lo dejó sobre su regazo. No sabía el día ni la hora exacta en que sucedió. Puede que su amistad se transformase en cierta admiración y luego eso derivase en amor.

Era difícil no caer rendida a la dulzura de Jun, a su amabilidad, a la forma que tenía de hacerla sentir importante e incluida. Jun siempre había sido uno de esos niños que destacan y podría haber escogido a cualquiera para ser su mejor amigo y la eligió a ella; la niña solitaria que no encajaba del todo. Nunca había comprendido por qué.

Pero Rain no se había enamorado de Jun por ese detalle, sino por el conjunto de todos sus gestos.

—Desde hace demasiado tiempo —respondió.

—Lo dices como si fuese algo terrible.

—Lo es.

Miró hacia la otra punta del jardín, donde Manon Dubois charlaba animadamente con sus amigas, la mayoría provenían del instituto de Eurínome, y todas ellas eran de familias de linajes poderosos en el Mundo Fuera de lo Normal.

—¿Por qué?

—Porque está condenado al fracaso.

En ese momento llegó Aiden con el rostro encendido y expresión malhumorada.

—No sabe cuándo rendirse —venía murmurando, y se sentó al lado de Rain—. Esta, ¿por qué está aquí? —espetó.

—No seas maleducado —lo reprendió Rain, dándole un empujón en el brazo, aunque Maya más que ofenderse pareció divertirse con su comentario.

—Me encanta lo simpático que eres, Clark.

—Ese chico del Crepúsculo, no me deja en paz.

—¿Quién? ¿Ash Blake?

—No, su amigo don Sonrisas —bufó—. Cada vez que nos cruzamos, me saluda tan feliz —dijo, indignado.

Maya se levantó alarmada.

—Oh, no. ¿Hace eso? Pero ¿cómo se atreve? —exclamó con ironía —. Vaya, tendremos que darle por lo menos una paliza.

Aiden arrugó la frente y enrojeció iracundo.

—Rain, ¿puedes decirle a tu compañera de habitación que, aparte de no ser graciosa, es igual de tonta que una de esas muñecas de plástico parlantes? De hecho, tiene la misma utilidad: ninguna.

A Maya le dio un ataque de risa que solo consiguió cabrear más a Aiden.

—Creo que es lo más raro que me han dicho nunca. El sábado, cuando llame a mis madres, se lo voy a contar, porque desde luego

es una comparación digna de mención. Y mira que he oído insultos...

—¿Es que solo sabe reírse? ¿Estás estropeada o algo así?

—Eres el sol de mis mañanas, Aiden.

Él dejó escapar un gruñido exasperado.

—Rain, nunca te he pedido nada, pero, por favor, si me quieres, haz que Tinieblas se la coma. Por favor, solo te pido eso, que se la trague.

Maya acabó hipando de la risa y contagió a Rain.



El profesor de Astronomía le pidió a Rain que repartiese unos grimorios a cada uno de los estudiantes que estaban observando pequeñas representaciones del cosmos en distintos puntos del aula.

—Es una guía excelente para la interpretación de sueños, el correcto uso de las piedras y minerales mágicos, la lectura de las estrellas y todo tipo de detalles. También incluye una sección de notas para que lleven un diario con sus progresos personales —explicó el señor Narayana.

Rain fue entregándolos en los grupos de dos o tres personas que trataban de desarrollar la tarea de leer los signos cósmicos. Maya y Aiden estaban discutiendo en su sitio.

—Vuelve antes de que la empuje por la ventana —murmuró Aiden, cuando Rain se acercó a dejar sus grimorios.

El último lugar al que se dirigió fue al que ocupaban Kane Diop y Ash Blake. El primero observaba dentro de la proyección con suma atención mientras que el segundo, de brazos cruzados, se limitaba a mostrarse aburrido, apoyado en una columna.

Rain se aclaró la garganta.

Blake bajó los ojos hasta ella entrecerrándolos levemente. La evaluó con cierto aire de superioridad, como si estuviese decidiendo si Rain merecía la pena su atención.

—Vuestros grimorios —comentó ella mientras se los tendía.

Entonces la boca de Blake se curvó en un gesto sarcástico, parecía encontrar en ella algo divertido. Se inclinó ligeramente, invadiendo su espacio personal, observándola como si supiese algo de Rain que ella misma ignoraba.

Le quitó los grimorios de las manos, y Rain dio un paso hacia atrás sintiéndose insegura.

—¿Algo más? —preguntó Ash Blake con esa voz pausada que tenía.

Y Rain se dio cuenta de que se había quedado mirándolo. Notó, mortificada, que se estaba ruborizando y se apresuró a volver a su sitio.

—¿Qué te pasa? —se interesó Maya.

—¿No os parece un poco espeluznante la forma en la que Ash Blake mira a la gente?

—No creo que sea muy fácil estar en la Academia con el historial de su padre. La gente lo juzga por las cosas que hizo Ambrose Blake, intentan castigarlo, como si él mismo no fuese la persona que más las sufrió. Debía de tener... ¿Cuántos, quince años cuando pasó? —respondió Maya en un susurro—. No digo que sea buena o mala persona, ni que tengamos que compadecernos. Solo digo que sus circunstancias son complicadas.

Rain la miró admirada. Maya era siempre tan despreocupada y se pasaba el día haciendo bromas o tratando de encontrar la parte divertida de las cosas, que cuando se ponía seria la pillaba un poco desprevenida.

Tenía una forma muy interesante de analizar su mundo, como si siempre intentase dar un paso hacia atrás para observar el cuadro al completo y no solo los detalles. Y a Rain le encantaba eso de ella, lo pausada y razonable que parecía a la hora de emitir una opinión.



Rain estaba buscando un libro en la biblioteca algo distraída. Al acabar de cenar, mientras salían del comedor, se había quedado un poco rezagada de Jun y Aiden. Maya a su lado la había observado con atención, notando cómo miraba al primero. No creía que su compañera de habitación fuese consciente de la forma en la que sus ojos siempre iban a parar a su amigo. O del cariño tan evidente que se reflejaba en ellos y cómo se le iluminaba el rostro cuando le oía hablar.

«El otro día dijiste que crees que está condenado al fracaso. Entonces, ¿por qué no te rindes? ¿Por qué te aferras a algo en lo que sabes que no tendrás éxito?», le había preguntado Maya con verdadera curiosidad.

Rain no había sabido responderle en ese instante y no había parado de darle vueltas.

No es que no hubiese intentado rendirse antes. Y puede que hubiese habido momentos en los que estaba mejor, en los que tomaba distancia y sus sentimientos se iban diluyendo poco a poco. Pero entonces un día Jun aparecía con un libro que había pensado que le gustaría a ella o compraba entradas para ir a ver reposiciones de películas típicas de Halloween, o tenía cualquier otro detalle con ella, y se sentía tan feliz que el amor le quemaba en la garganta y hacía que le picasen los ojos porque le daban ganas de llorar.

Simplemente era muy difícil dejar de estar enamorada de alguien a quien quería tanto y por tantos motivos distintos.

Encontró el título que le interesaba y estiró el brazo para cogerlo, pero estaba demasiado alto y solo lograba tocarlo con las puntas de los dedos. Entonces una sombra se cernió sobre ella y otra mano agarró el volumen, quitándoselo. Rain se giró un poco sobresaltada y se encontró con Ash Blake.

Automáticamente, se echó hacia atrás. Él bajó los ojos hasta ella como si no hubiese notado su presencia hasta ese momento.

—Iba a cogerlo yo —soltó Rain, indignada, aunque la voz le salió algo temblorosa.

Blake la miró con una mezcla de curiosidad y desdén.

—¿Y?

—Pues que me lo has quitado.

Él alzó una ceja.

—No, lo he cogido de la estantería —argumentó.

Las mejillas de Rain se calentaron levemente.

—Has visto perfectamente que intentaba alcanzarlo.

—¿Ah, sí? —dijo Blake, cruzándose de brazos con calma. Todo en su forma de moverse era pura confianza.

Rain, en cambio, se removió incómoda. Blake le sostenía la mirada con aquellos ojos penetrantes que daban la sensación de estar empujándola contra la estantería. Al final, Rain se rindió y giró la cabeza rompiendo el contacto.

A Blake su reacción pareció divertirle.

—Eres la amiga de Jeong, ¿no?

Rain abrió la boca algo ofendida, ya habían hablado un par de veces y todavía no se sabía su nombre.

—¿Vas a presentar una queja formal o algo así? —se burló él.

Rain apretó los dientes irritada.

—¿Cuál es tu problema? —le espetó.

—Mmm, tendrías que ser más específica. Tengo demasiados para escoger. Por ejemplo, esto me está resultando realmente aburrido.

Rain dio un pequeño respingo tensándose. Hizo un sonido despectivo.

—Es igual que todos... —masculló para sí misma.

Puede que Maya tuviese razón y las circunstancias de Ash Blake fuesen difíciles, pero él no dejaba de ser como todos los hijos de grandes linajes. Soberbio, arrogante, altivo... Incluso peor, porque había algo verdaderamente intimidante en él.

—¿Qué has dicho? —preguntó Blake.

—Que disfrutes del libro —contestó Rain, y se marchó.



La asignatura de Entrenamiento iba a ser su mayor reto junto con Defensa. Comprendía por qué debían prepararse y estar fuertes y en forma. Otra cosa distinta era que le gustase el camino para conseguirlo. Nunca había sido una persona atlética.

Maya y Rain estaban estirando por parejas. Aiden había acudido con Jun.

—Rain, ¿te ha dicho alguien alguna vez que no tienes que ser perfecta? —le dijo Maya al observar su cara de espanto mientras la profesora Lewis daba las indicaciones.

—Me gusta, al menos, intentarlo. Me hace sentir bien conmigo misma.

Maya hizo un gesto con los ojos como si no pudiese creerlo. Pero Rain se sentía validada a través de sus logros académicos, eran así de importantes para ella. Cometer fallos la hacía sentir insegura, así que trataba de acercarse todo lo posible a la perfección.

—Entonces, ¿eres de esas personas que no cree en hacer trampas? —preguntó quitándose el pendiente de la nariz.

Rain arrugó la frente.

—Claro que no. Si consiguiese un resultado haciendo trampas, en el fondo sabría que no lo merezco. No es solo la recompensa lo que quiero, es la certeza de que ese lugar me corresponde.

—Qué noble —comentó Maya casi con ternura—. Pero ese discurso solo vale si de ese resultado no depende nada importante. En ese caso los valores no importan, ni tampoco la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Estuve a punto de suspender un examen muy importante y si lo hubiese hecho no estaría hoy aquí, así que ante momentos desesperados hacen falta medidas desesperadas, como copiar —explicó, encogiéndose de hombros.

La primera reacción de Rain fue censurarla, pero algo en las palabras de Maya se quedó grabado en su cabeza, como un vinilo que ha terminado y da vueltas bajo la aguja de un tocadiscos.

La clase de ese día consistía en un recorrido a través del bosque. Más bien una carrera, aunque la profesora no lo hubiese expresado así exactamente.

Rain se recogió el pelo con un lazo marrón a juego con el color de la sudadera del Amanecer.

Aiden se les acercó con paso apesadumbrado.

—¿Por qué tenemos que correr por el maldito bosque? Solo voy a conseguir llenarme de barro y que me ataque algún insecto —se quejó gruñón.

—O peor... un animal salvaje —dijo Maya con dramatismo.

—Al menos tú tienes buen equilibrio... Yo seguro que tropiezo con el terreno irregular —se quejó Rain.

Maya soltó una carcajada.

—Por los remolinos, sois como hermanos gemelos.

—García, pienso empujarte a unos helechos —la amenazó Aiden.

—Tú siempre sabes iluminar los días más oscuros, Clark.

Y entonces empezaron una de sus peleas. En realidad, Maya nunca discutía con Aiden, solo le tomaba el pelo, y él se encendía más y más. Rain había notado que, aunque se hacía el ofendido, la chica le caía bien.

Jun se acercó a ellos y le susurró:

—¿Qué te divierte tanto?

Rain levantó la mirada hacia él y su sonrisa se engrandeció.

—A Maya se le da genial sacar a Aiden de sus casillas y eso siempre es divertido.

—¿Te preocupa la carrera?

La sonrisa desapareció.

—No es mi mayor fuerte —resopló.

—¿Quieres que corra a tu lado, Rainy?

El corazón le dio una voltereta involuntaria y durante un momento se quedó sin habla. La idea la tentó, pero sacudió la cabeza.

—No, te retrasaría demasiado. Me las apañaré.

Jun se preparó en las primeras líneas, y Rain tardó unos minutos en conseguir apartar los ojos de él; cuando lo hizo se encontró con la mirada de Maya.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada..., nada.

El bosque todavía conservaba el verdor del verano, aunque unas cuantas pinceladas de naranja y amarillo habían empezado a aparecer aquí y allá. El suelo estaba resbaladizo por la caída de las primeras hojas secas sobre el musgo.

El olor a tierra húmeda se mezclaba con el del dulzor de los hongos. Los rayos del sol, que se filtraban entre las ramas,

danzaban en patrones cambiantes, creando un juego de luces y sombras que pintaban el paisaje de dorado.

Rain pronto se quedó atrás y comenzó a perder a sus compañeros de vista.

—Hazme caso, Manon, sé de lo que hablo. Deberías ir a por ello —dijo Alberta Novak a su espalda.

Rain miró atrás, por encima del hombro, y vio a las dos chicas que se le aproximaban. Manon la adelantó primero dedicándole una sonrisa amable, pero Alberta ni siquiera la miró al pasar por su lado.

Rain llegó a un camino que se bifurcaba y se detuvo para recuperar el aliento y decidir por dónde seguir. ¿Cuál sería el menos complicado de los dos?

Finalmente, eligió el que bajaba ligeramente. La vegetación parecía más frondosa allí y las sombras más alargadas.

Oyó pasos y vio a una chica del Crepúsculo que se le acercaba, parecía muy concentrada en la carrera. Como el camino era muy estrecho chocó ligeramente con Rain al llegar a su altura y la hizo trastabillar.

Rain cayó hacia delante y paró el golpe con las rodillas y las manos.

—Pero ¿qué haces? —se quejó.

—Tendrías que haberte apartado —respondió la otra, que siguió su camino.

Rain se sacudió las manos, se había hecho un par de arañazos, pero lo que le dolía eran las rodillas. Le iban a salir dos cardenales. «Menuda cretina», se dijo. Trató de recordar su nombre..., algo con j.

—Estás en medio.

Rain miró hacia arriba y se encontró con la mirada afilada de Blake. Al instante enrojeció avergonzada. ¿Por qué, entre tantos

alumnos rezagados, había tenido que encontrárselo a él?

—¿Qué haces tan atrás? —soltó antes de darse cuenta.

Blake arqueó una ceja rubia y la observó lentamente, de arriba abajo, con los ojos entornados y la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera examinando un insecto. Rain se sintió pequeña e insignificante.

—¿Por qué iba a esforzarme por esta estupidez? En fin, ¿te apartas?

—Si tanto odias este lugar, puedes largarte. Nadie te obliga a asistir a la Academia —espetó Rain, perdiendo la paciencia. Las palabras salieron con la rapidez y la rabia de un latigazo, sorprendiéndola incluso a ella misma.

Blake dio un paso hacia delante, sus ojos apagados, dos ventanas a la nada más profunda, pero la forma en la que apretó y relajó la mandíbula le dijeron a Rain que estaba irritado. Estiró la mano hacia ella, que palideció. Agarró uno de los cabos del lazo de su pelo y tiró desanudándolo. La coleta se deshizo haciendo que su cabello le cayese suelto sobre la cara.

Blake soltó una risa sofocada, un sonido sarcástico apenas audible, mientras la miraba desde arriba. La respuesta de Rain le pareció tan absurda como ella.

—¿Acaso te he preguntado tu opinión? —contestó él con su voz rasgada.

El gesto y su respuesta consiguieron hacerla sentir humillada.

Blake se guardó el lazo en el puño, esquivó el brazo derecho de Rain y siguió su camino.

—Imbécil —masculló Rain, llena de rabia.



«Encuentra lo que amas y deja que te mate».
BUKOWSKI





CAPÍTULO 8



El sábado bajaron a Hidden a explorar. Entre los estudiantes había unos cuantos que procedían del instituto de la ciudad, así que durante el fin de semana podían volver a casa.

Hidden era una ciudad mediana, algo más pequeña que la isla Eurínome, donde estaba el Consejo de Sabias, y el que se consideraba el epicentro del Mundo Fuera de lo Normal. Un lugar donde no tenían que esconderse y donde estaban las sedes de las órdenes.

Y mientras que la isla era un paraíso sacado de un cuento, Hidden era un lugar de calles estrechas, edificios de piedra y madera, donde el color marrón predominaba, el cielo casi siempre estaba gris, la niebla flotaba espesa y las sombras parecían alargarse de una forma siniestra. Claramente, la magia del Orden predominaba más en la isla Eurínome, mientras que la del Caos lo hacía en Hidden.

En las calles flotaba olor a calabaza y a canela, a madera y a humo. Las ventanas de las tiendas y cafeterías ya estaban decoradas con motivos otoñales, como guirnaldas de hojas secas y velas de luces cálidas flotando aquí y allá. Los árboles que bordeaban las calles principales se habían teñido de colores rojos, dorados y

marrones, y algunas de sus hojas formaban alfombras crujientes en el suelo.

Aiden y Jun ya habían estado en Hidden en unas cuantas ocasiones con sus padres, pero para Rain era la primera vez; apenas la había visto cuando vinieron en primavera a visitar la Academia.

El Mundo Fuera de lo Normal lógicamente era muy hermético, así que era difícil integrarse en él, si no se era de una familia conocida.

Rain tenía un mapa de la ciudad y había marcado todos los sitios interesantes, los edificios históricos y, sobre todo, las librerías que quería visitar.

—Una vez vine a la pista de combate de aquí, es una auténtica pasada. Aunque la mayoría de las competiciones se hacen en Eurínome; es una pena —comentaba Jun.

—Sueño con el día en que pueda ir —suspiró Rain.

Jun le pasó un brazo por los hombros, un gesto cariñoso habitual en él, y la miró.

—Te haré de guía. Ya sé cuáles van a ser tus sitios favoritos. La biblioteca Mnemosyne es probablemente el lugar más mágico de la tierra. Puedo imaginarme perfectamente la cara que vas a poner cuando la veas. Y luego está esa pastelería tan buena... Idunn: ¡pasteles de diosa!; la más antigua que existe. Compraremos uno y pasearemos por los canales hasta llegar al gran teatro del Kraj.

A Rain se le iluminaron los ojos mientras se lo imaginaba. Siempre había querido visitar la capital. Al estar aislada en una isla podía permitirse muchas más licencias en lo que a magia y extravagancia se refería. Exteriormente Hidden parecía una ciudad normal, de aspecto de cuento sí, pero como otras ciudades históricas. Esa fachada de normalidad era necesaria por si algún común se adentraba en ella por error. Aunque había pequeños encantamientos aquí y allá para confundirlo y hacer que se perdiera.

Aiden entró en una tienda a comprar galletas, y Jun y Rain lo esperaron a fuera porque el local estaba abarrotado y apenas se cabía. Se quedaron bajo la cornisa del edificio protegiéndose de la lluvia suave que caía.

—Valoración de tu primera semana —le pidió Jun.

Rain se apoyó en la pared con las manos detrás de la espalda.

—Es... maravilloso. Las clases, el lugar, Maya...

—¿Pero?

Ella se encogió de hombros. No era algo concreto, bueno, sí, estaba Ash Blake y lo humillada que la había hecho sentir, pero el resto eran detalles.

—Creo que tenía unas expectativas demasiado altas, simplemente.

Jun hizo una mueca de preocupación, algunos mechones húmedos le caían sobre la frente.

—¿Alguien te ha molestado?

Rain apartó la mirada de él.

—No exactamente. Pero a veces percibo la misma sensación de hostilidad que en el instituto. Todo el mundo me pregunta por mi apellido y luego me dirigen esa mirada... —La de «ah, es una recién llegada»—. Supongo que después de desear venir aquí durante tantos años lo había idealizado, de alguna forma. Y las clases son increíbles —se apresuró a añadir—. Es un sueño. Son tantas cosas para aprender y absorber y todo el rato siento que tengo que dar más de mí y... me encanta. Pero...

No quiso decir que seguía sintiéndose igual de apartada que en el instituto o incluso más. Allí casi todos sabían más o menos quiénes eran, daban una sensación de comunidad a la que Rain no parecía pertenecer del todo.

—Me encantaría tener tu facilidad para moverme por el mundo.

Jun la miró con cariño.

—Pero entonces no serías tú y a mí me encanta cómo eres, Rainy.

Los ojos marrones de Rain se clavaron en los de Jun llenos de una emoción dulce y cálida. Se ruborizó, el calor llegando hasta las puntas de sus orejas. La mano de Jun se movió desobediente hacia la mejilla de Rain al mismo tiempo que Aiden salía de la tienda. El sonido de la campanilla los hizo volverse sobresaltados y la mano de Jun cayó hasta cerrarse en un puño.

El olor a galletas recién hechas inundó la calle y Jun se apresuró a quitarle la bolsa a su amigo.

—Ni se te ocurra comerte la primera después de la media hora que me he pasado aplastado ahí dentro —se quejó Aiden, empujándolo.

Rain tardó unos minutos en recuperarse. El corazón le latía demasiado rápido, en su pecho había unas alas que se batían con fuerza. Salió de debajo de la cornisa algo aturdida y vio a Maya al otro lado de calle con un par de chicas de segundo. Los estaba mirando. Rain levantó la mano para saludarla y su compañera de habitación le devolvió el gesto con una sonrisa amplia.

Aiden y Jun se habían alejado bastante en su batalla por quitarse la bolsa de galletas el uno al otro. Rain los observaba de lejos divertida, a Jun le encantaba pinchar a Aiden.

Y entonces se toparon con un grupo de alumnos del Amanecer entre los que estaban Manon Dubois y su amiga Alberta Novak. Jun y Aiden pararon y el primero se acercó a ellos. Rain llegó a la altura de Aiden y los observó desde lejos. Parecían muy familiares los unos con los otros a pesar de que solo llevaban una semana en la Academia. Era probable que los señores Jeong fuesen amigos de los padres de los demás.

Alberta cogió del brazo a Jun para decirle algo. Rain habría jurado que él parecía incómodo durante unos segundos, aunque la sensación desapareció tan deprisa que a lo mejor se lo había imaginado.

—Os dejaremos solos —oyó que decía una de las chicas con una risita.

Jun miró hacia sus amigos y con una sonrisa de disculpa les dijo:

—Nos vemos luego.

Y se marchó con Manon.

Rain los vio perderse bajo la lluvia, que comenzaba a calarla. Aiden la cogió de la mano y le dio un apretón.

—Vamos. ¿No querías ver las librerías de la calle principal? —dijo, tirando de ella.

Rain y Aiden corrieron a refugiarse del chaparrón en una tienda de antigüedades que tenía un poco de todo. Había unos cuantos visitantes curiosos observando los cachivaches.

Rain se estremeció, el cambio del frío y húmedo exterior a la calidez del interior la hizo sentir escalofríos.

Aiden cogió un sombrero y se lo colocó.

—Puedo imaginarme a mi padre poniéndose esta monstruosidad —comentó.

Rain sonrió con tristeza, sabía que lo estaba haciendo para animarla y hacerla reír, pero se sentía entumecida.

—Yo creo que te queda bien.

Aiden puso los ojos en blanco al encontrarse con la expresión risueña de Kane Diop.

—Empiezo a pensar que me acosas —farfulló mientras devolvía el sombrero a su sitio.

—Estaba aquí cuando has entrado. Habrá sido cosa del destino.

—No. Definitivamente la lluvia es la culpable —contestó Aiden.

Rain los dejó con su discusión y se adentró en los pasillos. De todas formas, necesitaba un momento a solas. Odiaba el sabor amargo de la esperanza. Le parecía el peor de los sentimientos. Ojalá pudiese arrancarse hasta la última de sus raíces.

Después de girar un par de veces, se topó con Ash Blake que estaba ojeando una enciclopedia enorme.

Se quedó paralizada y tragó saliva sintiendo que un nudo le oprimía la garganta. Todavía estaba enfadada por cómo se había burlado de ella en el bosque. No era la única, Blake era desagradable con todo el mundo, especialmente con los del Amanecer. La única persona con la que interactuaba de forma normal era Kane Diop. Pero, sobre todo, parecía tener especial fijación por Jun y Dereck Keller, otro compañero del Amanecer. Les dedicaba miradas furiosas y asqueadas, a veces cargadas de ira asesina.

Blake levantó la vista del libro y la clavó en ella. La imagen de Rain le recordó a un cervatillo asustado sorprendido en medio del bosque, sus ojos le parecieron enormes, tristes y miedosos.

Sonrió para sí mismo recordando la escena que había visto hacía un rato. Había un leve desprecio en el gesto, la vulnerabilidad de Rain lo irritaba profundamente.

—¿Te has perdido, chica Amanecer?

—No —contestó ella, apartando la mirada y fijándola en un tablero de ajedrez viejo. Tocó una de las piezas tratando de ignorar a Blake.

—¿Dónde has dejado a tu perro guardián? —preguntó con una sonrisa irónica, casi burlona.

—No sé de quién... —contestó apartándose cuando Blake dio un paso hacia ella.

La sonrisa astuta de Blake se hizo más grande.

—Os hemos visto antes en la tienda de galletas. Qué tierno... Una pena que a Jeong no le interese alguien como tú.

Rain cogió aire encajando el golpe.

—¿Qué quieres decir?

Ash Blake le sostuvo la mirada lo suficiente como para que Rain se sintiese juzgada o, peor aún, como si él supiese algo de sí misma que ella no había llegado a comprender todavía.

La ingenua vulnerabilidad de aquella chica encendía en Blake un sentimiento de rabia irracional.

—¿Por qué no se lo preguntas a Jeong?

—¿Hay algún motivo por el que tengas que ser tan estúpido?

Blake arqueó las cejas, casi divertido.

—¿Lo hay para que tenga que ser amable contigo, chica Amanecer?

Rain se irguió irritada.

—Me llamo Rain Lee, no chica Amanecer. —«Capullo», quiso añadir, pero se mordió la lengua.

Blake se inclinó ligeramente hacia ella, observándola desde arriba, imperturbable.

—¿Te lo he preguntado?

Rain abrió la boca para replicar, cabreada, y él llevó un dedo hasta su barbilla para cerrársela.

—No es nada personal, tú no eres nadie en realidad. Inofensiva e insignificante. Un poco molesta, sí, pero es que tu amigo Jeong es un cabrón al que odio especialmente y la asociación hace que mi malestar contigo se intensifique. ¿Lo entiendes ya? —dijo como si ella fuese boba.

Rain apartó sus dedos de un manotazo y apretó los dientes furiosa. Blake se alejó golpeándola ligeramente en el hombro al pasar.

Y ella se prometió no olvidar aquellas palabras ni la emoción que le habían provocado. La condescendencia de su tono, la implicación de que la encontraba tonta... La sangre le hervía.

«No eres nadie». Le demostraría lo equivocado que estaba.



«Yo no soy un hombre, soy un campo de batallas».

NIETZSCHE





CAPÍTULO 9



Maya estaba jugando con Tinieblas, que daba la impresión de estar planteándose muy seriamente lanzarle un zarpazo, mientras Rain leía sentada en el suelo con la espalda pegada a la cama. Aunque más que leer parecía estar quemando las hojas de papel con la intensidad de su mirada.

Una pena que Ash Blake no estuviese en su clase de Magia del Orden, le habría demostrado que no era tan insignificante como él decía. Había hecho un hechizo de manipulación de materia tan perfecto que la profesora Kêt la había felicitado.

No, él compartía con ella las clases de Entrenamiento y Defensa, donde sus habilidades brillaban por su ausencia.

«No eres nadie». Las palabras habían conseguido herirla.

En la clase de Defensa de esa mañana, el profesor Li los había puesto a pelear por parejas para practicar con el *sai*, un arma que servía principalmente para defenderse y desarmar al contrario. A Jun y a Blake les había tocado juntos. Rain, que peleaba con una chica del Crepúsculo llamada Olivia Nikt —un apellido curioso, había pensado Rain al oírlo; era el que se les ponía a los niños huérfanos

antiguamente—, había perdido la concentración atraída por la brutalidad del combate de los dos chicos.

Después de darle muchas vueltas al porqué se caían tan mal o a por qué Ash Blake había asegurado que odiaba a Jun, la única posibilidad que se le había ocurrido era que los señores Jeong hubiesen tenido algo que ver con la detención del padre de Blake... Y había intentado buscar algo de información en los periódicos de la hemeroteca, pero no había encontrado nada, solo alguna mención al actual comisionado del Consejo, Alfred Keller.

Jun había golpeado una de las piernas de Blake haciéndolo caer de rodillas y desde su posición de superioridad le apuntó a la cara con la hoja del *sai*. La reacción del rubio fue sonreír, como si tener un cuchillo apuntándole al ojo le pareciese divertido.

La imagen se quedó grabada en las retinas de Rain.

Blake había agarrado la muñeca de Jun empujándola hacia delante al mismo tiempo que movía la cabeza para esquivar la punta roma del arma; acercando a Jun lo suficiente como para darle un cabezazo.

Y entonces la clase había estallado en el caos. El profesor Li intentó separarlos mientras se golpeaban con violencia, y algunos de sus compañeros se acercaron a mirar con entusiasmo.

Cuando por fin consiguieron separarlos, con la ayuda de la entrenadora Lewis que estaba por allí, Rain, que se había quedado atrapada en la expresión de Blake, sintiendo una mezcla de horror y fascinación, se encontró con la mirada del chico. Él le había dedicado una sonrisa; una comisura más alta que la otra y los labios ensangrentados, un fino hilo de sangre resbalando hasta su barbilla. Provocándola, burlándose.

Había conseguido estremecerla. Él parecía la pintura de un héroe del romanticismo. Negro, blanco y sangre.

Y a Blake la reacción de aquella chica de aspecto inocente le pareció divertida.

—¿Te han castigado? —le había preguntado Rain a Jun en la enfermería, después de que los hubiesen llevado a ver a la directora.

—Ayudaremos a preparar el gran salón para la fiesta de bienvenida del viernes.

Rain le tocó la ceja partida donde Blake le había golpeado con la cabeza.

—Ese chico es un psicópata, igual que su padre —había murmurado Jun, enfadado.

—¿Por qué te odia tanto?

—Mis padres investigaban al suyo.

—No entiendo cómo es que lo han admitido... —reflexionó Aiden.

—El profesor Diop es el padre de Kane, su mejor amigo, y lo acogió cuando quedó huérfano. En realidad, el Consejo no tiene nada contra él. Tenía quince años cuando pasó todo —explicó Jun— y eso es lo único que lo salva —comentó con rabia.

Rain sintió que se le encogía ligeramente el corazón; quince años y ya había perdido a sus padres y su hermana.

Y entonces entró Manon en la enfermería. La forma en la que Jun la miró, con cariño, le resultó dolorosa a Rain, tanto que acabó marchándose a su habitación.



—¿De dónde has sacado a esta gata? —preguntó Maya, cuando Rain entró al cuarto, mientras se soplaba la mano donde la había arañado.

—La encontré abandonada en el callejón junto a mi edificio. Era muy pequeña y violenta, pero de alguna forma encajamos porque

acabó acudiendo a mi ventana todos los días. Es una maleante. ¿Verdad, Tinieblas?

La gata se acercó a su dueña y se acurrucó en su regazo dejándose acariciar.

—¿Qué pasa, solo te llevas bien con ariscos?

Rain sonrió.

—Lo de Aiden es más una pose. Ha crecido a la sombra de un padre muy estricto y algo resentido con él, así que, bueno, ser borde es como su forma de defensa, pero en realidad es un blandito, aunque no quiere que nadie lo vea.

Maya se tumbó en el suelo con los brazos detrás de la cabeza.

—Sí, es superevidente lo mucho que te quiere.

Rain sonrió. Aiden era una de sus personas favoritas.

—Tú también le caes bien, por eso permite que lo fastidies. Le encanta pelearse contigo.

Maya se tocó el corazón, halagada. Se quedó en silencio un rato y luego soltó en tono reflexivo:

—Oye. ¿Nunca, ni por un solo momento, en todos los años en los que has sido amiga de Jun, te ha dado la impresión de que esté colado por ti?

Rain no se esperaba aquel cambio en la conversación.

—No lo sé, porque cada vez que lo he creído luego me he planteado si no había sido mi imaginación proyectando algo que deseo.

Maya frunció los labios pensativa.

—Os he observado después de lo que dijiste, que lo vuestro estaba condenado al fracaso... Y creo que Jun parece... Es raro, porque a veces es evidente que está pillado por ti y, entonces, actúa como si no fuese así.

Rain abrazó a Tinieblas y soltó una carcajada vacía.

—No lo creo. Es obvio que le atrae Manon. Puede que estés confundiendo el cariño de la amistad con otra cosa.

Maya lo pensó en silencio, su expresión mostraba que no estaba conforme con aquella explicación.

—No lo sé... No estoy tan segura.

Le echó una larga mirada a Rain.

—¿Qué?

—¿Cómo son los padres de Jun?

Rain lo pensó.

—Amables, un tanto severos, diligentes. Son altos dirigentes del Amanecer, así que casi siempre están ocupados. Creen en el deber por encima de todo y se lo han inculcado a Jun.

—¿Y cómo es tu relación con ellos?

Rain inclinó la cabeza hacia un lado sin saber dónde quería llegar Maya con aquellas preguntas.

—Cordial, siempre me han tratado bien. ¿Por qué me estás preguntando esto?

Maya tardó en responder, perdida en sus pensamientos.

—Simple curiosidad —dijo, encogiéndose de hombros, aunque parecía que había más.



Por la mañana Rain tuvo que sacar a Maya de debajo de las mantas porque había tirado de un manotazo su despertador y lo había roto.

—¿Por qué tienes tanta energía? —murmuraba de manera inconexa, aún medio dormida—. Debería ser ilegal salir de la cama antes de las diez.

Rain le tiró del brazo con esfuerzo.

—Tinieblas muérdele los dedos de los pies —le ordenó a su gata, jadeando.

El animal obedeció; de hecho, Maya juraría más tarde en el desayuno que le había visto brillar los ojos con maldad: «Debe de ser la reencarnación de un espíritu maligno. Os lo digo en serio».

Y en ese momento entró Aiden en la habitación tapándose los ojos con un brazo y dando manotazos al aire con el otro.

—¡¿Estáis visibles?! ¡Por qué narices tardáis tanto? Jun está hablando con sus amigos de Eurínome en el salón común y me he puesto a sudar de lo incómodo que estaba.

Entonces se quitó el brazo de los ojos y vio a Rain tirando de Maya, que tenía medio cuerpo fuera de la cama, una nube de pelo le rodeaba la cara y solo acertaba a ver uno de sus ojos, y a Tinieblas mordisqueándole los calcetines.

—¿La estáis matando? ¿Ya ha llegado el dichoso día? —comentó alegre.

—Clark, como siempre eres lo que le da sentido a mis días —respondió ella, incorporándose de golpe.

Se puso de pie en la cama y saltó a por Aiden para estrecharlo entre sus brazos.

—¡Quítamela! ¡Quítamela! —chilló una y otra vez.

La asignatura de Fuerzas Arcanas era una de las favoritas de Rain. Se impartía en una sala enorme justo encima del laboratorio al que se accedía por una escalera oculta tras una librería que en realidad siempre estaba abierta. Tenía mesas grandes de trabajo desperdigadas aquí y allá, y pizarras llenas de recetas y fórmulas

llenando las paredes, junto con dibujos muy detallados de plantas, minerales y otros elementos. El aroma era denso y alquímico.

El profesor Gunnar Berg enseñaba todos aquellos elementos esotéricos que rodeaban la magia y servían para potenciarla, además de otros tipos de energía como la de las criaturas del Otro Lado.

Y esto incluía las pócimas y los brebajes, que era lo que estaban estudiando aquel día.

—Hoy vamos a hacer una práctica por parejas —anunció.

Para sorpresa y disgusto de todos, el profesor mezcló a los estudiantes del Amanecer con los del Crepúsculo. A Jun le tocó con Olivia Nikt, a Aiden con Miles Ashford, a Maya con Nanook Jonsson y a Rain con Ash Blake.

Habría preferido trabajar con un oso hambriento o con una víbora enfadada... Era evidente que a Blake no le importaban sus notas, siempre se mostraba hastiado y despreocupado en clase.

Rain fue hasta una de las mesas de trabajo dispuesta a ignorarlo y a centrarse en la tarea. Él se dejó caer en el taburete de al lado dedicándole un breve vistazo indiferente. Aunque al observarla una comisura de sus labios se estiró hacia arriba con arrogancia, como si ella le resultase divertida.

—Quiero que hagáis una pócima de reflejo. Funcionan como un espejo que muestra el interior de una persona y ayudan a conocer, por ejemplo, el color de su alma. Al beberla, los pensamientos y emociones se manifiestan de manera visual en el entorno inmediato. Esto deja ver los deseos más profundos de quien la toma, pero también sus temores más oscuros.

Rain tomaba apuntes concentrada mientras asentía fascinada con las palabras de Berg. Blake, con la cabeza recostada en su mano, la miraba de reojo con una mezcla de curiosidad y menosprecio.

—Sobre todo es muy útil para conocerse a uno mismo en momentos en los que estamos más perdidos —continuaba explicando el profesor.

Alguien levantó la mano.

—¿Y la receta?

—Tenéis todo lo necesario en esta sala. Encontradlo.

Rain localizó en la estantería un grimorio de alquimia y se lanzó a por él. Estaba demasiado alto para ella. Se giró sobre su hombro planteándose pedirle ayuda a su compañero, pero Blake seguía sentado en su mesa completamente indiferente a todo.

Rain hizo que un taburete se arrastrase hasta ella y se subió para alcanzar el libro.

—Te esfuerzas demasiado —comentó Blake cuando Rain soltó sobre la mesa el enorme tomo, que cayó con un ruido pesado.

—Esto es importante para mí.

Blake inclinó muy ligeramente la cabeza.

—¿Crees que vas conseguir una especie de premio o algo así?

Rain abrió el grimorio buscando la receta de la pócima.

—No, es más complejo que eso.

Blake se echó hacia delante y apoyó el codo junto al de Rain invadiendo su espacio personal.

—No, no lo es. Eres la típica alumna diligente que quiere ganarse el respeto de los demás por su buen comportamiento. Una palmadita en la espalda y un «buena chica» —resopló.

Las manos de Rain dejaron de pasar las páginas. Le ardía la cara cuando volvió la cabeza para mirarlo. Blake estaba tan cerca que se sintió incómoda y un poco abrumada. Era la clase de persona a la que siempre se observa desde lejos, como a los animales salvajes en las jaulas.

—No —aseguró—. Puede que quiera respeto, eso es algo que alguien como tú no entenderá. Pero quiero más, quiero... —se miró las manos— poder. Demostrar mi valía. —Dicho esto, Rain volvió a enfocarse en el libro y en la tarea.

Leyó los ingredientes: polvo de espejo roto, esencia de ópalo crepuscular, hojas de salvia...

Tomó notas en su cuaderno y miró pensativa lo que había apuntado. Debería existir un antídoto, una contra pócima, pensó. La idea de que alguien usase aquel brebaje hizo que le picase la piel como si le estuviesen clavando pequeñas agujas. Sus deseos y sus miedos, era como desnudarse frente a alguien.

Rain cogió todos los ingredientes y los vertió con cuidado en el caldero. Las gafas se le empañaron ligeramente por el vapor y chasqueó los dedos para limpiárselas.

Cogió un cucharon de madera para remover el contenido, pero antes de que pudiese empezar a hacerlo, Blake le agarró la mano para frenarla.

Rain dio un pequeño respingo sorprendida.

—¿Qué haces?

—Tienes que mezclarlo en sentido contrario a las agujas del reloj —le explicó.

Rain miró con cuidado la receta, pero en la indicación de remover no decía nada.

—Representa el viaje al interior —insistió Blake.

—Oye, de verdad que entiendo que odias a Jun y que te crees muy por encima de todo esto y mis motivos para querer hacerlo bien te pueden parecer estúpidos. Está bien, no me conoces. Pero si estás intentando fastidiarme, simplemente ignórame, porque de verdad que quiero hacerlo bien —le contestó Rain dedicándole una mirada firme.

Blake le soltó la mano y se encogió de hombros.

—Adelante, pero te arrepentirás.

Rain estudió la mezcla con atención. Se pasó la lengua por el labio inferior mientras pensaba. Las palabras de Blake tenían sentido, la magia estaba en los detalles, tanto que podían cambiar el significado completo de algo. Pero fiarse de él...

Jun no paraba de girarse hacia atrás para observarlos con preocupación. Los ojos de Blake se desviaron para mirarlo de reojo.

«Interesante».

Al final, Rain le hizo caso y la mezcla cambió hasta adquirir un brillo suave y pulsante.

El profesor Berg se paseó por las mesas calificando los trabajos. Solo Alberta Novak y otra chica del Crepúsculo llamada Jonsson habían conseguido hacerlo a la perfección.

—Muy bien, otra que está de diez —los felicitó a ella y a Blake, antes de ir a la siguiente mesa.

Rain se volvió hacia él. En sus ojos marrones brillaba algo similar a la sorpresa y el agradecimiento. Blake arqueó una ceja.

—Eh... yo... —se aclaró la garganta—. Gracias —susurró Rain.

Y otra vez, allí estaba aquella vulnerabilidad que a Blake le ponía los pelos de punta. Esa chica no iba a durar ni dos días en las órdenes.

Miró un momento por encima de su hombro y acto seguido se inclinó acercándose a la oreja de Rain para decirle:

—De nada, chica Amanecer.

Se levantó para marcharse con paso calmado y postura aburrida.

Y Rain se quedó en su asiento entre irritada y fascinada.



«Ayer bebí veneno para matar el dolor, pero se ha vuelto dulce, ahora soy adicto».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 10



Rain estaba dando vueltas sobre sí misma por la habitación. Se miró una vez más al espejo, llevaba el pelo recogido en un moño y el flequillo le enmarcaba los ojos en los que no se había puesto nada de maquillaje, solo un color cereza en los labios. Se pasó las manos por el pelo tratando de aplastar algún cabello rebelde.

El vestido negro de escote cuadrado y tirantes caía hasta sus pies, era sencillo, de líneas rectas y pulidas. Elegante. Perfecto. Había dado con el hechizo para que no tuviese ni una sola arruga.

Como era algo patosa, le ponía nerviosa caminar con tacones altos y hacer el ridículo.

—¿Quieres estarte quieta? Estás genial —le dijo Maya con cariño.

Llevaba un traje de corte masculino, unos mocasines y su piercing característico. Estaba tirada en la cama jugando con Tinieblas. Todo lo que veía Rain en la indumentaria de su compañera de habitación eran arrugas y más arrugas.

Sonaron un par de golpes en la puerta y Rain se apresuró a abrir sintiendo el corazón en la boca. Jun estaba apoyado en el marco. Llevaba el pelo echado hacia atrás y vestía un traje de corbata

negro. Todavía podía intuirse en su piel las sombras de los moratones por su pelea con Ash Blake a principios de semana.

La garganta de Rain se estrechó cuando intentó tragar saliva. El deseo la golpeó con una fiereza salvaje y posesiva. Cuánto le habría gustado que él estuviese allí porque era su cita, que estirase la mano hasta tomar la suya, que se inclinase para saludarla con un beso... Frunció los labios, la ensoñación le dejó un sabor amargo en la boca.

Aiden, vestido con un traje de cuadros con chaleco, resopló mientras sobrepasaba a Jun, y cogió a Rain de la mano tirando de ella.

—Vamos, cuanto antes lleguemos, antes podremos irnos.

—Me encanta lo alegre que eres siempre —comentó Maya mientras salía la última de la habitación y cerraba la puerta tras ella.

Jun se inclinó ligeramente hacia Rain.

—Estás muy guapa, Rainy —dijo bajito.

A ella se le erizó el vello y se le olvidó cómo respirar durante un par de segundos. Sintió sus mejillas arder. Sus ojos brillaron cuando sonrió al mismo tiempo que Jun dejaba escapar un suspiro.



El castillo estaba lleno de murmullos y pasos. Todos se dirigían al gran salón en la planta de abajo. La directora Blean estaba hablando con la profesora Kêt en las puertas y les dio la bienvenida.

Había unas enormes lámparas de araña de gas en el techo, adornado con molduras, que desprendían una luz cálida y tenue; grandes columnas en las paredes y estatuas y bustos decorándolas. La madera del suelo trazaba dibujos geométricos y había mesas redondas aquí y allá con bandejas de canapés y copas de vino.

Una orquesta sin músicos tocaba al fondo de la sala, sobre una tarima, movida por un hechizo. Rain observó el lugar con admiración.

Aiden gruñó a su lado.

—¿Hay algo en mi cara que indique que soy amistoso?

Rain lo observó. Con los tacones era casi más alta que él.

—No.

—Entonces, ¿por qué Kane Diop piensa lo contrario? Por no hablar de Maya, que cree que somos amigos —gruñó.

—Quizá le gustas.

Aiden se irguió y le lanzó una mirada de soslayo a Kane. Estaba impresionante con un traje de chaqueta mao y un aro dorado en la oreja. Aiden resopló y apartó la mirada, aunque Rain percibió cierto rubor en sus mejillas.

—No me fio de los del Crepúsculo. Y él a mí no me gusta. Prefería el instituto, allí todos sabían cuál era mi lugar en nuestro pequeño ecosistema, el chico solitario y huraño, y solían dejarme en paz.

Maya, que se estaba atiborrando de canapés, soltó una carcajada.

—Pero qué dices, con lo alegre que eres, Clark.

Aiden la atravesó con la mirada.

Los ojos de Rain fueron hasta Jun, que estaba hablando con un veterano del equipo de combate de destreza. Agarró una copa de vino tinto y se la llevó a los labios con decisión. Tenía los nervios de punta.

—Vaya, alguien quiere soltarse la melena hoy —comentó Maya riéndose—. ¿Lo pilláis? —Aiden y Rain la miraron sin mover ni un músculo de la cara—. Porque llevas el pelo recogido —siguió Maya. Ninguno de los dos reaccionó—. Bah, sois unos sosos.

—¿No te has planteado que a lo mejor no tienes gracia? —contestó Aiden.

Rain apuró lo que le quedaba en la copa y los dejó enzarzados en otra de sus peleas mientras se dirigía con decisión hacia Jun. Sintió la caricia fría de unos ojos en la piel y se estremeció, una mala sensación se le anudó en el vientre mientras buscaba a la persona que la observaba, pero no encontró a nadie.

Tomó una bocanada de aire, prácticamente estaba alcanzando a Jun cuando Manon llegó a su lado y lo agarró de la mano.

—¿Bailas conmigo? —preguntó la chica.

Y el corazón de Rain se rompió a cámara lenta, un fragmento por cada gesto que percibió en la expresión de Jun: las comisuras de su boca elevándose, la calidez de sus ojos mientras la observaba, sus dedos apretando la mano de ella...

Le gustaba.

Rain le conocía demasiado bien. Ya había visto a Jun salir con otras chicas y era obvio que Manon le gustaba.

Se quedó parada observando cómo los dos se alejaban hacia la parte final del salón, donde la gente bailaba.

Estiró la mano izquierda y agarró una copa que se llevó a los labios. El cristal se resquebrajó levemente al contacto con su piel mientras los celos la recorrían en oleadas.

Observó el líquido rojo, su mente se sacudía salvaje en una mezcla de ira y tristeza. Se acabó el vino y cuando posó de nuevo la copa en la mesa, esta se deshizo hasta acabar convertida en arena.

«El amor no correspondido es una canción triste que no deja de repetirse», recordó haber leído una vez.



La directora Blean se subió a la tarima.

—Espero que lo estéis pasando bien y que disfrutéis de la fiesta —saludó, acercándose al micrófono—. Por favor solo os pediría que no hagáis hechizos estando ebrios y que el jardinero no encuentre a ninguno de vosotros mañana corriendo desnudo con un par de astas en la cabeza. —El comentario levantó un coro de risas entre los veteranos; en su mayoría eran de segundo; el tercer curso era un año bisagra entre la Academia y la inserción en las órdenes, así que muchas veces no estaban—. Y ni se os ocurra darles vida a las estatuas del corredor. ¡Disfrutad del inicio de curso!

Los ojos de Rain seguían los movimientos de Jun y Manon. Estaba apoyada en una columna con los brazos cruzados y una copa.

—¿Por qué te haces esto a ti misma? —susurró Aiden a su lado.

Maya estaba dando saltos junto a la orquesta.

—Tengo una inteligencia por encima de la media. He sido la primera de clase durante toda la secundaria, terminé con la mejor nota de nuestra promoción. ¿Por qué no puedo superarlo? No soy capaz de... racionalizar este sentimiento —contestó derrotada. Su lengua tropezó con algunas palabras, el alcohol estaba haciendo efecto.

—Porque la inteligencia no tiene nada que ver con las emociones, Rain.

—¿Y de qué me sirve entonces? Soy tan... ingenua. Pensaba que a lo mejor este año podría ser distinto. —Apretó la copa con los dedos y se la llevó a la boca, el líquido le supo horriblemente amargo—. Le quiero. Y a la vez me está consumiendo. —Aiden dejó escapar un suspiro—. No dejo de preguntarme si es que no soy suficiente. Sé que el atractivo no es mi fuerte, pero pensaba que... No sé, a veces juraría que es posible y luego mi esperanza se destroza contra el suelo. —Rain se pasó los dedos por el pelo y un par de mechones escaparon del moño.

—Rain, supéralo de una maldita vez. Jun no es el único chico del mundo, en la Academia habrá unos ¿cien?, ¿ciento cincuenta? Por no hablar de los que habrá en Hidden. Y tú no eres el problema, deja de pensar lo contrario.

—Ya lo intenté una vez y salió mal.

Alguien carraspeó y ambos levantaron la mirada para encontrarse con la enorme figura de Kane Diop. Tenía la boca torcida en una sonrisa de dientes blanquísimos.

—¿Bailas? —dijo, tendiéndole la mano a Aiden.

El chico observó el gesto con horror, contrajo el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Qué te hace creer que quiero bailar contigo?

—Déjame pensar... Estamos en una fiesta, en las fiestas se baila porque es divertido. ¿Sabes lo que es la diversión? —Aiden enrojeció —. A mí me encanta la diversión, soy muy fan de ella. —El color se le subió a las orejas y apartó la mirada de Kane—. Y he pensado que quizá te apetecería divertirte.

Aiden resopló airado y se preparó para negar, pero Rain lo empujó hacia Kane.

—Claro que bailará contigo. En realidad, se muere de ganas de bailar, ¿verdad, Aiden? —Él la miró con los ojos teñidos de traición. Pero Rain sabía que Aiden a veces necesitaba un empujoncito para salir de su caparazón, lo conocía demasiado bien—. Te dejaré copiarme los trabajos de Historia —le dijo al oído.

Aiden puso los ojos en blanco y caminó hacia la pista sin cogerle la mano a Kane.

—Vale, pero solo uno.

Kane le guiñó el ojo a Rain y se marchó. Ella los siguió con la mirada y volvió a toparse con el rostro sonriente de Jun, que la atravesó como un cuchillo afilado y ardiente.

Se alejó a por otra copa mientras un nudo de lágrimas le oprimía el pecho.

—¿Por qué no puedo marcharme? —Oyó a una voz prepotente que preguntaba, y giró la cabeza.

Blake, vestido con un esmoquin negro con fajín, estaba discutiendo con la profesora Kêt en la puerta. Era obvio que procedía de una de las familias poderosas del Mundo Fuera de lo Normal, tenía la pose, la figura y las maneras de un niñato de clase alta. Incluso ese atuendo... lo llevaba con tanta elegancia y comodidad, tenía que estar acostumbrado a ello. La mayoría de los chicos habían optado por ponerse trajes más simples. Pero a Blake tanta elegancia le sentaba como un guante. Rain se preguntó si habría usado un hechizo o si se lo habrían hecho a medida. A cualquier otro aquel fajín le habría hecho parecer ridículo o fuera de lugar; en Blake encajaba a la perfección.

—Hasta la medianoche nadie puede irse de la fiesta, es obligatoria la asistencia, señor Blake.

Él se giró molesto y sus ojos se encontraron con los de Rain, que continuaba observándolos.

—Es ridículo —masculló para sí.

Se acercó a la mesa de las copas, donde estaba ella, y cogió una. Su mirada fría y penetrante la recorrió con lentitud. Entonces apartó los ojos de ella y los dirigió al final de la sala donde la gente bailaba.

Soltó una pequeña risa sofocada.

—Debe de doler —dijo con esa voz profunda y pausada que tenía.

Los hombros de Rain se tensaron y sus pies trastabillaron. Se sujetó con la mano izquierda a la mesa para recuperar el equilibrio.

—¿Qué?

Él hizo un gesto hacia Jun y Manon.

—¿Acaso te llaman la atención las emociones de los demás porque careces de ellas? —contestó Rain, claramente desinhibida por el alcohol.

—Tienes razón, no conozco el sentimiento. Nunca me han roto el corazón —replicó con aquella pose de superioridad que le caracterizaba.

—Suerte... —masculló Rain.

Volvió la cabeza hasta observar la noche a través de la ventana que tenía delante. Parpadeó deprisa para evitar derramar una lágrima y se bebió el vino de un trago. Ya no notaba el sabor. Solo quería apagar el mundo, desconectar. Apretó los párpados con fuerza e hizo una respiración profunda.

—Es tan ridículo... —reflexionó Blake.

Ella abrió los ojos y giró la cabeza para enfrentarlo. Las lágrimas hacían brillar sus iris castaños, pero no las dejó escapar. Se sintió profundamente vulnerable y en esa emoción encontró un poder oscuro, cargado de odio, de celos y envidia. Como una bestia dormida que comenzaba a despertarse.

«No hay nada más doloroso que la pérdida de la inocencia».

En los ojos de Blake se reflejó algo que Rain no fue capaz de captar.

—Eres tan ingenua, chica Amanecer. ¿Cómo has conseguido entrar aquí?

Rain abrió la boca.

—Y tú eres una persona cruel y esnob, justo como todos los hijos de los grandes linajes —dijo tambaleándose, la copa se balanceó en su mano y el vino le mojó los dedos. Cerró los ojos un momento. Había bebido demasiado.

Blake resopló, la comparación le había escocido.

—Se ve que no tienes ni idea de qué va esto.

Se habían acercado tanto que él tenía que inclinar el cuello hacia abajo para mirarla a los ojos. Y de nuevo ella sintió que ocupaba todo el espacio a su alrededor, robándole el aire y haciéndola sentir atrapada.

—¿Y de qué va? —susurró ella.

—No conoces el Mundo Fuera de lo Normal, no conoces la naturaleza de las personas que lo manejan. Ni siquiera participas del juego, chica Amanecer. Pero si quieres saberlo, pregúntaselo a Jeong y que, de paso, te explique por qué finge no darse cuenta de lo que sientes por él.

Rain se echó hacia atrás como si la hubiese abofeteado. Era tan fácil leer lo que sentía, todo en ella parecía gritarlo. En el Mundo Fuera de lo Normal nadie con poder mostraba sus cartas, así que a Blake siempre lo descolocaba un poco su vulnerabilidad.

Rain cogió una botella de vino y se marchó enfadada. Hacía diez minutos que habían pasado de la medianoche y podía alejarse de aquel tormento.



«El amor es la tragedia más dulce. Fiebre que enferma de deseo».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 11



Rain dormía apoyada a una de las columnas de la primera planta con los dedos alrededor del cuello de la botella de vino, casi vacía. Sus zapatos de tacón estaban tirados a un lado; su moño deshecho hacía que el pelo le cayese como una cascada revuelta sobre la cara. Todavía mostraba el rastro de un par de lágrimas resbalando por sus mejillas.

Unas manos la tomaron de los hombros sacudiéndola.

—¿Qué haces aquí? Despierta —repetía una y otra vez una voz a lo lejos.

Los párpados de Rain se sacudieron, en la oscuridad del pasillo atisbó un rostro masculino. «¿Jun?».

—Eres tú... —susurró con la garganta seca.

El tacto de las manos de su amigo en sus hombros desnudos la hizo sacudirse con un escalofrío, y Rain lanzó los brazos alrededor del cuello del muchacho. Él dijo algo, pero ella no lo entendió.

Su boca chocó con la de él en un beso torpe y dulce. Casi desesperado.

Inspiró. Se sentía quebradiza y pequeña.

—No sabes cuánto deseaba hacer esto —murmuró contra sus labios, acariciándolos con las palabras.

Sintió el pecho de él moverse cuando tragó aire. Aquel gesto fue una pequeña victoria, había conseguido provocarle algo. Así que volvió a besarlo con más fuerza. Se estiró poniéndose de rodillas y metió las manos entre su pelo. Jun no se movió, se quedó completamente quieto durante unos segundos con la respiración contenida, como si todavía no hubiese procesado lo que estaba ocurriendo.

Rain ya había soñado otras veces con él, pero esta vez parecía tan real... Ya no importaba si al despertar todo desaparecía, solo quería sentir, aunque fuese una ilusión, que él la correspondía.

—Me estás matando.

Le pareció que Jun trataba de decirle algo.

Rain le acarició los labios con la lengua, y él, después de unos segundos de duda, reaccionó devolviéndole el beso. La agarró de la cintura y la pegó a su cuerpo. Sus manos se movieron por la espalda de Rain hasta llegar a su nuca, donde sus dedos terminaron de deshacer el moño tirándole un poco del pelo.

Rain dejó escapar un gemido y él la apretó con más fuerza. Llevaba tantos años soñando, deseando, esperando aquel momento que le parecía irreal. Le acarició el rostro con manos temblorosas, las puntas de los dedos le hormigueaban con chispas eléctricas. Le dio la sensación de que él decía algo entre dientes y un sonido gutural escapó de su garganta.

Rain se apartó un momento para recuperar el aliento apoyando la cabeza en su cuello. Pero volvió a besarle, embriagada como estaba de él, de la sensación sobrecogedora de tenerle.

Ella era dulce, dúctil y suave en las manos de él.

Él era fuerte, firme, casi afilado en las manos de ella.

Y la besó de vuelta como si quisiese arrasarla, y, sin embargo, sus manos eran delicadas.

—Esto que siento... —volvió a decir ella, pegada a sus labios—. No dejes que me destroce.



«Espantoso juego el amor, en el cual es preciso que uno de ambos jugadores pierda el gobierno de sí mismo».

BAUDELAIRE





CAPÍTULO 12



Un sonido constante y repetitivo chocaba contra su consciencia. Gruñó, molesta. La cabeza le dolía a rabiar. El sonido se fue haciendo más y más fuerte hasta que abrió los ojos. La lluvia caía con fuerza contra el cristal de la ventana.

Los ojos de Tinieblas la observaban y habría jurado que la gata la juzgaba.

—¿Qué hora es? —gritó alarmada, y el sonido de su propia voz la hizo encogerse de dolor.

Miró el reloj. Las doce. Casi la hora de comer. No había dormido tanto desde... mmm, pensar dolía.

La cama de Maya estaba hecha y no había rastro de su compañera. Rain llevaba puesto el vestido de la fiesta, tenía los ojos hinchados de llorar y el pintalabios emborronado. Su pelo era un nido de pájaros. Tenía un aspecto horrible, igual que se sentía por dentro. No recordaba cómo había llegado a su cama. Se había marchado de la fiesta enfadada y triste y luego...

Había algo, algo en la parte trasera de su mente luchando por salir a la superficie, pero no conseguía traer el recuerdo de vuelta.

Se metió en el pequeño cuarto de baño de la habitación. Las tuberías chirriaron cuando giró el grifo. Se estremeció cuando el agua caliente tocó su piel y dejó escapar un suspiro.

Imágenes de la noche anterior daban vueltas en su memoria. Jun y Manon. Sentía una ira helada anudada en las entrañas. Eran las últimas personas a las que le apetecía encontrarse hoy y...

El recuerdo de unos labios contra los suyos le acarició la mente.

«Imposible», se dijo.

Al ser sábado no tenían que llevar uniforme. Se puso un jersey negro y una falda de tablas por debajo de las rodillas del mismo color. Cogió las gafas de la mesita de noche y se secó el pelo ligeramente antes de salir en busca de Aiden.

Pegó la oreja a la puerta de su habitación a ver si lograba averiguar si estaba allí. No quería encontrarse con Jun, necesitaba al menos un par de días para ser capaz de fingir que no tenía el corazón roto por su culpa.

Bajó a la sala común y nada, ni rastro de ninguno de los dos. Aunque le pareció captar un vistazo de una cabeza rubia a lo lejos que se parecía a la de Manon. Tampoco vio a Maya por ninguna parte, pero pensó que, al ser día libre, a lo mejor había ido a Hidden.

El único otro lugar donde podría estar Aiden era en la biblioteca.

Los estragos de la fiesta se intuían en las caras ojerosas de los alumnos, en las pisadas lentas y pesadas y los bostezos. Y también en que todas las estatuas del corredor del primer piso habían cambiado de posición para que pareciesen estar bailando una polka.

La biblioteca de la Academia era demasiado grande, tanto que alguien podría esconderse en ella y tardarían días en encontrarlo. Pero como Aiden y Rain eran almas gemelas, no tardó más de un par de vueltas en localizarlo junto a los tableros de ajedrez.

—Por fin apareces —le reprochó él.

Ella le dedicó una sonrisa de sabihonda.

—Muy inteligente colocarte en mi zona favorita.

—Rain, eso te hace una persona superpredecible, no sonrías.

—No, he venido aquí porque te estaba buscando y sabía que estarías en un lugar donde yo pudiese localizarte.

Se sentó frente a él y encendió la lamparita verde. El día estaba gris y apenas se veía nada.

—¿Por qué has dormido hasta tan tarde y dónde te metiste anoche? No puedo creer que me hicieses bailar con ese chico. Qué tormento.

Rain apoyó una mano encima de la otra y se inclinó hacia delante.

—No mientas, Aiden. No sabes.

Cuando Aiden se ponía nervioso movía mucho las manos y cuanto más nervioso lo ponía una persona más cabreado fingía estar.

—¿Dónde fuiste?

—No me acuerdo —reconoció ella, avergonzada. Se aclaró la garganta para deshacerse del leve tono de tristeza que se había colado en su voz—. Cogí una botella de vino y me fui a eso de las doce. Ash Blake estaba por allí y... Jun...

El rostro de Aiden se suavizó.

—Tienes que olvidarte de él ¿vale? Anoche cuando volví a la torre te encontré dormida en la puerta y tuve que llevarte hasta tu cama. ¿Es que no te acuerdas?

—Ah, así que fuiste tú. Pensé que habría sido Maya. ¿La has visto? Cuando me he despertado ya no estaba, y su cama estaba hecha, lo que es raro porque nunca la hace al levantarse —recalcó.

—No, cuando me fui de la fiesta no la vi. Pero cuando te acosté todavía no estaba allí. ¿Crees que se habrá liado con alguien? —preguntó para sí mismo.

Rain le dedicó una sonrisa.

—Vaya, ¿ahora te interesa Maya? Pensaba que no era tu amiga.

—Ya le gustaría a ella serlo, solo es curiosidad —contestó él, cruzándose de brazos.

—¿Y Jun? —susurró Rain.

—Jun, ¿qué?

Ambos se miraron fijamente en silencio. Rain no quería pronunciar la pregunta en voz alta y Aiden ya sabía lo que ella deseaba saber, solo estaba siendo impertinente. Rain lo atravesó con sus ojos marrones, todavía los tenía algo hinchados.

—Rain, no te tortures a ti misma —dijo él con cariño, la única persona por la que era capaz de mostrarlo abiertamente. La garganta de ella se movió apretada. Sentía que alguien le estaba estrangulando el corazón. Aun así, sus ojos siguieron expresando decisión—. Cuando me fui se quedó en la fiesta con... Ya sabes con quien. Y esta mañana no estaba cuando me he despertado. Lo he visto en el desayuno.

Rain se echó hacia atrás y se agarró a los laterales de la silla con ambas manos. Ninguno de los dos lo dijo, pero estaba claro dónde y con quién había pasado la noche.

Respirar se convirtió en una tortura, apenas le entraba aire en los pulmones. Se levantó de la silla echándola hacia atrás con fuerza.

—¿Adónde vas?

—No me encuentro bien, voy al laboratorio.

Aiden hizo el amago de seguirla y ella negó con la cabeza. No es que no apreciase el gesto de su amigo, pero necesitaba estar sola para romperse. Los dos se conocían y se parecían lo suficiente para saber cuándo necesitaban espacio y cuándo no.

El laboratorio estaba en la primera planta. Era una sala alargada con mesas corridas llenas de calderos, matraces, tubos de ensayo, termómetros... Al fondo estaban los armarios con los ingredientes clasificados cuidadosamente con etiquetas. Y en la pared de la derecha, la escalera que subía hasta el aula de Fuerzas Arcanas.

Como Rain ya había estado allí, no le costó encontrar lo que necesitaba para preparar la poción reconfortante. Conocía la receta de memoria. La había preparado más de una vez para Jun y Aiden después de una noche de fiesta. También para su madre.

Le curaría la resaca, pero no el corazón.

Encendió uno de los calderos, vertió agua y los ingredientes, que pesó con precisión milimétrica. El olor a melisa le inundó las fosas nasales y se tomó una cucharada. Guardó el resto de la pócima en un frasquito de cristal y se marchó.



Maya no apareció por la Academia en todo el sábado. Rain estaba junto a la chimenea en el salón común repasando su libro de Lengua Antigua con Aiden a su lado leyendo una novela.

Era domingo por la tarde y su compañera no había dado señales de vida.

—¿Crees que le habrá pasado algo? —preguntó Rain.

—Seguramente debe de estar en Hidden pasando el fin de semana —sugirió Aiden.

Como al castillo no llegaba la línea telefónica ni estaba permitida la tecnología no había forma de contactar con Maya y a Rain no se le ocurría cómo podían comprobar si estaba bien. Tendrían que esperar hasta esa noche para ver si volvía.

Se había habituado tanto a su compañía que la echaba de menos. Maya siempre conseguía aligerar los momentos pesados y era divertida.

—¡Eh! ¿Dónde te habías metido? La última vez que te vi fue al principio de la fiesta —dijo Jun, sentándose a su lado.

Rain levantó al cabeza y las gafas le resbalaron por el puente de la nariz hasta pegarse a su cara. Parpadeó sintiéndose un poco boba. Había bajado a todas las comidas lo más tarde posible para evitar encontrárselo, se había comportado como si estuviesen jugando al escondite.

Jun tenía el pelo húmedo y le caía sobre la frente, lo que le hacía parecer más joven. A Rain siempre le había enternecido esa imagen de él más natural. Estaba completamente enamorada de todos los detalles de su rostro: la longitud de las pestañas, el lunar de la nariz, la forma de la boca, lo afilado de su mandíbula. De la forma cómo movía las manos o de cómo pronunciaba las palabras...

Se ahogaba en él. Y ya no podía soportarlo más.

—Ayer fui a buscarte a la biblioteca, pero no te encontré. ¿Qué has estado haciendo? —preguntó, esbozando una ligera sonrisa cariñosa.

Rain cerró el libro de golpe y se levantó recta como un palo. Jun la miró algo descolocado.

—Estoy... estudiando.

—¿El qué? Solo hemos tenido dos semanas de clase y no nos han mandado ningún trabajo.

—Quiero... quiero abrir un club de ajedrez y estoy estudiando la normativa de la Academia. Así que tengo que irme porque... porque tenemos... la primera reunión.

Aiden negó con la cabeza. Era pésima mintiendo.

—¿Ya has encontrado miembros? —preguntó Jun.

—Eh... Ah... —Tantos conocimientos y era incapaz de improvisar buenas excusas—. Bueno solo... —Miró el reloj—. Llego tarde, ya os contaré qué tal ha ido. Adiós.

Sus mocasines repiquetearon en las baldosas del suelo mientras salía torpemente de la torre.

Llegó a la biblioteca con un nudo en la garganta. Comenzó a recorrer las estanterías perdida en sus pensamientos. Leer y aprender cosas nuevas siempre era un refugio genial para apartarse de sus emociones y del ruido de su cabeza. Enfocarse tanto en algo que al final conseguía olvidarse de su propia existencia.

Vio a lo lejos la sección de Magia del Caos. Sus pies dudaron, sintió curiosidad. «Solo era conocimiento», se dijo. Saber cosas no implicaba utilizarlas. Las estanterías del Caos eran tantas que los pasillos se volvían más estrechos y abigarrados.

Fue leyendo los lomos hasta que un título le llamó la atención: *Guía de maldiciones*.

—Es una pérdida de tiempo, las que están prohibidas no aparecen y esas son las verdaderamente interesantes —dijo una voz a su espalda.

Rain se giró sorprendida, no le había oído llegar. Cuando sus ojos se toparon con el rostro anguloso de Blake una sensación cálida le acarició los labios. Fue extraño, algo así como un *déjà-vu* sensorial. Como si alguien le hubiese tirado un cubo de agua helada a la cara.

—Es interesante verte aquí, chica Amanecer. ¿Ya te has dado cuenta de que el Caos es mucho más divertido que el Orden?

—Simple curiosidad —contestó ella.

—¿Qué buscas?

Rain se encogió de hombros.

—Solo miraba.

Los labios de Blake se estiraron en un gesto sarcástico.

—¿Qué? —dijo ella.

—Nada —contestó críptico.

—¿Y tú qué buscas? —preguntó Rain pasando los dedos por un par de lomos distraída.

—Todavía lo estoy averiguando —murmuró Blake para sí mismo, de modo que ella no lo oyó—. ¿Quieres maldecir a Jeong o a Dubois?

Rain giró la cabeza para mirarlo, sus ojos muy abiertos detrás de las gafas.

—Maldecir a alguien está prohibido —lo censuró—. Me echarían de la Academia y no podría entrar en ninguna de las órdenes y... —no quiso añadir que podría ir a Tártaro.

Blake arqueó una ceja e inclinó ligeramente la cabeza con suspicacia.

—No te he oído decir que esté mal —puntualizó, y sus ojos grises brillaron.

Rain lo sobrepasó y salió de la sección del Caos. Entrar había sido un error.

—Ya veo... Empiezas a entenderlo.

Sus palabras la atravesaron como una flecha. Se volvió sobre su hombro para responderle, pero se quedó atrapada.

«Sus ojos son de astros en que centellea vagamente el misterio, y su mirada ilumina como el relámpago: es una explosión en las tinieblas». Pensó en aquel verso de Baudelaire al mirarlo.

Blake tenía esa expresión de nuevo, como si supiese algo que ella todavía desconocía.

—¿Rain? —se oyó la voz de Jun susurrar—. Rain, ¿dónde estás?

—Oh, mierda —masculló ella por lo bajo.

Giró sobre sí misma buscando qué hacer.

Blake frunció el ceño y su habitual expresión de frío desprecio se acentuó.

Jun giró una esquina y se encontró con ambos; frenó de golpe sorprendido y descolocado.

—¿Qué...?

Rain agarró el brazo de Blake como si fuese una tabla de salvación y lo miró a los ojos con una seriedad profesional. Él se tensó levemente.

—Bueno, las reuniones del club serán dos veces por semana, los miércoles y los domingos. Así que hasta la próxima.

La mirada de Blake bajó hasta la mano de ella que se aferraba a su camisa, suspicaz. Y luego volvió a subir a los ojos castaños cargados de desesperación de la chica.

—¿Qué club? —preguntó con toda la intención.

Rain apretó los labios molesta.

—*Nuestro* club de ajedrez —enfatizó.

Blake tiró de su brazo y dio un paso hacia ella. Rain podía ver de reojo como Jun los observaba con cara de poco de amigos.

—No sé de qué club me hablas —pronunció las palabras despacio dejando que cayeran con peso, y aun así su tono fue ligero—. Si lo que quieres es pasar tiempo conmigo solo tienes que pedirlo —siguió con tono burlón.

La vio enrojecer hasta la raíz del cabello al mismo tiempo que sus labios se separaban, entre turbada y confusa. Y entonces estudió la reacción de Jun con el rabillo del ojo y una ligera e imperceptible sonrisa se extendió por sus labios.

Rain cerró los párpados mortificada, claro que alguien como él no la ayudaría, sino que haría todo lo contrario.

—Rain —la llamó Jun.

Las facciones de la chica se contrajeron en una mueca de dolor y trató de no apartar la mirada de Blake, cuyos ojos grises parecían una tormenta, como las nubes antes de descargar un aguacero. Siempre que estaba cerca de él había una parte de ella que se encogía intimidada.

Blake se apartó y se marchó pasando cerca de Jun mientras disfrutaba de la semilla que acababa de plantar.



Si hubiese podido esconder la cabeza en la sopa que tenía delante lo habría hecho. Aiden la estaba atravesando con la mirada sin ningún tipo de vergüenza.

—¿Puedes parar? —le pidió ella.

—¿Hay algo entre tú y... —se giró hasta dar con la cabeza rubia de Blake, era fácil identificarlo, además de ser alto, sus hombros eran los más pretenciosos de toda la Academia— ese?

—¿Por qué se lo has contado? —murmuró Rain.

Jun parecía irritado.

—¿Eso es lo que has estado haciendo este fin de semana? ¿Quedando con él?

—Claro que no —contestó con calma—. Ya te lo he dicho, estoy intentando reclutar a gente para mi club de ajedrez —mintió.

Se sopló el flequillo nerviosa.

—Rain, ni siquiera sabía de qué club estabas hablando. Más bien parecía que estabas intentando quedar con él.

—Porque es un capullo. —La palabrota salió de su boca antes de que le diese tiempo a pensarlo—. Quería fastidiar, solamente eso.

Jun dejó la cuchara sobre la mesa y se giró para mirarla de frente.

—¿Por qué has invitado a ese imbécil a tu club de ajedrez?

—Pues porque... ¿sí? —dijo con un deje de duda—. Oye solo necesito a buenos jugadores, no me importa la orden en la que estén, y conocer... *sus* mentes —dijo haciendo referencia a los del Crepúsculo— puede venirnos bien.

Se cruzó de brazos mostrando firmeza. Su expresión le dejó claro a Jun que no iba a admitir ninguna réplica.

—No sé si me gusta que interactúes con ese tipo, Rainy.

El tono de preocupación y el apodo cariñoso la atravesaron como dagas ardiendo.

—Oye, déjala; ya es mayorcita para hacer lo que quiera —intervino Aiden.

Jun parpadeó dolido.

—Ya sabes quién es y cómo se comporta —dijo indignado—. Sois mis amigos, claro que me preocupo por vosotros.

Rain escondió las manos debajo de la mesa y cogió aire.

—Bueno, basta. No quiero seguir hablando del tema. Puedo tomar mis propias decisiones, Jun, igual que tú tomas las tuyas —rebatió mientras se levantaba. Cogió su bandeja de metal y se marchó.

—Eres un egoísta —oyó que decía Aiden, cabreado.



«¡Yo soy la herida y el cuchillo!».

BAUDELAIRE





CAPÍTULO 13



El lunes, cuando el despertador sonó, Rain se topó con Tinieblas dando vueltas sobre la cama sin deshacer de Maya. La gata le dedicó un largo maullido y Rain experimentó una sensación extraña.

Se abotonó la camisa y se hizo el nudo de la corbata a toda prisa. Cogió el primer jersey que encontró y salió corriendo de la habitación. Todavía no había alumnos en la sala común, faltaba al menos media hora para que comenzase la hora de desayuno.

Subió hasta la cuarta planta, donde estaba el despacho de la profesora Kêt. La mayoría de los profesores vivían en Hidden y no dormían en la Academia, así que rezó por que hubiese llegado ya.

Cuando entró en la torre norte, oyó gritos amortiguados detrás de la puerta de Akin Diop.

—No vuelvas a hacerlo.

—No pienso dejarlo como está.

—Si te pillan te expulsarán. Con tu...

—¿Con mi qué?

Rain reconoció la voz, era Blake.

—Por favor, no lo pongas difícil. Solo quiero protegerte.

—¿A mí o a Kane? Porque, tranquilo, no lo he hecho partícipe.

—Estás bajo mi tutela. Y me preocupo por ti y sé que lo sabes. Así que, por favor, déjalo estar, Ash.

Blake contestó algo más que ella no llegó oír y la puerta se abrió de golpe. Al salir casi chocó con Rain, tenía los ojos iracundos y la boca curvada con rabia.

—¿Estabas escuchando a escondidas? —la acusó con su prepotencia habitual y un toque de agresividad.

—No, yo...

El profesor Diop se acercó por detrás de Blake.

—¿Qué hace aquí, señorita Lee?

—Quería hablar con la profesora Kêt. Mi... mi compañera de cuarto no ha dado señales desde el viernes por la noche y... pensábamos que quizá estaba pasando el fin de semana en Hidden, pero no ha vuelto.

Los ojos de Blake se estrecharon. El profesor Diop miró la hora en su reloj de pulsera.

—Puede que aparezca durante el desayuno o en la primera clase.

—Pero no se ha llevado nada y tampoco dijo que tuviera intención de marcharse. Por eso quería hablar con la profesora Kêt; es nuestra tutora, a lo mejor Maya le comentó algo.

—Dominique no llegará hasta segunda hora; si la veo le comentaré lo sucedido. Deberíais empezar a pasar hacia el comedor.



Rain tenía la mirada perdida en su café negro. Las cosas estaban tensas en su mesa. Jun se había sentado en la punta contraria con Manon, pero no paraba de lanzarles miradas a ella y a Aiden, parecía un cachorro abandonado.

—Quiere que le digamos que venga —comentó Aiden sorbiendo su té negro con leche. Las gafas se le empañaron con el vapor y se las quitó para limpiarlas en el jersey. Soltó un «ja» por lo bajo malhumorado—. Y otro que no deja de mirar hacia aquí. ¿Qué pasa hoy? —Chasqueó la lengua enfadado—. Tierra llamando a Rain.

Ella levantó la mirada de su café y miró por encima de su hombro en la dirección en la que señalaba Aiden. No solo Kane Diop, también Blake, miraba hacia ellos. Rain apartó la mirada a toda prisa.

—Yo creo que le gustas.

—Mecachis —dijo con ironía Aiden—, qué mala suerte porque él a mí no. —Rain tamborileó los dedos en la mesa ignorándolo pensativa —. ¿Y a ti qué te pasa esta mañana? ¿Y porque el imbécil rubio no para de mirarte? Casi parece que quiera matarte. ¿Le has hecho algo?

—Maya no ha dormido hoy tampoco aquí. Y no aparece. Estoy empezando a preocuparme. ¿Y si le ha pasado algo?

Aiden puso los ojos en blanco, aunque en realidad era evidente que él también estaba inquieto.

—A lo mejor se ha escapado o ha huido con uno de los miembros de la orquesta —bromeó para aligerar la tensión.

—Aiden, era una orquesta sin músicos, ¿qué dices?

—Seguro que aparece durante el día de hoy en cualquier clase. Puede que se le haya hecho tarde allí donde esté.



Para la cuarta hora, en la que les tocaba Defensa, Maya todavía no había aparecido. El profesor Li los estaba colocando por parejas,

mientras les explicaba el ejercicio. Aquel día iban a manejar un *bo*, un bastón largo de madera, más alto que Rain.

—Esta arma nos permitirá entrenar habilidades como la coordinación, el equilibrio y la fuerza —decía el profesor—. Puede usarse tanto para defensa como para ataque y por eso es muy útil. Poneos uno frente a otro e iremos rotando para practicar con compañeros de distintas alturas y complexiones.

—Esta clase me parece un instrumento de tortura —murmuró Aiden mientras se colocaba frente a Rain.

—Comenzad —ordenó Li con su fuerte acento.

Rain giró el *bo*, frenando un golpe de Aiden, y con la otra punta lo apuntó a la barbilla.

—Bien hecho, Lee —la animó el profesor, y ella sonrió satisfecha.

Los compañeros rotaron para el siguiente ejercicio y una chica del Crepúsculo se colocó delante de ella. Blake la agarró del codo y la cambió con él.

—¿Qué haces? —se quejó Rain.

—¿Qué has oído esta mañana? —preguntó; su tono era bajo, casi suave, pero llevaba implícita una clara advertencia.

—Comenzad —indicó el profesor por segunda vez.

Blake movió la vara con las dos manos hasta apuntar al pecho de Rain con un movimiento rápido y certero. Ella la desvió a un lado mientras daba un paso hacia atrás.

—A Diop echándote la bronca. No he entendido de qué hablabais y tampoco me importa. ¿Vale? —Rain volvió a defenderse de un golpe de Blake que iba dirigido a su cabeza.

—No me mientas —contestó amenazante, y Rain se dio cuenta de que de verdad le preocupaba que ella hubiese oído de qué hablaban.

Aquello le pareció sospechoso y despertó su curiosidad. ¿Qué ocultaba?

—No miento —se defendió.

—Esto se te da de pena —murmuró él, parando con la mano el golpe de Rain, cerró los dedos alrededor del *bo* y se lo arrebató con facilidad.

Los ojos de ella se abrieron sorprendidos y asustados. La cara se le puso roja, con la rabia y la indignación pugnando por tomar el control de sus facciones.

—¿Qué has dicho?

Blake le barrió los pies haciéndole una zancadilla mientras la apuntaba al cuello con su vara y Rain perdió el equilibrio. Él la sujetó del cuello de la sudadera para evitar que cayese.

—Solo te lo diré una vez: no te metas en mis asuntos, chica Amanecer —la avisó en un tono serio y cortante.

Entonces la soltó dejándola caer de culo.

Los hombros de Rain temblaban entre la rabia y el miedo. Pero no pensaba dejar que el pánico ganase la partida.

La mano de Jun apareció delante de sus ojos, y Rain apartó la mirada de la espalda de Blake y su postura desafiante.

—¿Estás bien?

—No, odio las clases prácticas —gruñó Rain mientras le cogía la mano para ponerse de pie.

—Eh, no quiero que estemos enfadados, Rainy. —Los dedos de Jun le dieron un apretón cariñoso y a Rain el corazón le dio un vuelco.

A veces sentía que no había nada en el mundo que no haría por él. Y lo sentía con una fiereza que la asustaba.

La profesora Kêt estaba en su habitación mirando entre las cosas de Maya. Rain tenía a Tinieblas en brazos porque la gata no había recibido con mucho entusiasmo la visita.

—La directora Blean ha bajado a Hidden para llamar a sus madres, por si se hubiese puesto en contacto con ellas. ¿Cuándo fue la última vez que la vio? —le preguntó de nuevo.

—En la fiesta del viernes. Después del discurso de la directora estaba bailando. Yo me marché pronto.

Kêt se quedó pensativa y luego asintió para sí misma.

—Bueno, si se entera de algo, hágamelo saber. Pero estese tranquila, no es la primera vez que un alumno se escapa.

—Pero Maya no parecía querer marcharse. No era muy fan de estudiar —añadió—, pero estaba contenta de estar aquí. No la oí quejarse ni una vez y no parecía que la hubiesen obligado a venir.

Kêt le dedicó una sonrisa.

—La mayoría de las veces no sabemos lo que pasa por la cabeza de los demás. Le diré si sus madres saben algo.

Aiden entró en la habitación en cuanto vio que la profesora Kêt bajaba hacia el salón común. Rain estaba sentada en la cama con Tinieblas en su regazo.

—¿Qué ha dicho?

—La directora Blean ha bajado a la ciudad para hablar con sus madres —contestó pensativa—. A ver, si yo me fui a las doce y tú a las... ¿A qué hora te fuiste?

Aiden se sentó en la cama a su lado.

—Pasada la una y media.

—Y Maya ya no estaba...

—No, o al menos yo no la vi.

—Jun se fue más tarde, quizá él sí que la vio. Quizá había ido al baño y volvió después de que tú te marchases.

Aiden observó a su amiga en silencio durante varios minutos. Parecía estar teniendo una conversación consigo misma en su cabeza.

—Rain —le dijo en tono de advertencia.

—¿Qué?

—No.

Ella se levantó y fue hacia su escritorio. Levantó la tapa de madera y agarró un cuaderno y una pluma.

—Rain, no —repitió Aiden—. Esto no es ninguna clase de problema cuya solución tengas que buscar. No tienes que encontrarle respuesta a todo.

—¿No estás preocupado por ella? ¿Y si le ha pasado algo? Aquella noche bebió. Podría... podría estar herida o... —se tragó la palabra —. Solo quiero reunir algo de información por si pudiese resultarle útil a la Academia en caso de que sea necesario.

Aiden se dejó caer en la cama, hastiado.

—Entiendo que estés preocupada, yo también. Pero no te obsesiones con ello, te encanta encontrar respuesta a las cosas. —Tinieblas le dio con la cola en la cara—. Estúpida gata.

Rain estaba concentrada apuntando todos los detalles que conocía en la libreta.

—Solo voy a preguntar un poco por ahí. Eso no le hace daño a nadie. ¿No me buscarías si me hubiese pasado a mí?

—Claro que sí, pero tampoco conocíamos tanto a Maya como para saber si se ha ido por su cuenta o no. —Tinieblas lo atravesó con sus ojos amarillos y le enseñó los dientes. Aiden se levantó deprisa antes de que le diese un zarpazo.

—Maya no...

No podía creer que simplemente se hubiese ido. Rain sabía cuál era la sensación, cómo se sentía conectar con alguien y con Maya lo

había hecho, porque era igual a lo que había experimentado con Jun y Aiden.

Y la echaba de menos. Vale, sí, solo habían estado juntas dos semanas, pero había un vacío y un silencio enorme que antes ocupaba Maya y que la hacían sentir terriblemente triste.

Era de esas personas a las que coges cariño al instante y sin darse cuenta Rain ya había hecho un hueco en su vida para ella y estaba segura de que Maya también se había sentido así con Aiden y con ella.

—¿Por qué habría de querer irse? Me dijo que se había esforzado mucho por entrar aquí y parecía feliz.

—No lo sé, a veces no sabemos por lo que están pasando los demás. Me tengo que ir, esta tarde tenemos práctica con el club de combate.

—¿Cuándo es el primer encuentro?

—En tres fines de semana —contestó.



Para la hora de cenar Rain había conseguido hablar con las chicas de segundo que habían bailado con Maya hasta al menos la medianoche. Le habían perdido la pista cuando ella se había ido al baño y no recordaban haberla visto más por la fiesta. Aunque para entonces ya iban bastante borrachas.

Rain cazó a Jun solo en el corredor de la primera planta antes de la cena.

—¿A qué hora te fuiste de la fiesta?

Él se mostró algo incómodo con la pregunta e hizo memoria.

—Casi de los últimos, serían las dos y media.

Rain se apoyó en una columna, el frío de la piedra se coló a través de su ropa. La siguiente pregunta iba a dolerle, era como una tirita que debía arrancar con rapidez.

—¿Manon se fue contigo?

Los hombros de Jun se tensaron de forma casi imperceptible. Si no lo conociese tan bien, si no hubiese memorizado cada uno de sus gestos, hasta el más leve, no lo habría notado. Rain apretó los dientes. Algún día, si le tocaba pelear con una criatura del Otro Lado y salía malparada del encuentro, sabía que cualquiera de las heridas que le hiciera dolería menos que aquel momento.

Jun era consciente de lo que ella sentía, o al menos lo intuía. Solo eso podía explicar esa reacción ante su pregunta.

—Sí —contestó.

Sus ojos parecían nubes de tormenta.

—¿Viste a Maya? —preguntó con la voz ronca.

—Eh... no me fijé. Sí que la vi durante la noche, pero no recuerdo cuando fue la última vez.

—¡Oh, señorita Lee! Justo iba a buscarla al comedor. ¿Puede acompañarme? —la llamó la profesora Kêt.

Rain no fue capaz de mirar a Jun. Siguió a su tutora por el castillo en silencio, concentrada en el sonido de sus pasos repiqueteando contra la piedra. Estaba tan colapsada, tan bloqueada que las emociones se le agolpaban unas contra otras.

Subieron la torre norte hasta la punta, donde estaba el despacho de la directora Blean. Rain casi no tuvo tiempo de procesarlo cuando Kêt abrió la puerta.

Era una estancia semicircular con dos alturas. El suelo tenía un patrón damero y había múltiples plantas por toda la estancia.

Astrid Blean estaba sentaba en un sofá orejero marrón. Llevaba las mismas botas de color rubí de punta del día de la presentación y

un vestido marrón oscuro que acentuaba sus curvas. Tenía el pelo recogido en un moño informal y un mechón largo le caía sobre la cara.

—Esta es la compañera de habitación de Maya García: Rain Lee —la presentó la profesora Kêt.

Rain se sentó frente al escritorio de la directora con su tutora al lado.

Astrid abrió un enorme libro con fichas y lo ojeó. Rain se fijó en que tenía tatuada una frase en la muñeca, una especie de emblema.

—Las madres de Maya no han recibido ninguna llamada de su hija —explicó. Sus gestos eran elegantes y rítmicos, siempre se había mostrado como una mujer animada y amistosa, pero allí sentada, atravesando a Rain con la mirada, parecía seria e implacable—. Ya hace casi cuatro días que se la vio por última vez, así que se informará al inspector de Hidden para que se encargue de buscarla.

Rain asentía a cada palabra de la directora con firmeza.

—Rain, si sabes algo, cualquier cosa, es mejor que lo digas ahora. Vamos a tener que interrogar a todos los alumnos por si vieron algo —le habló en confianza.

—Bueno, he estado preguntado por ahí para saber más o menos a qué hora se la vio por última vez. Definitivamente fue después de la medianoche. Usted misma estaba en la puerta y no dejaba salir a nadie —dijo refiriéndose a Kêt, cuyos ojos se estrecharon.

—Ajá.

Rain puso a las dos mujeres al corriente de lo que le habían contado las dos chicas de segundo con las que Maya había estado bailando.

—No queremos que los alumnos se asusten. O que la gente se sienta insegura. Hay muchas posibilidades de que García decidiese

fugarse, sus madres dicen que tiene un espíritu rebelde. Así que ya están contactando con sus amigos en Serena por si supieran algo.

Astrid Blean se despidió de Rain, y la profesora Kêt la acompañó fuera del despacho.



«Dentro de nosotros hay algo que no tiene nombre,
y eso es lo que realmente somos».
SARAMAGO





CAPÍTULO 14



Rain subió a la segunda altura de la biblioteca con un libro de ajedrez debajo del brazo y se acurrucó junto a una ventana. Buscó la partida de un gran maestro y puso la mano sobre la imagen del tablero. Se imaginó las piezas saliendo del papel, haciéndose tridimensionales y sólidas, y poco a poco fueron apareciendo.

Ni siquiera había bajado a cenar después de la charla con la directora. Se sentía sola y triste. Nunca había experimentado la tristeza de una forma tan tangible. Era como esas piezas de ajedrez que había conjurado, de pronto la emoción era sólida, tenía su cara, su forma, sus ojos...

No podía creerse que Maya se hubiese marchado sin más. Parecía feliz y de verdad sentía que habían conectado, le habría contado si estuviese, al menos, incómoda, ¿no?

Rain movió su peón a h5. No estaba concentrada. Normalmente jugar siempre la ayudaba a despejarse, el ajedrez requería tanta concentración que acallaba el ruido de sus preocupaciones.

Dos lágrimas cayeron —tic, tic— y mojaron la hoja del libro. Se limpió la cara con manos temblorosas. Le había cogido cariño a Maya en poco tiempo y no estaba acostumbrada a ello.

Once movimientos después, las negras atraparon su peón en h5 y comenzó la debacle. Siete movimientos más tarde, había perdido la partida. Rain golpeó el tablero con el dorso de la mano y las piezas saltaron por los aires y volaron hasta deshacerse.

Oyó a alguien suspirar, el sonido flotó en la silenciosa atmósfera de la biblioteca.

Rain levantó la mirada por instinto. Sus ojos, convertidos en bonitas vidrieras de lágrimas, se encontraron con el rostro altivo de Blake, cuyas cejas rubias se sacudieron al ver su cara, como si no hubiese esperado encontrarla allí.

Rain apartó la mirada y trató de secarse las mejillas.

—¡Mierda! —masculló avergonzada—. ¿Me has seguido?

Después de limpiarse las lágrimas se giró para encararlo de nuevo. Blake la observaba con el ceño fruncido. Tenía los dedos cerrados con fuerza alrededor de la barandilla.

—¿Y por qué haría eso? —preguntó él como si la idea fuese absurda.

«Porque me has amenazado esta mañana», pensó ella. Se mordió el labio con fuerza para callarse, no le apetecía enfrentarse a él.

Rain se levantó pegándose el libro al pecho, como si pudiese esconderse detrás del enorme tomo. Estiró los hombros y caminó con una pose de orgullosa cabezonería hacia las escaleras.

—¿Has encontrado a tu compañera, chica Amanecer? —le preguntó Blake cuando pasó por su lado.

Las rodillas le flaquearon ligeramente, pero se negó a mostrarse débil delante de él. Estaba segura de que lo usaría en su contra. Primero pensó que se estaba burlando, pero luego una idea, una pequeñísima semilla de sospecha se instaló en su cabeza.

Cuando lo miró a los ojos, le pareció ver un rastro de maldad. Era esa mirada impersonal, sin traza de humanidad. Y sintió miedo.

—No.

Blake hizo un sonido, pensativo.

—¿Y qué ha dicho Blean al respecto?

¿Cómo sabía que había ido al despacho de la directora?

—Que vendrá un inspector... Tengo que irme —murmuró mientras se apresuraba a marcharse. ¿Y si él...?



Al día siguiente el único tema de conversación en el desayuno era el caso de la chica de primero que se había fugado. Los rumores corrían incontrolables. Algunos decían que se había emborrachado tanto que había saltado de una de las torres del castillo. Otros que se había ahogado en el lago o que se había perdido en el bosque y seguro que estaba muerta.

Aunque la mayoría pensaba que se había fugado. No era la primera vez que un alumno de primero se acobardaba y pedía volver a casa. A muchos, sus padres les obligaban a entrar en la Academia, no solo porque formar parte de las órdenes era un gran honor y daba mucho prestigio, sino porque era un trampolín tanto económico como a nivel de poder.

—El hermano de Sofia Bakker no llegó ni a la fiesta de bienvenida. Antes de empezar la segunda semana ya estaba cogiendo el tren de vuelta. Quería ser contable. Sus padres no le dirigieron la palabra durante un mes —contaba una chica de segundo a otras que la escuchaban interesadas—. Se inventaron que tenía una especie de enfermedad cardíaca que le impedía seguir y que se había retirado por su salud, pero mi hermana estaba aquí y sabe la verdad. Fue una vergüenza. He oído que presionaron para que Sofia entrase. Es el orgullo de su casa —afirmó con ironía.

A Rain le costaba creer que la gente quisiese abandonar la Academia después de haber conseguido entrar, dado lo difícil que era el proceso. Y menos Maya. Habían hablado de muchas cosas, incluso de temas controvertidos. No parecía una persona a la que le asustase admitir que quería marcharse...

No le gustaba la manera en la que la gente hablaba de ella. Maya no era una esnob, nunca soltaba comentarios maliciosos o juzgaba a los demás. Era bastante amable y acogedora e iba a su rollo.

No entendía por qué tenían que especular de esa forma con su desaparición.

—Rain, ¿de verdad crees que si hubiese estado pensando en fugarse te lo habría dicho? —comentó Aiden mientras iban a su clase de Entrenamiento a segunda hora. Tenían que salir del castillo hacia el patio trasero, el que tenía vistas a las montañas.

—¿Por qué no?

—Bueno, quizá pensaba que la juzgarías o no sé... Maya es la típica persona extrovertida a la que cuesta conocer de verdad.

—¿Tú también crees que se ha escapado? Pero si ni siquiera sus madres saben nada de ella.

Aquel día el cielo estaba cubierto de nubes negras y el aire cargado de humedad y electricidad. Rain se ató los cordones de las zapatillas con fuerza. El terreno estaba embarrado y resbaladizo.

Estaba absolutamente ridícula con aquel chándal. Su sudadera de color marrón, con el símbolo del Amanecer bordado en el pecho, y la de los del Crepúsculo, de un azul muy oscuro, hacían que pareciesen pequeñas manchas de tinta sobre el paisaje desdibujado.

La entrenadora Lewis les había preparado un circuito de obstáculos.

—La mayoría sois unos tirillas que no duraríais ni un asalto por lo que he visto estas semanas. Las criaturas del Otro Lado son

poderosas, fuertes, y su magia es arcana. Os harán papilla en segundos. Además de que, para ser buenos brujos os hará falta fuerza física, energía y fondo para no acabar en el suelo después del primer hechizo que lancéis.

La mujer clavó la mirada en Rain y Aiden, que tenía las gafas llenas de gotas de lluvia y no paraba de limpiárselas.

—Tendrías que habértelas quitado —le susurró Rain, que había dejado las suyas en la habitación.

—No veo nada sin ellas.

Rain las usaba sobre todo para leer, así que lo tenía más fácil.

—Pues haberlas impermeabilizado. Conoces el hechizo.

—Creéis que con saber unos cuantos conjuros o tener un buen control de vuestra magia os será suficiente, pero no —prosiguió la profesora—. La magia es energía y si no tenéis la suficiente no podréis ni hacer aparecer un triste vientecillo. Cuando os estéis agotando en una batalla y necesitéis fuerzas os acordaréis de mis palabras —insistió Lewis como si quisiese grabarles la información a fuego. Parecía estar disfrutando de lo lindo con sus caras de pánico —. Hoy puntuaré según lo que tardéis en completar el circuito. Una vez que traspaséis la línea, vuestro cronómetro empezará a contar y se parará cuando me lo entreguéis.

Rain le quitó las gafas a Aiden y pasó la mano por encima de los cristales mientras las gotas se estiraban hasta formar una película protectora.

—Ayudará un poco —dijo, y se las devolvió.

—Esto va a ser horrible.

Jun salió a la cabeza junto con los más atléticos. Rain sabía que no podía contar con sus capacidades físicas. No era demasiado buena coordinando, no era fuerte y ágil, y aunque a veces envidiaba

a las chicas poderosas y fuertes que tenían todos esos dones, siempre había tenido claro que lo suyo era la astucia.

La primera parte era una bajada algo escarpada hasta llegar a unos trozos de madera suspendidos en el aire que se elevaban formando una escalera. Rain se paró frente al primero tratando de averiguar la mejor forma de llegar hasta él.

Aiden se lanzó de un salto y acabó agarrándose con los dos brazos mientras la madera se sacudía por la fuerza de su impacto. Estuvo a punto de caerse cuando Kane Diop lo frenó con el pie desde el escalón superior.

—¿Necesitas que te ayude?

Aiden, aún encaramado y con medio cuerpo colgando, tuvo la osadía de mostrarse altivo.

—No necesito tu ayuda, me va genial —gruñó.

Kane arqueó una ceja.

—¿Seguro? —Comenzó a apartar el pie y el tronco volvió a balancearse.

Rain lo observaba con admiración. Ese chico tenía que tener unos abdominales de acero para estar manteniendo el equilibrio.

Aiden estaba colorado, puede que de la rabia, del esfuerzo, de la vergüenza o quizá de todo a la vez.

Prácticamente estaba colgando por completo cuando dijo con la voz ahogada:

—Vale, ayúdame.

Kane volvió a hacer fuerza con el pie para parar el escalón de Aiden.

—Encantado, pero si lo hago te tomarás algo este fin de semana conmigo en Hidden.

—¡Ni muerto! —exclamó Aiden.

La sonrisa de Kane se hizo más amplia.

—¿Dónde están tus modales? Me parece un gesto de cortesía natural con alguien que te ha ayudado.

Rain casi podía ver el humo saliendo de la cara de Aiden, su garganta vibró con un gruñido y puso los ojos en blanco de la forma más exagerada posible.

—Está bien.

—¿Qué? —lo pinchó Kane.

—¡Me tomaré algo contigo! Ahora ayúdame.

Kane se estiró entre los dos troncos impidiendo que girasen y creando una especie de rampa con su cuerpo. Aiden consiguió subirse a la madera tras unos agónicos minutos.

—Vamos, te dejo que me escales.

—¿Se supone que eso debe hacerme gracia? Si esta es tu forma de intentar que te toque, vas listo.

—Y yo que pensaba que estaba siendo seductor.

Rain soltó una risa. Era divertido ver como Aiden perdía los papeles frente a ese tío enorme y guapísimo que claramente estaba intentando ligar con él.

Levantó las suelas de los zapatos y les lanzó un hechizo de viscosidad para que se pegasen a la madera.

Saltó y se sujetó al escalón, que se sacudió con cierta violencia, pero consiguió subir uno de los pies y la suela se quedó adherida. El tronco siguió balanceándose y Rain se estiró en un equilibrio precario. Logró enganchar el pie libre en el siguiente escalón.

Después de una pequeña eternidad consiguió llegar hasta la parte arriba. Al menos no se había caído y había tenido que volver a empezar como muchos de sus compañeros.

La parte superior eran trozos de rocas suspendidos a una altura considerable por encima de una red. Había que cruzar al otro lado sin caerse, pero con una dificultad añadida: de vez en cuando unos

palos largos atravesaban el espacio y había que esquivarlos para que no te derribasen.

La lluvia caía casi pulverizada en diminutas gotas. Rain tenía el pelo cada vez más encrespado y ni siquiera quería pensar en el estado de su flequillo.

Aiden iba por la mitad del recorrido. Kane ya estaba terminando y, de vez en cuando, se giraba para mirarlo.

Rain se negaba a no terminar esa carrera. La sola idea de suspender la hacía estremecerse. Cogió impulso y saltó a la primera roca. Hasta la mitad fue más o menos sencillo. Aunque con cada salto el corazón le bombeaba más fuerte. Comenzaba a sentirse cansada y la distancia entre una piedra y otra cada vez era mayor. Una tanda de palos descendió, y ella se agachó pegando el cuerpo contra la piedra. Un chico del Crepúsculo aterrizó en su misma roca y con la fuerza del impulso la golpeó lanzándola hasta el borde. Rain apenas tuvo tiempo de agarrarse por puro instinto. Se raspó las palmas, pero consiguió no caerse.

—¡Eh! ¿Qué haces? —lo increpó Rain sin aliento.

—Haber sido más rápida —contestó el chico.

Rain lo observó mientras volvía a subirse a la roca. Payton, juraría que ese era su apellido.

Para cuando consiguió llegar al final, tenía las manos llenas de rasguños al igual que las rodillas, y estaba segura de que más tarde se descubriría un montón de cardenales.

El siguiente punto era bajar entre dos paredes separadas. El suelo debía de estar a unos ocho metros y esta vez no había red de seguridad. La mayoría apoyaban la espalda en una de las paredes y los pies en la otra. Pero las paredes estaban lo suficientemente separadas como para que su estatura fuese un hándicap.

Rain se estaba devanando los sesos cuando oyó los gritos de Jun. Corrió al borde de donde estaba para mirar abajo. La última parte del recorrido era una carrera en un barro espeso y medianamente profundo que cubría casi hasta las rodillas.

Jun, que estaba tirado en el suelo, se levantó y fue a por Blake con furia.

—¡¿Qué narices te pasa?!

—Es una carrera y estabas en medio —contestó el rubio.

Jun lo empujó con rabia. Y Rain juraría que vio a Blake sonreír con malicia, como si hubiese conseguido que la presa cayese en su trampa, aunque el gesto fue tan rápido que pudo haberlo imaginado.

Blake lanzó un puñetazo contra la cara de Jun, y ambos se enzarzaron en una pelea brutal.

La profesora Lewis corrió hacia ellos y los separó con un hechizo repeledor que mandó a cada uno hacia una punta distinta.

Jun sangraba por una ceja y tenía un ojo hinchado.

Rain se quitó la sudadera. Debajo solo llevaba una camiseta de manga corta y la lluvia le erizó la piel. Hizo un pequeño parapente. Ya lo había dicho la profesora Lewis, en ocasiones desesperadas no serían capaces de conjurar más que un poco de viento.

Así que eso hizo, proyectó una corriente de aire ascendente que la ayudó a frenar la caída. Aun así, cuando tocó el suelo le temblaron todos los huesos del cuerpo. Corrió donde estaba Jun, atravesando el maldito campo de barro.

Pero Manon ya estaba allí sujetándolo y ayudándolo a ir hacia la enfermería. Solo en ese momento notó lo mucho que le dolía el tobillo izquierdo, los calambres que tenía en los brazos y cómo le escocían las heridas que se había hecho en las manos.

A su lado, Blake se limpió la sangre de la boca, y la golpeó en el hombro al pasar por su lado, sacudiéndola.

—¿Cuál es tu problema? —gruñó Rain, cabreada.

Él giró la cabeza y la miró de arriba abajo; como si no la hubiese visto, como si no hubiese notado que ella estaba ahí.

—¡Blake, vamos! —lo llamó Lewis.



«Mi existencia se resumiría en dos frases: condena y muerte».

EMILY BRÖNTE





CAPÍTULO 15



A Jun y a Blake los suspendieron durante dos días, así que no aparecieron por clase durante el resto de la semana. El viernes por la tarde llegaron a la Academia el inspector Weber y su ayudante, y comenzaron las entrevistas con los alumnos que habían asistido a la fiesta; que eran todos los de primero y segundo y unos pocos de tercero.

A Rain le tocó hablar con el inspector y le explicó lo que ya les había contado a la directora Blean y a la profesora Kêt.

—Si luego resulta que se ha fugado con toda la que se está armando, tanto a ella como a sus madres las van a repudiar de por vida. La gente de las órdenes es muy rencorosa —comentó Aiden mientras volvían a su torre.

La profesora Kêt estaba en la puerta y había unos cuantos alumnos alrededor quejándose.

—¿Qué pasa? —preguntó Rain.

—El inspector va a registrar la habitación de Maya y las zonas comunes. A lo mejor encuentra algo relevante.

Rain se sobresaltó.

—Esa también es mi habitación. Creo que tengo derecho a estar presente.

—Señorita Lee, si usted no tiene nada que ocultar no debe preocuparse.

Rain apretó los labios contrariada. No era que tuviese algo que ocultar, pero aquello era un asalto a su intimidad y al menos debería poder estar allí.

—¿Y por qué solo registran nuestra torre? ¿Qué pasa con la del Crepúsculo? —se quejó un chico de segundo.

Cada vez había más gente agolpada frente a la puerta y un murmullo ligero se extendía por el corredor.

—Eso es trabajo del inspector. La Academia cooperará en lo que nos pidan. La señorita García pertenecía a esta orden y por eso...

Los murmullos fueron haciéndose más y más fuertes, hasta que la gente comenzó a quejarse airadamente y se oyeron conversaciones como la siguiente:

—Cuando volví lo encontré saliendo de esta dirección. ¿Qué hacía alguien del Crepúsculo en este pasillo? Solo podía venir de nuestra torre.

—Bueno, es el hijo de Ambrose Blake, si alguien puede haber sido es él.

Rain no pudo evitar sentir curiosidad por sus palabras. Llevaba días pensando en esa posibilidad. A veces la rechazaba, no quería juzgarle por lo que había hecho su padre, pero Blake no lo ponía fácil. Estaba claro que era agresivo y había algo definitivamente siniestro en él.

—¿A qué hora lo viste cerca de esta torre? —le preguntó al chico que lo había dicho. Él la miró con cierta desconfianza—. Soy la compañera de habitación de Maya, era mi amiga —explicó Rain.

—Mira no quiero problemas con ese tío —contestó el muchacho en voz baja—. He oído que le dio una paliza a uno de primero en clase de Lewis por ganar una estúpida carrera. Yo simplemente lo vi a lo lejos y me pareció que salía de este pasillo, pero puede que me equivoque.

La torre estuvo cerrada hasta la cena. Cuando Rain entró en su habitación se encontró el desorden. Algunas cosas de Maya habían desaparecido y las suyas estaban movidas, los cajones abiertos y el contenido todo revuelto.

Tinieblas reposaba en una de las vigas con cara de malas pulgas. Tardó al menos media hora en bajar. Dio vueltas y vueltas por la habitación mirándolo todo y por fin se acercó a su dueña.

—Yo también estoy molesta —confesó Rain mientras abrazaba a su mascota.



El sábado a primera hora la despertaron unos golpes en la puerta. Tinieblas bufaba desde la cama de Maya, que parecía querer custodiar, también la echaba de menos. Rain tardó unos segundos en ser capaz de ubicarse, cogió las gafas de la mesilla y abrió la puerta bostezando, con su pijama de camisa y pantalón.

La profesora Kêt estaba al otro lado, parecía cansada e iba vestida sin orden ni concierto, como si hubiese cogido las primeras prendas que tenía a la vista a toda prisa.

—Acompáñeme, señorita Lee.

Rain la siguió sin coger siquiera su bata o cambiarse las zapatillas por zapatos de verdad.

—¿Ha pasado algo? —preguntó tratando de seguir las grandes y enérgicas zancadas de la mujer.

—El ayudante del inspector ha venido a mi casa al alba para convocarme a una reunión. La directora y el inspector quieren hablar con usted.

Rain sintió algo frío y punzante bajándole por el cuerpo.

—¿Han encontrado a Maya?

—La directora y el inspector hablarán con usted —insistió la profesora, y guardó silencio hasta que llegaron al despacho.

Una mala sensación le atravesó las entrañas. Y, de pronto, la posibilidad de que de verdad a Maya le hubiese ocurrido algo horrible la hizo sentir náuseas y ganas de llorar.

Rain estaba hecha un desastre, ni siquiera se había lavado la cara y su pelo era una maraña sin sentido, por no hablar de que iba en pijama. En otras circunstancias presentarse así ante la directora y el inspector le habría dado vergüenza, ahora solo deseaba escuchar lo que tenían que decirle, mientras suplicaba para sus adentros que no fuese lo que estaba imaginando.

Blean y Weber estaban enzarzados en una conversación en susurros cuando ambas entraron. Los dos parecían igual de cansados que Kêt, como si apenas hubiesen dormido aquella noche.

—Buenos días, señorita Lee —la saludó Blean con tono profesional—. Por favor, siéntese.

A Rain el corazón le latía igual de deprisa que una locomotora y le sudaban las manos. Obedeció con un asentimiento.

—¿Cuánto conocía a Maya García? —preguntó el inspector.

Rain parpadeó cogida por sorpresa, no se esperaba aquella pregunta.

—Como ya le dije, la conocía solo de estas dos semanas. Pero encajamos bien, a mi parecer éramos amigas —concluyó.

El inspector se apoyó en el escritorio de la directora inclinándose hacia Rain. Y ella se fijó en que llevaba la misma ropa que la tarde

anterior.

—¿Y no hizo nada que la hiciese sospechar que quería marcharse?

Rain negó con vehemencia.

—Ya contesté a eso ayer —dijo, cruzándose de brazos—. No, Maya no me parece el tipo de chica que huye sin más. Siempre me habló con mucho aprecio de sus madres y no parecía descontenta de estar aquí. De hecho, estaba muy emocionada con la fiesta —añadió.

Weber la estudió en silencio durante unos minutos, como si estuviese sopesando sus palabras y la cantidad de verdad que había en ellas.

—No lo entiendo. ¿Soy sospechosa? ¿Le ha pasado algo a Maya? ¿La han encontrado?

Astrid Blean dejó escapar un suspiro.

—Puede parar, inspector, la chica ha cooperado en todo momento. Fue ella quien dio la voz de alarma.

—Ayer descubrimos una carta de despedida dentro de una revista de la señorita García. Estamos seguros de que su intención era que sus madres la encontrasen cuando recogiesen sus cosas. La dos vienen para acá en este momento.

Rain estaba completamente descolocada.

—¿Cómo que una carta de despedida? ¿Qué decía?

—Eso es privado. La conclusión es que le gustaría vivir como un común. Como la señorita García es mayor de edad, si ha decidido irse por voluntad propia la investigación terminará aquí.

—Pero... pero ¿están seguros de que esa carta la ha escrito ella? Porque ayer oí que unos chicos de segundo... —Se mordió la lengua. No podía lanzar una acusación así sin fundamentos.

La profesora Kêt le puso una mano en el hombro y la miró con severidad.

—¿Lee, cree que los investigadores no saben hacer su trabajo? Sus propias madres verán hoy la carta para confirmar si es de García. No es la primera, ni será la última, que decide que esto no es para ella. Muchos prefieren tener vidas más sencillas que las de las órdenes o directamente ser como los comunes. Y aunque eso nos duela, hay que respetar sus decisiones.

Rain asintió y se puso de pie. En su cara todavía podía leerse la contrariedad que sentía. No se lo creía.

—Pero, señorita Lee —la interrumpió la directora mientras se encaminaba hacia la puerta—, si recuerda algo más, cualquiera cosa, que pueda orientarnos sobre dónde pueda estar, hágamelo saber. Seguro que a sus madres les interesará.

—Claro —susurró Rain.

Cuando ya estaba llegando al final de la escalera, el inspector pasó por su lado como una exhalación, a zancadas apresuradas, y una idea cruzó por su cabeza.

—¡Perdone, inspector Weber! —lo hizo detenerse—. Solo por curiosidad, ¿en qué revista encontraron la carta de Maya? Yo le había dejado una prestada y solo por saber si no voy a recuperarla.

Él arrugó el gesto pero se tragó la excusa.

—Un número de hace tres años de *Reportes de bruja* —respondió, y se marchó a toda velocidad.

Eso no tenía ningún sentido, pensó Rain mientras bajaba las escaleras. ¿Por qué iba a dejar Maya una carta tan importante para sus madres en una revista de la Academia? Ni siquiera era un objeto suyo o que significase algo para ella. A no ser que esa carta no la hubiese escrito ella y alguien la hubiese dejado allí para cubrirse.

¿Sería eso lo que había ido a hacer Blake a la torre del Amanecer? Una coartada perfecta para que dejasen de investigar.

Y entonces captó un atisbo de pelo rubio doblando una esquina; Blake. Iba hacia la biblioteca y en un arranque de inconsciencia, Rain lo siguió.

Todavía tenía el corte del labio que le había hecho Jun al golpearlo y el pómulo ligeramente amoratado. Se dirigió al pasillo de magia del Caos y se perdió rápido en la penumbra de las estrechas estanterías. Aquel día llevaba un jersey gris con la insignia de su orden en el pecho y pantalones de vestir, pero en esta ocasión estaban arrugados, al igual que el pelo, que llevaba revuelto. A Rain no se le escaparon los detalles; parecía que había tenido muy poco tiempo para arreglarse esa mañana o que no había dormido en absoluto.

Y teniendo en cuenta que había sido ayer a última hora cuando encontraron la carta de Maya...

Rain se adentró en la sección del Caos. Como los pasillos eran tan intrincados la luz de las ventanas no llegaba allí y estaban en penumbra, apenas iluminados por unos viejos candelabros.

La decoración era sugerente de la forma más obvia; había calaveras en los lomos de los libros y las estanterías estaban decoradas con ornamentaciones plateadas de criaturas mitológicas como bebedores de sangre o espíritus de la noche. Rosas llenas de espinas...

Giró la última esquina que había visto doblar a Blake y un brazo fuerte la aplastó contra la estantería presionándole el cuello. Los ojos de él, de un gris azulado, como el cielo en otoño, se clavaron en Rain afilados como cuchillos.

—¿Por qué me sigues?

Rain sintió una oleada de miedo. ¿Y si de verdad había sido él? Había sido tan estúpida de seguirlo a un lugar apartado y no le había contado a nadie sus sospechas. Su padre era un criminal famoso. Por los remolinos, tendría que haberlo pensado mejor.

—Suéltame —exigió con más valentía de la que sentía.

—¿O qué? —se burló él con actitud altiva—. Creo que te dejé claro que no te metieses en mis asuntos. ¿Qué pasa, te ha mandado Jeong a seguirme?

Rain no esperaba aquella pregunta.

—No. ¿Por qué me mandaría Jun...? Pe... Pero sí que me está esperando, si no voy a desayunar sabrá que me ha pasado algo, y además el inspector Weber ha visto que me metía por este pasillo.

Blake frunció el ceño mientras sopesaba sus palabras y luego dejó escapar el aire por la nariz con sorna.

—¿Crees que voy a matarte?

Se apartó levemente de Rain dejándole el espacio suficiente para que ella pudiera preparar el brazo y darle un puñetazo en la mandíbula que hizo crujir sus nudillos.

Rain aulló de dolor y Blake se tambaleó hacia atrás, más por la sorpresa que por la fuerza del impacto, y gruñó cabreado.

Ella se giró para echar a correr, pero Blake la atrapó del codo frenándola. Rain resbaló y una de sus zapatillas salió volando, y acabó cayendo de culo.

Blake se cernió sobre ella imponente.

Y Rain pensó por primera vez que los humanos comunes tenían razón, que el demonio existía, pero no era rojo ni tenía cuernos y cola. El demonio era rubio, tenía los ojos grises y sí que parecía un jodido ángel caído como el que reflejaban las historias. Entonces aprendió que las cosas hermosas podían ser las más letales.

—¿Tienes miedo de mí, chica Amanecer? —se burló Blake con aquel tono afilado y ronco, como una hoja de sierra contra la piel.

Rain se arrastró hacia atrás impulsándose sobre las manos y los pies. El flequillo se le metió en los ojos y parpadeó incómoda. El corazón le latía tan deprisa que casi esperaba que él pudiese oírlo.

Blake dio un paso hacia ella.

No era miedo, era pánico.

No podía morir. Tenía demasiadas metas que cumplir. Entraría en la historia como la víctima de un psicópata, y se negaba.

Se giró a toda prisa y se impulsó con las manos para ponerse de pie, dejó la otra zapatilla atrás y corrió descalza como si le fuese la vida en ello.

No llegó muy lejos. Su forma física nunca había sido la mejor, y Blake la atrapó en un par de zancadas. La empujó contra una estantería, y los libros cayeron al suelo formando una nube de polvo.

El golpe le robó el aliento y soltó un quejido.

Tenían prohibido atacarse los unos a los otros con magia fuera de las clases y Rain no soportaba la idea de incumplir las normas, pero si quería salir de aquella situación no le quedaría otra.

Colocó una palma sobre la otra provocando una chispa blanquecina. Blake le agarró las dos muñecas y le apretó las manos contra la madera de las baldas.

—¿Ibas a atacarme? Podrían expulsarte —dijo sujetándole las manos con fuerza, y ella hizo un gesto de dolor.

—Tú me has atacado primero —se defendió Rain, tirando de sus brazos inútilmente.

—No, yo solo te he preguntado por qué me seguías —contestó inclinándose hacia ella—. Y tú me has golpeado.

Blake la miró, atrapada como la tenía parecía tan poca cosa..., casi podía paladear su miedo. Y, sin embargo, sus ojos eran

obstinados, al igual que su barbilla. Como si una bestia durmiese escondida bajo esa apariencia dulce. Rain no le había parecido más que una chica tonta e ingenua, la típica chica buena irritante que sigue ciegamente las normas. Su único valor era su conexión con Jun Jeong; había percibido la debilidad que él tenía por ella.

Las manos de Blake aflojaron ligeramente su agarre, y Rain se estremeció al sentir la caricia de sus dedos en la piel. Y la de su mirada, de nuevo como si viese más allá de ella.

«Tus ojos vacíos están colmados de visiones nocturnas, y veo una y otra vez reflejados sobre tu tez la locura y el horror, fríos y taciturnos». Recordó aquel pasaje al mirarlo.

—¿Qué... qué hacías saliendo del pasillo que lleva a la torre del Amanecer el viernes por la noche? —se atrevió a preguntar con la voz temblorosa.

Blake se echó hacia atrás, pero no le soltó las manos. Ladeó la cabeza pensativo al mismo tiempo que sus ojos se estrechaban.

—Ah, ya veo —murmuró mientras negaba. Algo oscuro y candente brilló en sus pupilas, un sentimiento similar a la diversión que desapareció deprisa dejando paso a su habitual frialdad—. Piensas que tengo algo que ver con la desaparición de tu compañera. ¿Es eso?

Rain apretó los labios y levantó la barbilla en un gesto tozudo y orgulloso. El pecho le subía y le bajaba a toda velocidad con respiraciones entrecortadas que delataban su aprensión.

Blake la estudió con atención ligeramente frustrado. En lo más profundo de su mirada había un destello de desafío, como si estuviese esperando algo de ella.

Rain tragó saliva.

—He estado preguntado a todo el mundo y tú... me faltas. Solo quería saberlo.

—Ajá, y te corría tanta prisa que has venido en pijama, ¿no?

Las mejillas de Rain se calentaron sintiéndose cohibida.

—¿Y tú, Lee, qué hiciste el viernes por la noche?

—Yo... —Se sintió algo avergonzada de reconocer que había bebido tanto que no lo recordaba—. ¿Podrías soltarme? Prometo que no voy a atacarte —La voz le salió áspera y tosió un poco para aclararse la garganta.

Blake la soltó dando un paso hacia atrás y ella se frotó las muñecas, estaban rodeadas de marcas rosadas.

—Yo te he preguntado a ti primero —se defendió.

—Averígualo, creo que no te costará si te pones a ello —dijo con sorna. Le tocó la sien con un dedo, el gesto fue suave, como la caricia de una pluma, pero le dejó una sensación eléctrica en la piel —. Usa esta cabecita tuya de la que tan orgullosa estás, Rainy —se burló.

—No me llames así —susurró ella.

—¿Por qué? —dijo Blake de forma mezquina.

—Ya sabes por qué —respondió—. Solo quieres burlarte de mí —añadió, al mismo tiempo que buscaba con la mirada la zapatilla que había perdido.

Se quedó unos segundos embobada con la mirada clavada en el suelo.

—Eh... Debería marcharme —se despidió algo distraída.

—Ya... No vuelvas a seguirme, ni a meterte en mis asuntos. O la próxima vez no seré tan amable.

Rain asintió y se fue.



«No busques más mi corazón; las bestias lo han devorado».

BAUDELAIRE





CAPÍTULO 16



El domingo, Aiden, en su afán por dejarle claro a Kane que no estaba interesado en su cita con él, se había puesto la camisa de cuadros más fea que tenía y no se había molestado en peinarse.

—Eres tan infantil, Aiden —le dijo Jun.

—No quiero que piense que me he arreglado por él y se genere unas expectativas que no son. Eso solo me complicaría mucho más las cosas.

Rain estaba sentada en el sillón que había en la habitación de los chicos, algo ausente.

—No es que me caiga especialmente bien. Sobre todo, porque es del Crepúsculo y amigo de ese imbécil de Blake, pero ¿por qué estás tan en contra siempre de salir con gente nueva?

Aiden lo miró como si fuese muy obvio y Jun fuese estúpido por no darse cuenta.

—Porque es una pérdida de energía.

—Rain, échame una mano, es imposible razonar con él. —Ella no le contestó, y Jun le lanzó una almohada—. Eh, ¿estás aquí?

Rain giró la cabeza y pareció volver a la realidad.

—Se llama ser introvertido. Pero Aiden disfraza su introversión de *bordería*, es un mecanismo de defensa —explicó.

—¿No os habéis planteado que no me interese ese tío?

Jun y Rain lo miraron fijamente durante un par de segundos, y luego los dos a la vez dijeron:

—No.

—Es del Crepúsculo —contestó, como si eso lo explicase todo, y en cierta manera así era.

El Amanecer siempre había creído que sus valores y moralidad estaban por encima de los del Crepúsculo, quienes nunca habían tenido escrúpulos en lo que a obtener poder se refiere. Pero en realidad iba mucho más allá de eso. Eran dos fuerzas que, si bien contrarias, se necesitaban, aunque no se mezclasen. Mantenían una guerra fría y silenciosa, y solo estaban de acuerdo en no estar de acuerdo y en repartirse todo el poder.

Esto podía extrapolarse a toda la sociedad del Mundo Fuera de lo Normal, aunque no de una forma tan visceral como dentro de las órdenes, sobre todo porque los que no estaban en ellas podían mezclar a veces los tipos de magia.

—Y, además, no lo conozco y me parece de lo más irritante —añadió.

—Aiden, te has echado perfume. Puedo olerlo.

Él cogió su abrigo, se lo puso con gestos rápidos y enfadados, y abrió la puerta.

—¿Sabéis qué? Que no me conocéis en absoluto si pensáis que me gusta. Voy a ir por cortesía y porque soy un hombre de palabra. Pero no me interesa y ya lo veréis. Sois los peores amigos del mundo y un par de idiotas. Adiós —soltó de golpe, y se largó airado.

Jun y Rain se miraron y se echaron a reír. Los ojos de Jun se cerraban casi por completo cuando reía y ella siempre lo había

encontrado adorable. No pudo apartar la mirada de él, a veces, lo que sentía por aquel chico la desbordaba hasta dejarla sin respiración.

—¿Quieres que vayamos a Hidden? —le propuso él con los ojos brillantes de diversión y la boca torcida en una sonrisa; tenía esa expresión característica de cuando se le estaba ocurriendo una maldad—. Podemos hacer un poco de turismo y... quizá casualmente echar un vistazo a la cita de Aiden.

Rain se quedó sin habla y tragó saliva.

—Si nos pilla, nos quemará el pelo mientras dormimos, y lo sabes.

La sonrisa de Jun se hizo más grande y Rain se encogió de hombros dándose por vencida. Como si pudiese decirle que no.

—Eres un temerario, Jun Jeong.

—¿Qué te apetece ver? —le preguntó él, rodeándole los hombros con el brazo como de costumbre.

—Hay una librería que...

Jun le apoyó la barbilla en la cabeza y negó.

—Tendría que haberlo visto venir.

Ella bajó la cabeza para esconder la sonrisa tonta que le tiraba de los labios. Tenía que superarlo, de verdad que sabía que tenía que pasar página de una vez, pero seguiría trabajando en ello a partir de mañana, pensó.

Sintió unos ojos observándola y levantó la vista. Blake estaba al otro lado del corredor principal bajando de la segunda planta. Tenía la mirada clavada en ellos dos con una expresión indescifrable que, de alguna forma, le recordó a Rain a cómo miraban los cazadores a sus presas.

A las seis de la tarde de aquel 12 de octubre no brillaba ni un rayo de sol. Las farolas estaban encendidas y la ciudad parecía sacada de un cuadro expresionista. Aun así, las calles estaban concurridas y vivas.

Rain se adentró en la librería Esbat, rituales y conjuros, el escaparate estaba lleno de libros y material de papelería con el nombre de la tienda rotulado en dorado y negro. Dentro había un par de personas mirando los papeles de carta y los libros de bolsillo.

Jun se puso a ojear un manual de combate de destreza y Rain se adentró en la sección de ocultismo. Pasó la vista por los lomos leyendo los títulos, pero no tuvo suerte. El libro que buscaba no estaba.

—Perdone —dijo, acercándose a la librera—. ¿Podría decirme algo de este título? —Le mostró una hoja donde lo tenía apuntado, y la mujer sacó un enorme catálogo polvoriento de debajo del mostrador.

—No me suena. A lo mejor está descatalogado —dijo mientras pasaba páginas y páginas—. No está.

—Pero esta es la librería más antigua de Hidden —protestó Rain.

—Puede que tuviésemos algún ejemplar, pero si fue una tirada corta y se agotó... Tendría que ir a la trastienda y mirar los registros. Pero no me suena de nada y llevo más de cuarenta años entre estas paredes. Aun así, lo apunto; pásate en unos días por si hubiese suerte, quizá mi madre sepa algo más.

Rain y Jun se dirigieron hacia la calle de la Rosa donde estaban la mayoría de los bares de Hidden. Los edificios eran de piedra de dos y tres plantas con cornisas, torres y bonitas ventanas. A Rain le gustaba mucho más que Céfiro, que era demasiado anodino e impersonal.

—¿En cuál habían quedado? —le preguntó Jun, señalando la calle.

—En Circe.

La fachada del bar estaba recubierta de madera negra, tenía un par de mesas fuera y a través de su ventana solo se veían personas. A esa hora de la tarde todo el mundo quería tomarse una cerveza.

Jun cogió la mano de Rain para no perderla entre el bullicio y fueron hasta la barra. Ambos pidieron una sidra y buscaron a Aiden por el bar. Él y Kane estaban sentados junto a la chimenea.

Jun condujo a Rain de la mano hasta la zona tras la escalera que subía al primer piso y se ocultaron ahí para observar a su amigo.

—Se va a enfadar —dijo ella, con el corazón latiéndole en la garganta.

Una sonrisa aniñada se dibujó en la boca de Jun.

—¿Te has olvidado de cuando quedé con aquella chica de intercambio en penúltimo curso y Aiden recortó todas mis camisas a la altura de los pezones y tuve que cancelar la cita?

Claro que se acordaba. Aiden nunca lo admitiría pero lo había hecho por ella. Era la persona más leal que había conocido nunca.

Su amigo estaba sentado recto como un palo, con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud defensiva y un té negro que apenas había tocado delante. Kane lo miraba como si fuese la criatura más divertida y fascinante que hubiese conocido jamás.

—¿Qué te hace tanta gracia? —gruñó Aiden.

—¿Siempre estás de tan mal humor, Clark?

Aiden desvió la mirada.

—Cuando la compañía lo requiere, sí —refunfuñó.

—¿Por qué no te caigo bien?

—No te sientas ofendido, el noventa y cinco por ciento de la gente me cae mal.

La sonrisa de Kane se hizo más amplia y los ojos de Aiden bajaron por un microsegundo a su boca. Apretó con más fuerza los brazos contra el pecho.

—Vaya, y yo que pensaba que era algo especial —dijo Kane en tono afligido.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Kane se inclinó sobre la mesa para acercarse a Aiden.

—Conocerte.

—¿Es una especie de reto personal? ¿Quieres demostrarle algo a tu amigo Blake?

Kane arrugó la frente y se puso serio. No solo eso, en sus ojos se adivinó algo cercano a la compresión y a la preocupación. Aiden lo notó y el pulso se le disparó en la garganta.

—¿Quieres que sea sincero? —preguntó Kane.

Un grupo de hombres algo borrachos pasaron por debajo de la escalera hacia la barra tambaleándose y empujaron a Rain contra Jun. Él la agarró de la cintura para sujetarla y el gesto hizo que se le desbocase el corazón. Los dedos de Jun se apretaron ejerciendo una suave presión y no la soltaron.

Rain se sintió mareada y no tenía nada que ver con la sidra. Un fogonazo de imágenes estalló en su mente: un pasillo oscuro, la boca de Jun, sus manos sosteniéndola contra él. La sensación le robó el aire.

Se inclinó hacia él como un girasol buscando la luz mientras sus labios se separaban ligeramente y sus ojos iban hasta su boca.

Y entonces Jun se movió hacia atrás soltándola, y Rain se encontró con su mirada contrariada y casi triste. La había rechazado. Había estado a punto de besarlo, y él se había apartado.

Rain no fue capaz de soportar la vergüenza.

—¡Mierda! —masculló mientras lo esquivaba y se marchaba a toda prisa.

Al otro lado del bar Kane le decía a Aiden:

—Me pareces muy guapo e interesante.

Y Aiden enrojecía hasta la raíz del cabello mientras se levantaba de golpe de la silla, agitado.

—Ostras —decía nervioso—. Eso... ¡Ja! Por favor, qué frase tan... —Cogió el té y se lo bebió de un trago.

—Aiden, no es más que la verdad —dijo Kane mientras le sonreía con cierta ternura.

—Bueno... Es... —se aclaró la garganta mientras tiraba del cuello de su camisa. Hacía demasiado calor en ese lugar—. Tú eres mucho más... Quiero decir.

—¿Que soy guapo? —terminó Kane por él.

—Mmm..... Sí. —Y entonces cayó en la cuenta de lo que acababa de admitir y se puso más nervioso aún, sacudiéndose como un animal enjaulado—. Me voy, ya he terminado mi bebida. Ha sido... divertido. —Apretó los párpados—. No, no quería decir eso.

—¿No querías decir que ha sido divertido? —preguntó Kane, que hacía esfuerzos por no reírse.

Aiden abrió la boca, estaba tan aturullado que no sabía qué decir. Tenía que largarse antes de soltar algo peor.

—Bueno ya nos veremos. O no. No sé. Adiós y gracias —dijo finalmente, y se marchó despavorido mientras Kane lo seguía con la mirada y una sonrisa boba le colgada de los labios.



«Mátame y seré tuya para siempre. Porque después de eso, ¿qué más daño podrías hacerme?».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 17



Rain paró de correr cuando dejó atrás la calle de la Rosa y estuvo cerca de la estación de tren. El aire de la noche era frío y le quemaba en los pulmones. Se cerró el abrigo intentando protegerse.

—¡Rain! —la llamó Jun al tiempo que su mano se cerraba sobre su codo.

Deseó que de pronto se abriese un portal y la tragase.

—Por favor —le suplicó a Jun—. Solo olvídalo.

—Rain, si... si...

Ella se giró y le tapó la boca. Apretó los párpados, la vergüenza iba a devorarla.

—¿No puedes fingir que no ha pasado nada?

Los ojos de Jun reflejaban una tormenta oscura y era incapaz de leer qué sentía.

—¿Sientes algo por mí, Rain?

Ella dejó caer la mano y dio un paso atrás. No podía creer que estuviese viviendo ese momento. Asintió sin ser capaz de mirarlo a los ojos.

—Yo...

La cara de Jun se contrajo con una mueca de dolor; su mirada estaba llena de conflicto.

Rain observó el cielo. Apenas había luna y las estrellas formaban un paisaje precioso. Tragó sintiendo un nudo que la ahogaba.

—¿Nunca lo has pensado ni una vez? ¿Nunca has sentido...? —expresarlo dolía demasiado.

Oyó como él cogía aire, parecía profundamente herido, como si sus palabras lo hubiesen cercenado igual que una espada.

—Te quiero, Rain —admitió y, aunque sus palabras eran dulces escondían una nota de agonía—. Pero...

Ella cerró los ojos al tiempo que dos lágrimas resbalaban por su cara. Asintió en silencio.

—Pero no de la misma forma, ¿no? —adivinó ella.

El pecho se le hinchó como un globo lleno de tristeza y sintió náuseas.

—No... *Mierda* —masculló.

—No pasa nada, en realidad ya lo suponía —le tembló la voz y la respiración le salió en pequeños jadeos involuntarios—. Solo necesitaré un poco de tiempo.

Se limpió las lágrimas con rabia y se alejó por el sendero que conducía a la Academia. Ahora solo le quedaba una sensación de abatimiento y melancolía; lo que había permanecido escondido tras las emociones más espinosas y venenosas como los celos o la estúpida esperanza. Por fin tenía su maldita respuesta, ya podía derrumbarse.

Jun tuvo la gentileza de no seguirla. Parado en medio del camino, la observó marcharse, una mancha roja en la oscuridad, y la tierra bajo sus pies tembló ligeramente, golpeada por la energía furiosa que emanó de su cuerpo. Aunque eso Rain no lo vio.

El horario de la biblioteca había terminado cuando Rain llegó. Pero nada iba a interponerse en su camino. Por primera vez incumplir las normas le dio igual. Afrontaría el castigo si la pillaban.

Se dirigió hacia la sección del Caos y buscó el pasillo en el que Blake la había empujado. Como las luces estaban apagadas, chasqueó los dedos y creó una pequeña llama.

Sacó un libro de la estantería y se sentó en el suelo con él. Fue pasando páginas hasta llegar a la que había visto abierta el día anterior cuando se habían caído de las estanterías. Era un volumen que hacía un repaso de las brujas y brujos que habían aportado conocimientos sobre la magia a lo largo del tiempo, y hablaba de libros perdidos o de brujos cuyas enseñanzas habían quedado en el olvido del tiempo.

Estaba escrito en lengua antigua, pero aun así acertaba a entender algunas palabras: «La Rueda de las Sombras [...]; los límites de la mente [...] que acerca a lo incomprensible».

Rain se cercioró de que el título que había apuntado era el correcto y memorizó las palabras en el lenguaje original.

Buscar entre todas aquellas estanterías le llevó horas y no consiguió nada. Cuando el sueño comenzaba a vencerla y estaba perdiendo la esperanza, tuvo una idea. Quizá no estuviese en la sección del Caos. Si el libro era muy viejo, a lo mejor estaba en el Archivo.

Cruzó bajo el puente que llevaba a la parte superior y entró en la sala pentagonal, donde estaban las estanterías dedicadas a esa sección. Era un lugar con unas condiciones especiales, no había nada de luz y permanecía cerrado para que la temperatura fuese constante. Nunca había estado ahí porque su dominio de la lengua

antigua era muy limitado y había que pedir permiso para sacar aquellos libros.

Un chispazo de euforia se apoderó de ella cuando lo encontró, al menos algo había salido bien aquella noche, pero la emoción pronto se desvaneció opacada por un pinchazo de culpabilidad cuando sacó el volumen de la estantería con cuidado. Aunque sus sentimientos parecían adormecidos como si estuviese fuera de su propio cuerpo.

La Rueda de las Sombras — Roth y Sjadw en lengua antigua, se leía en el lomo. Era un libro de cuero negro con una luna oscura rodeada por una atadura grabada en la portada; no había título ni autor.

Rain lo abrió con cuidado, las hojas eran de pergamino. Las páginas presentaban un tono amarillo envejecido y la tinta estaba ligeramente emborronada, pero todavía podía leerse.

Se veía capaz de traducirlo, pero iba a tardar semanas. Salió de la sala pentagonal y fue hacia la vitrina de suministros, cogió unas cuantas hojas de papel, un diccionario de lengua antigua y volvió.

Se aseguró de cubrirse las manos con la tela de las mangas para no dañar las páginas al pasarlas.

Rain no se quitaba de la cabeza las palabras de Blake, la idea de que era demasiado inocente, demasiado insignificante para participar en aquel juego, de que ella no era la que movía las piezas del tablero, sino el peón al que manipulaban.

Y en ese instante, en el que el fracaso la aplastaba hasta dejarla sin aliento, en el que el peso del mundo era asfixiante y la esperanza parecía muerta, necesitaba sentir que tomaba de nuevo el control de su vida y de sus emociones.

No tendría a Jun. Lo olvidaría. Se centraría en ser la mejor de la Academia, en demostrar a todos esos hijos de grandes linajes que hacían mal en subestimarla.

Se quedó dormida y soñó con una mano ensangrentada de dedos largos y finos y uñas puntiagudas entrando en su pecho y arrancándole un trozo de corazón. Y ese hueco vacío se llenó de algo oscuro y poderoso: celos, envidia, rabia, ira...

Y entonces se despertó sobresaltada.

Miró su reloj de pulsera. Las cinco y media. Tenía que darse prisa en salir antes de que alguien la encontrase allí dentro.

Guardó *LaRueda de las sombras* y recogió los apuntes que había tomado. Dejó el diccionario de lengua antigua en su lugar y se marchó en silencio.

El sol todavía no había salido, aunque el cielo comenzaba a teñirse de un azul más claro. El punto justo entre la noche y el día; la aurora.

El castillo estaba en penumbra, con la mayoría de las lámparas apagadas, y las sombras parecían estirarse y retorcerse. Sus pasos apresurados sonaban amplificados en el corredor vacío. Y entonces por una de las ventanas que daban al patio trasero vio la inconfundible cabeza rubia de Ash Blake. Su abrigo negro ondeaba mientras bajaba hacia una de las salidas de la Academia, sumergiéndose en la niebla de las primeras horas de la mañana, como si caminase por un mar de nubes.

«¿Dónde iría tan temprano?», se preguntó Rain.

Antes de procesar lo que se disponía a hacer, ya estaba corriendo. Salió por una de las puertas laterales y alcanzó a ver a Blake desapareciendo por el camino que conducía al bosque que bordeaba Hidden y la Academia. Se extendía kilómetros y kilómetros hacia el norte. Rain siguió un pequeño camino entre helechos, zarzamoras y arándanos. La humedad se le pegó a la piel, como si al adentrarse en la arboleda el tiempo hubiese cambiado. Los abetos, más altos de lo que alcanzaba la vista, y los cedros rojos, a juego con el color de

su jersey, con los troncos del tamaño de una habitación pequeña, completaban un paisaje que robaba el aliento.

La niebla se desplazaba baja y complicaba la visión del camino.

Rain metió el pie en un pequeño riachuelo y se mojó el mocasín. Los ruidos de animales moviéndose, de hojas y ramas frotándose y el viento ululando le daban al ambiente un toque tétrico y terrorífico.

Siguió las huellas de Blake preguntándose qué habría ido a hacer al bosque. Había leído suficientes libros de suspense para saber que aquel era un lugar perfecto para esconder algo que no quieres que nadie encuentre.

Maya.

No, apartó el pensamiento entre asustada y horrorizada. Pero quizá era una pista.

Entre los árboles acertó a ver el lago. Y allí de pie frente a la orilla estaba Blake, de espaldas a ella y con la mirada clavada en el agua, donde la luna se reflejaba tenuemente.

Los colores del amanecer aparecían entre las montañas.

Rain se escondió detrás de uno de los enormes troncos y lo observó.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte ahí? —dijo Blake. Rain no se movió—. Sé que eres tú, chica Amanecer.

Rain salió de detrás del tronco y caminó hasta Blake cuidándose de estar a buena distancia.

—Creo que la última vez fui bastante claro con que no me siguieses. No te quiero en mis asuntos y esto comienza a ser un problema.

Su cabello rubio, desordenado por el viento, parecía capturar la escasa luz, dándole un brillo pálido y casi irreal. Sus ojos grises, a juego con el color del cielo, se clavaban en Rain con una intensidad que cortaba el aire.

Su postura era relajada pero dominante, como si el entorno sombrío y la soledad del lugar le otorgaran un poder aún mayor.

Los primeros rayos del amanecer jugaban en su rostro, esculpiendo sombras en sus rasgos cincelados, dándole un aire casi mítico, inhumano; «el aspecto del diablo», se recordó Rain.

En ese momento, Blake parecía más peligroso que nunca y su belleza solo acentuaba aún más si cabe su aspecto amenazante.

Rain hizo una mueca. Blake recorrió todas las facciones de su cara: la irritación bajo los ojos de haber llorado, los párpados ligeramente hinchados, el conjunto de pequitas tenues que tenía solo en la nariz, las manchas negras de maquillaje que se le habían acumulado en las pestañas inferiores.

¿Sería por su compañera de habitación o por el imbécil de Jeong?

—No quieres contestar qué hacías en el pasillo de la torre del Amanecer y ahora te escabulles dentro del bosque; pareces muy sospechoso —contestó ella, ignorando su comentario. El corazón le latía tan deprisa que sentía su propio pulso en la garganta.

Blake inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviese sopesándolo.

—¿Qué pasa, no te crees lo de la carta?

Rain abrió la boca. ¿Cómo lo sabía? Trató de recordar lo que los profesores habían contado a los alumnos. Sí, que Maya se había marchado por voluntad propia. Pero no habían mencionado nada de una carta. Había dormido muy poco y llorado demasiado y su cerebro iba despacio, no tan fresco como de costumbre.

—¿Qué carta?

La expresión de Blake permaneció ilegible.

—Se ha marchado por voluntad propia, ¿no? —dijo él.

Rain tembló y se arrebujó en su abrigo.

—Eso dicen... —contestó, pendiente de todos los gestos de él, esperando que algo lo delatase.

Blake sonrió con desprecio.

—Es lo que dice tu venerada Academia. ¿Acaso no confías en el sistema?

Rain apretó los dientes.

—Sí, pero el sistema puede cometer fallos. ¿Cómo sabías lo de la carta? —dijo, y dio un paso hacia él tratando de mostrarse firme y confiada, aunque por dentro estuviera temblando.

Blake arqueó una ceja.

—¿Qué relevancia puede tener eso?

Parecía nervioso, notó Rain. O impaciente. No dejaba de mirar a todas partes como si temiese ver aparecer a alguien. Era la primera vez que le pillaba una grieta en su armadura perfecta, una abertura en su defensa inquebrantable. Blake era como uno de esos grandes maestros con los que jugaba al ajedrez a través de los libros.

Y Rain supo que escondía algo, algo relacionado con aquel lugar.

—Creo que alguien puso esa carta en mi habitación para que la encontraran y que no fue Maya —reveló esperando ver su reacción.

—¿Y crees que he sido yo?

Ella se encogió de hombros.

—Como te he dicho, te vieron en la torre del Amanecer aquella noche.

Blake volvió a observarla en silencio y Rain se impacientó.

—¿Qué haces aquí a las seis de la mañana? —quiso saber Rain.

—¿Y por qué iba a contártelo? —Los ojos del chico transmitían cierto enfado, como si ella le estuviese irritando.

Y ella se lo tomó como una señal de que sus preguntas estaban funcionando y de que iba bien encaminada con sus sospechas. Cruzó los brazos sobre el pecho con cabezonería. Estaba de muy mal

humor. Le apetecía muchísimo usar todos esos hechizos defensivos que había aprendido y descargar toda su ira.

Dio otro paso hacia Blake.

—Creo que escondes algo y que ese algo tiene que ver con la desaparición de Maya, y te aseguro que voy a averiguar qué es.

Blake soltó una risa condescendiente y burlona.

—¿Por qué no dedicas toda esa energía a perseguir a Jeong? Seguro que te va mucho mejor... —Su sonrisa se volvió maliciosa, cargada de veneno.

Él también sabía cómo romper la defensa de su contrincante; de hecho, las debilidades de Rain eran fáciles y obvias. Ni siquiera le había prestado atención al principio y aun así las había notado. No había esperado que aquella típica chica buena de apariencia inofensiva y aburrida resultase tan molesta y útil a la vez. Porque a Jeong le importaba, a pesar de que ella no se daba cuenta de cuánto, y, por lo tanto, era un punto débil en alguien al que deseaba herir.

Cada palabra que salió de su boca, afilada y cruel, resonó en el aire frío de la mañana, helando a Rain más que la brisa otoñal que atravesaba el bosque.

—Ah, no, que no le interesas. ¿Es eso? —dijo eligiendo cuidadosamente lo que sabía que la haría reaccionar—. ¿Me estás molestando porque necesitas una distracción? ¿Te han roto el corazón, Rainy?

La expresión de ella cambió y de nuevo a Blake le resultó demasiado fácil leer su rostro.

Las manos de Rain se envolvieron en una luz rosácea. Las movió y todas las rocas y palos que había en la orilla salieron disparados hacia Blake. Sentía el peso de cada objeto que cargaba, pero la rabia era más fuerte.

Una de las rocas lo golpeó y lo lanzó al agua. Los ojos de Blake se abrieron entre divertidos y sorprendidos.

—¿Vas a matarme? —la provocó—. ¿He dicho algo que te haya molestado?

Rain juntó las palmas de las manos y estiró la energía que fluía entre ellas cargándola. Como la potencia de los hechizos provenía de sí misma, sus sentimientos se veían reflejados en ellos. Las chispas de los rayos zumbaban y chasqueaban.

Blake vio cuál era su intención y saltó hacia ella antes de que le lanzase el hechizo al agua y lo electrocutase. Gruñó de dolor al tocarla con las manos mojadas, pero consiguió frenarla.

—No me subestimes, Ash Blake.

Algo en la forma en la que ella pronunció su nombre lo dejó aturdido, como si lo hubiese golpeado en mitad del pecho. Pero se recuperó pronto y la empujó al agua.

—¿Crees que no te haría daño? —dijo mientras la cogía del cuello del abrigo. Su tono bajo no se alteró y eso lo hizo más espeluznante —. Sabes quién soy.

La arrastró hasta que el agua les llegó a la cintura mientras ella forcejeaba. Tiró hacia arriba y los pies de Rain dejaron de tocar el suelo.

Ella apretó las manos contra sus muñecas apoyándose. No podía usar el hechizo de chispa o ambos acabarían fritos. Desde esa posición podría hundirla en el lago con facilidad y dejarla sin aire.

—¿Y quién eres, Blake? —le preguntó.

Él parpadeó, sorprendido. Sus ojos grises se ampliaron ligeramente. La pregunta de Rain lo pilló desprevenido, algo que rara vez le sucedía, y por un momento, perdió su habitual control sobre la situación.

Rain aprovechó su distracción y movió la mano izquierda hacia su cara tratando de empujarlo lejos, justo al mismo tiempo que el sol aparecía entre las montañas y se reflejaba en su reloj. El haz de luz rebotó e incidió sobre el centro del lago.

Y entonces el agua se abrió.



«Dos tragedias hay en la vida: una es no conseguir lo que el corazón anhela; la otra es conseguirlo».

BERNARD SHAW





CAPÍTULO 18



A un lado del lago, pegada a la pared escarpada de la montaña, había una puerta excavada en la roca.

Blake soltó a Rain, y ella se recolocó la falda mojada que el agua le había subido, el jersey y el abrigo con gestos nerviosos. Observó boquiabierta y sin aliento la estampa.

—¿Cómo ha...?

Levantó la vista hacia Blake, que estaba estudiando su cuello como si quisiese cerciorarse de que no le había hecho daño.

—¿Era eso lo que hacías aquí? —preguntó ella.

Blake pareció debatirse entre responder o no. Los dos se estudiaron en un duelo de miradas afiladas mientras las gotas que caían de sus ropas chocaban contra el suelo y el frío aire de la mañana les erizaba la piel.

—No importa, lo averiguaré yo misma —contestó Rain mientras se dirigía hacia la puerta que estaba a unos doscientos metros de allí. Si Maya estaba allí encerrada la encontraría.

Dejó a Blake atrás y se puso a caminar por el lecho del lago con determinación. Aquello era sin duda lo más extraño y curioso que había visto en su vida. Alguien muy poderoso había tenido que

conjurar todo ese lago, se preguntó qué clase de hechizo habría utilizado. Estaba fascinada, habían usado un truco simple, como el de los ilusionistas que se dedicaban a dar espectáculos para los comunes, pero tremendamente eficaz. Y en su aparente simpleza era donde residía su grandeza. Estaba tan absorta pensando en posibles formas de llevar a cabo aquel hechizo que no oyó a Blake que la llamaba.

Ahora, más cerca, podía ver que la puerta tenía grabadas una serie de runas cuyo significado desconocía, pero que transmitían una magia vieja y expulsiva.

—¡Lee! —gritó él, insistente.

Y entonces Rain sintió que un brazo la atrapaba de la cintura y tiraba de ella al mismo tiempo que veía como el agua del lago comenzaba a caer hacia ellos con fuerza. Estaban en una parte bastante profunda, quizá a veinte metros de la superficie.

El corazón le bombeó asustado. Solo le dio tiempo a coger aire.

La masa de agua cayó sobre ellos con fiereza, pero Blake no la soltó. Rain cerró los ojos y aguantó la respiración mientras el agua los sacudía con fuerza. Durante unos segundos se sintió desorientada. Y entonces Blake tiró de ella hacia arriba y ambos comenzaron a nadar hacia la superficie.

Los últimos metros fueron agónicos, la ropa mojada hacía que cada brazada le costase el doble de esfuerzo y estaba agotada.

Blake salió primero, agarró su brazo para sacarla y el aire le llenó los pulmones al mismo tiempo que tosía. Los labios de Rain estaban violetas y sus dientes castañeaban del frío. En la calma del bosque solo se oían sus jadeos ahogados.

—Gracias —murmuró, sorprendida por su ayuda.

El cielo, pintado con suaves tonos rosados y dorados, se reflejaba en la superficie del agua como un espejo cargado de destellos. La

bruma matutina se deslizaba sobre el agua, envolviendo el entorno en un halo etéreo. Y allí en medio flotaban ellos dos, uno frente a otro.

Los párpados de Blake cayeron ligeramente, sus pestañas estaban llenas de gotas de agua que brillaron capturando la luz de la mañana. El gris de sus ojos, iluminado por el sol, se volvió más claro, casi cristalino, y su expresión, usualmente impenetrable, se suavizó en ese momento, como si el amanecer le robase algo de su habitual dureza.

Rain no podía apartar la mirada, embelesada por aquella hipnótica imagen de él.

Blake bajó los ojos hasta la boca de ella. Y el entorno, casi inmóvil, pareció contener la respiración, haciendo que el instante se sintiera infinitamente más largo, como si el tiempo hubiera decidido detenerse solo para ellos.

Rain tragó saliva, de pronto notó un nudo pesado en la garganta, que descendió despacio hasta su vientre, y el movimiento pareció despertar a Blake, que giró la cabeza rompiendo la quietud.

Echó a nadar hasta la orilla sin decir nada.

Los dos salieron del lago completamente calados. Rain se quitó el abrigo y el jersey y lo escurrió con fuerza. Se colocó al sol estirándose la camisa, que se le había pegado como una segunda piel volviéndose traslúcida. No podía dejar de tiritar. Poco a poco los rayos le iban calentando la piel erizada.

—¿Por qué me has ayudado? —preguntó mirando a Blake, que contemplaba el paisaje que tenía delante con una profunda intensidad.

Su silencio era inquietante.

—Porque no quería que te ahogases —contestó con desgana—. Si no, habría sido obvio que habías encontrado la puerta, y lo que

hubiese ahí dentro habría desaparecido. ¿Entiendes, chica Amanecer?

Rain lo sopesó. Así que él también quería descubrir qué había ahí dentro. La esperanza de que Maya estuviese allí se desinfló como un globo pinchado.

—Eres muy maquiavélico, Ash Blake —reconoció para sí misma con la voz cargada de admiración y fascinación.

Él volvió la cabeza hacia ella. La camisa de Rain, húmeda y transparente, delineaba su figura con una claridad inesperada. La visión de la chica, empapada y vulnerable, lo sorprendió desarmándole por completo.

Las gotas de agua brillando en su rostro como perlas diminutas bajo la luz del amanecer, su boca estirada en una sonrisa y los párpados cerrados, la hacían parecer casi etérea. Y esa fragilidad que emanaba, su imagen, tan expuesta y sincera, se grabó en su mente. Blake se aclaró la garganta, un gesto casi involuntario mientras intentaba recuperar la compostura, como si el simple hecho de verla así le hubiese robado un pedazo de su habitual control.

Tensó los hombros, apartó la mirada para dirigirla de nuevo al lago y su nuez se movió apretada.

—Pensaba que podrías haber encerrado a Maya ahí —reconoció ella, abriendo los ojos de nuevo.

Blake se la quedó mirando, como si la idea no se le hubiese pasado por la cabeza, y Rain supo que él sabía más de lo que contaba. Todavía no descartaba que tuviese algo que ver con su desaparición, o quizá lo que tenía era información valiosa que no quería compartir.

—La puerta tenía runas. Está claro que todo está diseñado para que alguien ajeno acabe atrapado por el agua mientras intenta

averiguar cómo abrirla; en caso de que descubra el truco del lago —reflexionó Rain como si estuviese tomando notas en un diario.

Blake se acercó a ella. Sus ojos bajaron por un par de segundos a su torso y luego volvieron a su cara.

—¿Qué clase de runas?

—Quieres entrar, ¿verdad? Por eso estabas aquí, no sabías cómo hacerlo. Te ayudaré a entrar si me cuentas qué hay al otro lado y qué sabes sobre Maya.

—No —contestó Blake cortante.

Rain se encogió de hombros, recogió su jersey, se puso el abrigo y se marchó por donde había venido. Las clases empezarían al cabo de una hora y no quería llegar tarde.

—Bien, lo averiguaré por mí misma.

Blake la alcanzó cuando estaban entrando en los terrenos de la Academia.

—¿Por qué te importa? —la increpó.

—¿Cómo que por qué me importa? Mi compañera de habitación ha desaparecido, acabo de abrir un lago y he encontrado una puerta misteriosa que claramente parece ocultar algo significativo. ¿Cómo no va a importarme? ¿Y si Maya está ahí dentro?

Blake se pasó una mano por el cabello mojado que le caía sobre los ojos y se lo peinó hacia atrás. El gesto estaba cargado de impaciencia.

—Eres... —masculló para sí mismo—. No puedes contarles esto a tus amiguitos. Creo que no tienes ni idea de lo que te estás jugando.

—Oye —dijo Rain, volviéndose, y le clavó el índice en el pecho. Blake bajó la mirada hasta su dedo—. Te recuerdo que la que ha abierto el agua y ha encontrado esa puerta he sido yo. Tú estabas ahí parado observando y... —Sonrió para sí misma comprendiendo algo—. No sabías qué hacer, por eso estabas ahí, no sabías cómo

llegar hasta ella —anunció victoriosa—. Así que deja de usar ese tono condescendiente conmigo, porque si no fuese por mí no la habrías encontrado.

Los músculos de la mandíbula de Blake se tensaron. Le cogió la mano y apartó el dedo con el que le había estado dando golpecitos.

—Eres una de las personas más irritantes que he conocido, Lee —dijo sin soltarle la mano.

Rain la notó cálida contra su piel helada, ligeramente callosa, como la de Jun por la práctica de combate de destreza.

—No es la primera vez que me lo dicen —contestó ella—. Pero si me preocupase lo que la gente opina de mí no estaría en la Academia y hace tiempo que me habría condenado a la mediocridad. —Al fin y al cabo, ese era el lugar al que todos pensaban que pertenecía o más bien deseaban relegarla, y su trabajo era demostrarles cuánto se equivocaban con sus prejuicios.

Rain tiró de su mano para liberarla; los dedos de Blake se sacudieron ante la pérdida del contacto, y se llevó la mano al bolsillo. Rain miró su reloj alarmada y echó a correr hacia la entrada trasera del castillo.

—¡El desayuno ya ha empezado, si no te das prisas llegarás tarde a Historia! —le advirtió ella como si estuviese diciéndole que una criatura del Otro Lado estaba cerniéndose sobre su espalda, y entró en la Academia.

Blake a mitad de la colina no pudo reprimir una pequeña sonrisa entre divertida y exasperada. Quizá Rain podría serle útil de más de una manera...



Rain trató de evitar a Jun todo lo posible. Él se mantuvo lejos, aunque a veces podía sentir sus ojos clavados en ella. Se pasó el lunes pensando en la puerta misteriosa y en las runas, eran la distracción perfecta para alejar los pensamientos oscuros y negativos que revoloteaban sobre su cabeza como cuervos hambrientos.

Dibujó de memoria las que recordaba, a ver qué podía averiguar. Abrazó aquella tarea como si fuese un salvavidas. Sí, se centraría en encontrar a Maya.

Estaba sentada con Aiden en la zona exterior de la torre observatorio con un libro sobre runas que había tomado prestado de la biblioteca sobre las piernas. Aiden se estaba atiborrando de pasteles de hojaldre.

—De algo me tuvo que servir ir a Hidden —se explicó.

—¿Por qué no admites que Kane te resulta atractivo? —murmuró ella, sin apartar la vista de su libro, todavía no había conseguido identificar más que un par de runas.

—Que sea guapo —dijo limpiándose la boca—, y solo lo digo desde un punto de vista científico... —puntualizó.

—¿Qué ciencia lo dice? ¿La de los tíos buenos?

Aiden la fulminó con la mirada.

—No. La de las personas anatómicamente armoniosas... Da igual —dijo atropellado—. Como decía, que sea guapo, y no bajo mi punto de vista, sino el general —especificó con los dientes apretados—, no quiere decir que me atraiga. El té negro me gusta más que ese chico.

Rain asintió en silencio sin decir nada.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada.

—¿Qué?

—Solo permito que te mientas a ti mismo si es lo que quieres.

—Quiero empujarte de esta torre, eso es lo que quiero, pero no lo haré porque por alguna razón que no llego a comprender te elegí como mi mejor amiga.

Rain sonrió y le revolvió el pelo con cariño y Aiden se apartó enfurruñado.

—Al menos uno de los dos debería formar una familia feliz —comentó Rain para pincharlo—. Ya te veo con Kane y vuestros retoños en una casita con jardín.

Aiden enrojeció levemente y resopló molesto.

—Aunque esa idea me sedujese... —murmuró masticando las palabras con poca convicción—, mi padre se volvería loco si se enterara. Otra excusa más para echarme en cara lo inútil que le parezco.

Rain levantó de nuevo la vista del libro.

—Oye, que sea del Crepúsculo no quiere decir que sea mala persona. Kane parece un buen chico.

—Rain, dime una sola pareja que conozcas formada por miembros de distintas órdenes. No es que cada uno se decante más por magia del Caos y otro del Orden y se dediquen a cosas comunes. Es que vamos a estar en órdenes rivales, el Crepúsculo y el Amanecer se odian. Vivimos en una lucha de poder constante. Mira lo que pasó con mis padres... —comentó apenado.

El padre de Aiden y su madre se conocieron en la Academia en su primer año. Ella era del Crepúsculo y él del Amanecer, y aun así se enamoraron. Cuando la madre de Aiden se quedó embarazada de él en un descuido, los padres y amigos de ambos no se lo tomaron nada bien. Hasta el punto de que ambos dejaron la Academia.

Aun así, después de tenerlo, la madre de Aiden decidió que quería volver y acabar su formación, y los abandonó, a él y a su padre.

Desde entonces su padre sentía un odio profundo por los del Crepúsculo, al igual que Aiden.

—Pero en los últimos años ya no es así. Se intenta que tengamos relaciones cordiales. Ya no es tabú mezclarse entre las órdenes.

—¿Y qué? Eso es solo de cara a la galería. En el fondo esa rivalidad sigue existiendo. ¿Crees que los altos mandos del Amanecer verían con buenos ojos que saliese con alguien del Crepúsculo? Pregúntale a Jun, todo lo de la cordialidad no es más que política. En realidad, las órdenes compiten entre ellas y se desprecian.

El cuerpo de Rain dio un brinco al oír el nombre de Jun y volvió a concentrarse en las runas del libro.

La mirada de Aiden se llenó de compasión.

—¿Cómo estás?

—Supongo que te lo ha contado.

—Estaba esperando a que tú lo hicieses para sacar el tema.

—Conseguiré que deje de dolerme —aseguró ella como si quisiese obligarse a ello.

—Si te sirve de consuelo, él estaba hecho polvo cuando llegué a nuestra habitación. El amor no siempre viene en la forma que buscamos, pero eso no quiere decir que no esté ahí.

Rain cerró los ojos. Conocía el significado de los caracteres del nombre de Jun y hasta cómo escribirlo, cómo le gustaba tomar el café, el aspecto de su pelo despeinado de recién levantado, lo que le hacía reír hasta llorar y lo que transformaba su llanto en risa. Conocía tan bien el sonido de su voz que se repetía en su cabeza como una melodía incesante. Su aspecto a los diez, a los catorce y a los diecisiete. Al igual que sus miedos y sus deseos. Sus gestos, las inflexiones de su tono y las palabras que más usaba.

Y estaba enamorada de cada uno de esos detalles. Detalles que ahora morían en su interior al igual que las piezas de su corazón roto.

Cerró el libro. Se echó hacia atrás hasta tumbarse y la camisa se le salió de la cinturilla de la falda dejando ver un par de lunares que tenía junto al ombligo.

El fracaso era amargo y ácido y consumía su alma en un tormento al que no veía fin.

A veces le daba miedo su propio corazón y el hambre constante de lo que sea que quisiera.



«Que procedas del cielo o del infierno, qué importa».

BAUDELAIRE





CAPÍTULO 19



Blake ya estaba frente al lago con el uniforme de la Academia cuando Rain llegó. No sé giró hacia ella cuando oyó sus pasos, como si ya supiese que iba a aparecer.

El sol saldría en unos minutos.

Rain se colocó a su lado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Te ha seguido alguien? —le preguntó Blake.

—No, ni siquiera me he cruzado con nadie en el castillo. Es demasiado temprano.

Blake giró la cabeza para mirarla por primera vez desde que había llegado. Rain llevaba su bandolera de cuero, se la descolgó y la dejó apoyada en una roca apartada del agua. Blake observó cómo se quitaba los zapatos, se bajaba los calcetines y también se los quitaba hasta quedar descalza sobre los guijarros. El chico se había pasado la noche decidiendo cuál era la forma más ventajosa e inteligente de proceder con ella.

—¿Qué haces? —dijo en un tono más grave de lo habitual.

Rain se sacó el jersey que llevaba por la cabeza y lo dejó sobre su bandolera. Debajo llevaba una camiseta sencilla de manga corta. Se

le había subido con el gesto dejando al descubierto su ombligo y su piel salpicada de lunares; que la mirada aguda de Blake capturó.

—Evitar mojarme toda la ropa posible si voy a meterme en el lago —contestó, recolocándose la camiseta—. Traigo el resto del uniforme ahí dentro.

—¿Has pensado que a lo mejor involucrarte en esto no es lo que más te conviene, chica Amanecer? —intentó asustarla.

Rain se acercó a Blake tiritando.

—Deja que sea yo quien decida eso, Ash Blake.

Él soltó una risa despectiva.

—¿Acaso conoces las consecuencias de a lo que te enfrentas?

—¿Y a ti qué te importa lo que me pase a mí?

Blake tuvo que agachar la cabeza para mirarla. Normalmente, ya era bastante más alto que ella, pero ahora sin zapatos la diferencia de estatura se acentuaba aún más. Tenía la piel de los brazos y las piernas erizada por culpa del frío.

Rain se abrazó a sí misma cuando notó los ojos de él clavados en ella. Cuando Blake se le acercaba el aire se volvía más denso, cargado con una energía eléctrica que parecía a punto de explotar.

—No me importa, mientras no me moleste —respondió Blake en ese tono lento y ligeramente susurrado. Hablaba como si sus palabras fueran secretos compartidos en la penumbra. Su voz tenía una cadencia pausada, cada frase medida y deliberada; una cualidad única que hacía que lo que decía se hundiera en la mente de su interlocutor.

—Entonces solo estás siendo un idiota orgulloso. Vamos, abre el lago y la puerta por ti mismo —dijo Rain, señalando el agua.

Blake le cogió el brazo izquierdo y le quitó el reloj. Se lo ajustó en su muñeca —Rain se fijó en que la tenía muy delgada—, se quitó la

americana y tiró con un movimiento seco de la corbata para sacársela.

—Póntela, se puede oír el castañeo de tus dientes a kilómetros —dijo dejando la americana en los brazos de la chica.

Se remangó y se metió en el agua bajo la atenta mirada de Rain. La camisa blanca del uniforme se volvió traslucida dejando ver su espalda, la forma de sus músculos y lo que parecían las líneas de un tatuaje en su omóplato derecho.

Rain se colocó la americana sobre los hombros, todavía conservaba el calor de Blake. Olía a algo amargo y especiado.

El sol se levantó entre las montañas y él dirigió el reloj hacia el centro del lago. El rayo rebotó reflejándose en la superficie del agua, pero no pasó nada. Volvió a intentarlo un par de veces y el resultado fue el mismo.

Rain sonreía satisfecha a su espalda con los brazos cruzados sobre el pecho con orgullo.

Blake salió del agua echo una furia.

—¿Qué hiciste? —le preguntó.

Rain se regodeó en su victoria. Y también un poco en su imagen. La camisa se pegaba en todas las partes correctas, dejando entrever su torso fuerte y más líneas oscuras en su pectoral derecho. Parpadeó. Ash Blake era demasiado atractivo para ser tan peligroso y ella no era inmune a ello.

—Vaya, parece que sí que me necesitas —se burló Rain, y los ojos de Blake echaron chispas—. Te contaré lo que sé si tú me cuentas lo que sabes. Es un trato justo.

Le tendió la mano, que él observó unos segundos con los dientes apretados. Finalmente, se la estrechó y tiró de ella para acercarla a él.

—Esto es importante para mí, no estoy jugando a los detectives. Y también es peligroso —le advirtió en un susurró cargado de ira.

No le gustaba la idea de tener que trabajar con aquella chica, era demasiado íntegra y suponía un riesgo demasiado alto. ¿Y si se iba de la lengua con Jeong? ¿Y si en realidad todo esto era un truco de él?

No, desechó la idea. Él no era tan inteligente.

—A veces para hacer algo bueno se necesita hacer algo malo —contestó Rain.

Las cejas de Blake se curvaron levemente y sus dedos se apretaron entorno a los de ella de forma involuntaria. Rain apartó la mano y él sacudió la suya, como si quisiese deshacerse de su tacto.

Sopesó las opciones. La necesitaba, al menos para averiguar cómo había abierto el lago. Quizá pudiese hacer un ataque doble, como en ajedrez, e ir simultáneamente a por dos problemas usando una única pieza. Jeong y los túneles...

—Bien, pero si vamos a hacer esto necesitamos acordar unos puntos. —Los ojos de Rain brillaron emocionados, casi hambrientos, y se dirigió hacia su bandolera para vestirse—. ¿Me la devuelves? Deberíamos largarnos de aquí antes de que nos vean.

—Oh, por supuesto. —Rain le tendió su americana y sacó su camisa—. Voy a cambiarme —anunció, y Blake se giró poniendo los ojos en blanco.

—Será raro si la gente nos ve juntos así de la nada. Llamaría la atención.

—¿Y qué? —preguntó ella.

Blake miró por encima de su hombro hastiado y captó un vistazo de los hombros desnudos de Rain antes de que se pusiese la camisa.

—Todavía no has comprendido el mundo en el que te mueves. Kane es mi único amigo. ¿Por qué de pronto andaría contigo por

ahí? Sería llamativo, extraño. Eres demasiado ingenua, Lee, tienes que empezar a prestar atención a los detalles —comentó exasperado.

Rain se giró mientras se anudaba la corbata.

—A mí tampoco me encanta tu personalidad —gruñó, y cogió el jersey para ponérselo—. O sea, necesitamos inventar una excusa por si alguien nos ve juntos, ¿es eso?

—Sí.

Rain lo pensó un momento mientras se ponía los calcetines y los zapatos.

—¡El club de ajedrez!

—¿Qué? —dijo Blake, que había seguido todos los movimientos de ella con cierto ensimismamiento. Le parecía casi insultante la tranquilidad con la que se movía delante de él y la torpeza que mostraba con Jeong.

—Le dije a Jun que quería montar un club de ajedrez. Lo usé como excusa esa vez que nos encontró en la biblioteca. ¿Recuerdas?

A Blake no le pasó por alto la forma en la que se le había quebrado la voz al decir el nombre de su amigo, como si la palabra le hubiese quemado la garganta. Tampoco el halo de tristeza que cubrió sus iris marrones.

—Podemos usar el club como excusa, ¿entiendes? —Recogió su bandolera, y ambos se dirigieron hacia el camino.

Blake lo pensó.

—Sí, podría funcionar —dijo al fin—. Aunque es algo raro que solo haya dos miembros.

—Aiden odia el ajedrez. Y tendríamos que conseguir un profesor tutor.

—Quizá Kane nos eche una mano —reflexionó él.

—¿Y qué más? —preguntó Rain.

—No podemos aparecer por aquí todos los días. No quiero que la única pista que tenemos desaparezca porque alguien nos vea y se asuste.

Los dos miraron el camino, las huellas de sus zapatos eran evidentes. Rain agitó los dedos, cerró los ojos al mismo tiempo que sus labios se sacudían en un murmullo y extendió el brazo hacia el camino; la tierra embarrada onduló ligeramente hasta que todo quedó hecho un lodazal y las huellas desaparecieron.

—¿Viste todas las runas de la puerta? —preguntó Blake.

—Sí, pero eran complejas y no las recuerdo a la perfección. He estado trabajando en ello, aunque necesitaría volver al menos una vez más para tomar notas.

Él suspiró con pesar.

—Bien.

—De acuerdo.

—No puedes hablarle de esto a nadie. No confíes en nadie.

—Eso ya lo has dicho —le recordó ella.

Rain trataba de esquivar los charcos, los helechos y las raíces de los árboles. Parecía un cervatillo que acababa de aprender a caminar, mientras que Blake se movía como si aquel fuese su hábitat natural.

La agarró del codo para apartarla de una rama y la soltó enseguida. La linde del bosque comenzaba a vislumbrarse.

—No pueden vernos llegar juntos. Daré un rodeo y entraré por el camino de Hidden.

—¿Cuándo me vas a contar qué buscas?

—Esta tarde tengo práctica de combate de destreza. ¿Qué días se reúne el club de ajedrez? —preguntó él con sorna.

—Miércoles y domingos —contestó recordando su mentira.

—Entonces te lo diré mañana —dijo, giró a la derecha y se marchó.



«Los monstruos también somos necesarios para la naturaleza».

MARQUÉS DE SADE





CAPÍTULO 20



El miércoles a primera hora Rain estaba sentada junto a Aiden en la clase de la profesora Kêt.

—Oye, me lo ha parecido o te has escondido detrás de una columna cuando ha pasado Kane Diop —susurró Rain.

Aiden se subió las gafas por el puente de la nariz y se tiró del flequillo hacia abajo con los dedos.

—Imaginación tuya.

Rain levantó la mirada por encima de su hombro y captó de un vistazo a Jun un par de filas más atrás. Parecía triste. Aiden siempre elegía su compañía, era como una sombra protectora y se lo agradecía enormemente. Aquella era su forma silenciosa de mostrarle su cariño y su apoyo. Pero para Jun no tenía que estar siendo agradable. Aiden también era su mejor amigo.

—Hoy a la hora de comer, siéntate con él —murmuró bajito.

Aiden supo de quién hablaba al instante.

—Jun tiene más amigos, no me necesita.

—Eres su mejor amigo, claro que sí. —Aiden la miró con desconfianza—. Estaré bien, se me da genial estar conmigo misma.

—¿Crees que volveremos a poder estar los tres juntos?

—Sí. Solo necesito tiempo.

Todavía soñaba con él. Odiaba su subconsciente traicionero. Al principio veía su cara en la lejanía, todo estaba en sombras a su alrededor y Jun aparecía en medio de esa oscuridad sonriente. Siempre sentía un pellizco en el corazón al mirarlo. Y entonces la escena cambiaba y ella tenía los ojos cerrados y notaba el tacto de una mano en la cara y otra en la cintura moviéndose hasta su espalda. Y un beso. Era tan real que tenía el sabor de un recuerdo.

Y entonces se despertaba con lágrimas en los ojos y el dolor palpitante de su corazón roto.

La profesora Kêt subió al estrado y abrió un enorme libro con ilustraciones, que colocó en un atril para que ellos pudiesen verlo.

—La magia es un intercambio. Los más poéticos la llaman alquimia de almas, pues es coger tu esencia misma y transformarla en algo poderoso. No deja de ser física. De hecho, algunos estudiosos han llegado a la conclusión de que si a los comunes se les entrenase adecuadamente serían capaces de producir una pequeña cantidad de magia. Los que todavía tengan algún pariente común o hayan tenido más relación con ellos estarán de acuerdo conmigo.

—¿Eso quiere decir que nuestro poder está delimitado desde el nacimiento? —preguntó una chica corpulenta, sentada en la tercera fila.

—Sí y no. Hay diversidad de opiniones. En el Amanecer no se juega con algunos tipos de magia con los que en el Crespúsculo sí. Y no solo eso, como ya saben, hay prácticas que están terminantemente prohibidas, dado que algunas sirven para cambiar la esencia misma de nuestra alma.

Rain observó a la profesora Kêt con mirada de halcón. Lo que no estaba diciendo es que en la Academia solo dejaban entrar a los que

sabían que tenían esas capacidades; por supuesto, la chica que había hecho la pregunta no habría pasado el examen si no fuese lo suficientemente poderosa.

Las órdenes, que eran la élite política y militar del Mundo Fuera de lo Normal, estaban compuestas únicamente por brujos de muy alto nivel, y estos brujos acababan teniendo vidas muy acomodadas e influyentes en el espacio mágico. Algunos, los más altos cargos, también en el mundo de los comunes. Su causa era noble, pero necesitaban financiación, y eso solo provenía de las esferas de poder.

Existía una división que se dedicaba a buscar a personas y niños que desprendieran una energía única.

La gente con capacidades más limitadas ostentaba cargos más administrativos y roles menores al servicio de las órdenes y del Consejo. Otros simplemente preferían tener una vida mundana, y, siempre que cumpliesen con las normas del Consejo, se les dejaba en paz.

—Si no hubiesen ido a una de nuestras escuelas seguramente no habrían aprendido a desarrollar sus capacidades y no serían ni la mitad de poderosos de lo que son ahora. Y sin los años de formación de la Academia, enfrentarse a una criatura del Otro Lado los mataría con facilidad, por ejemplo. Puede que matemáticamente tengamos una cantidad exacta de poder, pero no todos son capaces de exteriorizarlo.

»¿Quiénes creen que crearon los hechizos y conjuros que están aprendiendo? Otras brujas y brujos que experimentaron y dejaron su sabiduría. Dentro de los límites que marca la moral algunos encontrarán que su magia es tan fácil de moldear como la arcilla. Pero hay que tener cuidado con el poder, porque corrompe. Ese es el

mayor peligro de la magia del Caos, por ejemplo. Y por eso elegimos no usarla.



La biblioteca estaba bastante llena a esa hora de la tarde. Después de cuatro semanas de curso, los primeros trabajos y prácticas estaban a la vuelta de la esquina.

Rain estaba sentada frente a un tablero repasando el libro de runas. Al lado tenía un cuaderno donde iba haciendo anotaciones. Al inclinarse para leer el pelo le cayó hacia delante y se lo metió detrás de la oreja.

—Sí que tiene toda la pinta de ser un ratón de biblioteca... —dijo con guasa Kane.

Rain levantó la vista y al encontrarse con los ojos divertidos del chico sus labios se estiraron en una sonrisa sincera. Blake, a su lado, la observó con los brazos cruzados y cara de mala leche.

—Gracias por uniros al club de ajedrez. Ayer mismo fui a pedir la hoja de inscripción —comentó la chica, interpretando su papel. Buscó en su bandolera y depositó un formulario sobre la mesa—. Tenéis que apuntar vuestros nombres y firmar aquí —les indicó—. Y se lo presentaremos a nuestra profesora tutora; la señora Boucher.

Kane observó a su alrededor con curiosidad después de inscribirse.

—¿No está tu amigo?

—Aiden no... —Los ojos de Rain se encontraron con los de Blake que le hizo un pequeño gesto para que guardase silencio.

Kane le echó una mirada a Blake, que lo ignoró mientras se apuntaba en el formulario.

—Me dijiste que tenía que venir porque, si no, seríamos impares, capullo.

Blake, que estaba apoyándose con una mano en la mesa, giró la cabeza para mirar a su amigo.

—Vaya, es una pena. A lo mejor el domingo sí que quiere venir —contestó sin ninguna emoción.

—Sí... Ya sabes, es un poco... tímido.

—¿Arisco? —dijo Kane al mismo tiempo, y soltó una carcajada.

Blake se estiró.

—Bueno, pues dado que tu compañero no está ya puedes irte —lo despachó.

—Me tocó en un sorteo, claramente no era el premio, sino el castigo. Y ahora mi eternidad está ligada a tener que soportarlo. Desgraciado destino... —le explicó Kane a Rain mientras señalaba a Blake como si no estuviese allí.

Ella soltó una pequeña carcajada y se despidió de Kane dándole las gracias de nuevo por apuntarse. Cuando se giró se dio cuenta de que Blake la estaba observando con el ceño fruncido.

—Pensaba que odiabas a los del Crespúsculo.

—No, que no esté de acuerdo con ciertos límites de vuestra magia no me hace odiaros. Maya me hizo reflexionar sobre ello —dijo con tristeza—. Kane me cae bien, es agradable. Tú por el contrario...

Blake se sentó frente a ella y enarcó una ceja.

—¿Yo qué?

Rain se encogió de hombros mientras colocaba el tablero de ajedrez entre ambos. Había hablado más de lo que pretendía.

Blake soltó una carcajada y ella levantó la mirada.

—¿Qué? —preguntó a la defensiva.

—Es curioso porque tú tampoco le caes bien a la gente.

Los hombros de Rain se tensaron y estiró la espalda hasta erguirse.

—Porque no tengo apellido... —La voz le salió ahogada y tuvo que carraspear—. Pero me es indiferente. ¿Por qué me iba a preocupar la opinión de personas cuyo criterio no respeto?

La boca de Blake se estiró muy ligeramente, como si su respuesta le hubiese gustado.

Rain pensó que estaba siendo hipócrita, porque sí que le dolían sus desprecios. Detestaba cuando la miraban como si fuese inferior y aquel no fuese su lugar.

—Entonces, ¿no estabas pensando que yo debería ser más *agradable* según esos criterios? —pronunció la palabra con cierto asco.

—No, pero eres deliberadamente cruel —contestó, sin apartar los ojos de los de él.

Blake apoyó los codos en la mesa inclinándose hacia ella. El ambiente a su alrededor parecía cargado de electricidad. A Rain le molestaba que siempre emanase esa aura intimidante y fría, como si el rictus de su cara tuviese el poder de cortarte por la mitad o de empujarte a metros de distancia.

Blake parecía el tipo de persona que no hacía nada al azar y que movía todas las fichas en su propio beneficio. Ella no se lo hubiera admitido nunca, pero hasta cierto punto admiraba eso de él.

—Quizá es que tú eres demasiado dulce para este sitio, chica Amanecer.

A Rain se le aceleró al corazón y tragó saliva incómoda. Los ojos de Blake siguieron el movimiento con cierta fascinación y luego se apresuró a apartar la mirada con enfado.

—Todos aquí son crueles a su manera, también Jeong, Pero se esfuerzan más en ocultarlo. A mí simplemente no me importa.

Rain comenzaba a notarlo. Eran pequeñeces casi imperceptibles, además de que siempre le preguntasen su apellido, estaban las miradas acompañadas de sonrisitas condescendientes o abiertamente asqueadas. Esos detalles se habían hecho más evidentes ahora que Jun y ella se habían distanciado.

—¿Es eso lo que te dices a ti mismo para dormir con la conciencia tranquila?

—¿Qué te hace pensar que tengo de eso? —se defendió él. Rain lo miró inquisitiva—. Harías bien en deshacerte de la tuya antes de que te acabe matando.

Las mejillas de Rain enrojecieron furiosas.

—Debes pensar que soy muy ingenua, Ash Blake, pero te equivocas. No habría llegado hasta aquí, sin tener un gran apellido detrás, si no supiese lo que hago. No subestimes el peso de mi ambición.

Los ojos de Blake brillaron con una emoción a la que ella no supo darle nombre. Casi parecía satisfecho. Rain se removió incómoda, el tacto de su mirada le quemó allá donde se posó.

Se percató entonces de que algunas personas los observaban y movió uno de sus peones de forma distraída.

—Estoy buscando un libro, un diario para ser más exacto —le explicó Blake en voz queda, y movió otro peón en respuesta.

—¿Y crees que lo guardan detrás de esa puerta? —preguntó mientras movía su caballo.

—Esa puerta conecta con unos pasadizos que hay bajo la Academia.

Rain levantó la vista del tablero hasta clavarla en los ojos de él. Tenía tantas preguntas que no sabía por cuál empezar. Blake pudo ver la curiosidad estallando en su rostro.

—¿Cuál es la importancia de ese libro? —preguntó Rain mientras hacía un enroque corto.

Él pareció pensarlo durante un rato mientras observaba el estado de la partida, y Rain se dedicó a estudiarlo. La mano derecha de Blake ascendió hasta su cuello y tiró del nudo de su corbata azul oscuro, el color del Crepúsculo. Y entonces se dio cuenta de que todavía llevaba su reloj puesto. Ese que le había quitado el día anterior.

—¡Eh! Y yo que pensaba que lo habrías tirado —extendió los dedos reclamándoselo.

Blake se miró la mano. El reloj le iba algo pequeño, la correa era demasiado estrecha para su muñeca.

—No, creo que me lo quedaré como símbolo de nuestro trato —dijo llevándose la mano al bolsillo del pantalón solo para molestarla. Aunque, se dijo que le venía bien, Jeong se volvería loco si lo pillaba con el reloj de Rain.

—¿Por qué ibas a ir por ahí con un reloj que claramente no está pensado para la muñeca de un hombre? Además, no me he traído otro y necesito mirar la hora. Ya estaba pensando que tendría que ir a Hidden a por uno.

—Entonces hazlo —contestó Blake, encogiéndose de hombros.

Movió uno de sus peones y Rain hizo lo mismo.

—Es un libro del Otro Lado —susurró Blake.

A Rain se le olvidó el asunto del reloj. Sus manos se cerraron con fuerza al borde la mesa y sintió vértigo mientras se le disparaba el pulso.

—No sé qué contiene —prosiguió él—, pero es el motivo por el que ejecutaron a mi padre. La persona o personas que lo tienen son las culpables de su muerte y quiero encontrarlas.

—Pero a tu padre lo encarcelaron por intentar cruzar al Otro Lado —dijo Rain, desconcertada.

La boca de Blake se curvó en una sonrisa siniestra.

—Mentiras. Alguien lo traicionó y lo inculpó. Mi padre estaba obsesionado con el Otro Lado, tenía teorías... —Dejó la frase flotando y Rain supo que no las compartiría con ella, puede que porque no confiase en ella lo suficiente o porque estuviera convencido de que Rain no se las creería, o por ambas cosas—. Nunca me dijo en lo que estaba trabajando y cuando lo detuvieron se llevaron casi todos sus diarios e investigaciones. Solo he podido rescatar algunas cosas, pedazos que me han conducido hasta aquí, hasta ese lago. Es donde fue la noche antes de que lo detuviesen.

Rain se había ido inclinando ligeramente sobre la mesa, como si el relato de Blake y aquella voz susurrada fuesen una red que tiraba y tiraba de ella.

—Entonces, ¿crees que la persona o personas que traicionaron a tu padre están en la Academia?

—Ajá —asintió Blake mientras enrocaba en corto.

Rain no estaba segura de si fiarse de él. Sin embargo, tal vez no estuviese mintiendo, quizá Blake de verdad creía aquello. Era su padre, ella tampoco querría pensar que su madre era una mala persona. La gente era ciega ante el amor, no podía culparlo.

O a lo mejor sí que tenía razón y su padre había contado con un cómplice, y ese cómplice tenía algo que ver con la desaparición de Maya de alguna forma que todavía no conseguía entender.

Eso no exculpaba a Ambrose Blake de sus delitos, pero hacía que la versión de Blake fuese más plausible.

—Bien, ¿quieres echarte atrás ya, chica Amanecer? —la tentó.

Rain sabía que meterse en aquel asunto era peligroso. Pero nadie la creía en lo que se refería a la extraña desaparición de Maya y esa

carta sospechosa. Si había alguna posibilidad de ayudar a su amiga, tenía que hacerlo. O al menos, en el peor de los casos encontraría pruebas de que no se había marchado por voluntad propia. Quien estuviese detrás era alguien poderoso si había podido armar toda aquella coartada, y Rain estaba harta de que quienes ostentaban el poder siempre ganasen. Demostraría que hacían mal subestimándola tan fácilmente. Sobre todo, se lo demostraría a Blake.

Movió su alfil y se dio cuenta de que solo podían quedar en tablas. Levantó la mirada hacia Blake y sacudió la cabeza. Su pelo ondeó con el gesto y un mechón del flequillo le cayó en el ojo.

Blake estiró la mano derecha, en la que llevaba su reloj, y le apartó el pelo rozándole apenas la piel de la frente.

—¿Quién está corrompiendo a quién? —murmuró tan bajito que ella no lo escuchó.



«¿Qué le importa la condena eterna a quien ha encontrado por un segundo lo infinito del goce?».

BAUDELAIRE





CAPÍTULO 21



Rain y Blake habían tenido que terminar su conversación el miércoles cuando un par de chicas de segundo habían ocupado una de las mesas de ajedrez cerca de ambos. Todavía tenían que resolver cómo abrir la puerta. Rain había avanzado con un par de runas que había conseguido identificar, pero todavía no las tenía todas.

—No me has explicado cómo abrir el lago —le había comentado Blake mientras salían de la biblioteca.

—No estoy segura, es una conjetura a la que he llegado repasando todo lo que ocurrió en el momento. Funciona reflejando la luz del sol, es decir que hay que canalizar su energía hacia el agua, pero me pregunto si también funcionará con la luz de la luna —teorizó Rain mientras bajaban las escaleras—. ¿Cuándo crees que es el momento más óptimo para que volvamos a probarlo?

—Ya hice lo de reconducir la luz.

Un chico del Crepúsculo bajaba la escalera a toda prisa y tropezó golpeando a Rain en el hombro y haciéndole perder el equilibrio. Blake la agarró del codo y la ayudó a estabilizarse. La soltó mientras la empujaba para que quedase unos centímetros lejos de sí mismo.

—Deberías ir con más cuidado —reprendió Rain a Payton, que se volvió sobre su hombro con mala leche y bufó.

—Rata repelente —masculló el chico cabreado, y siguió su camino.

Rain dejó caer los hombros mientras exhalaba. Blake se quedó parado en la escalera y ella siguió bajando perdida en sus pensamientos. Cuando se dio cuenta de que no la seguía se giró hacia atrás.

—Lo discutiremos el domingo —fue todo lo que dijo Blake antes de marcharse por otro lado.



El sábado Rain bajó a Hidden junto con la mitad de su curso. En el castillo no había ni un solo televisor y aquel día había un duelo de combate de destreza importante en Eurínome.

Sus ojos se cruzaron con los de Jun entre el gentío. Ni una palabra en una semana, era un récord. Ni siquiera en penúltimo año, cuando Jun se echó novia y ella aceptó salir con Arthy y las cosas estuvieron algo raras entre ellos, dejaron de hablar más de veinticuatro horas.

—Para —murmuró Aiden junto a su hombro, y Rain apartó la mirada de Jun con rapidez.

Manon levantó el brazo haciendo un gesto de saludo y corrió hacia Jun. Llevaba un bonito abrigo de color verde vibrante y sus mejillas redondeadas estaban sonrojadas como si hubiese corrido hasta allí.

Verlos juntos le produjo un fogonazo de dolor, como si hubiese tocado un hierro ardiendo.

Hidden olía a musgo y tierra mojada mezclado con el aroma ahumado de las chimeneas y el dulce de la canela. La ciudad estaba envuelta en una niebla ligera, que, junto con la caída del sol, el punto exacto del ocaso, hacía que el paisaje adquiriese un aire misterioso. Ya comenzaban a verse decoraciones de Samhain: bodegones de calabazas de distintos tamaños y colores, y nabos tallados, velas y farolillos en las puertas y ventanas de las casas, manzanas colgadas de las ramas de los árboles, donde los cuervos se posaban, guirnaldas de murciélagos y gatos negros, y cintas de colores rojo, negro y naranja, calderos...

Aquella era su fiesta favorita y vivirla en Hidden y en la Academia era aún más especial.

Casi todos los bares estaban llenos. En las ciudades normales no televisaban los combates de destreza, así que era todo un acontecimiento para los que no vivían ni en Hidden ni en Eurínome.

—Quiero ir a mirar un par de cosas —se excusó Rain—. Seguramente volveré antes de que acabe el duelo.

Aiden, con la vista en la pantalla, asintió distraído mientras sorbía su té helado.

Rain paseó tranquilamente empapándose de la belleza curiosa de la ciudad. Era bonita de una forma nostálgica y algo triste. Sumergirse entre sus calles era como meterse dentro de un cuento oscuro.

Entró y salió de varias tiendas mientras completaba la lista de las cosas que necesitaba. Se pasó por Esbat rituales y conjuros, y la mujer de la última vez la recibió con una sonrisa triunfal.

—Mi madre sí que recordaba el libro —le dijo, jovial—. Tenemos una copia antigua, es una traducción del original, no sé si eso es un inconveniente.

Rain negó entusiasmada. La librera sacó un tomo algo viejo, mucho menos majestuoso que la copia que había en el Archivo de la biblioteca de la Academia. Esta vez sí que había título en la portada, pero no autor: *La Rueda de las Sombras*. Escrito en su idioma.

—Gracias —susurró pegándoselo al pecho como si quisiese protegerlo del mundo—. Gracias —repitió.

El día parecía más luminoso después de aquello, su paso era más ligero y el aire le sabía más dulce.

Entró en su siguiente parada.

—La cera de abejas tardará un par de días en llegar. Para ir sobre seguro, pásate a finales de semana —le dijo el dependiente.

Rain le dio las gracias y fue hacia el último punto de su lista: una relojería.

Una campanita tintineó cuando abrió la puerta. El local era grande, tenía una primera parte cubierta de madera, con enormes expositores; y una parte trasera que hacía las veces de taller.

Rain se acercó a una de las vitrinas y observó. Ninguno le llamó la atención y pasó a la siguiente. Todos tenían un toque artesanal que los hacía únicos. Se inclinó estudiándolos. Abrió la tapa de cristal de la mesita expositora, sacó un reloj y lo pegó a su muñeca izquierda.

La cara era un óvalo estrecho de color dorado con letras por números y unas manecillas finísimas y elegantes, el fondo era de un tono perlado que parecía sacado de una fantasía submarina. La correa de metal era estrecha, de un tono dorado viejo que tendía hacia el cobrizo. La pulsera tenía grabadas una serie de líneas que iban desde una punta a otra y terminaban en un pequeño conjunto de estrellas muy muy pequeñas, como una constelación simplificada.

Alguien se lo quitó de las manos, abrió el cierre para sacarlo de su soporte y se lo colocó en la muñeca.

Rain levantó la mirada y se encontró con el rostro serio e impasible de Blake.

—Te queda bien —dijo él, observado su mano.

Rain, desconcertada, movió la cabeza entre él y su mano, sin saber a qué prestarle atención.

—¿Qué haces aquí? ¿De dónde has salido?

Blake, que llevaba una americana oscura a juego con su jersey y sus pantalones, la miró extrañado. Rain se fijó en que su pelo parecía prácticamente blanco en contraste con su atuendo.

—Estaba aquí cuando has entrado, chica Amanecer.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó, ya que estaba segura de que no lo había visto al entrar.

Blake se encogió de hombros.

—De hecho, Kane me ha arrastrado a ver el duelo de combate y cuando se ha encontrado con tu amigo... Bueno, he decidido dejarlos solos. Lleva toda la semana dándome la vara con él. Y te he visto entrar aquí por casualidad.

Ella sonrió de forma genuina.

—Así que Kane está colado por Aiden —dijo mientras estudiaba el reloj en su muñeca.

Blake no apartó la mirada del gesto de ella, los ojos marrones de Rain adquirieron un tono más cálido, como azúcar moreno derretido, al sonreír.

—Eso parece —musitó él.

Rain levantó la vista y lo miró con una seriedad amenazante.

—Aiden es estupendo. Si te metes con él, nuestro trato habrá terminado y sé vengarme de... —le advirtió.

Los ojos de Blake descendieron por su cuerpo estudiándola, como si estuviese valorándola como oponente sin escuchar el resto de lo que le decía. Cuando volvió a su cara sus ojos tenían un brillo

afilado. Rain esperó que mostrase una expresión despectiva o burlona como de costumbre, pero no. Su boca no se movió, su rostro solo transmitía una seriedad fría y calculadora.

Le agradó que la tomase en serio, que de verdad estuviese sopesando su amenaza. Y ese agrado se convirtió en una sensación cálida y burbujeante en su pecho.

Fue hacia el mostrador y tocó el timbre. Al instante apareció un señor con unas lentes con distintos cristales de diferentes aumentos, se apartó los que tenía puestos y formaron una curiosa corona sobre su frente.

—Bonita elección. Es una pieza de segunda mano —explicó el relojero y le dio la vuelta mostrándole la caja por detrás, donde tenía grabada la constelación de Perseo—. Está grabado incluso, en su día debió de ser un regalo.

A Rain le gustó aquel detalle y sonrió feliz. Que hubiese pertenecido a otra persona, que tuviese una historia. Además, la astronomía siempre le había fascinado.

Blake dejó unos cuantos billetes sobre el mostrador, lo suficiente para cubrir el coste del reloj, que tenía el precio prendido de una pequeña etiqueta escrita a mano.

Rain lo miró confusa.

—¿Qué haces?

—Yo te quité el tuyo y te pago uno nuevo. Es lo justo.

Cuando salieron de la tienda era noche cerrada. Rain admiró el brillo de la pulsera reflejando la luz de las farolas.

—¿Es una especie de truco? —le preguntó a Blake, que caminaba a su lado con las manos en los bolsillos.

—Has dicho que se te da bien la venganza. Me cubro la espalda —contestó él mirando al frente. Quizá había sido demasiado obvio.

Caminaba acompasando su paso con el de Rain. Al torcer una calle se encontraron con un pequeño grupo que jóvenes de la Academia que paseaban animados de un bar a otro. Rain frenó para ir más despacio y fingió ir observando los escaparates de las tiendas.

Cuando Blake notó que se había quedado atrás miró sobre su hombro. Los dedos se le contrajeron dentro de los bolsillos y tomó aire por la nariz muy despacio. Esbozó una sonrisa irónica, como si encontrase aquella situación ligeramente divertida, pero al mismo tiempo exasperante.

El grupo desapareció y Blake se acercó a Rain, que suspiró aliviada.

—¿No quieres que estropee tu imagen de chica buena? —soltó Blake.

Rain lo observó aturdida.

—Tú mismo dijiste que no podían vernos juntos, que sería sospechoso.

A ella le pareció ver algo bailando en el interior de sus ojos. Blake apartó la mirada y chasqueó la lengua.

—Te encanta cumplir las normas, ¿eh? —dijo, y se pasó una mano por la nuca.

—Bueno, creo que son necesarias y siempre está bien saber dónde están los límites.

—Y, sin embargo, estás planeando saltártelos conmigo —dijo Blake dando un paso hacia ella.

A veces deseaba de una forma irracional ser capaz de meterse bajo su piel de la misma forma en la que ella lo hacía con él inconscientemente.

Rain se fijó en lo afiladas que eran sus facciones, tenía un rostro muy armonioso, pero era capaz de imprimirle un cariz tan... desafiante. Recordó aquel pensamiento que la había asaltado en la

biblioteca, que era como la personificación del diablo. En algunas religiones lo comparaban con la serpiente, y en cierto modo Blake le recordaba a una.

—¿Crees que la ambición desmedida puede corromper la esencia de una persona? —preguntó ella. La pureza que transmitían sus ojos y su expresión de curiosidad genuina hicieron que él retrocediese ligeramente. Sus ojos de acero se tornaron más amables—. ¿Hasta qué punto es aceptable desear algo?

Una pareja los bordeó, estaban parados en mitad de la acera obstaculizando el paso.

—Sígueme —le indicó él.

Blake se movía por Hidden como pez en el agua. Se metieron por varios callejones estrechos hasta que llegaron a las puertas de una galería, la cancela de la entrada estaba cerrada, pero Blake la escaló sin problemas y saltó al otro lado.

Rain lo miró horrorizada.

—¿Qué haces? —susurró echando un vistazo a ambos lados de la calle.

—Vamos, no seas cobarde, chica Amanecer.

Pensó en abrir el candado con un hechizo, pero Blake lo adivinó.

—Ni se te ocurra, si detecta magia salta la alarma.

Rain suspiró derrotada y comenzó a subir por la puerta de hierro. Por suerte aquel día llevaba unos pantalones vaqueros. Escalar con ropa deportiva ya le resultaba difícil, pero con una camisa, un chaleco, una americana y un abrigo se convertía en una tarea titánica, casi no podía mover los brazos. Se quitó el abrigo y se lo lanzó a Blake.

Acertó a ver su sonrisa brillando en la penumbra, al igual que el brillo malvado de sus ojos.

Pasó una pierna por encima de la cancela y se aferró con todas sus fuerzas, le daba un miedo terrible caerse. La puerta mediría casi cuatro metros y no había red de seguridad como en clase de Entrenamiento; si se caía, seguro que se rompería algo.

—Vamos, baja.

La puerta se balanceó con sus movimientos, y ella, sintiendo vértigo, se agarró más fuerte a la parte superior, muerta de miedo.

—Odio esto —se quejó—. No me gusta hacerme daño.

—Venga, salta, Lee. Te cogeré.

Rain se negó.

—No, gracias, todavía no he cumplido ni los dieciocho y me gustaría hacerlo.

—¿No tienes dieciocho?

—No hasta el 6 de diciembre —en su voz se colaba una nota de pánico.

Blake puso los ojos en blanco impacientándose.

—Deja de ser una llorica y salta de una maldita vez. —Vio la duda en los ojos de ella—. Todavía no me has dicho cómo abrir el lago, te necesito con vida, así que te cogeré.

Rain pasó la pierna izquierda hacia el otro lado, cerró los ojos, apretó los dientes para no gritar, y se dejó caer. Durante un segundo flotó en la ingravidez y al siguiente las manos de Blake estaban en su cintura. La fricción del gesto hizo que la camisa se le saliese de la cinturilla del pantalón y las palmas de Blake rozaron su piel.

La dejó en el suelo, pero no la soltó inmediatamente.

Rain abrió los ojos, estaba jadeando y sentía el corazón en la garganta. Juraría que el pulgar derecho de él había trazado una pequeñísima caricia sobre su cadera antes de apartar las manos.

Blake vio un leve trazo de rosa subirle a Rain desde la garganta hasta las mejillas. Se metió las manos en los bolsillos y se giró.

—Vamos, miedica. ¿Es la primera vez que te cuelas en un sitio?

Rain lo pensó mientras lo seguía. La galería tenía el techo de cristal abovedado y tiendas de todo tipo a cada lado.

—En realidad, no. Pero es la primera que hacerlo requiere acrobacias.

Blake arqueó una ceja sorprendido y sacudió la cabeza, divertido.

Giraron en el cruce central y llegaron a una zona llena de esculturas y bustos de mármol dispuestos en tres por tres.

Rain se paseó entre las esculturas admirándolas.

—¿Crees que la gente que dirige las órdenes e incluso las Sabias, no han antepuesto sus deseos y su ambición a su alma? —le preguntó Blake mientras la observaba caminar entre las esculturas.

—Tú odias el sistema —dijo Rain en un susurro sin acritud.

—Porque es hipócrita, no admite su propia corrupción.

—Pero formas parte de él.

—Porque necesitas conocer a tu enemigo para poder enfrentarte a él.

—¿No crees que lo puedes cambiar desde dentro? Yo siempre he anhelado llegar al Consejo, poder tomar decisiones. Pasar a la historia. —La voz de Rain se tiñó de anhelo.

—¿Y si lo que encuentras no te gusta? ¿Y si cuando llegues no puedes cambiar nada porque solo puedes servir para perpetuar un sistema envenenado?

—¿Qué puede ser peor que haber crecido en un mundo que no te quiere ahí, que no te considera digna, que te escupe a la cara que ese no es tu lugar? Como si te estuviesen dando una limosna por dejarte participar. Y no solo lo hacen tus compañeros, sino algunos profesores incluso. Y luego está el desprecio hacia mi madre por ser común... —Era de las cosas que más daño le hacían—. La gente me trata como si debiese pedir perdón por estar aquí, por querer más.

Avergonzarme por ser ambiciosa. Y yo quiero demostrarles que me lo merezco, que se equivocan y cambiar las cosas, mostrar al mundo lo buena bruja que puedo llegar a ser.

Blake esbozó un amago de sonrisa. Su expresión se suavizó, casi imperceptiblemente, mientras la observaba con interés y un toque de admiración. Sintió una chispa de atracción que lo pilló desprevenido.

Giró la cabeza, molesto.

—No puedes salvar algo que está envenenado —respondió—. Puede que quieras jugar el papel de la pobre chica resiliente, una heroína de manual, pero eso solo sale bien en los cuentos, Lee. En la vida real los buenos no ganan por arte de magia. —Su voz estaba cargada de sarcasmo y enfado.

Rain enarcó las cejas.

—Bueno, tú acabas de sonar como el típico héroe rebelde y cínico.

La boca de Blake se torció en una mueca maliciosa.

—Sí, si acaso me importase. Pero yo no quiero cambiar las cosas para mejor. Simplemente deseo venganza; ver cómo colapsa y arde todo el sistema me produciría un placer sin igual.

Rain lo miró horrorizada.

—¿Destruirías a tu sociedad por una venganza personal? —susurró—. Eso es tan egoísta...

Blake se acercó a ella inclinándose hacia delante mientras se apoyaba en una escultura para que sus ojos quedasen a la misma altura.

—¿Acaso no lo son todos los deseos? La diferencia es que yo lo admito en voz alta. Te sorprendería lo que algunos hacen en nombre del «bien común». Yo acepto lo que soy: el villano de la historia de los demás; el héroe de la mía propia.

Rain se quedó sin aliento. Sentía un calor abrasador subiéndole por la garganta y una tormenta eléctrica recorriéndole la piel.

—Pero lo entiendo. Es más sencillo jugar el papel de héroe. A la mayoría les gusta convencerse a sí mismos de que son buenas personas. Nadie quiere reconocer que es el malo. Y es por eso que este lugar no es para alguien como tú.

Los labios de Rain se separaron cuando tomó aire y el pecho se le movió como si le costara respirar. Sus ojos parecían hipnotizados, como si estuviese soñando.

—¿Alguien como yo?

—A todos nos gusta el poder y una vez que lo tenemos solo queremos más y más. Es por eso que existen los grandes linajes, porque saben conservarlo y educan a sus hijos para hacerlo. Y es por eso que los nuevos, como tú, no suelen llegar lejos. Eres una chica buena, Lee, y eso en las órdenes no existe.

La mirada de Blake bajó hasta la boca de Rain, donde se entretuvo unos segundos, y luego captó la rapidez de su pulso latiéndole en la garganta, el movimiento pesado de su pecho y el leve tono rosado de sus mejillas. La nuez de Blake se movió despacio, tensa, cuando tragó. Delatando un nerviosismo que su fachada de seguridad se esforzaba en esconder.

Rain dio un paso atrás saliendo del trance y se dirigió hacia la cancela. El corazón le latía desbocado, se sentía confusa y estaba aturdida. Un cosquilleo eléctrico le recorría la piel, tensando cada músculo bajo su ombligo. Tenía un nudo en el estómago y una sensación ardiente de anhelo en las puntas de los dedos.

Blake no la siguió.

Con manos temblorosas, haciéndose eco del estado de su alma, subió la verja y bajó. Tropezó en el último tramo y cayó de rodillas.

Las palabras de Blake aún resonaban en su cabeza, atrapándola.



«Jamás es excusable ser malvado, pero hay cierto mérito en saber que uno lo es».

BAUDELAIRE





CAPÍTULO 22



El domingo Rain no fue al encuentro del club de ajedrez. Se había quedado hasta tarde leyendo el ejemplar de *La Rueda de las Sombras* mientras las palabras que Blake le había dicho en la galería daban vueltas en su cabeza, como lo habían hecho las de Maya.

Siempre había pensado que los estudiantes de grandes apellidos tenían ventaja frente a los demás porque sus familias ya formaban parte de la sociedad y solía concentrarse más magia cuanto más larga era la estirpe. Quizá había sido ingenua, como decía Blake, quizá nunca se había parado a reflexionar sobre lo que el poder significaba, y lo que escondía.

Ahora entendía mejor por qué nunca la habían tomado en serio a pesar de ser de las mejores de la clase. No solo porque fuese hija de una común y desconociese quién era su padre, sino porque aquel juego no iba de esfuerzo o talento, que poco tenían que ver. Iba de poder, y no del mágico.

Y entonces comenzó a tener dudas, inseguridades que hasta ahora nunca se había planteado. Rain siempre se había visto alcanzando un puesto en el Consejo de Sabias, no era gloria vacía lo

que deseaba, era la idea de que poseía las cualidades necesarias, de que era válida para ello.

Pero ¿y si no era tan sencillo? ¿Y si no lo conseguía? ¿Y si por mucho que lo desease no estaba en sus manos alcanzarlo? ¿Qué debía hacer? ¿Esperar a su siguiente vida para ver si nacía con los elementos necesarios? Eso era absurdo, en su siguiente vida no recordaría sus sueños y sus anhelos de la anterior.

¿Debía rendirse y conformarse?

Aquella palabra la hizo estremecerse. La odiaba. Conformarse. Qué sentimiento tan hueco, tan vacío, tan triste.

Su ambición era demasiado grande, era un monstruo que habitaba en su interior, hambriento, y al que no le satisfacía la idea de que no había nacido en el lugar correcto, con la suerte correcta.

Pero ¿cómo se lucha contra el destino?



—El viernes que viene tenemos que bajar a Hidden a alquilar los trajes para Samhain —le recordó a Aiden.

Rain y él eran de los últimos que quedaban en el comedor aquella noche. Por quinta vez le vio dirigir la mirada a la otra punta de la sala. No le estaba prestando atención alguna.

—¿A quién buscas? —le preguntó Rain, mirando sobre su hombro.

—A nadie —se apresuró a contestar el chico de malhumor.

—Oh... —dijo ella adivinándolo—. Allí es donde suele sentarse Kane Diop.

—No lo sé... Nunca me he fijado.

Rain se quitó las gafas y se frotó los ojos, cansada.

Tenía un nudo en el estómago y se sentía apática, solo le apetecía encerrarse en su habitación con Tinieblas y leer.

—Ayer... —empezó a decir Aiden— Kane apareció en el bar donde estábamos viendo el duelo de combate. —Trató de darle un tono indiferente a su voz—. ¡Ja! Usó la peor excusa del mundo para acercarse a mí. —Se rio falsamente mientras lo recordaba.

—¿Qué excusa?

—Me preguntó por ti. Ya sabes, como «¿qué haces aquí solo, y tu amiga?» —Resopló—. Es obvio que lo que quería era venir a hablar conmigo. —Rain apretó los labios para no sonreír porque Aiden en realidad parecía muy complacido con la idea. Era un adorable cascarrabias—. Él estaba con Ash Blake. —Ahora sí torció el rostro en un gesto reprobatorio—. En serio, me da escalofríos. Jun se acercó en cuanto los vio rondar mi mesa, es como un perrito guardián. —Se rio de forma genuina y a Rain se le clavó una astilla en el corazón.

Jun siempre los había defendido cuando alguien los insultaba o los trataba mal. Sobre todo, a Aiden, que durante su adolescencia había sido el más bajito y delgado de los chicos, y eso le había costado muchas burlas. Rain siempre había amado eso de Jun, el cariño casi fraternal que sentía por Aiden.

—Noté al instante que Jun te estaba buscando por el bar para asegurarse de que estuvieses bien. Y tuve que decirle que te habías marchado. —Aiden torció el gesto.

—Aiden —lo reprendió Rain—. No quiero que se sienta culpable.

—No quise dar a entender que fuese por él. Pero no es tonto, Rain.

—¿Y qué pasó?

Aiden dudó.

—Bueno, creo que durante un momento se planteó salir a buscarte. No lo dijo, pero era obvio por su postura, por su expresión ansiosa. Está jodido, lo sé. Pero le dije que no era buena idea. —

Rain dejó escapar un suspiro—. Blake salió por la puerta entonces, sin decir nada y Kane me dijo que tendríamos que hacernos compañía. —Aiden puso los ojos en blanco de forma exagerada. Apoyó la barbilla en la mano y negó perdido en sus pensamientos—. Tuve que aguantarlo toda la noche —se quejó encantado.

Rain dejó que Aiden volviese a la torre del Amanecer y ella se dirigió a la torre observatorio. Le apetecía tomar el aire a solas. La rabia de los primeros días que había conseguido mitigar el dolor del rechazo de Jun estaba dando paso a la melancolía, le echaba de menos. Tragó saliva.

Había idealizado tanto la Academia que se sentía decepcionada, y no solo eso, también sola. No era así cómo había imaginado que iría todo.

—¿Por qué llevas todo el día evitándome?

La voz de Blake fue un susurro violento, nunca elevaba demasiado el tono y aun así lograba sonar imponente. La agarró del codo y la hizo volverse.

Su expresión se suavizó, al igual que la fuerza de su mano, cuando se encontró con el rostro de ella. Rain tenía en sus ojos el brillo de las lágrimas.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó tirando de ella para acercarla con más suavidad.

Rain desvió la mirada y parpadeó negándose a derramar ni una lágrima.

—Nada —aseguró en voz baja.

—¿Y por qué estás llorando?

—No estoy llorando —rebatió, y se tocó la cara—. Para llorar hacen falta lágrimas y yo no he derramado ninguna. —Aunque siguió evitando la mirada de él.

—Eres una listilla a la que le encanta tener la última palabra.

La agarró de la barbilla y le volvió el rostro. Rain se fijó en que una profunda arruga le surcaba la frente, puede que de enfado o de preocupación. El sonido de su respiración le indicó que, como de costumbre, estaba irritado, exasperado.

Blake dejó caer la mano y la cerró en un puño.

—¿Por qué no has venido a la biblioteca? ¿Finalmente te has dado cuenta de que esto no es para ti?

Rain se mordió el labio, furiosa.

—No —dijo bajito.

Los brazos y los hombros de Blake estaban tensos, como si estuviese reprimiendo las ganas de moverlos.

—No quiero que te metas en mi cabeza —reconoció Rain en un susurro.

Oyó como la respiración de Blake se detenía abruptamente y levantó la mirada hasta su cara. Sus ojos eran dos nubarrones de tormenta; su mentón, una línea afilada como la hoja de un cuchillo.

—Qué ironía —respondió en voz queda.

Rain lo miró sin comprender.

—¿Por qué?

—Porque tú...

—¿Rain? —la llamó alguien.

Cualquier pensamiento coherente se vio cortado por el sonido de aquella voz.

Rain volvió la cabeza hacia Jun, que acababa de girar la esquina hacia ese pasillo y parecía entre estupefacto y enfadado.

Ella apretó los párpados y tomó una bocanada de aire. Cuando abrió los ojos se encontró con la mirada homicida que Blake le estaba dirigiendo a Jun mientras este se acercaba.

—¿Estás bien? —le preguntó su amigo con preocupación.

Blake dio un paso atrás y soltó una risa despectiva.

—Sí, solo estábamos hablando del club de ajedrez —respondió Rain.

Jun era casi tan alto como Blake y le lanzó una mirada fría.

—¿Podemos hablar, Rainy? —le preguntó en un tono suave.

Rain dudó, el anhelo y el instinto de supervivencia lucharon en su interior, porque quería hablar con Jun, lo echaba muchísimo de menos, pero a la vez sabía que una conversación con él solamente acabaría abriendo la herida que trataba de curarse.

Blake resopló y se giró para marcharse y ella captó un atisbo de decepción en su mirada. Se movió por instinto y lo agarró de la muñeca.

Blake se frenó en seco, como si el leve roce de los dedos de Rain hubiese imprimido una fuerza paralizante en él. Sus ojos descendieron hasta su mano.

—Nos vemos en la sesión del miércoles —dijo Rain con firmeza. Una promesa implícita en sus palabras: que no se había echado atrás.

Retiró la mano dejando el hormigueo de su tacto en la piel de Blake, que chocó con el hombro de Jun al pasar por su lado, y murmuró un insulto entre dientes.

—Perdón, me ha dado la sensación de que te estaba molestando —le dijo Jun a Rain.

—Eh, rata Amanecer —lo llamó Blake antes de girar la esquina—. El sábado, en el encuentro de combate, espero que nos emparejen para el duelo. Me aseguraré de dejarte algún recuerdo de mi espada.

—Lo espero con ganas —contestó Jun, desafiante.

—¿Os conocíais? Entiendo que Blake está resentido contigo y con tus padres por lo que pasó con el suyo, pero tú también lo odias —quiso saber Rain.

—Ya sabes cómo es el Mundo Fuera de lo Normal, casi todas las familias se conocen. Y coincidimos alguna vez en encuentros de combate de destreza aquí en Hidden —le explicó, aunque no quiso ir más allá.

Rain siempre había tenido la certeza de que conocía todos los aspectos importantes de la vida de Jun, pero ahora se daba cuenta de que había cosas de las que no formaba parte y que él no parecía dispuesto a compartir.

De nuevo esa impresión de que era una extraña allí. Una intrusa. Era una sensación muy cargante, y deseó poder deshacerse de ella.

—¿Cómo sabías que yo...?

—Aiden parecía preocupado por ti y...

Rain dejó escapar un suspiro, frustrada.

—Te echo de menos, Rainy —reconoció Jun con un hilo de voz. Su tono sonó amargo y dolido—. No quiero alejarme de ti.

Rain cogió aire con la respiración entrecortada. Oírle decir aquello la ablandó. Parpadeó deprisa, le picaban los ojos por culpa de las lágrimas. Quiso explicarle que ella también lo echaba de menos, que lo quería tanto que le dolía. Pero, en cambio, dijo:

—Jun... No creo que sepas lo que se siente al estar junto a la persona de la que has estado colada durante casi ocho años mientras mira a otra chica como desearías que te mirase a ti. No creo que sepas lo que se siente al desear algo con todas tus fuerzas y no poder tenerlo.

Los ojos de Jun se estrecharon y sus iris se oscurecieron de una forma que Rain no había visto antes.

—¿Y si lo sé? —dijo en un tono bajo y furioso.

—¿Qué? —preguntó Rain, descolocada.

Jun apretó los párpados y cuando los volvió a abrir dio un paso hacia atrás.

—Está bien, tienes razón, quizá lo mejor es que sea así —dijo, y se marchó.



«¿En qué profundidades distantes, en qué cielos ardió el fuego de tus ojos?».

WILLIAM BLAKE





CAPÍTULO 23



Rain estaba escuchando horrorizada al profesor Li. Tenía el pelo pegado al cuello por el sudor y algunos mechones rebeldes se le habían salido de la trenza.

Todavía le dolía la costilla derecha donde Dereck Keller le había dado con la catana de entrenamiento. Estaban usando una coraza de cuero y aun así le había vibrado todo el cuerpo.

—El miércoles de la semana que viene tendremos el primer encuentro evaluable.

«Vaya un eufemismo para decir examen», pensó Rain.

—Evaluaré solo las armas ofensivas, es decir, el *bo* y la catana y luego os emparejaré según vuestro nivel para que pongáis en práctica su manejo. —Se oyeron murmullos tanto de queja como entusiastas—. En las clases del viernes y el lunes resolveré las dudas que tengáis y dejaré que os preparéis para el examen.

—¿Tan pronto? —se quejó alguien en voz baja.

El profesor Li arqueó las cejas molesto.

—Llevamos más de un mes de curso. Tenemos tres clases por semana y hay muchas técnicas y armas que hemos de aprender. Has

venido aquí a hacerte profesional, no a jugar. Todos habéis tenido tiempo de sobra para las nociones básicas.

Rain enterró la cabeza entre sus rodillas cuando finalizó la clase. Otro reto que superar. Todo aquello estaba resultando más duro de lo que había anticipado, sentía como si un martillo golpease con fuerza su moral. Después de unos segundos se puso de pie con resignación.

Aiden, resoplando, se puso a caminar a su lado de vuelta a la torre del Amanecer.

—Podría simplemente coger un arma de fuego y no tendría que aprender todas estas cosas —se quejó.

—La magia de las criaturas del Otro Lado suele impedir que las balas atraviesen sus campos de fuerza. Hechizar armas sencillas es más fácil —le explicó Rain, aunque eso Aiden ya debía de saberlo porque lo estaban estudiando en la asignatura de Fuerzas Arcanas.

—Pero me serviría contra personas de carne y hueso, que normalmente suelen ser la mayor amenaza.

—No sé si son buenos magos —le recordó Rain—. Por cierto, ¿te importaría venir esta tarde a la biblioteca?

Aiden abrió la boca con gesto hastiado, pero ella lo cortó:

—Me debes un favor, le dijiste el domingo a Jun donde estaba. No creas que lo he olvidado.

Aiden se encogió bajo la mirada fulminante de su mejor amiga. Cuando se lo proponía, Rain podía dar miedo. Y lo cierto era que sí que se lo debía. Puso los ojos en blanco de forma exagerada.

—Estáááá bien, iré —accedió.

Cuando se había duchado, Rain se había visto un enorme golpe de color rojizo en la piel encima de las costillas, sabía que no tardaría en volverse morado. En ese momento, sentada en las mesas de ajedrez esperando a los demás, se acarició esa zona de manera inconsciente.

Se preguntaba si Blake aparecería. Desde el domingo no habían intercambiado ni una palabra. Y se había mantenido distante. Aunque a veces notaba sus ojos siguiéndola.

Aiden fue el primero en aparecer con cara de pocos amigos. Se dejó caer en la silla frente a ella, traía una novela gráfica que soltó sobre la mesa, y se recostó sobre su mano como si le pesase estar vivo.

Blake y Kane llegaron justo en ese momento. La cara del segundo se iluminó cuando vio a Aiden, al que las gafas se le habían resbalado hasta la punta de la nariz y que se las subió de golpe al mismo tiempo que se sentaba derecho en la silla. Rain apretó los labios para no reírse.

Kane le guiñó el ojo a Rain.

—Te odio. ¿Para esto me has hecho venir? —susurró Aiden, enfurecido.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa. Se levantó cediéndole su sitio a Kane y le dirigió una mirada Blake. Tenía los ojos clavados en ella, su expresión transmitía un profundo desencanto y una ira helada.

Se sentaron en una mesa lo más alejada posible de Kane y Aiden, quienes, de todas formas, estaban demasiado enfrascados el uno en el otro como para prestarles atención.

—No he venido por que haya querido —estaba explicando Aiden, enfurruñado—. Además, este juego se me da fatal.

—A mí tampoco me gusta —reconoció Kane.

—Entonces, ¿por qué narices te has unido al club de ajedrez? ¿Rain ha descubierto un secreto tuyo muy turbio y te ha obligado? Le pega, es una tirana cuando quiere —dijo lo suficientemente fuerte como para que ella lo oyese.

La boca de Blake se curvó casi de forma imperceptible al oír el comentario.

—Creo que ya sabes por qué me he unido, Aiden —dijo Kane.

Este se ruborizó, prácticamente temblaba de lo nervioso que estaba. Sus ojos sobrevolaban todo alrededor de Kane mientras evitaba mirarlo.

El chico del Crepúsculo se inclinó sobre la mesa para acercarse a él y sonrió de medio lado.

—¿Qué? —gruñó Aiden, todavía sin mirarlo a los ojos.

—Eres adorable, Clark —susurró Kane.

Aiden se quedó mudo con los ojos abiertos como platos y los labios entreabiertos. Parecía un pez boqueando fuera del agua. Su piel pecosa se encendió y las puntas de las orejas se le pusieron rojísimas.

Al cabo de unos minutos consiguió recuperar la compostura.

—Va... Vamos a jugar —tartamudeó.

Kane dejó escapar un suspiro cargado de anhelo y se echó hacia atrás para apoyarse en el respaldo.

Aquel día Rain dejó que Blake jugase con las blancas. Movió un peón para abrir sin prestar atención.

—Siento haber faltado el domingo —se disculpó Rain mientras estudiaba su jugada. Blake arqueó una ceja, asombrado—. Pareces enfadado —le explicó ella, señalando su expresión—. Y yo detesto faltar a mi palabra, no volverá a suceder.

Él resopló por la nariz al tiempo que hacía una mueca entre la burla y la amargura. Se pasó los dedos por la correa del reloj con

aire distraído.

—Odio tu actitud de niña buena, Rainy —dijo bajito.

La respiración de Rain se detuvo un momento y flexionó los dedos.

—No sabes cuánto siento no gustarte, Ash Blake —respondió indiferente—. Tampoco es que tu actitud sea mi favorita.

—Mmm... —murmuró él, «y sin embargo la de Jeong te encanta» pensó, sintiendo un chispazo de irritación.

Se tensó, y su pulso se disparó. Detestaba la manera en que ella se metía bajo su piel.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Blake? —masculló Rain, levantando la mirada hacia él después de que se mantuviese en silencio.

Sus ojos estaban cargados de determinación; como si estuviese decidida a saltar de un precipicio, pero no pudiese deshacerse del pánico. Era una buena pregunta, lástima que él no pudiese darle una respuesta sincera.

«Destruirte», gruñó en su interior. Como se anhela destruir aquello que no se comprende o que es de alguna forma inalcanzable. Y de paso hacerlo también con Jeong.

—Me bastaría con que me dijeses cómo abrir el lago —contestó.

Rain se mostró obstinada.

—No. Voy a averiguar qué le ha pasado a Maya y voy a demostrarte a ti y al sistema que os equivocáis cuando me subestimáis.

Había algo verdaderamente bello en la fragilidad de Rain, pero a Blake no le importaba lo suficiente como para apartarla de aquel camino hacia la ruina. Si quería sumergirse en las cloacas de su mundo, que así fuera. Él pensaba usar la determinación de ella a su favor.

—Bien. El sábado iremos al lago durante el encuentro de combate para mirar las runas. Como todo el mundo estará ocupado con la recepción y la fiesta posterior, podemos estar seguros de que no nos encontraremos a nadie en el bosque.

Rain y Blake se inclinaron sobre el tablero mientras hablaban en susurros.

—¿A nadie?

—Ya sabes, los profesores y las personalidades importantes tendrán que estar presentes. Ellos son los que me preocupan.

—¿Y si notan que faltamos?

—Kane es el único que se dará cuenta de que no estoy, y a él no le parecerá extraño. Y tú... busca una excusa para tus amigos. En la fiesta habrá tanta gente que si desaparecemos durante una hora no será muy significativo. No somos más que alumnos.

Rain lo pensó. En otras circunstancias, Jun sí que habría notado su ausencia. Siempre celebraban juntos sus victorias, si ganaban brindaban con su bebida favorita por cada golpe que habían acertado, si perdían se tomaban un chupito de la bebida más amarga de la fiesta por cada golpe que les habían dado. En cualquiera de los casos, siempre acababan los tres algo perjudicados y muertos de risa.

En una ocasión, a Aiden se le había salido la absenta por la nariz y se había manchado de verde la camisa, y la imagen los había hecho atragantarse de tanto reír.

El recuerdo le dejó un regusto triste.

Los dedos de Blake se flexionaron sobre la mesa.

—Quita esa expresión, Lee —dijo.

Rain levantó mirada y se encontró con los ojos de él.

—¿Qué?

Él se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho mientras arrugaba la nariz como si algo lo estuviese molestando. Pero no le dijo nada más.

—Por cierto, no habrá reuniones del «club de ajedrez» —dijo enfatizando la expresión— hasta que no pase el examen de Defensa, necesito practicar —comentó seria.

Dejó escapar un quejido, la idea le apetecía tanto como bañarse en barro.

—Te he visto en clase, no creo que vayas a suspender.

Los ojos de Rain se abrieron llenos de un horror exagerado.

—¿Sus-pen-der? —dijo muy despacio—. ¿Suspender? —se estremeció—. Nunca he suspendido un examen en toda mi vida, Blake.

Él no pudo reprimir una sonrisa cálida. Su expresión se relajó, sus ojos dejaron de lanzar chispas y la tensión de sus hombros desapareció.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Suspender no es el problema, pero necesito mantener la media alta.

—¿Por qué?

—Porque como me dijiste, alguien como yo no encaja en el sistema y tengo que esforzarme el doble para ganarme un lugar en él.

—La ambición es como el hambre, Lee, nunca se sacia del todo.

Los ojos de Rain adquirieron un matiz oscuro.

—Entonces tendré que devorar.

Rain vio como el pecho de Blake se expandía cuando cogía aire al tiempo que los músculos de su mandíbula se sacudían tensos.

—En ese caso, te ayudaré —dijo usando ese tono a media voz que lo caracterizaba.

Ella se estremeció ligeramente y se le cortó la respiración, el pulso le latió casi desbocado en la garganta bajo el peso de su mirada.



«Es mejor ser temido que amado, si no se puede ser ambas cosas».

MAQUIAVELO





CAPÍTULO 24



Rain estaba sentada en el alféizar de una ventana del pasillo junto a la sala de hierros. Un par de rayos de sol se colaban entre las nubes y caían sobre su mejilla. Estaba escribiendo una carta para su madre mientras murmuraba para sí misma concentrada.

«Tinieblas se ha hecho con la cama de mi compañera, sale a escondidas y coge tesoros que se guarda ahí y no me deja acercarme, es como un dragón custodiando su castillo. Aunque cuando me despierto por la mañana siempre la tengo encima».

El equipo de combate del Crepúsculo comenzó a salir entre charlas y risas. Todos tenían el pelo húmedo y olían a jabón.

Blake, que iba de los últimos junto a Kane, la vio por encima de las cabezas de sus compañeros.

—¿Qué hace Rain aquí? —le preguntó su amigo en voz alta.

—¿Tú no cenabas hoy con tus padres? —contestó Blake.

—Sí, y mi madre sigue sin comprender por qué no vienes.

—Ya se lo dije a Akin, voy a estudiar para el examen de Defensa.

—Menuda excusa...

Blake se paró frente a Rain con Kane a su lado, que lo miró confundido. Consiguió leer por encima lo que estaba escribiendo.

«Y deja de preocuparte, no salgo solo con Jun y Aiden, he conocido gente nueva. De hecho, Aiden tiene un preten...».

Rain levantó la vista en ese momento dejando la palabra inacabada y dobló la carta para evitar que la leyesen.

Blake le dedicó una mirada lenta a su atuendo: camisa, corbata de lazo, jersey, falda, medias y mocasines. Arqueó una de sus rubísimas cejas.

Ella cogió su bandolera y la sacudió frente a su cara.

—Vengo preparada.

—¿De verdad vas a estudiar para el examen de Defensa? —dijo Kane entre incrédulo y fascinado.

Blake se encogió de hombros.

—Dile a tu madre que iré la próxima. ¿Vamos?

La mayoría de las clases de Defensa las hacían al aire libre, a no ser que lloviese tanto que les dificultase la visión. El aula estaba en la planta primera y tenía escaleras directas a uno de los patios laterales. Un par de personas estaban usando la clase para practicar, así que cogieron las armas de entrenamiento y se marcharon fuera.

El patio estaba rodeado por una galería de arcos para poder moverse por el exterior sin acabar empapado. Rain dejó su bolso en el muro de la galería y comenzó a cambiarse.

Blake siguió cada uno de sus movimientos.

—¿Ya no te importa que nos vean juntos? —dijo ella, tomándolo por sorpresa, estaba demasiado abstraído en el movimiento de sus dedos desabotonando la camisa.

—Bueno, somos compañeros de clase preparando un examen, no me parece sospechoso.

Rain se sacó la camisa, debajo llevaba una camiseta de tirantes blanca. Blake se fijó en que tenía tres lunares en línea en el pecho: uno sobre la base del cuello, otro sobre la clavícula derecha y el

último un par de centímetros más abajo. El movimiento le había provocado una pequeña mueca de dolor.

—Espero que Li no me empareje con Keller.

Blake frunció el ceño, y apartó la vista de sus clavículas.

—¿Por qué? —preguntó, y su voz sonó un poco más áspera de lo habitual.

Rain se levantó la camiseta dejándole ver el hematoma de un profundo color púrpura que tenía en la costilla derecha.

—Porque es un bruto. —«Y un gilipollas elitista», pensó para sí misma.

La visión hizo que Blake tragara con dificultad. Toda su piel estaba salpicada de lunares, pero uno en particular, cerca del ombligo, capturó su atención. Se imaginó acariciándolo con el pulgar y sintió un deseo ardiente creciendo dentro de él mientras intentaba procesar la imagen.

Rain se bajó la camiseta y se puso la chaqueta de entrenamiento. El interior estaba ligeramente acolchado, mientras que el exterior era rígido. Se ceñía con unas correas en la parte central.

Se colocó los pantalones a juego sin quitarse la falda, eran gruesos, con protecciones en las rodillas y las mismas correas para ajustarlos. Las botas tenían la suela flexible y estaban hechas para ser ligeras y cómodas.

Blake estiró la mano y le quitó las gafas con cuidado. Rain parpadeó algo sorprendida con el gesto a la vez que se ruborizaba.

Empezaron con el *bo*, Rain conocía la posición de ataque y de defensa y los movimientos básicos. Pero Blake se dedicó a corregirla de forma implacable.

—Abres demasiado las rodillas. Lo sujetas con demasiada rigidez. Tienes que coordinar tus pies con los movimientos de tus brazos.

Rain resoplaba de vez en cuando, pero era una estudiante diligente.

Blake le pasó a continuación la catana de madera con los bordes romos y se colocó en posición delante de ella. Las luces de la Academia se encendieron en ese momento, aunque el sol todavía no se había puesto, y bajo el haz de luz de las farolas se vieron pequeñas gotas de lluvia cayendo silenciosas.

Rain colocó los pies en la posición indicada flexionando las rodillas y sostuvo el arma. Blake sonrió con malicia y se lanzó a por ella. Se movía tan rápido que le costaba parar los golpes de su arma. Tenía los reflejos de un felino y una coordinación admirable.

Rain fue cediendo terreno hasta que no tuvo margen y el arma de Blake apuntó a su cuello.

Sus ojos grises brillaron de satisfacción.

—Vamos, es un duelo, usa tus recursos, Lee.

Ella asintió y volvió a colocarse. Si el combate incluyese magia lo tendría mucho más fácil. Había visto a Jun y a Aiden pelear incontables veces, e incluso había practicado alguna vez con ellos; solo porque a Jun le hacía ilusión incluirla. Pero Rain no se sentía cómoda con las cosas que no se le daban bien. Le solía parecer una pérdida de tiempo y esfuerzo hacer algo en lo que sabía que jamás pasaría de ser mediocre, mientras que ese tiempo podía invertirlo en ser la mejor en otro ámbito.

Blake dio un paso hacia ella mientras trazaba un arco con el arma. Rain se movió esquivándola y trató de golpearle, pero él la paró sin dificultad.

La lluvia cayó más fuerte formando pequeños charcos en el empedrado del patio.

Blake movió su espada empujando a Rain un par de pasos lejos de él.

Bajó la catana sosteniéndola con una sola mano mientras con la otra se apartaba el pelo mojado de los ojos. La punta del arma fue arrastrándose por el suelo mientras se acercaba a ella lentamente.

Rain se estremeció. Había una parte de su instinto que siempre lo había encontrado peligroso. Blake desprendía un aura oscura. Estaba convencida de que, si la situación lo requería, él no tendría problema en matar, de que era el tipo de persona que quemaría un lugar hasta los cimientos y lo miraría arder con regocijo y sin remordimientos.

Y a la vez que lo encontraba siniestro y la asustaba, también la fascinaba. Era como mirar el fuego; poderoso y destructor. Bello de una forma cruel. Y despertaba algo dentro de ella. Admiraba en secreto esa mirada que decía que arrasaría el mundo para conseguir lo que deseaba. Era puro poder.

—Vamos, Lee, atácame —la apremió.

Rain lo imitó, liberó su mano izquierda y sus dedos comenzaron a moverse como si estuviesen entretejiendo unos hilos invisibles, hasta que su aura formó una pequeña bola de luz rosa.

La lanzó detrás de Blake para distraerlo, aunque sabía que no podría usar ese recurso en el examen quería demostrarle que no era la chica frágil que él pensaba. Blake se distrajo un momento y Rain corrió hacia él con la catana preparada para atacar. Lo golpeó en el estómago trazando un arco ascendente.

Blake recuperó la concentración y se enzarzaron en un baile de espadas, girando sobre sí mismos y alrededor del otro mientras las hojas chocaban entre ellas alejándose y acercándose. Las gotas de agua salpicaban aquí y allá como fuegos artificiales estallando.

Blake se movía tan deprisa que a Rain le costaba seguirle el ritmo. Apareció a su espalda, la sujetó del pelo echándole la cabeza hacia atrás y colocó la espada en su cuello. En el patio solo se oía la lluvia repiquetear contra el suelo y sus respiraciones agitadas.

Los ojos de Rain se encontraron con la mirada afilada de Blake que la observaba desde arriba, cerniéndose sobre ella como una sombra enorme. Movió la espada hacia su barbilla y presionó ligeramente obligándola a alzarla.

La garganta de Rain se movió cuando tragó y sus labios se separaron para coger aire de forma abrupta. Casi podía sentir el latido acelerado de Blake en su espalda. Los ojos de Blake se desviaron hacia la boca de Rain, oscureciéndose, y una tensión eléctrica estalló en el patio.

Los labios de Rain se movieron y Blake se dio cuenta demasiado tarde de lo que estaba haciendo. El hechizo repeledor lo golpeó de lleno en el estómago lanzándolo contra una de las columnas de los arcos. Cuando estaba incorporándose ya tenía la punta de la espada en el pecho.

—Diría que ha sido un empate —anunció Rain con una sonrisa de plena felicidad en el rostro, y bajó la catana.

—Has hecho trampa, Lee.

—Pensaba que el combate había acabado —dijo, encogiéndose de hombros, fingiendo inocencia.

Recordaba las palabras de Maya diciéndole que cuando la situación lo requería la nobleza estaba de más. Poco a poco Rain había comenzado a comprender que aquella afirmación era casi ley en su mundo.

Le tendió la mano a Blake, que se la tomó después de evaluarla durante un segundo, y lo ayudó a incorporarse.

Dejaron las armas de entrenamiento en el aula de Defensa y caminaron en silencio a un ritmo lento hasta la intersección que llevaba a la torre del Amanecer.

—Gracias por ayudarme —dijo Rain, que tiritaba ligeramente.

El pelo le goteaba húmedo sobre la ropa y tenía la nariz y las mejillas sonrosadas del frío. Sus ojos parecían mucho más grandes sin el flequillo enmarcándolos. La mirada de Blake se fijó en el tenue reguero de pecas que destacaban sobre el puente de su nariz.

—Hasta mañana —contestó, dando un paso hacia ella, hablando en un tono bajo. Le apartó un mechón del flequillo húmedo que le caía rebelde sobre el ojo izquierdo. Lo soltó y se echó hacia atrás, dispuesto a volver a su torre.

—Hasta mañana —susurró ella con un toque de timidez, y se alejó por el pasillo.

Los ojos de Blake la siguieron hasta que giró la esquina con una atención casi obsesiva. Sus cejas se fruncieron levemente, como si estuviera tratando de desentrañar un enigma o sofocar una ola de emociones que amenazaba con desbordarse.



«Mi alma es un desierto estéril donde solo crecen espinas».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 25



El encuentro de combate se celebraba en el gran salón de actos. A ambos lados habían colocado gradas de madera. En la parte frontal, encima de una tarima, estaban el profesor Li y la profesora Lewis junto con un hombre bajito que escribía una columna para el *Sofía*, un periódico que trataba noticias del Mundo Fuera de lo Normal y que solo se podía adquirir en Hidden y Eurínome.

Rain lo había leído alguna que otra vez en casa de los padres de Jun cuando lo traían de sus viajes a la capital.

Los equipos se habían repartido los vestuarios de chicos y chicas del aula de Entrenamiento.

Rain se había cruzado esa mañana con Jun en el desayuno. Era extraño no desearle suerte o pensar que no lo celebraría con él si ganaba. Jun siempre la buscaba con la mirada en las gradas antes y después de su duelo, y ella articulaba unas palabras de ánimo, era como un ritual.

—Hola —la había saludado.

—Hola...

Ambos se habían sostenido la mirada un poco indecisos y entonces Rain se había encontrado en el círculo de sus brazos. No

sabría decir quién de los dos había dado el primer paso.

Y le era tan familiar, tan conocido. Su olor, la forma de su cuerpo y cómo ella encajaba en él. Se hundió en la emoción reconfortante, se sintió atrapada entre el deseo de permanecer ahí y el dolor que le provocaba. Las manos de Rain recorrieron suavemente su espalda hasta aferrarse a su sudadera y la caricia hizo que a Jun se le escapase un ligero suspiro.

—Suerte —dijo ella con la voz algo ahogada a la vez que se separaba de él.

Jun había observado como Rain se marchaba sin decir nada más.

El club de música interpretó los himnos de cada una de las órdenes. Como eran pocos alumnos algunos instrumentos flotaban en el aire manejados por la profesora Kazemi de Lengua Antigua.

La directora estaba sentada en primera fila acompañada de todo el claustro y algunas autoridades. Rain reconoció a los padres de Jun, ambos ocupaban cargos importantes dentro del Amanecer. Incluso había acudido la señora Lane, la mujer que reclutaba a los niños con habilidades especiales. Su capacidad para detectar energías fuera de lo común eran legendarias.

Rain, sentada unas cuantas filas más arriba, la observaba deslumbrada como si estuviese viendo a una celebridad.

Cada equipo estaba compuesto por siete miembros y había dos clasificaciones, la de equipos y la individual. El primero en entrar fue el del Crepúsculo.

El uniforme del Crepúsculo era azul medianoche y gris. Todos vestían una chaqueta *bomber* con la insignia de su orden bordada y su apellido y número identificativo en la espalda. Debajo, una camiseta de manga larga, que se cerraba con un cordón en la zona del pecho, y tres franjas verticales. Para competir, se colocaban encima una coraza dura que les cubría los hombros y el tronco. Y un

pantalón ajustado. En los duelos a primera sangre no podían llevar camiseta con manga larga, de modo que los brazos quedasen al descubierto.

Blake buscó a Rain con la mirada hasta localizarla en mitad de una de las gradas. El equipo del Amanecer entró en ese momento —sus uniformes eran iguales que los del Crepúsculo pero de un amarillo muy suave y un marrón bronce—, y observó a Rain seguir todos los movimientos de Jun, como si él fuese un punto brillante en la noche oscura.

A Rain le pareció que una voz susurraba en su oído «mírame» y sus ojos se desviaron abruptamente hasta chocar con la mirada feroz de Blake, cuya boca estaba torcida en una mueca de frío desdén.

Blake se giró ignorando a Kane que le había preguntado algo.

La orquesta se calló y los comentaristas dieron comienzo al encuentro.

—El Amanecer ha sido campeón durante dos años consecutivos. Pero su capitana y la también ganadora individual durante esos dos años, Dhara Sharma, se graduó el curso pasado. ¿Veremos un cambio en las tornas? ¿Quién se llevará este año el título individual? —decía el periodista del *Sofía*.

Dhara Sharma era nieta de la Sabia Gea. Rain había conocido a Sharma brevemente en su visita en primavera a la Academia. Jun había actuado como si hubiese visto a una estrella, con los ojos llenos de silenciosa admiración, y se había debatido sobre pedirle un autógrafo o no. A Rain y Aiden les había resultado muy gracioso verlo tan cortado cuando normalmente era el más lanzado y seguro del grupo.

Los dos entrenadores se acercaron al centro de la pista, junto con el árbitro y la mano inocente de la presidenta de la Federación de

Combate de Destreza, la FCD, que comenzó a sacar los nombres de los emparejamientos para los duelos. Ese día los novatos de primero no se enfrentarían a los veteranos.

Había siete combates en cada encuentro, el equipo que más ganase durante las cinco fases sería el vencedor. Y el jugador que más victorias acumulase, el ganador individual. En caso de empate se decidía en una eliminatoria final.

Aiden no paraba de mirar a Kane, ansioso, mientras movía nervioso una pierna y se tocaba las gafas compulsivamente. Estaba claro que le preocupaba pelear con él. Dereck Keller sonreía fanfarrón en dirección a Amira Khan, la tercera novata de primero del equipo del Crepúsculo, como si le pareciese un objetivo fácil.

Rain contuvo el aliento cuando fueron anunciando los enfrentamientos. Los nombres se colocaron solos en una tabla junto a los comentaristas.

Aiden quedó emparejado con Amira Khan, Jun con Kane, y Blake con Dereck Keller. Rain dejó escapar el aire, eso no impedía que en el futuro no pudiesen coincidir de algún modo, pero al menos no sería ese día.

Luego se decidió el orden de los duelos. A Blake le tocó casi al final de la serie, después del descanso.

Rain nunca había sido muy fan de aquel deporte, aunque a veces podía ser realmente espectacular, sobre todo si se salía de la parte más puramente técnica, algo que Jun dominaba muy bien.

El combate de Aiden no fue demasiado emocionante, tanto él como Khan eran muy puristas. El primer intercambio fue breve, un tanteo de intenciones. Aiden lanzó una finta rápida hacia el flanco de Amira Khan, pero ella respondió con una parada precisa, desviando la hoja. Los toques fueron en su mayoría paradas y respuestas, cada uno logrando evitar los ataques del otro con eficacia.

Y, a pesar de que estaban muy igualados, finalmente ganó ella.

—Segunda victoria para el Crepúsculo antes del descanso —anunció el comentarista—. La jugadora con el número cuatro se ha impuesto al jugador con el número once en un combate muy reñido.

Rain cruzó la mirada con Blake que articuló la palabra «vestuario». Ella lo miró perpleja, pero no obtuvo más explicación. Se preguntó si habría ocurrido algo que cambiase el plan. Esquivó a un grupo de alumnos que salía hacia el vestíbulo para estirar las piernas mientras comentaban los duelos con entusiasmo o se quejaban de las decisiones arbitrales.

—Perdón —se disculpó al pasar.

Corrió por el pasillo hasta llegar a una de las escaleras laterales que subían a la primera planta.

—No deberíamos desconcentrarlo, todavía le queda su combate. —Oyó la voz de Soo-Min, la madre de Jun.

—Quiero darle ánimos. Hoy es un día muy importante. Una pena que Clark haya perdido —contestó Seong, su padre.

Rain entró en pánico mientras giraba sobre sí misma sin saber dónde esconderse. Se ocultó tras el pie de una de las estatuas. Por una vez agradeció ser menuda y la oscuridad que había en los pasillos. Salió en cuanto los padres de Jun entraron en el vestuario que ocupaba el Amanecer.

Blake salió en ese momento y miró por el pasillo de forma casual. Rain dejó su escondite con el corazón latiéndole a toda prisa. Sus botas no hicieron ruido sobre el suelo de piedra mientras se acercaba cautelosa.

—No me ha visto nadie —murmuró mirando a todas partes.

Blake la cogió de la muñeca y tiró de ella dentro del vestuario. Rain lo conocía porque era el que solían usar las chicas, tenía un pasillo que llevaba hasta las taquillas para cambiarse, justo detrás

estaban las duchas y al otro lado una puerta que conducía al aula de entrenamiento, donde se oían voces.

—Klopper está hablando con los veteranos y Kane está meditando —le informó Blake mientras la conducía hasta el cuadrado de las taquillas.

Rain se apoyó en una de ellas. De vez en cuando se asomaba por el borde, alerta.

—¿Ha pasado algo? —susurró ella.

Blake la miró directamente a los ojos. La expresión de su rostro y lo marcado de sus facciones siempre le daban un tono cortante y serio a su mirada. Ya desde el primer momento Rain había pensado que le recordaba a la belleza clásica de una estatua de mármol y, sin embargo, su rictus era afilado, como la hoja de una espada.

—No.

—Entonces, ¿por qué...?

Blake inclinó la cabeza hacia un lado y algo oscuro brilló en sus ojos. Los hombros de Rain se sacudieron ligeramente mientras un escalofrío le bajaba por la columna.

—Mmm —meditó Blake. El sonido reverberó en el cuerpo de ella erizándole el vello y la sensación fue placentera a la vez que inquietante—. ¿Sabes ese favor que me debes por ayudarte con Defensa?

Los dedos de Rain se cerraron con fuerza.

—Sí —exhaló.

Blake abrió una taquilla y sacó su camiseta de repuesto del uniforme con su número, el siete, y su nombre en la espalda.

—Póntela —le pidió mientras se la tendía.

Rain llevó la mirada desde la prenda hasta la cara de Blake.

—¿Qué?

—Me debes una. Póntela.

—No puedo. ¿Estás loco? Soy del Amanecer.

La boca de Blake se curvó en una sonrisa malévola. Se echó el pelo hacia atrás, al doblarse hacia ella le había caído sobre los ojos.

—Es mi favor.

—¿Estás intentando fastidiarme?

Blake apoyó la mano en las taquillas que estaban detrás de Rain para poder inclinarse más cerca de ella.

—Ya sabes lo que pasa con los favores, Lee. Y como has dicho en múltiples ocasiones, soy una persona cruel.

—¿Por qué haces esto? —Rain apartó la mirada de sus ojos incapaz de sostenérsela. A veces le daba la sensación de que la devoraban.

—Porque puedo —reconoció en ese tono bajo y algo áspero que a veces usaba.

Los ojos de Blake bajaron hasta el cuello de Rain siguiendo el movimiento de su garganta cuando tragó saliva. Una sonrisa lenta se extendió por la boca del chico.

Se echó hacia atrás y ella cogió por fin la camiseta. Se la colocó entre refunfuños. Le quedaba grande. Blake no era tan corpulento como Kane, pero aun así sus hombros eran el doble que los de ella.

Rain se puso de pie y se metió lo que le sobraba en la cinturilla de los pantalones.

—¿Contento? —gruñó furiosa.

Los ojos de Blake parecían en llamas mientras la recorrían complacidos. Había algo posesivo en el gesto. Rain podía sentirlos como unas manos sobre su cuerpo. El aliento se le quedó atascado en la garganta mientras la imagen de unos dedos quitándole la ropa le explotaba en la cabeza. Parpadeó, tenía la garganta seca y boqueó para coger aire.

¿Qué había sido eso? Blake ni siquiera la había tocado. Se llevó las manos a las mejillas, que le ardían, y se preguntó si tendría fiebre y había comenzado a alucinar.

—Nos vemos luego, Lee —susurró él una octava más grave, esbozando una leve sonrisa.

Rain se ganó alguna que otra mirada de sus compañeros del Amanecer y un par de murmullos. Apretó los dientes cabreada.

Se sacudió con un escalofrío. Todavía sentía el peso de los ojos de Blake en ella, el sonido de su voz reverberando en su cuerpo y robándole el aliento. Sabía que Blake no hacía nada porque sí, obligarla a ponerse su camiseta tenía un motivo y se preguntó cuál sería...

—El siguiente combate será entre el número siete del Crepúsculo, Ash Blake. Y sí, es quién creen que es —recitó el comentarista levantado una oleada de murmullos entre el público.

Algunos de los padres que habían asistido lo miraron con desaprobación y Rain se obligó a no sentirse mal por él. Era un capullo cruel que la había puesto en el punto de mira de su orden, a lo mejor se merecía aquella ola de odio.

—Se batirá en duelo contra Dereck Keller, el número diecisiete del Amanecer, hijo del comisionado del Consejo de Sabias, Alfred Keller, quien se encuentra entre el público.

Aquello arrancó aplausos en las gradas. Rain solo alcanzó a ver una cabeza de pelo cano.

Blake y Keller se pararon el uno frente al otro en mitad de la pista. Keller inclinó la cabeza sacudiendo su espada, pero Blake no se movió, lo que provocó un murmullo entre el público de disconformidad y algún que otro abucheo.

Aunque Rain nunca había visto a Blake competir, ya se había dado cuenta en las clases de Defensa de que era bueno con las armas,

pero verlo en la pista fue una sensación completamente diferente.

Era rápido, certero y agresivo. Una vez más le recordó a una serpiente. No era absolutamente técnico y aun así se notaba que controlaba la disciplina a la perfección. Se movía con una mano detrás de la espalda, tenía un juego de pies preciso y veloz, y esquivaba a su contrincante con movimientos cortos y elegantes. Los golpes de su espada cortaban el aire, haciendo que el arma *cantase*.

—A pesar de su gesto antideportivo, el jugador siete es excelente en combate.

—Vaya eso ha tenido que doler —comentó la entrenadora Lewis mientras la espada de Blake le daba un latigazo a Keller en el hombro y la espalda. El último hizo una mueca, a pesar de la coraza parecía haberlo sentido.

Rain estaba sentada al borde del asiento con el corazón acelerado. Ver a Blake era fascinante a la vez que aterrador. Sus golpes no eran delicados, sino brutales. Si aquello fuese una batalla de verdad en vez de un deporte reglado... Rain se sacudió con la imagen sangrienta.

Era un poder brutal y lo envidió a la vez que lo admiró.

Dereck lanzó un fondo a Blake, su pie delantero se disparó hacia delante, su cuerpo se estiró en una línea recta y su brazo armado se extendió con precisión, buscando tocar el torso de Blake. Fue un movimiento casi impecable, pero Blake era impresionante. Rain nunca había visto a nadie luchar como él. Esquivó el ataque de Dereck Keller dando un pequeño salto hacia atrás.

Keller, con su cuerpo extendido hacia delante con todo su peso, no tuvo tiempo de recuperar su guardia. Blake aprovechó su posición vulnerable y le clavó con fuerza la punta roma de la espada en el espacio entre la coraza y el cuello, un lugar delicado, pues solo la tela de la camiseta lo cubría.

Los del Crepúsculo estallaron en aplausos casi eufóricos y rabiosos. Era el hijo del comisionado, que pertenecía a la orden rival, así que la estocada supo casi a venganza.

El árbitro le dio la victoria a Blake con una puntuación prácticamente perfecta.

—Keller solo ha conseguido hacerle un punto a Ash Blake, que ha mostrado un estilo de juego con mucha iniciativa y agresividad. Esta es la tercera victoria de la jornada para el equipo del Crepúsculo, que vuelve a ponerse en cabeza.

Blake se giró buscando a Rain en la grada. En los ojos de la muchacha brillaba algo salvaje y ardiente, abrasador como el fuego. Aun así, no aplaudió, no sonrió, no se inmutó. Blake se levantó la careta y le guiñó el ojo. Su piel normalmente pálida, estaba sonrosada por el esfuerzo, y su pelo, siempre perfectamente peinado, le caía en mechones húmeros y rectos sobre la frente.

Tenía un aspecto feroz, pensó Rain, que se descubrió alegrándose de que hubiese ganado a Keller, al que no soportaba.

Ella apretó los dientes y tragó saliva. A Blake provocarla le resultaba de lo más estimulante. No siempre lo conseguía, pero cuando sentía que ella ponía todos los sentidos en él, que sus ojos no podían dejar de mirarlo, y que traspasaba las profundidades más allá de la chica buena de aspecto dulce, era... extasiante. Ese momento, en el que conseguía meterse bajo su piel, era siempre como una pequeña victoria.

Blake le tendió la mano a Dereck Keller con cierto asco y apretó sus dedos con fuerza antes de retirarla. Detestaba a ese cabrón, al igual que a su padre.

—El siguiente combate será el de los jugadores Jeong y Diop. Si el Amanecer gana conseguirá empatar. Este primer encuentro está muy interesante —decía el periodista.

Jun, que desde su asiento en el banquillo del Amanecer había visto a Blake guiñarle el ojo a su mejor amiga, y para su sorpresa y horror se había encontrado con que Rain llevaba puesta su camiseta, no oyó que los llamaban.

Rain, como toda la grada, fijó su atención en Jun, que parecía desconcentrado y furioso con la vista clavada en Ash Blake.

—¡Jeong! —lo llamó la entrenadora, y él por fin se levantó, aunque todavía parecía contrariado.

Los del Crepúsculo se reían y murmuraban burlas.

Los padres de Jun parecían molestos. Rain se removió en el asiento preocupada, siempre habían sido muy estrictos y exigentes.

Kane pasó junto a Aiden y se inclinó para decirle algo en voz baja. Rain vio como su amigo se ruborizaba hasta la raíz del cabello y se quedaba momentáneamente aturdido. Luego cerró la boca y arrugó el entrecejo con obstinación.

Aiden siguió el combate nervioso, no paraba de tocarse los rizos del flequillo y las gafas.

Al principio Jun empezó un poco perdido. Sus ataques parecían cargados de rabia y se notaba que no estaba del todo concentrado. Sus ansias le hacían cometer errores que Kane no desaprovechó.

Y cada vez que el chico del Crepúsculo anotaba un punto, Aiden dejaba escapar un suspiro de alivio y al instante se ponía triste por Jun. Casi le costaba aplaudir a su mejor amigo cuando tocaba a Kane, y lo hacía en pequeñito. Como si temiese herir a Diop.

Rain oyó los aplausos y lo vítores de Manon Dubois y sus amigas, unas filas encima de ella. No le pasó desapercibido que la chica llevaba una camiseta del equipo del Amanecer y se preguntó si tendría el número 10, el favorito de Jun y con el que competía.

Una inquietud amarga le estrujó el corazón.

El tiempo se estaba agotando y Kane y Jun estaban empatados a trece puntos. Ambos se tocaron en el siguiente ataque y el árbitro le dio el punto a Jun por haber tenido la iniciativa. Aiden miraba con preocupación a Kane. Se retorcía las manos ansioso.

Jun clavó el siguiente punto proclamándose vencedor. Kane le dedicó una sonrisa apesadumbrada y le estrechó la mano. La euforia de Rain por haber visto ganar a su mejor amigo fue menor de lo que esperaba, aunque respiró aliviada.

Aiden abrazó a Jun para felicitarlo por la victoria y sus ojos siguieron con tristeza a Kane mientras se dirigía a los vestuarios.

—Empate. El siguiente duelo será decisivo para ver quién se proclama ganador de la jornada de hoy.

El último combate estuvo muy reñido, pero acabó siendo para el Crepúsculo. Era la primera vez en dos años que se imponían al Amanecer, y los asistentes lo celebraron, efusivos. Rain se puso de pie mientras la banda tocaba los himnos. Los equipos se saludaron y la gente comenzó a bajar a la pista. Los padres que habían asistido al espectáculo querían felicitar o animar a sus hijos.

El profesor Diop y una mujer que parecía su esposa se acercaron a Blake y lo saludaron con cariño, y luego fueron hacia Kane.

A Rain se le quedó grabada aquella imagen de Blake como un cuadro; toda esa gente que lo rodeaba y pasaba a su lado estaba desenfocada y desdibujada, y él nítido, el único punto definido en mitad de la multitud, una isla solitaria en un mar embravecido. Y aunque la imagen era triste, no había ni una pizca de tristeza en su rostro. Solo una indiferencia fría y afilada. Como si fuese ajeno a todo lo que le rodeaba.

Y entonces levantó la mirada y se encontró con la de ella, que estaba de pie en mitad de la grada.

Blake comenzó a ir hacia Rain esquivando personas. Algunos de sus compañeros de orden lo felicitaron al pasar. Pero él no desvió la mirada de ella ni una sola vez.

Rain bajó los dos tramos de asientos que le quedaban y se acabaron encontrando al pie de las escaleras.

—¿No vas a felicitarme, Lee?

—Enhorabuena —dijo ella sin darle importancia mientras agarraba el borde de la camiseta para quitársela.

Blake le cogió un mano frenándola.

—Quédatela —dijo.

—No —insistió ella—. Ya he cumplido con tu estúpida petición.

Blake sonrió.

—Me gusta cómo te queda.

El corazón de Rain se saltó un latido. Pero solo porque estaba poco acostumbrada a oír esa clase de comentarios.

—Nos vemos en diez minutos en la salida hacia el bosque —susurró él.

Rain asintió nerviosa.



«El infierno está vacío y todos los demonios están aquí».

SHAKESPEARE





CAPÍTULO 26



Aquel día apenas había media luna en el firmamento. El bosque estaba sumido en una oscuridad densa, tanto que era como un ente sólido flotando a su alrededor. Eso sí, Rain jamás había visto tantas estrellas. Ni siquiera creía que el cielo pudiese tener aquel aspecto tan sobrecogedor.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo en voz baja mientras caminaba concentrada para no tropezar.

De su mano izquierda brotaba una pequeña bola de luz blanquecina que los iluminaba.

Blake, que caminaba silencioso detrás de ella, hizo un sonido afirmativo.

—¿Por qué haces que te llamen por tu apellido?

Giró la cabeza para mirarlo por encima de su hombro y vio como él enarcaba una ceja y luego levantaba la comisura izquierda.

—¿Crees que debería ocultar quién es mi padre?

—No —contestó ella con franqueza—. Pero la gente te juzga por ello. ¿No te sería más sencillo presentarte por tu nombre de pila? Al menos te ahorrarías susurros y miradas.

—¿No fuiste tú la que dijo que si te importase lo que otros opinan de ti te estarías condenando? En realidad, todos en nuestro pequeño mundo saben quién soy, y si creyesen que trato de ocultarlo lo verían como una debilidad y se lanzarían a por mí con más fuerzas. Además, aunque te cueste creerlo, Lee, no me avergüenzo de mi padre.

Rain lo miró. Llevar su apellido era casi como un acto de rebeldía en un mundo donde la reputación y el linaje lo eran todo. Se preguntó si lo hacía también como una forma de venganza contra el sistema, de incomodarlos con su presencia.

—Lleva tus heridas con orgullo —susurró Rain para sí misma—. ¿No te molestan, entonces? —preguntó.

—Bueno, con las opiniones ocurre algo, y es que al expresarlas tienes que estar dispuesto a recibirlas de vuelta. —Los labios de Blake se curvaron muy levemente.

Ella lo atravesó con una mirada cortante.

—Entonces les estás dando la razón —su tono fue duro— cuando dicen que eres un peligro.

Blake la apartó de una rama, ya casi estaban llegando al lago.

—No necesariamente. Es mejor ser temido que ser amado si no se puede ser ambas cosas, Lee.

Rain reconoció la cita y arqueó las cejas. Blake actuaba como si el mundo fuese suyo, como si sus acciones no tuviesen consecuencias. Y en cierta forma así era. Tenía poder y el poder sin responsabilidad es la cuna de la crueldad.

Pasaba con casi todos los que estudiaban en la Academia. Se comportaban como si estuviesen por encima de todo y todos, pero Blake especialmente se movía por el mundo como si las normas no se aplicasen a él.

Rain sacó un lápiz y un cuaderno de su bolso, que dejó apartado sobre una roca junto a la orilla.

—¿Puedes sujetarlos? —le pidió a Blake sin mirarlo.

Él cogió las cosas y ella fue hacia el agua sin decir nada más. Blake flexionó los dedos cuando Rain se apartó y durante un segundo su rostro se tensó cargado de frustración. Podía sentir el desagrado y la desaprobación emanando de ella. Deseó sacudirse esa sensación molesta.

Rain dejó escapar un jadeo cuando se metió en el lago, estaba helado. Cuando el agua le cubrió hasta las pantorrillas, buscó el pequeño haz de luz de la luna creciente con un espejo de bolsillo.

Se concentró en el hechizo de empujar, aquel en el que había estado pensando cuando Blake la había arrastrado al agua la primera vez. Se imaginó la energía del cuerpo celeste rebotando en el cristal y uniéndose a la que fluía por su propio cuerpo, brotándole desde las puntas de sus pies hasta su mano, y que clamaba con fuerza «empujar, empujar».

Visualizó el agua abriéndose para ella.

Y entonces lo hizo.

Al segundo siguiente ya estaba corriendo con todas sus fuerzas hacia la puerta. Blake no tardó nada en alcanzarla.

—Todavía no me has dicho cómo lo haces —gruñó a su lado.

—¿Y que... ya no te... resulte necesaria? —jadeó sin aliento—. No gracias, no soy... estúpida.

Blake la miró atónito y al segundo su expresión se transformó en algo oscuro entre el enfado y la incredulidad. Era más astuta de lo que en un principio había valorado.

Giró la cabeza y Rain solo pudo ver cómo los músculos de su cara se tensaban.

Blake llegó primero a la puerta, casi como si hubiese dado un agradable paseo. Ella sentía que iba a necesitar una botella de oxígeno.

Esta vez él creó un punto de luz, de un tono entre el azul y el púrpura, para que Rain pudiese ver las runas grabadas en la roca.

De cerca la puerta era impresionante. Rain no entendía lo que significaban la mayoría de las runas pero parecían gritar protección y peligro, como si quisiesen repeler su presencia. Anotó lo más rápido que pudo.

Habría sido más rápido si hubiesen podido traer una cámara fotográfica. Pero no estaban permitidas en la Academia por motivos de seguridad. Nada que capturase la realidad de su mundo y de alguna forma pudiese llegar a las manos equivocadas.

Blake miraba a todas partes con ojos de halcón.

—Menos de un minuto para que el agua se cierre —la avisó.

La mano derecha de Rain volaba por el papel. Casi dieciocho años de estudio le habían conferido la habilidad de saber tomar apuntes a una velocidad sorprendente.

—Vamos, Lee —la apremió Blake.

—Ya casi —susurró—. Creo que los tengo todos —anunció.

Entonces él la cogió del brazo y tiró de ella con fuerza mientras el agua comenzaba a cerrarse. Sus pies volaban sobre el lecho del lago, lleno de rocas y plantas que tenían que sortear.

El corazón de Rain latía tan deprisa a causa del esfuerzo que pensaba que le fallaría. Los pulmones le ardían.

Les quedaba menos de la mitad del recorrido y dos olas gigantes de agua se les venían encima con fuerza.

Golpeó a Blake con el cuaderno incapaz de hablar para que lo cogiese.

—Que no se... moje —le pidió con un hilo de voz.

Él miró hacia arriba, chasqueó la lengua molesto y la agarró de la cintura con un brazo pegándola a él. Se guardó el cuaderno dentro del pecho al mismo que tiempo que el agua caía sobre ellos arrastrándolos. Por suerte esta vez estaban más cerca de la orilla que la anterior y ascender no les costó tanto.

Blake tiró de Rain hacia arriba y ambos salieron tomando una bocanada de aire.

El cuerpo de ella se apretó contra el de él casi por instinto en busca de calor. Los ojos de Blake se desviaron hacia los labios de Rain; que temblaban al igual que todo su cuerpo.

Sus pechos chocaron en búsqueda de oxígeno. Estaban tan cerca que el aliento de sus jadeos apresurados se mezcló.

Y, entonces, ella se apartó, demasiado rápido. Demasiado.

Rain se quitó la camiseta de combate de Blake y el jersey fino que llevaba debajo dándole la espalda. Estaba desesperada por calentarse. Casi no sentía las puntas de los dedos de las manos.

Blake se paró de golpe junto a la orilla, su aliento se condensaba en el aire frío de la noche. Estaba muy oscuro y aun así podía adivinar la figura de ella, la forma de su espalda, su piel expuesta, la línea más clara de su ropa interior...

Las manos se le cerraron en puños.

A Blake siempre le había gustado quemarse, pero aquella era una nueva forma de arder.

Rain sacó un jersey de su bolsa en bandolera y se lo colocó deprisa con un suspiro de alivio.

Se giró hacia Blake, que no se había movido ni un centímetro de donde estaba. Todavía tenía los ojos clavados en ella. Completamente empapado, la ropa se le pegaba como una segunda piel marcando los vértices y valles de su torso bien esculpido. Se apartó el pelo mojado de la frente. Su rostro estaba dividido entre

luces y sombras que resaltaban sus facciones afiladas y su mirada oscura, penetrante, donde el gris de sus ojos brillaba con una intensidad sobrecogedora. La luz pálida marcaba con precisión los ángulos de su mandíbula y sus pómulos, mientras que las sombras envolvían el resto de su cara, dándole un aspecto misterioso, casi amenazante y a la vez peligrosamente atractivo. El juego de tonalidades le hacía parecer un depredador acechando, impredecible, capaz de destruirla y fascinarla con la misma facilidad.

Rain separó los labios respirando. El deseo se asentó en su pecho y luego descendió lentamente, quemando con cada latido. Las mejillas le ardieron y ya no sintió frío.

—¿El cuaderno? —le pidió con la voz débil.

Él parpadeó un par de veces y lo sacó. Estaba húmedo. Rain se acercó y se lo quitó para guardarlo en su bolsa.

—Se secará —dijo, y se dio la vuelta para marcharse.

Blake la alcanzó cuando estaba entrando de nuevo en la arboleda. La agarró del brazo frenándola. Estaba tan oscuro que no era capaz de ver más que negro en sus ojos.

—Tenemos que volver ya —lo apremió ella, distante.

Necesitaba un momento para recolocar sus ideas.

Blake parecía querer decirle algo, su rostro estaba lleno de conflicto. Se oyó el frufrú de los helechos moviéndose y ambos contuvieron el aliento.

A Rain se le disparó el corazón y todos los músculos del cuerpo se le agarrotaron. Si los pillaban ahora todo lo que habían hecho no valdría para nada.

—Corre —le susurró él con la boca pegada a su oreja.



«¿Y cuándo escapas? ¿Hacia dónde corres?».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 27



Rain pensó que si su cuerpo sobrevivía a esa noche se tomaría mucho más en serio las clases de Entrenamiento.

Tinieblas maulló en tono de reproche cuando Rain llegó a su habitación, como si supiera que había estado haciendo algo que no debía. O quizá solo es que podía oler el lago en ella.

Los ojos de la gata la siguieron mientras se cambiaba apresuradamente. Se puso las medias dando pequeños saltitos hasta que acabó cayendo en la cama. Tinieblas saltó a su lado y frotó su cabeza peluda contra su mejilla.

—Estoy bien —le susurró Rain.

Cogió una falda del mismo tono de marrón oscuro que las medias y una camisa. Se calzó sus Mary Janes mientras sostenía a la gata con un brazo achuchándola. Por suerte la fiesta era algo informal.

—Deséame suerte.

Y salió corriendo mientras se recogía el pelo en un moño.

Blake ya estaba en la fiesta cuando llegó. De no ser por el pelo húmero habría sido imposible saber que hacía unos veinte minutos estaba nadando en el lago del bosque. Llevaba una camisa

remangada de manera informal sin corbata y unos pantalones de pinzas.

Ninguno había dicho nada al llegar a la Academia, se habían separado en un silencio tenso.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Aiden, sorprendiéndola.

Rain se llevó la mano al corazón mientras dejaba escapar un jadeo. Tenía los nervios de punta.

—He ido a cambiarme —explicó, y abrazó a su amigo—. Lo has hecho muy bien.

Aiden permitió el contacto durante dos segundos exactos y se apartó de ella poniendo los ojos en blanco.

—Entré en el equipo porque era la única forma de que mi padre cediese un poco y me pagase la matrícula. Jun sí que está triste.

Los ojos de Rain escanearon la sala en su búsqueda casi de forma inconsciente.

—Pero ha ganado —dijo ella. Aunque sabía que los errores que había cometido al principio le pesarían, lo conocía demasiado bien.

—Bueno sí..., pero el equipo ha perdido. Ya lo conoces. Además, sus padres han venido y... Ya sabes, estaba desconcentrado y a la entrenadora y a sus padres no les ha hecho mucha gracia.

—¿Qué le pasaba?

Aiden se encogió de hombros.

—No estaba muy hablador —suspiró derrotado.

—¿Y dónde están los señores Jeong? No he tenido oportunidad de saludarlos.

—Se han marchado hace un rato.

Rain torció el gesto, eso era señal de que estaban enfadados de verdad.

Aiden la arrastró hasta la mesa de bebidas. Él se sirvió un té helado, y ella, una copa de vino espumoso. Necesitaba calmarse.

Todavía sentía la adrenalina recorriéndole el cuerpo y estaba temblorosa y acelerada. Se bebió la copa casi de un trago mientras miraba a los invitados.

¿Y si alguien los había visto?

Si Blake tenía razón y quienquiera que estuviese involucrado con su padre y ese libro tenía algo que ver con la desaparición de Maya, ahora podría ir a por ellos.

—Tú también has jugado bien. —Oyó que murmuraba Aiden.

Rain giró la cabeza. Ni siquiera se había percatado de que Kane estaba hablando con su amigo. Ambos estaban un par de metros más a la derecha.

La sonrisa de Kane se hizo más amplia. Tenía una de las sonrisas más luminosas y bonitas que ella hubiese visto jamás.

—Gracias por no fingir hoy que te caigo mal.

Aiden abrió la boca como para replicar y luego la cerró haciendo un mohín.

—Yo no finjo nada —aseguró sin su aire huraño habitual, y apartó la mirada.

Kane se inclinó hacia su oreja.

—Vamos a celebrar una pequeña fiesta en la torre del Crepúsculo. ¿Vendrás? Creo que es lo único que podría hacerme olvidar que tu mejor amigo me ha ganado y he tenido que ver cómo le abrazabas.

Las mejillas de Aiden adquirieron un tono rosado marcado, se le aceleró la respiración de manera obvia y sus ojos brillaron; era obvio que Kane le gustaba.

—Solo si Rain viene conmigo, no creo que sea muy bienvenido —dijo en un tono más dulce que el que solía utilizar habitualmente.

Los ojos de Kane se desviaron hacia Rain un momento, antes de volver a centrarse en Aiden.

—Si alguien te dice algo inapropiado, me aseguraré de enseñarles modales —replicó Kane.

Entonces dos pares de ojos se centraron en Rain. No quería ir a una fiesta del Crepúsculo y, sobre todo, no quería encontrarse con Blake esa noche. Ese día se había comportado como un imbécil con lo de la camiseta y todavía se sentía extraña por lo que había ocurrido en el lago. ¿En qué momento había empezado a bajar la guardia con él tanto como para encontrarlo atractivo?

Pero era obvio que Aiden quería ir. No lo hubiera reconocido nunca, pero estaba colado por Kane. Y la felicidad de Aiden era muy importante para ella.

—Está bien —accedió.

Kane la estrujó entre sus brazos con efusividad.

Rain sonrió mientras le daba un sorbo a su copa. Aiden y Kane se enfrascaron en una conversación sobre el encuentro de combate a su lado y ella dejó que sus ojos vagaran por la sala. Y entonces se cruzó con los de Jun.

Qué extraño que una persona sea tu centro de gravedad durante ocho años, y de pronto, un día sin más, se acabe. ¿Cómo se sentiría su planeta si de pronto no tuviese un sol sobre el que orbitar? Rain se dio cuenta de que estaba cambiando, de que sin Jun a su lado era una persona desconocida. Y eso la hacía sentir perdida, aunque no de una forma negativa necesariamente. Tenía que conocerse a sí misma, a esa nueva Rain.

Sus labios se curvaron hacia arriba al mismo tiempo que los ojos se le humedecían ligeramente.

Jun caminó hacia ella esquivando grupos de personas. Llevaba un jersey gris jaspeado y pantalones de pinzas. Y estaba increíblemente guapo.

—Felicidades —le dijo ella cuando el chico se le paró delante.

—Gracias. Mis padres me han preguntado por ti, pero no te he visto.

Se dio cuenta de que él se debatía, como si quisiese decirle algo y se estuviese frenando.

Rain odiaba esa incomodidad entre ambos, odiaba que ya no pudiesen ser ellos mismos o que tuviesen que ir con cuidado con el otro.

—¿Bailas conmigo, Rainy?

Ella dejó la copa vacía y aceptó.

Jun le pasó una mano por la cintura y le sujetó la derecha con la otra. La madre de Rain los había enseñado a bailar cuando eran pequeños. Su abuela había sido profesora de bailes de salón, así que también había instruido a la doctora Sherin Lee en la infancia.

—Has estado estupendo —susurró ella.

El brazo de Jun se tensó apretándola más contra él, casi como si la estuviese abrazando. Y Rain se rindió. Apoyó la cabeza en el hueco de su cuello y dejó que la familiaridad de su calidez y su olor la envolviesen.

—No es cierto, pero gracias.

—Jun... ¿estás bien?

Notó como cogía aire y tensaba el cuerpo.

—Rain, no quiero discutir. Solo... Creo que deberías tener cuidado con Ash Blake.

—Jun... —empezó sin saber muy bien qué decirle.

—No quiero perderte —murmuró él—. Eso es todo.

Y a ella se le rompió el corazón a pedacitos porque sabía que Jun lo decía de verdad. «Que pena que no le interese alguien como tú». Las palabras de Blake arañaron su subconsciente. Y por primera vez se preguntó si Jun la querría como Maya le había dicho, pero no se interesaría por ella por su posición, como Blake había sugerido.

Quizá ambos tenían razón... Apartó la idea de su mente. No, Jun no era así. Él nunca había sido como el resto, no era pretencioso, ni elitista; si no, no sería su amigo.

Blake, rodeado por un grupo de compañeros del Crepúsculo, captó de un vistazo a Rain en los brazos de Jeong. Y el vaso que sostenía en la mano se llenó de grietas.



La sala común del Crepúsculo era similar a la del Amanecer, aunque los colores eran los típicos de su orden. No podían captarse muchos detalles pues estaba abarrotada. Había un reproductor de música sonando a todo volumen y alguien había atenuado las lámparas de gas de modo que la estancia estaba medio en penumbras.

Rain y Aiden se ganaron un par de miradas incómodas por parte de sus compañeros de primero.

—No puedo creerme que esté en la celebración del contrario —murmuró Aiden.

Pero todas las dudas que hubiera podido tener hasta ese momento desaparecieron cuando Kane se acercó hasta él con una sonrisa enorme en la cara.

A un lado de la sala, en una mesa que habían empujado contra la pared, había botellas de vino y champán que seguramente habían birlado de la recepción. Un chico hacía flotar dos sobre la cabeza de otro, que abrió la boca para que lo rociaran. Rain lo reconoció, era uno de los veteranos del equipo de combate.

La multitud lo jaleó y estalló en vítores y aplausos cuando se acabó el contenido. Sacudió la cabeza salpicando gotas de champán que le habían empapado el pelo.

Un chico con la camisa desabotonada se acercó para darle un beso apasionado y fueron tragados por la multitud bailando.

Rain nunca había ido a las fiestas de sus compañeros de clase. Jun los habría llevado a ella y a Aiden, pero sabía que no habría sido bienvenida, así que se montaban las suyas propias.

Se sirvió vino en una taza desconchada que encontró y caminó de vuelta adonde estaban Kane y Aiden. Tuvo que sortear parejas bailando y enrollándose. Casi le cayó encima un chico al que estaban haciendo levitar entre unos cuantos mientras bebía del revés.

Se apartó asqueada ante la idea de que le pudiese vomitar encima. La multitud se movió empujándola y chocó con la espalda de un chico.

—Joder —gruñó este, girándose.

Y Rain se encontró con el rostro borracho y enfadado de Payton. Tenía el pecho empapado de vino. Sus ojos tardaron en enfocarla, pero en cuanto la reconoció su mirada de cabreo se acentuó.

—¿Qué coño haces aquí, rata Amanecer?

—Me han invitado —respondió ella, cerrando el puño izquierdo con fuerza.

—¡Eh, mirad lo que he encontrado! —gritó Payton a sus amigos—. Esta rata repelente se ha colado en nuestra celebración. ¿Qué deberíamos hacer con ella?

A Rain se le aceleró el corazón mientras sentía algo frío y viscoso anudársele en el estómago.

—Déjame en paz, Payton —le advirtió.

—¿O qué? —se rio él.

Alguien la agarró por detrás sujetándole los brazos. Rain forcejeó con rabia y entonces, Payton le vació una botella de vino encima. Cogió aire sorprendida y horrorizada a la vez que subía los hombros

encogiéndose. La multitud se abrió para hacer un corro a su alrededor que se llenó de jaleos y risas.

Rain vio de reojo a Blake sentado en un sillón. Estaba recostado con el pelo un poco revuelto cayéndole sobre la frente y una postura relajada, casi aburrida, que contrastaba con la intensidad de sus ojos, fijos en ella.

Se sostuvieron la mirada durante un segundo y al siguiente estaba junto a ella. Empujó a Payton con tanta fuerza que lo lanzó contra un grupo de gente. El pecho de Rain subía y bajaba descontrolado, su respiración eran jadeos entrecortados y superficiales mientras luchaba contra la vergüenza y la humillación.

Blake la recorrió de arriba a abajo con una lentitud felina.

—¿Esto te parece una forma de darle la bienvenida a alguien del Amanecer a nuestra fiesta? —dijo arrastrando muy levemente las palabras, como si quisiese molestarla. Sin despegar la mirada de los ojos de ella dijo con una sonrisa cargada de veneno—. Que dé la vuelta a la torre.

Se oyó un murmullo de risas y cuchicheos entre la multitud y entonces Kane apareció con Aiden a su lado.

—Ash —lo reprendió con seriedad.

—Si quiere estar aquí que pase la prueba. ¿O tienes miedo, chica Amanecer?

—Ash, no —gruñó Kane, enfadado.

Rain levantó la barbilla. Se sentía humillada y estúpida. Durante un breve momento el deseo de atravesarle el pecho a Blake con un cuchillo había sido tan intenso como el de respirar cuando se está bajo el agua.

—¿Qué tengo que hacer?

Esto arrancó más risas.

—Sales ahí fuera —dijo señalando una ventana— y das la vuelta a la torre caminando por el saliente hasta entrar por ahí. —Señaló otra ventana en el lado opuesto.

—Rain, ni se te ocurra. Nos vamos —declaró Aiden.

Ella negó con fuerza. Había algo salvaje en su expresión.

Pasó hacia la ventana chocando con el brazo de Blake, al que empujó con rabia. Ni siquiera lo miró a los ojos. Abrió la ventana y se asomó. El saliente apenas tendría unos pocos centímetros de ancho. Se quitó los zapatos y se encaramó al marco.

—Oye, esto no me gusta. ¿Y si se cae? —dijo alguien.

—Venga ya, en las fiestas del Hidden College lo hacíamos todo el tiempo —contestó otra persona.

—Sí, pero la altura era de un piso. Si se cae desde aquí se matará.

Rain los miró con desprecio y salió. El aire soplaba más fuerte ahí arriba y la hizo estremecerse de frío. El corazón le latía a toda velocidad. Pegó la espalda a la pared y estiró los brazos para agarrarse. Cerró los ojos un momento mientras se concentraba. Se obligó a sí misma a no mirar abajo y entonces comenzó a caminar.

La gente corrió a asomarse a las ventanas.

Aiden temblaba de rabia. Tenía lágrimas en los ojos que no dejaba escapar.

Kane se acercó hasta Blake y lo empujó enfadado.

—¿Qué cojones haces, Ash?

—Es culpa tuya por haberla invitado.

—¿Y si se cae?

El rostro de Blake parecía una máscara impasible, pero Kane notó como uno de los músculos bajo su piel daba un pequeño tirón y se tensaba. Él siempre sabía encontrar los detalles que revelaban los verdaderos sentimientos de su mejor amigo.

Blake no respondió. Se mantuvo relajado, indiferente, apenas un destello de letalidad bailando en sus ojos. Verla allí lo había molestado, era algo inexplicable, la forma en la que cada cosa que Rain hacía le ponía los nervios de punta. Era la última persona a la que deseaba ver después de la recepción.

Normalmente controlaba muy bien sus emociones, pero ella le hacía perder ese control. Y no había podido frenar sus ganas de provocarla.

«Mejor que la indiferencia es el odio», susurró una parte oscura de sí mismo.

Kane apartó la vista de su mejor amigo y la fijó en Aiden, quiso ir a consolarlo, pero él se alejó rabioso.

—Sabía que involucrarnos con gente del Crepúsculo era mala idea. Es culpa mía.

Kane cerró los ojos, herido. Y se marchó de la torre.

Fuera, Rain estuvo a punto de perder el equilibrio y el corazón se le bajó al estómago. Apenas había recorrido unos cuantos metros.

Y entonces Kane apareció abajo.

—Rain, no te preocupes, no voy a dejar que te pase nada.

Ella lo oyó más que lo vio. Al igual que podía sentir las miradas de los demás observándola desde las ventanas.

Al dar otro paso vio que una de las piedras del saliente estaba rota y había un pequeño hueco. La ansiedad se le disparó.

—Tírame una piedra —le pidió a Kane.

Él le lanzó una con fuerza y ella despegó la mano derecha de la pared para proyectar un hechizo levitante. La colocó tapando el hueco y siguió su camino.

Ya podía ver la ventana por la que tenía que entrar.

Dio otro paso y la punta del pie derecho le resbaló cuando una de las rocas se desprendió. Oyó los jadeos sobrecogidos de algunos

alumnos que la observaban asomados, cuando su cuerpo se sacudió perdiendo el equilibrio. Cayó, pero le dio tiempo a agarrarse al saliente con los dos brazos.

Ni siquiera se permitió pensar o analizar la situación. Usó todas sus fuerzas para impulsarse con los pies y los brazos para subir, pero ahora estaba de espaldas a la caída.

Los últimos metros fueron una tortura. El miedo presionaba por ganarle la batalla a la adrenalina y la rabia que la habían impulsado al principio.

Finalmente, sus dedos tocaron el marco de la ventana. Y allí estaba la mano de Aiden que había empujado a los que se agolpaban. Agarró a Rain con todas sus fuerzas. Y ella notó que temblaba.

Rain saltó de vuelta a la torre y aunque sus rodillas amenazaron con ceder, se obligó a mantenerse erguida mientras todos la miraban.

El silencio se extendió por la sala común. Payton la miraba enfurecido, como si de alguna forma lo hubiese humillado, y ella disfrutó de la sensación. Ya nadie se reía de ella, ni la observaba con superioridad.

Por último, Rain dirigió la vista hacia Blake.

—¿Contento?

La frialdad del tono de Rain fue como un latigazo.

Kane entró de nuevo en la torre.

—Vámonos, Rain —le pidió Aiden.

—¿Por qué? Me he ganado el derecho a estar aquí. ¿No es así?

—Por la chica Amanecer, que está loca —gritó alguien levantando una botella.

El rostro de Blake se contrajo al oírlo y la música volvió a sonar a todo volumen.

—Toma, seguro que lo necesitas —dijo Olivia Nikt, entregándole una copa—. Te he visto desde mi habitación —le explicó con una mezcla de admiración y preocupación.

Rain aceptó la copa y se la bebió de un trago, aunque las manos le temblaban con tanta fuerza que se le derramó la mitad del contenido.

Un chico de segundo se acercó y chocó su copa con la de ella.

—Joder, y cuando te he visto pensaba que serías una mosquita muerta. Bravo por eso —susurró, dedicándole una mirada lánguida.

Rain se sentó en un sillón apartado mientras Aiden y Kane discutían. Necesitaba un momento para recuperarse.

—¿Por qué has tenido que venir? —siseó Blake, cabreado, colocándose frente a ella.

Rain lo miró durante unos segundos. Se puso de pie y pasó por su lado ignorándolo. Él la agarró del codo y la movió hasta una esquina.

—No pintas nada aquí, Lee.

—Por eso me has propuesto ese reto, ¿no?

—No te quiero en mi mundo —gruñó él en voz baja.

—Quizá habrías preferido que me cayese y que acabase muerta. Así te habrías librado de mí. ¿Era ese tu plan? —preguntó Rain temblando de rabia.

En los ojos de Blake hubo un destello, una mezcla de sorpresa e ira, y entonces se tornaron de un tono más oscuro.

—¿Eso crees? —escupió—. No tienes ni idea.

—Vas a tener que encargarte tú mismo si me quieres muerta.

Blake la empujó contra la pared, no soportaba la mirada desafiante de sus ojos. No soportaba lo vacíos que estaban. Que lo mirase como si él no fuese nada.

Recordó la expresión de sus ojos en el gran salón mientras bailaba con Jeong y le hirvió la sangre.

Rain vio cómo su nuez se movía tensa a la vez que sus dientes se apretaban. Apenas había espacio entre ambos. En otras circunstancias, su semblante la habría aterrorizado, aquella rabia fría y salvaje, como una tormenta de nieve y hielo.

Los ojos de Blake bajaron hasta la boca de Rain, que tenía ligeramente abierta. El aliento escapaba veloz entre sus labios.

Rain sintió como si la tocara, el feroz peso de su mirada sobre su boca, su cuello, el escote de su camisa empapada. La piel le ardió allí donde sus ojos se posaron.

Aiden apareció de nuevo.

—Rain, vámonos —pidió.

Ella empujó a Blake en el pecho, apartándolo. Sus dedos rozaron la piel que quedaba al descubierto bajo sus clavículas y a él se le cortó el aliento.

Rain se marchó sin dedicarle ni una sola mirada. Solo cuando salió de la torre del Crepúsculo se permitió soltar el aire que estaba conteniendo. Sacudió la mano con la que lo había tocado deseando deshacerse de la sensación eléctrica que le recorría las yemas de los dedos.



«Vive o muere, pero no envenenes todo».

ANNE SEXTON





CAPÍTULO 28



El domingo Rain no fue a la biblioteca. Había tenido pesadillas esa noche en las que se precipitaba al vacío. El miedo y el pánico habían llegado en la oscuridad de su cama y solo la compañía de Tinieblas había conseguido calmarla. Una vez que la adrenalina había desaparecido se había torturado pensando en cómo había podido acceder a semejante locura.

Sin embargo, una parte de ella se sentía orgullosa de haberles callado la boca a esos imbéciles. En especial a Blake.

Aiden fue a su habitación después de comer y se tiró en su cama.

—Estoy enfermo —tosió poco creíble cuando ella le dirigió una mirada extrañada a su jersey de cuello alto.

—Oye, anoche... —empezó Rain.

—No quiero hablar de ello. Estoy muy enfadado contigo por ser tan estúpida. ¿Se puede saber qué te pasó? Tú no eres así, eres una persona sensata.

Rain torció el gesto. ¿Lo era? Ya no estaba tan segura.

—También estoy enfadado con Kane por llevarnos a ese sitio y ponerte en peligro, y con Blake porque es un jodido psicópata. Y,

sobre todo, conmigo por pedirte que vinieras —reconoció con tristeza.

Rain se sentó a su lado y lo abrazó fuerte.

—No te enfades con Kane. Él quiso pararlo y bajó por si me caía. Fue mi decisión, al fin y al cabo...

Aiden, de forma excepcional, permitió que Rain lo abrazase. No había parado de ver a su mejor amiga precipitándose y muriendo, y el miedo que había sentido no había estado diluido como cuando imaginas algo incierto que ha de suceder con el tiempo. No, había sido real y tangible, y se había dado cuenta de que esa emoción era estar asustado de verdad y de que nada de lo que había sentido antes se le parecía.

—Si te hubiese pasado algo, que sepas que habría ido hasta lo que haya después de la muerte, solo para traerte de vuelta y haberte vuelto a matar por dejarme solo.

Rain le dio un beso en el pelo.

—Yo también iría al infierno por ti. ¿Qué sentido tendría mi existencia sin ti a mi lado? —bromeó.

—Me alegro de que seas consciente de ello, Rain Elisabeth Lee.

Se quedaron un rato en un silencio apacible, mientras miraban al techo con los brazos entrelazados por los codos.

Aiden se llevó la otra mano al cuello.

—No puedo creer que me haya dejado seducir por un bruto del Crepúsculo —murmuró.

A Rain le dio la risa.

—Hablas como mi abuelo. ¿Pasó algo entre vosotros? —le preguntó en tono cómplice, mientras se incorporaba de lado.

Aiden se ruborizó tanto que, durante un momento, Rain dudó si estaría diciendo la verdad y tenía fiebre.

—Aiden Benjamin Clark —dijo ella llamándole también por su nombre completo—. ¿Me estás escondiendo algo?

Él solo le aguantó la mirada durante dos segundos y luego se escondió bajo una manta. Tinieblas saltó encima de él y lo aplastó con sus patas como si quisiera obligarlo a confesar.

El corazón del chico latía a toda velocidad mientras los acontecimientos de la noche anterior se reproducían en oleadas por todo su cuerpo. La forma en la que Kane lo había sostenido mientras bailaban había hecho que sus rodillas se sintiesen como gelatina. Era tan descarado y directo que siempre lo dejaba sin palabras.

—Gracias por venir —le había dicho Kane.

—Bueno, porque si no... no me dejarás en paz —había murmurado él en un galimatías de frases inconexas y palabras masticadas apenas comprensibles.

Y entonces Kane se había inclinado sobre él, algo hastiado por su actitud enfurruñada y distante, haciendo que la espalda de Aiden chocase contra la pared de piedra junto a una columna.

—¿Qué... qué haces? ¿Cuál es tu problema? —le había dicho Aiden apenas sin aliento.

—¿Quieres saberlo? Que tengo que matarme por un poco de tu atención y... y estoy terriblemente celoso de ese amigo tuyo.

—¿De Jun? —había preguntado Aiden con la voz débil.

—¿No sientes nada por él?

Oh, Aiden no había soportado la tristeza y la ansiedad en sus ojos, ni el tono ligeramente dolido. Y a pesar de que el cuerpo entero le temblaba a causa de una extraña y poderosa sensación de anticipación y nerviosismo, había asegurado con rotundidad:

—Nunca.

La sonrisa de Kane le había dejado las piernas flojas, tanto que agradeció la pared a su espalda. Y entonces la boca de Kane había

presionado la suya con ternura y desesperación y una voracidad que había pulverizado cada célula racional de su cuerpo.

Aiden le había devuelto el beso con las mismas ganas.

Y ahora tenía el recuerdo constante de sus labios y su lengua, de su boca en el cuello.

Gimió frustrado bajo las mantas. Todavía podía sentirlo por todo el cuerpo. Pero el momento se había fastidiado por culpa de Payton y Blake.

Tinieblas le dio un zarpazo sacándolo de sus recuerdos.

—Kane y yo nos besamos.

El silencio reinó en la habitación y Aiden asomó la cabeza para encontrarse con la expresión sorprendida e ilusionada de Rain. Él volvió a esconderse, con la piel del color de las granadas en otoño.

—Déjame en paz o cocino a tu gata psicópata y me la como —la amenazó.

Tinieblas se sentó sobre su estómago y Aiden sacó una mano para acariciarla.

—Sabía que te gustaba.

—Mmm, bueno. Solo fue... No puede gustarme, es del Crepúsculo y ya viste lo que pasó ayer.

—No creo que Kane sea mala persona, Aiden. Y tú tampoco lo crees.

Él bajó la manta dejando su cara al descubierto.

—Debería estar completamente prohibido besar a alguien así —se quejó indignado—. Y ser tan directo que... que dejas al otro indefenso. No es justo. No es justo que ahora solo piense en su bo... —gruñó frustrado.

Rain se aguantó la risa. Era la primera vez que veía a Aiden tan pillado por alguien.

—Hmm —dijo él girando la cabeza enfadado—. ¿A cuántos chicos habrá besado para hacerlo tan bien? —meditó.

—¿Eso que oigo son celos?

Él se levantó como un resorte y Tinieblas le gruñó molesta.

—¿Yo? ¿Qué? Deja de leer tantos libros, porque tu imaginación...

Y con eso se marchó a su habitación cerrando con un portazo.



El lunes Payton apareció en el comedor con un ojo morado.

—¿Lo has visto? —murmuró una chica de segundo.

—He oído que los del Crepúsculo tuvieron una fiesta salvaje el sábado para celebrar su victoria.

Todos los ojos de las mesas alrededor de Rain y Aiden, ocupadas por estudiantes del Amanecer, se dirigieron hacia Dereck Keller.

—Keller no paraba de presumir y fue el que menos puntos hizo de nuestro equipo —comentó otra chica de segundo con una risa.

Este se puso rojo de furia y se mantuvo en silencio.

Más tarde, cuando salían del comedor hacia la clase de Historia, Aiden se esforzaba por ocultarse de Kane.

—No puedes evitarlo para siempre.

—Esa será tu opinión.

Rain lo miró hastiada.

—Aiden, no seas absurdo.

—Es que no sé cómo actuar con él, ¿vale? Después de que nos... de que me... —carraspeó—. Bueno, ya sabes. Lo más sensato es que paremos aquí porque no puede ser.

—Pero te gusta. ¿Por qué no puede ser?

—Ya sabes por qué. Mi padre me mataría. No es buena idea y no saldrá bien, ya lo viste en la fiesta.

—Aiden, me parece que eso son excusas...

—¿No te han dicho nunca eso de que calladita estás más guapa?

Rain torció el gesto cabreada. Pues sí, como unos cientos de veces.

—Estás siendo injusto y un cobarde.

Aiden agachó la cabeza.

—Es que de eso va la vida. Nunca nada es justo —murmuró para sí mismo.

Un par de metros delante de ellos caminaba Dereck Keller con su amigo Vasilyev y algo en su tono hizo que Rain prestase atención a lo que decía. Quizá el odio tan auténtico que emanaba de sus palabras.

—Debería estar muerto como el resto de su familia.

—No entiendo por qué lo han dejado entrar en la Academia. Debería tenerlo prohibido —dijo Vasilyev en respuesta.

—Ojalá alguien colgase a Ash Blake como hicieron con su padre.

Rain contuvo el aliento, sorprendida por lo que había oído. Primero porque siempre se había considerado la muerte de Ambrose Blake un suicidio, no un asesinato, y segundo porque aquello era demasiado sucio.

—¡Eh! —lo llamó—. Te has pasado, eso que has dicho es repulsivo.

Keller la miró curvando la boca con desprecio. Chasqueó la lengua con asco.

—¿Y? —contestó.

—No deberías hablar así de la muerte de una persona.

—Cierra la boca. —Soltó una carcajada llena de desdén—. ¿Quién eres tú? ¿Te suena de algo, Vasilyev? —Su amigo se rio igualmente —. Ah no, que no eres nadie. *Parvenus*.

La palabra cayó en la tranquilidad del pasillo como una bomba silenciosa cuyas ondas expansivas sacudieron a todos los que estaban allí. Algunos agacharon la cabeza y siguieron su camino y otros se cubrieron las bocas con las manos como si estuviesen observando un espectáculo morboso y prohibido.

Hasta Vasilyev abrió los ojos, sorprendido. Aiden enrojeció furioso y Rain se sacudió mareada, aturdida. Se sintió sucia, incómoda en su propia piel y odió que Dereck Keller tuviese el poder de hacerla pensar así sobre sí misma; como si fuese inferior, peor, como si tuviese menos derecho a formar parte de aquel mundo que él.

Era por eso que siempre se esforzaba más, era por eso que necesitaba la validación de los hechos; para poder demostrarse a sí misma que sí que se merecía estar ahí. Pero, sobre todo, para demostrárselo a los demás. Como si siendo la mejor, como si teniendo las mejores notas pudiese obtener su respeto.

¿De qué le servían todas sus calificaciones en ese momento? Podía decirle a Keller que estaba segura de haber quedado por encima de él en el examen de admisión que no serviría de nada.

Pensó en las palabras de Blake: «Y es por eso que los nuevos, como tú, no suelen llegar lejos. Eres una chica buena, Lee, y eso en las órdenes no existe». Demasiado inocente le había llamado. Y quizá sí que lo era. Inocente por creer en un sistema que se empeñaba en demostrarle que no era del todo bienvenida.

Maya también se lo había dicho. Pero ella estaba demasiado ilusionada y agradecida por estar allí, tanto que había decidido no prestar atención a las advertencias. Porque lo peor no era el insulto, el desprecio de Keller, cuya opinión no le importaba demasiado; lo peor eran las reacciones de sus compañeros, que nadie dijese nada, que algunos hasta sonriesen.

Rain se sintió muy sola. ¿Sería así siempre? En el colegio, en el instituto, en la Academia... ¿También en la orden? ¿En su vida adulta? Nunca sería lo suficientemente aceptada, nunca se sentiría parte del todo.

Cogió aire tensando los hombros.

—Eres un mal perdedor, Dereck Keller —contestó ella—. Y una persona patética y triste. Un mediocre que solo está aquí por quién es su padre en vez de por su propio valor. Al menos yo tengo claro que me he ganado mi lugar.

Las palabras golpearon el ego frágil del chico con el efecto deseado y la sonrisa de superioridad desapareció de su rostro.

Dereck la cogió del jersey, su cuerpo temblaba presa de la ira.

—¿Qué has dicho, zorra?

—¡Eh! Suéltala. ¿Se te ha ido la cabeza? —gritó Aiden, agarrando a Keller.

—Estate quieto, Clark. El único motivo por el que no te parto la cara es por tu padre —lo amenazó Dereck, empujándolo con la mano libre.

La espalda de Aiden chocó contra la pared, y él hizo una mueca de dolor.

Los estudiantes los sobrepasaron sin hacer nada.

Rain perdió los nervios cegada por la rabia. Echó el brazo hacia atrás y le golpeó en la mandíbula con todas sus fuerzas. Los nudillos le crujieron y se sintió como si acabasen de aplastárselos.

Dereck Keller la soltó gruñendo de dolor.

Y ella sacudió la mano mientras estiraba los dedos.

De la garganta de Dereck brotó un sonido de pura furia y se abalanzó sobre ella de forma salvaje.

—Zorra *parvenus*.

Blake pasó como una exhalación por su lado y cogió a Keller del cuello con todas sus fuerzas.

—Cállate —siseó ahogándolo.

Rain lo observó aturdida.

Dereck trató de defenderse golpeándolo en la cara, y Blake le dio un puñetazo en la nariz, que se quebró con un sonoro y escalofriante crac.



Castigados. Rain observó su parte de castigo con horror; era la primera vez en su vida que recibía uno. Tanto Keller como ella y Blake habían sido castigados en distinto grado. Al salir del despacho de Kêt se había cruzado con la mirada sombría de Blake. Tenía el pómulo sonrosado donde Dereck le había golpeado, aunque el aspecto del segundo, con la nariz hinchada y ensangrentada, era mucho peor.

Los tres iban a tener que ayudar al jardinero a cuidar y limpiar todos los alrededores del castillo. Ella solo durante un día. Ellos durante toda la semana.

Rain no había cruzado ni una palabra con Blake mientras esperaban en la puerta del despacho de Kêt, pero había sentido sus ojos perforándola.

Keller entró después de ella y Blake se apresuró a agarrarla del brazo mientras Rain se dirigía a las escaleras.

—¿Por qué te has metido? —murmuró furioso.

Aiden ya había relatado toda la historia en medio del pasillo cuando aparecieron los profesores.

—Porque ni siquiera alguien como tú se merece que hablen así de él. Por muy cabrón y cruel que seas a veces —dijo Rain tirando de

su brazo y evitando mirarlo—. Lo que ha dicho estaba mal, ha sido rastrero. —Todavía se le ponían los pelos de punta al recordar lo que había insinuado sobre el padre de Blake y su deseo de que corrieran el mismo destino.

No pudo ver la mueca del rostro de Blake, ni como el acero de sus ojos se transformaba en un fuego cándido.

—¿Y tú por qué me has ayudado? ¿Qué te importa lo que me pase o lo que Dereck diga sobre mí? —susurró ella con la voz tensa, cada sílaba llena de reproche y casi desprecio, su tono algo amargo.

Blake le cogió la barbilla con la mano.

—Mírame cuando me hables, Lee —le dijo, girándole la cara, enfadado—. Y sí, tienes razón, no me importa —«o no debería», pensó—, pero era una buena excusa para partirle la cara a Dereck Keller y no podía desaprovecharla.

Ella se sacudió cabreada apartándose de él.

—De ahora en adelante, no defiendas mi honor. Ni lo tengo ni me importa —continuó Blake mientras dejaba caer la mano despacio.

Rain se marchó sin decirle nada más y él se guardó la mano en el bolsillo cerrándola en un puño apretado.

Esperó pacientemente a que Dereck saliese del despacho. Antes de pasar él mismo, se acercó, cerniéndose sobre él como una sombra.

—Si te vuelves a acercar a ella, te mato, Keller, y créeme que lo estoy deseando —susurró despacio, su voz inalterable, su mirada desprovista de humanidad, impersonal—. Y ni la posición de tu padre, ni todos tus contactos podrán impedírmelo.

Esa misma tarde, mientras esperaban junto al cobertizo de las herramientas la tensión entre los tres se podía cortar con un cuchillo. El ambiente era casi irrespirable.

El señor Willys, el jardinero, mandó a cada uno una tarea; a Rain le tocó rastrillar hojas. Como les habían prohibido usar la magia para que el castigo fuese más eficaz, tuvo que luchar contra el terreno y le salieron ampollas en las manos de sujetar el mango de madera. Los músculos de los brazos le pinchaban después de una hora. Aun así, aquello le dio la oportunidad de descargar su frustración contra la tierra.

A lo lejos vio a Blake podando ramas y apilándolas, cómo no, con la ayuda de hechizos. Durante un segundo pensó en chivarse. Era un maldito tramposo. Pero su rabia se desvaneció al instante en un hastío cansado. Qué le importaba a ella.

Lo mejor era no tener que ver nada más con Ash Blake. Había habido un momento en Hidden, mientras visitaban la galería y luego cuando la ayudó con el examen de Defensa en el que había pensado que quizá él no era tan malo como había creído, en que había sentido que casi conectaban. Bufó. Sí que era tonta, había caído de lleno en su *celada*; Blake le había tendido una trampa sutil, como en el ajedrez, y ella había caído de lleno al capturar su peón, lo que le había costado la reina. Podía imaginarse su satisfacción al ver a la «chica buena e inocente» —las palabras sonaron con la voz baja y ligeramente áspera de él— ir directa hacia su engaño.

Rain apretó los dientes. Investigaría la desaparición de Maya por su cuenta y averiguaría cómo encontrarla sin su ayuda. De todas formas, era él quien la necesitaba para abrir el lago y la puerta. Y entonces sería su turno de mover ficha.



«Vendrá la muerte y tendrá tus ojos».

CESARE PAVESE





CAPÍTULO 29



El miércoles, después del examen de Defensa, en el que definitivamente no iba a pasar de un notable, Rain fue a la biblioteca. Ahora que las pruebas ya habían acabado podía volver a concentrarse en otras cosas. Tenía un mapa de la Academia abierto delante de ella y un papel de calco encima, en el que estaba dibujando las rutas que podía haber seguido Maya, gracias a las notas que había tomado cuando desapareció. Quizá así conseguiría averiguar algo más.

Fue hasta la planta baja con el papel de calco. El gran salón tenía dos salidas al exterior, la puerta principal, que daba al vestíbulo, y una lateral, que llevaba a los pasillos de la parte trasera del castillo; y desde ese pasillo se podía ir a los baños de la planta baja —aunque también había unos en el gran salón—, subir por una escalera lateral a la primera planta o dirigirse hacia una de las puertas traseras que daban a los jardines. Pero los terrenos del castillo no tenían salida por esa zona. Había que desviarse hacia el este, por donde ella solía ir al bosque, o a la entrada principal.

Rain no tenía forma de entrar en el gran salón. Estaba cerrado con llave. Así que se dirigió a la parte trasera. Suponiendo que Maya

hubiese salido después de la medianoche para ir a los baños de la planta baja, habría hecho ese camino.

Aquella zona era más oscura, y al ser de noche solamente habría estado iluminada por los candelabros de las paredes, analizó Rain. Entró en los baños mientras le daba vueltas a esa suposición. «¿Qué podría haber visto Maya en esa zona para que alguien la atacase?», se preguntaba. Eso si lo que suponían era cierto y su desaparición estaba ligada a lo que había en los túneles. ¿Habría oído alguna conversación que no debía...?

Salió del baño y volvió por el pasillo mirando todos los detalles: las molduras del techo, los bustos colocados sobre los pedestales, los grabados de la pared. Aquel representaba la energía de los remolinos midiéndose en una balanza.

En la zona superior había varios grabados más, y mejores según su parecer. Su favorito era el de una mujer encaramada en lo más alto de una montaña, azotada por una ventisca furiosa. Algunos pensaban que podía ser la mismísima Cordelia Blean, otros que era una alegoría mitológica de la diosa Luna. El mural lo había encargado la fundadora de la Academia; la bruja Ophelia, quien se pensaba que era descendiente lejana de Cordelia y acabó adoptando el apellido Blean de vuelta. Ella era uno de los principales motivos por los que Rain había querido ir a estudiar allí, cuando había conocido su historia, la importancia de la creación de la Academia para el desarrollo del Mundo Fuera de lo Normal y sus grandes aportaciones la había tomado como un ejemplo.

Rain seguía observando el grabado cuando se oyeron pasos en el corredor. Giró la cabeza y se encontró con el rostro ceniciento de Dereck Keller, que debía de venir de cumplir su castigo. Por suerte el profesor Li no la había emparejado con él para el examen.

—Vaya, si está aquí la rata de Lee —se mofó.

Ella se puso tensa. Keller transmitía vileza. Se encaminó hacia las escaleras ignorándolo. Pero Dereck no parecía querer ponérselo fácil y se movió tapándole el paso. Todavía tenía el rostro algo hinchado y amoratado, aunque la férula de la nariz lo cubría bastante.

—¿Adónde vas?

—Apártate —le pidió exasperada.

—¿O qué? ¿Le vas a decir al psicópata de Blake que me pegue otra vez? —Giró la cabeza hacia los lados—. Anda, si no hay nadie aquí.

Rain sintió las espinas del pánico enroscándose lentamente en su columna. Su instinto le decía que tenía que irse.

Dereck fue más rápido que ella y volvió a impedirle el paso adivinando su trayectoria. A Rain se le disparó el pulso.

—¿Qué quieres?

—Vaya, ya no pareces tan subidita. —Se inclinó hacia ella y con toda la intención susurró—: *Parvernus*.

Rain dio un paso atrás. Sentía un nudo de asco y náuseas en el estómago. Si daba la vuelta podía llegar a la siguiente escalera, pero tendría que ser más rápida que él y no lo era. Podía usar un hechizo para ralentizarlo, pero iba contra las normas.

Ya la habían castigado una vez y no solo eso, el padre de Keller era el comisionado del Consejo de Sabias. No quería tener problemas con él. Atacarle con magia le podía costar la expulsión o la apertura de un expediente disciplinario. Su cerebro funcionaba a toda velocidad.

—Por tu culpa me han castigado una semana y ese imbécil me rompió la nariz.

—En realidad, nada de eso es culpa mía.

Dereck la empujó con una mano.

—Joder, no te cansas nunca. Puñetera sabelotodo. Voy a darte una lección porque creo que ya es hora. Y ni se te ocurra irle con el cuento a nadie. Tú no eres nada, y mi padre puede conseguir que no te gradúes y, que como mucho, acabes haciendo truquitos de magia en salones de tarot. Deberías aprender que en este mundo hay una jerarquía y los que están abajo tienen que respetar a los de arriba, si no quieren acabar aplastados. ¿Lo entiendes jodida *parvenus*? —Y muy muy despacio, dejando que cada palabra cayese con peso dijo—: No-eres-nadie y nunca tendrás lo que nosotros.

Rain tragó saliva mientras se estremecía. El pánico hacía que le picase la piel y que sintiese aguijonazos en cada poro. Y detrás de eso había algo más; una rabia espesa y viscosa que le clavaba las uñas.

—Eso va contra la ley —explicó.

Y entonces Dereck soltó una risa desagradable. La agarró del cuello cerrando su mano con fuerza, dejándola sin aire. Los ojos de Rain se abrieron sorprendidos y asustados, y de su boca salió un sonido angustiado.

—Nosotros somos la ley, perdedora.

La sonrisa de Keller se extendió complacida y llena de malicia y apretó más fuerte mientras ella boqueaba y se retorcía.

—Si te mato aquí y ahora, ¿crees que me pasará algo? Mi abuelo fue miembro del Consejo, mi padre es el comisionado. ¿Y tú? ¿Quiénes son tus padres? —Soltó una carcajada—. No son nadie. —Apretó más fuerte la garganta de Rain—. Te crees muy importante porque se te da bien hacer truquitos, pero ese no es el verdadero poder. Estúpida *parvenus* de mierda.

Rain estiró la pierna y acertó a darle en la espinilla. Subió los brazos y le clavó los codos con fuerza, hasta que él aflojó lo suficiente para poder apartarse. Tosió angustiada y el aire le quemó

al pasarle por la garganta. Se dobló sobre sí misma mientras luchaba por respirar.

En su estado de pánico se dio cuenta de que fuera todo estaba oscuro, su cerebro parecía ir más rápido que nunca, como si se hubiese despertado algo salvaje en su interior. El instinto de supervivencia. Y tuvo una idea que antes se le había escapado. Abrió la mano derecha y manifestó un hechizo de viento con suma potencia que apagó todas las lámparas cercanas del pasillo y entonces corrió hacia el vestíbulo.

Las luces se fueron apagando a su espalda sumiendo a Keller en las sombras mientras la perseguía. Podía sentir sus manos rozándole la espalda mientras tanteaba en la oscuridad, buscando la forma de agarrarla.

Rain, que miraba hacia atrás concentrada en esquivar a Keller, chocó con alguien que la agarró de los brazos. Se revolvió asustada. Veía el mundo en tonos de escarlata y le costaba hacer entrar aire en los pulmones.

—Lee —la sacudió—. Lee, ¿qué te pasa?

Rain tardó un par de segundos en ser consciente de que quién la sostenía era Blake, que igualmente debía haber vuelto del castigo, aunque por la entrada principal.

Los ojos de él bajaron hasta su cuello y se abrieron horrorizados y furiosos.

—¿Qué te ha pasado?

Ella no dejaba de mirar hacia atrás. Al oscuro pasillo. Se imaginó a Dereck sumido en las sombras, sin atreverse a salir ahora que Blake estaba allí, acechándola como la muerte. Durante un segundo de debilidad se permitió hundirse en los brazos de Blake, como si fuesen un lugar seguro.

En su estado de pánico no notó cómo a él se le cortaba ligeramente la respiración.

Rain recordaría siempre aquella sensación de impotencia y la rabia que le produjo. Las palabras de Dereck como una quemadura cuya cicatriz dolería para siempre, de esas que no se olvidan.

—Quiero su nombre —demandó Blake, su voz era dura como el granito y tenía un cariz oscuro y ronco.

Rain no había olvidado la amenaza de Dereck Keller con respecto al poder de su padre. Y la vergüenza que había sentido mezclada con la impotencia al darse cuenta de que era verdad. Sintió ganas de llorar, de vomitar. Su mundo se lo permitiría, dejarían que él se saliese con la suya. Su madre no tenía poder, era una común y estaba sola.

Se apartó de Blake, que parecía reacio a soltarla.

—No es nada —dijo con un hilo de voz dirigiéndose a las escaleras principales, hablar le resultaba doloroso.

Él la frenó agarrándola de la muñeca con suavidad. Le cogió la barbilla con una mano y le miró el cuello con cuidado.

—Esto no me parece que sea nada. —La rabia bullía en el gris de sus ojos.

Rain movió la cabeza en un gesto violento.

—¿Y a ti qué te importa? —respondió derrotada. Solo quería esconderse y derrumbarse en paz.

Blake parpadeó sorprendido por la amargura de su voz. Ella de verdad parecía creer que a él no le importaba. Dejó escapar una risa ahogada, mostrándose ofendido y hastiado.

—Tú quisiste humillarme el sábado haciéndome superar esa estúpida prueba. No pareció importante mi seguridad entonces.

Los músculos de la mandíbula de Blake se movieron tensos y sus ojos la pulverizaron.

—Porque no dudé ni por un segundo que lo conseguirías, Lee.

Ella lo sopesó, su tono parecía sincero, pero tenía claro que Ash Blake era muy buen mentiroso.

—Lee —dijo en un tono bajo entre la súplica y la advertencia. Hizo una respiración superficial—. Su nombre —ordenó muy despacio—. Dímelo —le pidió con más suavidad.

La adrenalina del miedo fue remitiendo y Rain sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Aun así, en su rostro no había pena, solo odio.

—No —contestó.

Blake levantó la barbilla ligeramente, como si ella lo hubiese empujado.

—Lo averiguaré de todas formas —dijo en un tono amenazante cargado de frustración.

El marrón de los ojos de Rain se quebró, vidrioso.

—Pensé que te alegraría que otro hiciese el trabajo por ti —escupió ella, sintiéndose miserable.

Él cogió aire y el pecho se le hinchó. Rain ya se había girado para marcharse y no vio como la expresión dolida del rostro de Blake se transformaba en algo calculador y frío.



«Soy tuya incluso en mi propia destrucción».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 30



El viernes era 31 de octubre y se celebraba Samhain, o lo que los comunes llamaban Halloween. Para ellos era una fiesta sagrada, el día en el que la línea entre el mundo de los vivos y los muertos se volvía más delgada y que marcaba el inicio del invierno.

La tradición de Samhain era contradictoria. Algunos decían que provenía de las hadas, que era el día en el que realizaban rituales y ofrendas a los remolinos y estos les devolvían poder. Otros que eran las propias almas de los muertos las que bajaban para darles su energía.

Nunca se había sentido diferente después de ningún Samhain; ahora era más que nada una fiesta conmemorativa cargada de simbología. Casi algo religioso para los suyos. Aunque sabía de muchos brujos y brujas que hacían rituales durante esa noche porque pensaban que eran más efectivos. Y casualmente esa noche tenían luna llena, un gran potenciador natural de la energía.

Las celebraciones eran en el exterior, a la puesta de sol, se encenderían fuegos sagrados y se harían ofrendas para honrar a los ancestros. Todo el mundo se disfrazaba con máscaras, según la

tradición, para confundir a los espíritus que caminarían entre los vivos.

Rain llevaba un antifaz inspirado en un cuervo, le enmarcaba los ojos rasgándolos y le daba una mirada afilada. Estaba hecho de metal pintado de negro y trazaba un intrincado patrón de florituras. Iba desde la nariz hasta el pómulo y se alargaba ligeramente en las sienes. Apenas un par de tonos más oscuro que su color de pelo, que se había recogido, dejando que solo el flequillo cayese sobre el antifaz. Y el tono iba a juego con su vestido.

La parte superior encorsetada daba paso a una falda voluminosa. La tela negra caía hasta más o menos sus rodillas dejando ver el interior blanco de los volantes que daban volumen a la falda, formando un contraste entre lo rígido, sobrio y simple del cuerpo superior con lo más desenfadado de las enaguas de tul. Se había colocado una gargantilla para disimular las marcas del cuello que había intentado tapar con maquillaje.

El camino estaba lleno de luces y calabazas talladas a modo de farolillos, y la música flotaba en el ambiente.

La hoguera se hacía en el patio principal del castillo. El viento frío de finales de octubre silbaba entre los árboles desnudos y los arcos del pórtico, y las hojas secas crujían bajo sus pies; la mezcla de sonidos daba la sensación de que el tiempo estuviese suspendido, como si de verdad hubiese una unión entre lo que muere y lo que renace.

—Me da mal rollo —susurró Aiden, acercándose más a ella. Llevaba una camisa con un plisado frontal y una máscara sencilla y opaca de un color escarlata muy oscuro.

En mitad del patio había una hoguera enorme, cuyo fuego ascendía al menos cinco metros de altura. La profesora Kazemi

dirigía los instrumentos flotantes que tocaban junto a los miembros del club de música.

En el patio había antiguas columnas y partes en ruinas de viejas estructuras del castillo cubiertas de musgo que se habían derrumbado con los años, y aun así se conservaban como elementos históricos y decorativos.

Aiden y Rain pasaron por una pila de piedra llena de agua en la que se reflejaba la luna. Se mojaron las manos, olía fuerte a flores e inciensos, y se humedecieron la garganta mientras pronunciaban una plegaria en lengua antigua.

—*Faelti Samhain urma dortadh*.

Venía a significar algo así como «bienvenido el porvenir».

Se acercaron a la gran hoguera y se arrodillaron, cogieron una aguja de hierro que calentaron en las llamas y se pincharon el dedo corazón dejando que una gota de sangre cayese sobre la hoguera como ofrenda. Aunque era más bien algo simbólico, Rain se lo tomaba muy en serio.

Tras la hoguera estaba el altar, decorado con manzanas, nueces, granadas, ramas de tejo y acebo, junto a velas negras y naranjas.

El patio no tardó en llenarse de gente cuyas siluetas proyectaba la luz de la hoguera; creando la sensación de que había espectros caminando de verdad entre ellos. Aiden se sirvió ponche de frutas, y Rain, sidra caliente. Era una noche fría, la niebla caía por la ladera del castillo precipitándose sobre el pueblo, tan espesa que a veces incluso ocultaba la luna.

Aiden se tensó a su lado y Rain siguió la trayectoria de sus ojos. Kane estaba junto al fuego hablando con un chico al que no reconoció con la máscara. La mano de Kane descansaba sobre su hombro de forma amistosa, pero por la reacción de Aiden bien podría estar besándole.

—Oye —comenzó Rain, pero él le quitó la copa de sidra de la mano y se la bebió de un trago haciendo una mueca de asco.

—Mañana no quiero recordar esta noche cuando me despierte —dijo mientras se servía más.

—Nunca bebes, así que ve con cuidado.

Los ojos de Aiden se desviaban de cuando en cuando hacia Kane, que iba vestido de negro en contraste con su máscara de tipo arlequín.

—Aiden... Ve a hablar con él.

—No, me prometí que lo olvidaría. Así es como debe ser.

Sus hombros se elevaron y se marchó decidido. Rain lo siguió preocupada hasta que se encontró frente a Jun. Su antifaz mezclaba negro y un naranja tan oscuro que era casi cobrizo, le daba un aspecto duro a su rostro, pero muy atractivo. A Rain le pareció una combinación curiosa, aquellos no eran sus colores favoritos.

—Jun, baila conmigo —le pidió Aiden, borracho.

Los ojos de Jun fueron desde su amigo hasta Rain. La estudió en detalle, si no fuese su mejor amigo, casi habría pensado que era descarado. Juraría que vio una chispa de anhelo en sus ojos, pero él se apresuró a apartar la mirada.

Los hombros de Jun se tensaron y vio cómo la línea de su mentón se apretaba.

Entonces, Manon salió del grupo en el que estaba y se acercó a ellos. Llevaba un vestido en tonalidades de naranja que realzaba su figura voluptuosa y el rubio de su pelo, y una máscara en el mismo tono.

Rain se dio cuenta de que ella y Jun iban a juego.

—¡Qué guapa estás, Rain! —dijo Manon con esa voz dulce y simpática que la caracterizaba.

—Vosotros también —reconoció Rain a media voz.

Sintió un profundo vacío en su pecho. Se obligó a sonreír y se marchó. Se sentía incómoda, incapaz de reconocer qué era aquella emoción.

El sonido lastimero y ligeramente chillón de los violines rasgó el aire en un *staccato*.

—Rainy —la llamó Jun mientras se acercaba a ella—. Manon y yo... no...

—Está bien, Jun. No pasa nada si estás saliendo con ella. —Su tono de voz sonó cansado, casi indiferente sin pretenderlo, y él hizo una mueca.

—Esta noche estás pre...

Alguien la rodeó de la cintura y tiró levemente de ella haciendo que Jun la soltase y no acabase su frase.

—Te estaba buscando, chica Amanecer —le susurró Blake al oído lo bastante alto como para que Jun lo oyese.

Los ojos de su amigo se abrieron cargados de sorpresa, incluso con el antifaz puesto pudo adivinar todas las emociones que pasaron por su cara: incredulidad, horror, cabreo, indignación.

Rain giró la cabeza para mirar a Blake. Llevaba un esmoquin y una máscara sencilla y estrecha de metal plateado a juego con el color de sus ojos, que bajaron hasta el cuello de ella buscando las marcas.

Rain tardó unos segundos en reaccionar. No habían hablado desde el miércoles y solo habían cruzado alguna que otra mirada fría.

—Qué... —comenzó.

—¿Pasa algo entre vosotros? —preguntó Jun, entre sorprendido y dolido.

El cuerpo de ella se movió hacia su amigo por instinto y Blake apretó su agarre sosteniéndola.

—Ven conmigo —le dijo al oído, esta vez para que solo lo oyese ella.

Rain no pudo evitar estremecerse y de pronto dejó de notar el aire frío del ocaso.

—Eh... —dijo algo turbada al tiempo que la piel suave de sus clavículas se teñía de un tono rosado que ascendió hasta sus pómulos.

Los ojos de Jun la miraban inquisitivos, traicionados.

—Rain...

—Es por el club de ajedrez —contestó ella con el corazón latiéndole deprisa buscando alguna excusa—. Pásalo bien, Jun. —Le dedicó una sonrisa y dejó que Blake la guiase.

Rain se volvió sobre su hombro mientras se alejaba. Jun tenía la mirada puesta en ellos y parecía dolido.

—De nada —murmuró Blake en tono altivo.

—No te he pedido que me ayudaras —respondió ella, apartándose de él.

—Pero parecías necesitarlo.

—¿Qué quieres, que te deba otro favor?

Blake se frenó, le puso una mano en el hombro desnudo y la hizo girarse para que lo mirase. Los ojos de Rain ardían de rabia.

Él soltó una risa amarga y apretó los dientes.

—No lo entiendo —murmuró para sí mismo.

—¿El qué?

Blake pareció a punto de decir algo, pero cambió de opinión en el último momento.

—Nada. No entiendo qué ves en Jeong.

Ella se cruzó de brazos y el gesto marcó la forma de sus clavículas y su escote. Blake recorrió con la mirada el dibujo de los lunares en su piel dorada.

Entonces a Rain se le ocurrió algo.

—¿Por eso has aparecido? ¿Porque querías que Jun piense que hay algo entre tú y yo? —preguntó con la voz tensa.

Blake sonrió de lado con malicia, aunque sus ojos no reflejaron diversión, sino algo más oscuro. Inclinó la cabeza ligeramente mientras hacía una pausa dramática, como si realmente estuviese considerando la pregunta de Rain.

—No, no era mi intención —contestó en un tono suave cargado de provocación y sin una pizca de arrepentimiento.

Dio un paso hacia ella, acortando la distancia entre ambos, lo suficiente para que Rain se sintiese abrumada por su presencia, mientras mantenía esa sonrisa socarrona.

—Tus esfuerzos son patéticos, porque Jun sale con Manon Dubois, así que quizá deberías cambiar tu objetivo —respondió ella, dando un paso hacia atrás—. No tienes que esforzarte tanto en ser... despreciable.

Él torció la boca. ¿Cómo podía no darse cuenta? Odiaba que fuese tan ingenua.

—Al menos yo no pretendo ocultar lo despreciable que soy. Y es mejor ser cruel que ingenuo, como tú.

Rabia de nuevo, esa era la única emoción que había conseguido obtener de ella aparte de una censura ligeramente indiferente. Y le hacía bullir la sangre.

—Es verdaderamente triste que creas eso.

Blake llevó un dedo hasta su gargantilla y la bajó suavemente. Su rostro se torció en una mueca homicida y durante un segundo desvió la mirada hacia la multitud como si estuviese buscando al culpable. Rain tuvo la sensación de que ya sabía quién era.

—Verás, chica Amanecer, yo podría partirle el cuello a la persona que te ha hecho esto. —Rain se tensó y Blake dejó caer la mano,

sus ojos bajaron hasta el pecho de ella que subía y bajaba acelerado —. No me quitaría el sueño por las noches. Y es así con la mayoría de los que están aquí. No me importa dónde quede mi moral y eso me da, nos da, una ventaja sobre ti. ¿Lo ves?

—¿Me estás diciendo que serías capaz de hacerme daño si me interpongo en tu camino?

Eso no lo distinguía de Dereck Keller, aunque no debería sorprenderla.

—Puede —afirmó él, y su frente se arrugó como si no lo creyese del todo.

Aiden estaba muy borracho, y era mucho decir para una persona que lo más fuerte que bebía era té negro. Así que se abrió paso danto tumbos torpes entre la gente y agarró a Rain del brazo apartándola de Blake, al que le dedicó una larga mirada de desprecio.

—Esta fiesta no me gusta. Vámonos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella.

Aiden se giró hacia Blake con la gracilidad de un potro recién nacido de piernas endebles.

—Esto es culpa vuestra, de ese amigo tuyo...

Blake arqueó una ceja y luego sonrió.

—Eres tú el que lleva toda la semana ignorándolo después de enrollarte con él. No sé qué ha visto en ti.

Aiden se sonrojó algo avergonzado y en su cara se reflejó un chispazo de dolor.

Rain dio un paso hacia Blake y lo empujó en el hombro con fuerza.

—Eh, no te pases. Tú no conoces sus circunstancias.

—Ni yo ni Kane, porque tu amigo no quiere hablar con él.

—Tiene gracia que lo digas tú —murmuró ella.

Aiden enlazó el brazo con el de Rain y tiró de su mejor amiga de nuevo.

—Mira, no tengo la noche para ti, ve a... arañar pizarras en la oscuridad o lo que sea que hagas en tu tiempo libre. Y dile a Kane que estoy genial, y que me alegro de que —se quedó sin aire y le tembló el pecho ligeramente— por fin me haya dejado en paz. De hecho, me voy a celebrarlo.

Rain le dio un beso a Aiden en el pelo, cuyos bucles estaban algo deshechos. Se perdieron entre la gente.

El ambiente abajo en la ciudad era salvaje, la gente bailaba alrededor de las hogueras, coreaban cantos paganos y la bebida corría a raudales.

—*Faelti Samhain!* —gritaba la multitud mientras se aproximaba y alejaba del fuego.

Pronto las máscaras comenzaron a bailar en una mezcla curiosa y el mundo se volvió algo borroso y distorsionado por culpa de la sidra especiada. Rain no quería pensar en nada, deseaba apagar la parte de su cabeza que analizaba cada palabra y cada gesto de Blake hasta hacerla estremecer.

A Rain siempre le habían gustado las zonas seguras y conocidas, jugaba con ventaja en ellas y nunca había sido ni temeraria ni estúpida. Y, sin embargo, había descubierto lo adictivo que puede ser acercarse a una hoja afilada. El modo en que el corazón se le aceleraba y la adrenalina se le disparaba.

Odiaba que su cuerpo reaccionase así. Odiaba que Ash Blake ocupase tanto espacio en sus pensamientos. Que fuese el objeto de sus pesadillas y sus deseos al mismo tiempo.

Los cuerpos se retorcían en una danza común, las risas sonaban distorsionadas, las parejas se besaban y abrazaban. Alguien le pasó

los dedos por la nuca en una caricia y vio la sonrisa hambrienta de un rostro oculto por una máscara de pétalos de rosa.

El cuerpo de Rain ardía. Su pulso latía acelerado, al ritmo de la música y del baile. Las estrellas del cielo parecían estar precipitándose sobre la enredada multitud.

Y entonces gritos de miedo rasgaron la noche y la gente comenzó a correr despavorida en todas direcciones. Se zarandeaban los unos a los otros. Tropezaban y caían, demasiado ebrios, alterados.

Rain fue sacudida por la multitud de un lado para otro mientras la arrastraban lejos de Aiden. La niebla era demasiado espesa y hacía que el mundo se viese desdibujado, como en un sueño.

—¡Una criatura! —gritaba la gente.

Rain chocó contra la pared de piedra de una de las calles que se alejaban de la avenida principal y acertó a ver una enorme figura de unos tres metros de alto. Una sombra que tapaba la luna. Su cerebro fue incapaz de procesar lo que veía.

Rain se quitó la máscara y corrió por las laberínticas calles de Hidden, que cada vez se hacían más y más estrechas; cada vez más oscuras, más frías. Las pisadas de la bestia la seguían de cerca y la niebla no la dejaba ver a más de dos metros de distancia.

La figura se abalanzó contra un hombre devorándolo en su negrura y haciéndolo desaparecer.

Rain apartó la mirada asustada. Era como si el mismísimo infierno la persiguiese para tragársela. El vestido flotaba alrededor de sus pies, deshilachado y roto, mientras corría con todas sus fuerzas. Ella sería la siguiente. Sus pasos resonaban en el empedrado y se repetían en un eco atronador. Solo acertaba a oír su aliento.

Juntó las manos delante del pecho y de las palmas brotó una luz cargada de electricidad. Giró las manos al tiempo que las cambiaba

de posición haciendo que la esfera se convirtiese en una espiral que estiró y la lanzó contra la figura.

La oscuridad se llenó de chispas y vio algo púrpura brillar. Dos abismos de lava.

El suelo tembló.

El corazón de Rain amenazaba con fallar. Aquello parecía salido de una de sus pesadillas. Se sintió indefensa. Una niña perdida en un laberinto de calles perseguida por un monstruo que acechaba en las sombras.

Giró otra esquina, la niebla era tan espesa que no veía hacia dónde iba. Entonces chocó con algo. Unos barrotes de hierro. Cuando levantó la cabeza reconoció el sitio; eran las galerías a las que Blake la había llevado.

Desesperada escaló la cancela, más deprisa de lo que lo habría hecho nunca. Ni siquiera se paró a pensar. El bajo del vestido se enredó y se quedó cogido en una de las puntas de la parte superior. Las manos le temblaban mientras intentaba zafarse.

Tiró y tiró angustiada mientras veía la masa de sombras acercarse. Dejó escapar un sollozo, nerviosa, aterrada. Usando todas sus fuerzas rasgó el vestido y bajó lo suficiente para dejarse caer y seguir corriendo hasta la zona de las esculturas.

Oyó el estruendo de la puerta cuando la figura la alcanzó. La golpeó con tanta fuerza que activó la alarma y un estruendo lo llenó todo.

Rain esperó hecha un ovillo a que los agentes del orden acudiesen. Demasiado aturdida, demasiado confusa y asustada. Había momentos en los que su conciencia le decía que soñaba.

Pudieron pasar horas hasta que alguien abrió la puerta de hierro.

Rain salió de entre las esculturas y sus ojos se encontraron con la figura familiar de Blake. Se quedó quieta, insegura de si el alcohol y

los hechizos de Samhain la estaban haciendo alucinar.

—Rain —le pareció que susurraba él.

Y entonces corrió hasta Blake y lo abrazó como si fuese una balsa en medio del océano. Y él la estrechó con la misma fuerza.

Su olor, fresco y con un toque amargo, inundó las fosas nasales de Rain. El miedo se transformó en desesperación y sus manos agarraron con fuerza su chaqueta, como si quisiese hundirse en aquella sensación de seguridad.

Blake se tambaleó a pesar de que ella no lo había empujado. La tierra bajo sus pies pareció no sostenerlo durante unos segundos, su centro gravedad cambió de órbita y la sensación fue sobrecogedora. Sintió una satisfacción inesperada, como si finalmente hubiese roto una barrera invisible.

Rain olía a tinta y a magnolias, cítrico y con un dulzor similar a la vainilla.

Blake le acarició la espalda de forma tranquilizadora. Le temblaron los dedos y cerró y abrió la mano queriendo deshacerse de aquel hormigueo electrizante que le produjo tocarla.

La tensión del cuerpo de Rain fue desapareciendo poco a poco al mismo tiempo que se fundía en los brazos de Blake. Cerró los ojos e hizo una respiración profunda y reparadora.

Blake hizo el amago de apartarse, y ella lo apretó de forma involuntaria. Se sentía como una niña pequeña decidida a no soltar un objeto preciado.

—Lo siento —dijo avergonzada mientras se echaba hacia atrás.

—Estás temblando, Lee —dijo Blake.

Se quitó la chaqueta para dársela a Rain. Tenía la pajarita deshecha, cada extremo colgando del cuello, cuyos primeros botones se había desabrochado; el pelo despeinado y la camisa arrugada bajo los tirantes negros.

No había ni rastro de su aspecto inmaculado del principio de la noche y aun así a Rain le siguió pareciendo incluso más atractivo. El pensamiento la golpeó en medio del pecho.

—¿Por qué estás aquí?

—La alarma llegó a la Academia y Kane y yo bajamos. No fuimos los únicos...

—¡Aiden! —dijo girándose hacia la puerta.

Blake la frenó cogiéndole la mano y tirando de ella.

—Está con Kane. Lo encontramos refugiado en el edificio del gobierno.

Rain dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Saliste a cazar a la criatura? —preguntó horrorizada.

Los ojos de Blake echaron chispas.

—No, Lee. Salí a buscarte a ti. Y cuando escuché la alarma de la galería tronando pensé que podrías haberte escondido aquí.

La boca de Rain se abrió levemente y su expresión se movió entre el desconcierto y la incredulidad. ¿Por qué él haría algo así?

Los ojos de Blake bajaron hasta su mano, ella lo sostenía con fuerza, pero no parecía ser consciente de ello.

—¿Qué es lo que te cuesta creer?

—La mayor parte del tiempo parece que me desprecias y luego... Es confuso.

Blake emitió un sonido torturado.

—Joder, Lee... —Se pasó una mano por el pelo echándoselo hacia atrás con ademán cansado. Se levantó y le soltó la mano.

Rain movió la suya como si quisiese volver a estrechársela, pero se frenó. Lo había hecho sin pensar y entonces enrojeció avergonzada. El gesto, vulnerable y tierno, ablandó la tensión del pecho de Blake.

Había una emoción nueva en los ojos de Rain, una que no le había visto dedicarle a él nunca; era dulce y cálida. Apartó la mirada de ella incapaz de respirar.

—Vamos, don Simpatía estaba muy preocupado por ti.



«Los monstruos más temibles son los que se esconden en nuestras almas».

EDGAR ALLAN POE





CAPÍTULO 31



Rain se despertó sobresaltada. Tenía un olor ceroso y a óxido metido en la nariz. Su cama era un desastre, como si un tornado la hubiese sacudido. Había tenido una pesadilla durante las pocas horas que había conseguido dormir.

Manos cubiertas de sangre, pentagramas, puertas y relojes que corrían hacia atrás.

Cogió su diario y tomó nota de todo.

Tinieblas, que estaba echada sobre la cama de Maya, saltó hacia ella y la acarició con la cabeza.

El fin de semana había sido extraño. La criatura había desaparecido, desvaneciéndose en la noche sin dejar rastro. Aunque existía la posibilidad de que estuviese escondida en el bosque.

Estaba ansiosa por poner sus manos en el *Sofía* y leer qué se decía en Eurínome del asunto y de si las órdenes harían alguna partida de caza.

El domingo por la tarde Blake y ella se encontraron en la biblioteca. La sola idea de verlo le había provocado un nudo de nervios en el estómago y un estado de adrenalina tal que había cambiado su habitual café por una infusión relajante.

Los acontecimientos del viernes la perseguían torturándola con una mezcla de vergüenza y bochorno. La forma en la que lo había abrazado o cómo había perseguido su mano.

Pero no solo eso. La actitud de Blake, el hecho de que hubiese ido a buscarla, no sabía cómo tomárselo. ¿Era todo parte de alguna estrategia mayor o lo había hecho de forma genuina?

Rain casi no lo miró cuando se encontraron. Dedicó toda su atención a las notas que tenía sobre las runas.

—Van a venir desde Eurínome a investigar el incidente. Ahora no podemos ir al lago —explicó Blake.

—Ya tengo casi todas las runas, no tardaré demasiado en encontrar la forma de abrir la puerta —aseguró ella—. En cuanto se marchen, iremos.

Blake arqueó una ceja.

—¿Iremos? Pensaba que era cruel y despreciable —contestó con una sonrisa astuta.

Rain arqueó una ceja en respuesta. Dejó escapar un pequeño suspiro, aquel era un Blake con el que sí que sabía manejarse.

—Yo siempre puedo ir por mi cuenta, dado que sé cómo abrir el lago —dijo con una sonrisa condescendiente mientras se cruzaba de brazos y levantaba la vista hasta él.

—Sí que eres una sabelotodo, Lee —se rindió Blake.

—Sigo preguntándome qué pudo ver u oír Maya que la llevase a desaparecer. Estuve investigando la ruta que pudo seguir aquella noche.

—¿Te refieres al día que alguien trató de estrangularte?

Rain automáticamente se tocó el cuello subido de su jersey color cereza.

—¿Crees que porque no lo vea voy a dejarlo pasar? Solo pudo ser Keller.

Los ojos de Blake parecían muertos, no había ninguna emoción en ellos y ese gesto la hizo estremecerse. Sus párpados ligeramente caídos, su barbilla baja, la inexpresividad amenazante de su cara... Ni un trazo de humanidad.

Lo recordó caminando despacio hacia ella con la catana arañando el suelo del patio. La imagen le resultó al mismo tiempo atractiva, sobrecogedora y terrorífica.

—Tampoco hay nada que puedas hacer.

—¿Quién dice que no? —le contestó él, echándose hacia atrás con algo de chulería.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vengarte?

Blake se limitó a estirar ligeramente las comisuras de la boca, no es que vengarse de Keller no estuviese ya entre sus planes.

Ella se tensó.

—No puedes.

—¿Nunca te has percatado de que lo inmoral es más fácil de hacer y se disfruta más que lo moral, Lee?

Ni siquiera sonrió mientras lo decía, solo mantuvo los ojos clavados en ella de forma fija. A veces sentía que su mirada le lanzaba un hechizo y la atrapaba. ¿Se habían sentido así todos esos héroes trágicos que habían vendido su alma, embaucados por un demonio astuto?

Rain había soñado con esas palabras, la habían perseguido en sus pesadillas teñidas de escarlata.



Las gafas le resbalaron por el puente de la nariz mientras bostezaba. A su lado, Aiden caminaba tieso como una vara y miraba hacia todas partes en busca de Kane.

—¿Tú tampoco podías dormir? —le había dicho ella al encontrárselo en el salón común con un libro—. ¿Quieres dar un paseo?

Y Aiden había accedido al momento. No había pegado ojo pensando en su inminente encuentro con Kane, la adrenalina le ponía los nervios de punta y el corazón le latía alterado aunque tratase de relajarse.

No podía creerse lo ridículo que había sido el viernes en *Samhain*. Los ojos asustados de Kane, escaneando la multitud que se agolpaba en el edificio del gobierno, habían hecho que el ácido de su corazón se volviese algo dulce.

Ambos, él y Blake, se habían movido deprisa cuando lo habían localizado. Y entonces el cuerpo de Kane se había tensado como si desease abrazarlo, pero se estuviese conteniendo. En cambio, había levantado una mano para tomarle el rostro.

—¿Dónde has dejado a ese tío con el que bailabas? —había murmurado Aiden, claramente celoso.

Se metió las manos entre su pelo rizado. Por los remolinos que quería morirse. Era lo más ridículo que había hecho en su vida. Aunque Kane no se lo tomó así. Su boca, sus labios, esos con los que Aiden soñaba a veces en contra de su voluntad —pero ¿qué culpa tenía él, si, solo en un sentido anatómico, eran perfectos?—, se habían curvado en una sonrisa socarrona y divertida.

—Eres tan mono, Clark... —le había susurrado derritiendo todos los circuitos de su maltrecho cerebro atontado por el alcohol.

—¿Dónde está Lee? —los había interrumpido Blake con esa voz pausada y ese tono casi quedo que usaba siempre.

A Aiden le ponía los pelos de punta. Siempre hablaba así, como si el mundo estuviese dispuesto a callarse para oírle. Y, aun así, aunque nunca elevaba mucho la voz, siempre intimidaba.

—La perdí en la calle de la rosa.

Apenas había terminado de decir la frase cuando Blake se dio la vuelta y se marchó sin mediar palabra. Dejándole con su peor enemigo, él mismo, y Kane.

Gruñó al volver a pensar en la cantidad de veces que se había puesto en evidencia. Pero la vergüenza dio paso a otra emoción cuando recordó la reacción de Kane: «Aiden, deja de actuar como si estuvieses celoso porque puede que malinterprete tus sentimientos por mí —le había dicho agarrándolo de la cintura—. Y me muero por besarte en este momento y no me estás ayudando».

—¡Lo besé! —gimió sobresaltando a Rain, que caminaba todavía medio dormida; necesitaba un café cuanto antes.

—¡¿A quién?! ¿De qué hablas?

Rain se subió un extremo de la bufanda que se le había deslizado por el hombro y miró su reloj; hora de ir a desayunar.

—A Kane —susurró Aiden con secretismo, aunque allí no había nadie.

Entraron por uno de los laterales del castillo.

—Lo odio. De verdad que lo odio.

—No te estoy entendiendo —contestó ella perdida.

—Odio lo que me hace sentir.

—¿Feliz?

Aiden asintió.

—Y culpable. Mi padre... Si se entera, después de lo que pasó con mi madre... Pero es que Kane es tan... —se le cortó la voz—. Todo —concluyó sin ser capaz de encontrar una palabra mejor.

Rain le dio unas palmaditas en el hombro con cariño.

—Estás muy pillado, amigo mío. Y Kane no es tu madre, Aiden.

El comedor estaba sumido en el caos cuando entraron. Las conversaciones habían ascendido a un volumen ensordecedor. La

gente parecía horrorizada, frenética, convulsa. Había lágrimas, había miradas escrutadoras y mucha confusión.

En medio de todo aquel bullicio acertaron a oír retazos de frases.

«Se lo ha encontrado su compañero».

«Dicen que no respondía».

«Yo he oído que todavía respiraba».

«Tenía el cuello roto».

«Sangraba».

«Asfixiado».

«Un chico del Amanecer».

«Puede que un infarto».

«Dereck».

«Keller».

«Está».

«Muerto».

Dereck Keller está muerto.

Rain se quedó paralizada, buscó a la chica que había pronunciado aquella última frase y la agarró de brazo.

—¿Qué has dicho? —le preguntó casi sin aliento.

La chica, Victoria Silva, del Amanecer al igual que ella, parecía encantada con toda la atención que estaba recibiendo.

—Nicholas O' Connor, su compañero, ha despertado a toda la torre hace menos de una hora con un grito de terror. Uno de segundo ha ido a buscar a algún profesor y a la enfermera y entonces han cerrado su habitación. Cuando he bajado a la sala común la directora estaba allí con cara de horror y junto a ella, en un sofá, el propio Nicholas que parecía a punto de vomitar. Solo hay una cosa segura: Dereck Keller está muerto. Es lo único que se le ha oído gritar.

—Pero ¿saben qué ha podido pasarle? —preguntó otra persona que se había unido al relato.

Rain esperó la respuesta casi sin aliento.

—Me aventuraría a decir que...

Entonces la gente comenzó a moverse hacia las ventanas. Por el camino principal subían varios coches oficiales.

En ese mismo instante, la profesora Kêt entró en el comedor y cerró las puertas con fuerza acallando las conversaciones.

—Su compañero de primero Dereck Keller ha sido hallado sin vida esta mañana en su cama. —La gente comenzó a murmurar—. Las circunstancias de su muerte no están claras todavía, me gustaría que mostraran respeto y no difundieran rumores falsos. Estamos hablando de un tema muy serio. Puede que los oficiales necesiten sus testimonios. Asistirán a clase con normalidad y saldrán cuando se les requiera. Los del Amanecer no tendrán acceso a la torre hasta nuevo aviso. Ya veremos dónde se los recoloca. Y nadie, absolutamente nadie, puede salir de la Academia.

—Nos tratan como sospechosos —murmuró un chico junto a Rain.

—Eso es porque lo han asesinado. Si no, no armarían tanto revuelo —contestó otro.

A Rain le bajó un escalofrío por la columna. El corazón le latía errático en el pecho. Giró la cabeza hacia la mesa donde Blake solía sentarse. Estaba apoyado junto a la pared, de pie como todos los demás, pero con una expresión indescifrable en el rostro. No había sorpresa, ni consternación. No había nada.



«Las puertas del infierno se han abierto y todos los monstruos están fuera».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 32



Tanto Rain como los demás alumnos del Amanecer estaban indignados, no les dejaban coger ninguno de sus efectos personales hasta que los oficiales hubiesen inspeccionado todas las habitaciones.

Y no era la única con una mascota atrapada.

—¿Por qué no investigan la torre del Crepúsculo? Cualquiera de ellos pudo haberse colado durante la noche —se quejó alguien—. No es como si la puerta de la torre tuviese llave.

Rain se marchó enfadada hacia la biblioteca. Necesitaba pensar. Ya no solo había desaparecido Maya, ahora también había un chico asesinado. ¿Estarían los dos hechos relacionados o habría sido una casualidad? Pero desde cuándo existían las casualidades...

En un lapso de un mes habían ocurrido dos hechos bastante similares. Al pensarlo, sintió un escalofrío desagradable: no, iguales no. Maya no estaba muerta.

Aquel día la biblioteca estaba a rebosar, la gente no sabía dónde meterse a pasar el rato.

Localizó a Aiden sentado junto a Kane. Arrugaba la frente como de costumbre, como si estuviese contrariado, aunque sus orejas

estaban coloradas.

—Hola —dijo aliviado en cuanto la vio.

—Rain —la saludó Kane con una sonrisa radiante.

—Hola, Kane —contestó ella, frustrada—. ¡No me dejan sacar a Tinieblas de mi habitación! Y a saber cuándo nos dejarán volver. No tiene sentido. Y lo peor es tener que dormir todos en el auditorio.

Habían instalado camas de emergencia, de modo que los casi cien alumnos del Amanecer tuviesen sitio donde dormir.

Estaba segura de que no conseguiría pegar ojo.

—Justo le estaba diciendo a Aiden que puede quedarse a dormir conmigo.

Ah, así que por eso parecía contrariado y a la vez avergonzado.

—¿Y con tu amigo Blake? Ni de broma. Me da miedo que me asesine mientras duermo. —Al terminar la frase se llevó las manos a la boca arrepentido y miró a ver si alguien más lo había oído.

—Aiden —susurró Rain.

Una parte de ella se preguntaba si Blake habría llevado a cabo su amenaza. Aunque otra se resistía a creerlo capaz de algo así.

Blake parecía la encarnación de uno de esos personajes de cuento a los que se sigue por senderos sombríos, tan etéreos que desaparecen al girar una esquina, pero cuyos ojos nunca dejan de perseguirte.

—Ash no salió de la habitación en toda la noche, me habría despertado —explicó Kane, aunque aquello no pareció convencer a Aiden del todo.



A la hora de la cena, Dereck Keller era de lo único de lo que se hablaba. Y los rumores y las teorías habían escalado

considerablemente.

—¿Cómo pudo alguien matarlo sin despertar a O'Connor? —se cuestionaba Silva a una mesa de distancia de la de Rain y Aiden.

—Rain, ¿podemos hablar?

Jun apoyó una mano en la mesa y se inclinó sobre ella con ojos inquisitivos y cara de preocupación.

Rain lo sopesó. En la fiesta de *Samhain* las cosas se habían quedado raras entre ambos. Dejó escapar un suspiro y se levantó.

—Yo recogeré por ti —le indicó Aiden.

Jun la condujo fuera del comedor. Se alejaron por el pasillo del este y se colocaron junto a una de las ventanas que daban hacia el patio principal. Fuera llovía a cántaros.

—Estoy preocupado por ti —comenzó—. La gente no para de especular con que de alguna forma Blake es el que... Ya sabes.

Rain se tensó.

—No deberías acusar a alguien sin pruebas, Jun.

—Tú no lo conoces.

—Tú tampoco. ¿O sí?

Jun se removió incómodo.

—Lo suficiente. Conozco todos los detalles de lo que pasó con su padre y Ash Blake se le parece demasiado. Lo expulsaron varias veces del instituto de Hidden por meterse en peleas. Es violento. Le abrieron expediente en la FCD por sobrepasarse en un combate a primera sangre.

—¿Ambrose Blake era violento?

Jun apartó los ojos de ella un momento.

—No exactamente, pero perdió la cabeza y claramente se lo inculcó a su hijo.

—Jun, que alguien sea problemático no lo convierte en un asesino.

—¿Por qué lo defiendes, Rain?

Ella se tensó, en realidad no sabía por qué se ponía de su parte. Blake era perfectamente capaz de haber matado a Dereck Keller, él mismo se lo había dicho unos días atrás.

—¿Hay algo entre vosotros? —preguntó Jun con la voz apretada, tratando de mantener la calma.

El recuerdo de abrazar a Blake la envolvió, la sensación de seguridad y de algo más frenético y ansioso; aquello que la había hecho cerrar los dedos entorno a su chaqueta casi con desesperación.

—Blake es solo un compañero del club de ajedrez —dijo tratando de apartar los recuerdos de *Samhain*.

—No es lo que me pareció.

Rain se recolocó las gafas y sacudió la cabeza.

—Alguien como Ash Blake nunca se interesaría por alguien como yo —explicó paciente.

Jun la miró algo desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Que los que están en la élite solo se juntan con sus iguales —murmuró.

Jun se tensó y ella se quedó sin aliento al ver cómo reaccionaba; ligeramente avergonzado, incómodo, culpable...

Algo murió dentro de ella. Se había resistido a creer que Jun era como los demás, pero a lo mejor estaba equivocada. Rain agachó la cabeza, así que era verdad: podía fingir que era parte de ellos, podía compartir sus lugares, pero nunca sería parte del todo, nunca pertenecería, ni siquiera para su mejor amigo.

—Rain...

Ella dejó escapar un sonido cargado de exasperación. Una risa hueca e irónica. Las manos le temblaban por culpa de la frustración

y la rabia que ondulaban por todo su cuerpo.

—Veo cómo te mira, Rain —dijo Jun con los dientes apretados.

Estiró la mano y agarró la de ella.

—Sí, como si mi existencia lo perturbase tanto como para querer destruirme —«aunque no todavía porque le resulto útil», pensó. Porque así es como actuaban todos allí y ella había sido estúpida por pensar lo contrario.

Jun estrechó los ojos y la miró contrariado.

—No... Como si te desease.

—¿Matarme? Puede —ironizó Rain.

—Qué perspicaz eres, Lee —dijo una voz aterciopelada a su espalda.

Blake se colocó al lado de Rain y apoyó la mano en la pared junto a ella. Sus ojos bajaron hasta las manos de ambos y luego fulminó a Jun con la mirada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Jun de malhumor.

Blake arqueó una ceja.

—No me gusta cuando otros acechan al objeto de mis deseos —contestó con sorna haciendo referencia al comentario de Jun.

Ella lo miró enfadada. Solo la usaba para intentar buscar pelea con Jun.

—No tiene gracia —dijo entre dientes fulminándolo con la mirada.

Los ojos de Blake eran una tormenta de fuego. Un músculo le latía en la mandíbula mientras observaba los dedos de Rain entre los de Jun.

Su mejor amigo empujó a Blake del hombro para apartarlo un par de metros.

—Sé que tramas algo y lo voy a averiguar. Y sea lo que sea, no pienso permitir que arrastres a Rain contigo —le susurró pegado a su cara.

Blake sonrió, aunque fue una mueca sin alegría.

—Qué miedo, Jeong —contestó con sarcasmo—. Quizá lo que te molesta es que ella ya no te persiga. ¿Sabes eso que dicen de que es mejor reinar en el infierno que servir en el cielo? Que te aproveche tu elección de mierda.

Rain no oyó lo que se decían, pero captó la rabia en sus ojos y en sus tonos acelerados y bajos.

Fuera lo que fuese lo que Blake le había dicho a Jun, lo dejó paralizado con los puños cerrados y los brazos temblando mientras contenía su ira.

Blake dio un paso atrás y sonrió más ampliamente.

—¿No quieres explicarle por qué la recha...?

Jun lo empujó con fuerza en el pecho haciéndolo callar.

—Algún día te... —masculló para sí mismo y se marchó furioso antes de terminar su amenaza.

Rain hizo el amago de seguirlo, pero Blake la frenó cogiéndola del codo.

—Tenemos que hablar. Vamos a mi habitación.

Rain dudó.

—Quiero que dejes de usarme para provocar a Jun.

Se soltó del agarre de Blake y caminó en dirección a la torre del Crepúsculo. Él hizo una mueca, irritado. Había sentido una especie de triunfo momentáneamente, pero también una inseguridad que antes no estaba ahí.

Blake estiró la mano y volvió a cogerla del codo, y la hizo girarse.

—¿Y si no lo hago para provocarle? —Tiró de ella acercándola a él.

Rain se sumergió en las profundidades de sus ojos grises. Sintió el principio de un aleteo en el pecho; y luego una caída en picado. Parpadeó como si acabase de despertar de un sueño.

Blake era un cazador, y Rain, su presa. Así se sintió al enfrentar su mirada. Él era demasiado astuto, demasiado bueno en los juegos de poder. Por un momento casi le había parecido sincero, el tono de voz perfecto, la emoción indicada en los ojos... Y puede que ella al principio fuese demasiado ingenua, pero ya no se creía nada, él mismo se lo había dicho una y otra vez.

Recordó la expresión de culpabilidad de Jun cuando le había dicho que los de la élite nunca saldrían con los que eran como ella.

Rain tiró de su brazo.

—No juegues conmigo, Ash Blake —respondió, volviéndose y dándole la espalda.

Necesitaba un momento para recuperar el aliento.

La torre del Crepúsculo daba a la parte trasera del castillo, desde la ventana de Blake no se divisaba la ciudad, ni la puerta principal, sino las montañas nevadas a lo lejos y una espesura de un verde tan intenso que se acercaba al negro.

Su habitación era muy parecida a la de Rain, mismo tipo de muebles y distribución, aunque donde en la de ella estaban los motivos del Amanecer en esta estaban los del Crepúsculo y sus colores.

La parte de Kane estaba algo desordenada, no de una forma caótica, pero la de Blake estaba tan pulcra que prácticamente daba la impresión de no vivir allí. Era igual que con su ropa, Rain jamás le encontraba una arruga.

No pudo evitar que sus ojos vagasen por la estancia buscando detalles que le contasen algo más de él.

Se dejó caer en una butaca y se subió los calcetines hasta las rodillas por ocupar las manos en algo. Notaba la mirada de Blake escudriñándola.

—¿No vas a preguntármelo? —dijo él por fin.

Había una tensión extraña entre los dos.

—¿Me dirás la verdad si lo hago?

—¿Importa eso? Me parece que ya has tomado tu decisión independientemente de lo que yo te responda.

Rain levantó la mirada, Blake se había sentado en su cama, a un metro de ella. Tiró del nudo de la corbata y se quitó la americana con tranquilidad. No había ni un ápice de nerviosismo o culpabilidad en su expresión.

—Querías matarle —afirmó Rain.

—Sí.

El gris de sus ojos pareció oscurecerse. Rain contuvo el aliento. Blake estiró los brazos, agarró la butaca y dio un tirón para acercarla.

Sus rodillas chocaron y Blake se cernió sobre ella con las manos apoyadas en los reposabrazos.

—Hay que estar dispuesto a mucho para matar —dijo Rain—. Y no creo que Dereck Keller lo mereciese para ti.

—¿A mucho?

—Cuando matas a alguien también estás acabando con una parte de ti.

Una sonrisa torcida apareció en la boca del chico.

—Cualquiera puede hacerlo por los motivos adecuados, Lee.

—Sí, pero no cualquiera puede vivir con ello. Solo alguien sin corazón.

—¿Y qué te hace pensar que yo tengo uno? —La voz de Blake se volvió dura, oscura—. Es una norma fundamental si quieres sobrevivir en este mundo, chica Amanecer.

La línea de su mentón estaba tan afilada como un cuchillo, los músculos marcados. Y sus ojos, con los párpados ligeramente caídos, transmitían un vacío insondable.

El corazón de Rain latió veloz.

—Puede ser. Pero no creo que lo hicieses.

La nuez de Blake se movió deprisa. Rain se distrajo un momento al ver el gesto.

—Detestaría decepcionarte, Lee.

—¿Me estás diciendo que eres malvado?

Blake cogió su corbata y tiró de ella con suavidad. Colocó una de sus piernas entre las de Rain para poder acercarse más.

—La maldad es solo un punto de vista —dijo apenas a unos centímetros de su rostro.

«Todo el mundo ve lo que aparentas ser, pocos experimentan lo que realmente eres». La frase sonó como un eco lejano en su subconsciente. Y él luchaba consigo mismo, y perdía en la batalla, por permitir a Rain ver su verdadero yo. Lo deseaba tanto como lo temía.

Rain sintió como si su mirada la tocara, el feroz peso de sus ojos sobre la boca, la garganta, el pecho. Y se humedeció los labios.

Blake apretó los dedos entorno a la corbata, un gesto casi posesivo. Y ella sintió el tirón en cada nervio. Quería apartarse, decir algo que rompiera la tensión, pero el fuego que crecía en su estómago y bajaba por su ombligo hasta perderse entre sus piernas la mantenía inmóvil, atrapada entre el impulso de alejarse y la necesidad de quedarse.

Blake la mantuvo ahí, en ese punto exacto, saboreando la anticipación, la electricidad que los recorría como un latigazo.

La distancia entre ellos se volvió un castigo delicioso. La sensación de que en cualquier segundo podían perder el control, los envolvía, y el deseo parecía incendiarlo todo a su alrededor.

Y, entonces, Rain le quitó la mano a él de su corbata y se echó hacia atrás.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Ash Blake? —dijo con la voz ahogada, como si hubiese estado huyendo de una criatura del Otro Lado—. No quiero ser un peón en la partida que sea que estés jugando contra Jun o contra el sistema.

Las cejas de Blake se fruncieron.

—¿Y si no eres un peón, sino la que maneja las piezas?

Rain abrió la boca, pero se quedó muda. Su rodilla rozó el muslo de Blake al echarse hacia delante de nuevo, la fricción le dejó una sensación tórrida.

La imagen que él planteaba le produjo una sensación de éxtasis. No quería ser un personaje secundario en una historia que contaban otros. Ni siquiera el principal. Rain quería ser el escritor, quería tener poder sobre la historia. Los ojos se le oscurecieron.

Blake dejó escapar un sonido de frustración. Estaba hambriento. La contemplaba como si desease ser su perdición y al mismo tiempo quisiese que ella lo desarmase.

Su boca, la chispa de candidez en sus ojos apagada por el tono amargo de la ambición estallando en sus iris, el ligero tono rosado en sus mejillas y cuello, el rastro casi imperceptible de sus pecas, la curva delicada de su garganta donde el pulso le latía acelerado, la corbata suelta rompiendo su imagen inmaculada, las rodillas entre las suyas permitiéndole sentir el calor de su piel, la falda a medio muslo estirada por sus piernas abiertas...

Todo en ella lo llamaba, lo desafiaba. Le hizo sentir algo oscuro, intenso, casi voraz. Y no se trataba solo de atracción física... Se extendía más allá. Había encendido algo profundo y primitivo en él. Le hacía querer poseer cada parte de ella, no solo su cuerpo, sino también su voluntad, sus pensamientos, todo lo que Rain era.

«El diablo astuto busca los disfraces más inverosímiles. A veces, incluso, se viste de inocencia». Recitó una voz oscura en la cabeza

de Blake.

El corazón de Rain bombeaba deprisa, había algo, una astilla afilada clavada en él. Una tormenta de fuego en su vientre.

Blake empujó la butaca hacia atrás con cierta brusquedad y se levantó de la cama sin mirarla. El aire a su alrededor pareció ondular furioso. Tardó unos minutos y varias respiraciones en ser capaz de centrarse. ¿Qué era eso que acababa de sentir?

Fue hacia su armario y sacó una camisa de pijama azul oscuro con rayas.

—Toma —dijo mientras la dejaba sobre la cama sin mirarla.

Rain lo miró confundida.

—¿Qué?

—Tu amigo Aiden es un cobarde. Kane le ofreció dormir aquí con él, pero se ve que le doy miedo —comentó indiferente—. Así que Kane se ha marchado a hacer una pequeña fiesta de pijamas privada. Me ha dicho que te ofrezca su cama, que no te complace la idea de dormir en el auditorio.

Rain lo sopesó. Las únicas personas con las que había dormido en su vida, aparte de su madre, eran Aiden y Jun. Ni siquiera con Arthy, el chico con el que salió brevemente hacía dos años. La idea le provocó un nudo en la barriga.

Aunque sin duda, prefería la cama de Kane a los camastros plegables del auditorio. Era mucho mejor compartir espacio con una sola persona que con un centenar.

—¿No tienes pantalones? —preguntó, al tiempo que cogía la camisa.

Blake le dedicó una mirada lenta desde sus mocasines hasta su pelo semirrecogido atrás con un pasador.

—Soy casi treinta centímetros más alto que tú, Lee. No creo que te valgan.

La camisa le llegaba apenas un par de centímetros por encima de las rodillas. La tela era suave y gruesa. Tuvo que darle un par de vueltas a las mangas para que no le colgasen demasiado.

Se dejó puestos sus calcetines largos y caminó descalza. Los ojos de Blake recorrieron sus piernas.

Rain se sentó en la cama de Kane abrazándose las rodillas. Blake ya se había puesto el pijama, una camiseta de manga corta oscura con el cuello algo dado de sí, como si lo estirasen con asiduidad, y unos pantalones de cuadros, que le caían bajos en las caderas y dejaban ver un trozo de su abdomen pálido y marcado. Rain sintió fuego en las mejillas y apartó la vista.

Curiosamente el aspecto de Blake no parecía más relajado. Aún en pijama seguía transmitiendo la misma aura intimidatoria.

—¿Crees que lo de Maya y lo de Dereck está conectado? —le preguntó Rain, que necesitaba distraerse con urgencia.

—Podría ser.

—Pero Maya simplemente «se marchó». Nadie ha hecho desaparecer a Dereck, y la verdad, no creo que sea porque él estuviese investigando qué pasó con ella.

—¿Y si él tuviese algo que ver con lo que la hizo desaparecer?

Rain lo sopesó. Los ojos de Blake brillaban hambrientos, como si esperase que ella comprendiese algo.

—¿Quieres decir que Dereck tiene algo que ver con las personas que tienen el libro?

—Quiero decir que me jugaría la mano derecha a que Alfred Keller es uno de ellos.

Rain abrió los ojos como platos.

—Es el comisionado del Consejo, eso es algo...

—¿Y cómo crees que llegó ahí? Fue él quien detuvo a mi padre y el que armó la acusación. Y gracias a eso ascendió al puesto que

tiene hoy. Todo es un juego de poder.

—¿Y qué interés podría tener Alfred Keller en el libro del Otro Lado?

—Eso es algo que averiguaremos una vez lo consigamos. Pero es sencillo, ¿no? ¿Qué podrías conseguir si estuviese en tus manos, Lee?

Ella lo pensó. Era algo de un valor incalculable. Un arma de doble filo, claro. Porque podría contener una información muy valiosa, y la información era poder. ¿O quizá era un libro que hablaba de la magia de ese otro mundo, magia muy poderosa? ¿Quizá un modo de acabar con el Eclipse? Y a la vez, la persona que lo había conseguido habría tenido que cruzar y eso estaba completamente prohibido. Así que poseerlo era un delito grave, era ser un objetivo a destruir.

Rain sabía que si obtenía esa clase de poder podría llegar al Consejo. A lo mejor incluso, ser la persona más joven en formar parte de él.

—¿Y tú, Ash Blake, qué harías con esa clase de poder?

Los ojos del chico se oscurecieron.

—Haré caer a todas y cada una de las personas que destruyeron a mi familia. Todas esas ratas hambrientas de poder —explicó con calma.

A Rain le sorprendió la seguridad con la que lo dijo, la convicción de que lo haría realidad, de que no fallaría.

—¿Y después?

—No sé si quedará un después.



«Es a través de los sueños que el hombre se comunica con el mundo de sombras que lo rodea».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 33



Estaba sentada en un trono de color rojo. Una mano cubierta de sangre se arrastraba por su cuello y subía hasta su barbilla dejando un rastro sobre su piel.

La mano se coló en su pecho y le arrancó el corazón. El músculo latía vivo y fresco. Lo dejó sobre una balanza.

«Tienes un corazón oscuro dentro de ti», susurró una voz.

Las tinieblas se diluyeron en remolinos y todo se llenó de espejos que parecían deformar lo que reflejaban. A través de cada uno podía ver pedazos de sus pesadillas.

«¿Qué hay más poderoso que el miedo?».

La mano ensangrentada volvió a aparecer y le agarró la cara empujándola hacia abajo.

Y Rain cayó y cayó.



Se despertó con un sobresalto, y tomó aire con fuerza. Era la segunda noche consecutiva que soñaba con esa mano.

Por suerte había vuelto a su habitación el día anterior. Tinieblas estaba sentada a su lado golpeándole el brazo con la cabeza peluda. Rain estiró la mano y cogió su diario de la mesilla mientras apuntaba todo de forma compulsiva. Los motivos parecían repetirse en cierto patrón.

Mientras analizaba la pesadilla tenía la sensación de haber olvidado algo, como cuando uno se va de casa por un viaje largo y sabe que se está dejando alguna cosa que recordará al llegar al destino.

Fuera llovía a cántaros y los rayos surcaban el cielo gris. Aquel día tenían examen de Astronomía y se había quedado hasta tarde estudiando.

Se abotonó la camisa con los ojos medio cerrados, sacó el uniforme del armario y se colocó el chaleco y la americana bajo la atenta mirada de Tinieblas.

—¿Crees que hoy parezco una bruja más que nunca? ¿Qué es este pelo? —le dijo a su gata.

Estaba segura de que había un hechizo para evitar que se le encrespase el pelo, pero todavía no lo había encontrado.

Tinieblas maulló y saltó hasta meterse debajo de la cama, y comenzó a arañar el suelo de madera.

—Eres una gata muy mala —la riñó Rain, se metió bajo la cama y la sacó de ahí.

Las tablas estaban completamente arañadas, la madera astillada en algunas partes. Cogió a la gata y se la pegó al pecho mientras le daba un beso en la cabecita.

—Me van a hacer trabajar en el jardín para pagar el arreglo.

El profesor Surya Narayana tenía el pelo largo hasta las caderas, semirrecogido con un moño. Sus rasgos eran suaves y delicados, al igual que su esbelta figura; su aspecto andrógino y etéreo. Tenía la piel ligeramente tostada y contrastaba con el tono pálido de sus ojos. Siempre llevaba una camisa de mangas anchas cruzada en el pecho y atada con un lazo y unos pantalones anchos ajustados en los tobillos con cintas.

—Pasarán de uno en uno para interpretar los signos de los astros —les anunció.

Rain notó los ojos de Blake sobre ella. Aiden la agarró de la mano. Estaba molesta con él porque se había puesto de parte de Jun. Por lo visto los dos habían hablado de la preocupante relación de Rain con un posible asesino y por eso Jun había ido a darle aquel discurso el lunes.

«Solo está siendo un buen amigo preocupado, Rain», le había dicho Aiden, el martes en el desayuno.

«¿Lo alentaste a venir a hablar conmigo, Aiden? —le había preguntado ella, enfadada—. Porque las cosas entre nosotros están raras ahora y sinceramente no quiero un hermano mayor sobreprotector. Si querías hablar conmigo sobre Blake, haberlo hecho tú directamente».

Después se había marchado a clase molesta con él.

—¿Cuánto tiempo más vas a comportarte como si me odiaras?

—Hasta que se me pase el odio que siento por ti —contestó Rain como si fuese obvio.

—Ya sabes que solo estamos preocupados. ¿De verdad no crees que haya sido él? No parece que estén sacando nada de los interrogatorios al Amanecer.

—Me enfada que mandases a Jun, Aiden.

Él se mostró arrepentido. Aiden sabía que haberle pedido a Jun que hablase con ella había sido un golpe bajo. Rain tenía debilidad por él y Aiden había pensado que lo escucharía más que a él mismo.

—Lo siento.

—Y no me vengas con ese discurso, porque estás saliendo con el mejor amigo del que piensas que es un asesino, un poco hipócrita por tu parte.

Aiden dio un respingo y se puso colorado.

—No... No estamos saliendo —susurró—. No hemos hablado de eso. Yo... Él... —Su voz se fue apagando y agachó la mirada—. Es complicado.

Rain se sentó junto a una de las ventanas de la torre y comenzó a leer sus apuntes.

—Ya te lo sabes, Lee, ayer te pasaste toda la tarde repasando compulsivamente —dijo Blake, apoyándose en la pared a su lado y observándola desde arriba.

—Sé que me lo sé. Pero quiero comprenderlo, quiero interiorizarlo.

A lo lejos Jun y Aiden charlaban junto a Manon, que también repasaba.

—¿Por qué? —le preguntó Blake.

Los ojos castaños de Rain lo observaron con detenimiento.

—Tú mismo lo has dicho. Si no soy la mejor, si no me esfuerzo el doble, no tengo ninguna posibilidad. Necesito ser más lista que todos los demás si quiero poder competir.

Blake arqueó una ceja.

—¿Para qué?

—Para no ser alguien más. Porque conformarse es otra forma de morir. Y ¿qué sentido tendría vivir entonces? —Hizo la pregunta más para sí misma que para él.

Conformarse con aquel estatus le parecía rendirse ante un sistema injusto. No estaba dispuesta a dejar que todos esos niños de grandes apellidos se saliesen con la suya. Sabía que era lista y capaz.

Le tocó el turno a Rain de entrar. La sala de Astronomía estaba en penumbras. Había un planetario enorme que mostraba la posición de los planetas; libros, dibujos y grabados sobre el cosmos, la posición de las estrellas y sus historias sobre estanterías y escritorios; varios sextantes y telescopios; mapas astrales enmarcados, y objetos antiguos de un valor histórico incalculable encerrados en vitrinas.

—Adelante —le instó el profesor.

La sala se oscureció de pronto. Primero aparecieron los remolinos y de ellos surgieron los astros que fueron colocándose a su alrededor y girando. Rain miró el polvo de las estrellas, las cicatrices del Universo donde se escribía su historia.

El estudio de la Astronomía no era el mismo para los comunes que para los integrantes del Mundo Fuera de lo Normal. Allí estaba el origen de su magia, de su energía y saber interpretarlo era un arte difícil, inexacto y poderoso, porque a veces se podía leer el pasado y aventurar el futuro.

—Hubo una gran herida. —Rain señaló un punto con el dedo—. La posición de esas estrellas indica un cambio. La binaria eclipsante de Perseo se fundió hasta volverse una sola estrella con una sola luz. Yo diría que habla de algo trágico, pero a la vez feliz. ¿Un nuevo comienzo? ¿O el final de una historia? —dijo algo dubitativa.

Rain se movió por el espacio y frunció el gesto pensativa. Su universo no era único, había cientos y miles, realidades paralelas a las que solo se podía viajar a través de un portal. Aunque algunos se preguntaban si no se conectarían de alguna forma todos esos universos formando un extenso cosmos y si en aquellas estrellas,

planetas, agujeros negros y nebulosas no estaría la clave para acabar con el Eclipse, averiguar una manera de cerrar la brecha que se abría entre los mundos.

Entonces algo llamó su atención.

—No le encuentro sentido a esta anomalía. Da la sensación de que ejerce influencia en la órbita de nuestro planeta, como un agujero negro. Parece un mal augurio.

—Es suficiente —la cortó el profesor Narayana.

—Pero, es extraño, ¿no? ¿Qué es?

—Esto no es más que una representación ligeramente alterada para el examen, señorita Lee. Me alegro de que haya notado la trampa. —Narayana sonrió apareciendo entre las sombras—. Lo ha hecho bien. Por favor, dígale a la señorita Jonsson que pase.

Rain le dio las gracias y salió de la clase.

Abajo, la profesora Kêt la estaba esperando junto con un oficial.

—¿Ha terminado su examen, señorita Lee? —Ella asintió—. Estupendo, entonces, acompáñenos. Como ya sabe, los inspectores están haciendo entrevistas a todos los alumnos.

«Entrevistas», un eufemismo para referirse a interrogatorios.

Habían ocupado una de las salas para transformarla en el centro de operaciones de los investigadores. Allí estaba de nuevo el inspector Weber.

—¿Dónde estaba la noche del día dos?

—En mi habitación durmiendo —contestó con sinceridad.

—No hay nadie que puede corroborarlo, ¿cierto? —le dijo.

—No, como ya sabe mi compañera de habitación ha desaparecido.

El inspector frunció la nariz, contrariado.

—No ha desaparecido, se ha marchado.

—Pero nadie sabe dónde está. Ergo, está desaparecida.

Aquella actitud de listilla estaba irritando a Weber. Rain era muy consciente de que, desde la primera vez que se habían encontrado, ella no le había caído bien.

—He oído que Dereck Keller y usted tuvieron una disputa.

—Es cierto —contestó Rain, y se llevó la mano al cuello sin darse cuenta.

—Así que tenía motivos para querer hacerle daño.

—Estoy segura de que sabe que no soy la única con la que no se llevaba bien. No era muy agradable.

—¿Se alegra de su muerte?

Rain apretó los labios. Alegrarse no era el término más adecuado. Se sentía segura, eso sí. Aunque no quería contarle al inspector el incidente del pasillo y que llegase a oídos de Alfred Keller.

—Me preocupa, más bien.

—¿Por qué?

—Bueno, a cualquiera le preocuparía estar viviendo en un lugar donde ha ocurrido algo así.

El inspector se levantó y se colocó delante de Rain, cerniéndose sobre ella como una sombra alargada.

—Sabe, creo que no está siendo del todo sincera conmigo.

El pulso de Rain se disparó y sintió un pinchazo amargo de nerviosismo en el corazón. Todavía recordaba la sensación de las manos de Keller alrededor de su cuello robándole el aire. La impotencia y el miedo.

Agachó la mirada.

—¿Cuál es la pregunta? —dijo.

—¿Mató usted a Dereck Keller?

Rain levantó la mirada y abrió la boca sorprendida.

—¿Creen que fue asesinado?

—No lo descartamos, las circunstancias no son claras.

—¿Y creen que yo pude matarlo solo porque discutimos en el pasillo?

El inspector se echó hacia atrás y volvió a su silla con un suspiro.

—Se considera sospechoso a todo el mundo hasta que se demuestre lo contrario. Puede irse.



«La venganza es mía; yo pagaré».
LIBRO DE LOS ROMANOS 12:19





CAPÍTULO 34



El viernes la Academia organizó una ceremonia de despedida a Dereck Keller. La asistencia era obligatoria por parte de todos los alumnos. Rain sospechaba que los oficiales estarían ojo avizor para ver si observaban alguna actitud incómoda o culpable.

La niebla caía sobre el patio como un manto. El cielo, cubierto por densas nubes grises, parecía tocar las torres del castillo. El viento gélido aullaba a través de las grietas de las ruinas haciendo que los abrigos ondeasen como capas. Todos iban vestidos de riguroso negro, incluidas las camisas y las corbatas. El personal de la Academia se las había proporcionado a los que no tenían. Y a juego, una bandada de cuervos posados en lo alto de una de las arcadas asistían a la ceremonia como siniestros espectadores.

Alfred Keller estaba junto a la directora Blean, y escrutaba la multitud con mirada de halcón.

En realidad, el alma de Dereck ya había ascendido a los remolinos en el momento de su muerte. Solo quedaba de él su cáscara terrenal.

Un señor con una túnica oscura de terciopelo caminó por el centro del patio alrededor del cuerpo inerte de Keller, mientras la

suave llovizna caía sobre ellos.

Rain no estaba familiarizada con aquel ritual. Los comunes tenían formas muy variadas de despedirse de los muertos, pero para los suyos aquello no era el fin, era un paso en un ciclo continuo. Así que casi nunca se hacían ceremonias de despedida.

El hombre de la túnica pintó con cera negra una runa en la frente de Dereck y otras dos en sus muñecas mientras murmuraba palabras en lengua antigua. Rain no las reconoció, pues su forma de pronunciarlas era muy particular. A continuación cubrió el cuerpo de Keller con un mantón de color azul medianoche tapándolo por completo. En la mano derecha tenía un ónix negro engarzado en un robusto sello y la piedra casi parecía palpitar.

Curiosa elección, era una piedra que absorbía la energía negativa, protegiendo de ella.

Los ojos de Rain se desviaron momentáneamente hacia Blake. Estaba con Kane unos metros más allá. El traje completamente negro parecía una mancha de tinta sobre su piel pálida a juego con el tono de su pelo. Tenía una postura relajada y aburrida. Era imposible no mirarlo, como si la multitud se abriese paso hasta él, como si la luz mortecina del ocaso incidiese sobre su figura de manera especial.

«Ocaso», pensó Rain, eso es lo que Blake era. Su porte, su figura, su aura... Era la encarnación perfecta de ese momento del día. El reinado de la oscuridad sobre la luz.

Unas pequeñas partículas brillantes salieron flotando del manto que cubría a Dereck Keller, el hombre de la túnica las hizo girar en una espiral hasta encerrarlas en un recipiente que le entregó a su padre.

Las nubes se abrieron ligeramente revelando la luna en el cielo, estaba en fase menguante. La luz incidió sobre el recipiente en el

que las volutas brillaban todavía moviéndose en espiral. Rain acertó a ver los símbolos que tenía grabada la tapa y arrugó la frente.

—¿Qué está haciendo? —se cuestionó una chica a su espalda.

—Es un sacerdote *Usum*. En Eurínome son bastante comunes. Tienen su propia forma de realizar los rituales.

Rain giró la cabeza, la chica tenía la insignia del Crepúsculo prendida en la chaqueta. Era bajita, de tez morena y pelo corto oscuro. Coincidía en un par de asignaturas con ella. La otra debía de ser de segundo, pues no la reconoció.

—¿Un sacerdote *Usum*? —preguntó en voz queda.

—Son parte del culto Ereshkigal —volvió a explicar la chica de primero.

Alguna vez había leído sobre ello en el *Sofía*. Eran un grupo menor que cuestionaba ciertas tradiciones y que no estaban muy contentos con las imposiciones del Consejo de Sabias. No conocía mucho más sobre ellos. A Rain nunca le habían interesado demasiado los temas religiosos. Su madre era agnóstica. E incluso el tema de su magia lo habían abordado desde el punto de vista científico.

La banda tocó una sinfonía fúnebre mientras abandonaban el patio para ir al comedor cuyas mesas habían apartado. Como marcaba la costumbre, todos se sirvieron una copa para brindar mientras lanzaban una plegaria.

Rain no podía sentirse más hipócrita.

Los oficiales caminaban entre ellos con los ojos muy abiertos, observándolo todo. Los profesores poco a poco fueron acercándose a Alfred Keller para transmitirle sus condolencias. Al igual que los alumnos. La parte cínica de Rain miraba todo aquello como una pantomima. A la gran mayoría no les caía bien Dereck Keller, pero le hacían la pelota a su padre porque tenía una posición poderosa.

¿Era la forma que tenía la Academia de apaciguarlo?

Acercarse a dar condolencias no era obligatorio, pero no hacerlo resultaba sospechoso. A Blake no le importó. Estaba de pie junto a las ventanas que daban al oeste con una copa de vino en la mano, observando la situación con un desagrado en la cara nada disimulado. Sus ojos se cruzaron con los del comisionado y le dedicó una breve sonrisa, la satisfacción brilló en su mirada; el dulce sabor de la venganza.

Rain se preguntó si Alfred Keller notaría en su voz la repulsión que le provocaba su hijo. Aun así, él ni siquiera se fijó en ella, tenía su atención puesta en otra parte.

—Era un buen chico, no se merecía esto. —Oyó que decía Alberta Novak, acercándose después de ella. Parecía realmente afligida—. Mis padres asistirán a la ceremonia en Eurínome. Espero que encierren al culpable en Tártaro —continuó llena de rabia.

Rain se acercó a Blake.

—¿Has visto el grabado de la tapa del recipiente que han usado en la ceremonia? —le preguntó en voz baja.

Blake frunció el ceño mientras bajaba la mirada hasta ella.

—Sí.

—Eran los mismos símbolos de la puerta. Puede que tengas razón y Alfred y su hijo estén relacionados con esto.

—Suelo tenerla —contestó distraído—. Creo que no deberían vernos juntos ahora.

El ambiente estaba más distendido. Se habían formado pequeños corros de gente que charlaba y tomaba vino o té. Algunos profesores se habían marchado ya, al igual que los oficiales. Alfred Keller hablaba con la directora con una actitud algo agresiva.

—¿Por qué?

—Porque no conviene a tu reputación de alumna inmaculada, chica Amanecer. Todos creen que fui yo.

—Estabas con Kane en el patio.

Blake se pasó los dedos, largos y delgados, por el pelo peinándoselo hacia atrás en esa onda perfecta. Sus ojos tenían un cariz oscuro cuando la miró.

—Kane es como mi hermano. No sé si lo sabes, pero los Diop me acogieron después del encarcelamiento de mi padre. Hay poco de su reputación que se pueda destruir ya.

—¿Estás preocupado por mi reputación? —preguntó sorprendida, aquello no parecía propio de él.

Blake le posó una mano en la cintura y le acarició la espalda lentamente. Parecía que se le había quemado la sonrisa en los labios.

—Nos miran —le susurró cerca del oído en tono confidente, aunque no le dijo que quien lo hacía específicamente era Jun.

Rain se puso tensa.

—Has evitado mi pregunta —insistió.

Blake achicó los ojos, dando a su mirada un aspecto afilado, y sus párpados se entrecerraron mientras la observaba.

—Lee, tu reputación no podría importarme menos. Si dependiese de mí acabaría con ella de un plumazo. Pero a ti parece importarte mucho.

La boca de Rain se extendió en una sonrisa. No solía sonreírle así a Blake, a veces lo hacía como un gesto hacia sí misma y estaba cargado de orgullo o autocomplacencia, era su sonrisa de sabelotodo. Esta vez era un gesto genuino de felicidad y cierta ternura, algo que solo hacía con Aiden y Jun.

Blake estrechó aún más los ojos.

—¿Por qué sonríes?

—Porque el despiadado Ash Blake acaba de preocuparse por alguien más que por sí mismo —se burló.

—No confundas el cariño con las buenas intenciones. Los malos también quieren, chica Amanecer.

—¿Te ocurre eso a ti?

—Está por ver.

Blake se inclinó sobre ella y le puso una mano en la parte baja de la espalda. Su nariz rozó su pelo y el aroma de Rain inundó sus fosas nasales; durante un segundo todo pensamiento coherente desapareció de su cabeza. Sus dedos se tensaron apretándola contra él. Y la oyó tragar aire.

«Mataría por poseer cada rincón de tu mente».

—A veces deseo arrasar contigo, Lee.

Rain despertaba algo oscuro dentro de él, una pasión desmedida que alimentaba su odio. Estar cerca de ella era como beber veneno.

Rain se estremeció mientras la piel se le erizaba. Su pecho se sacudía en busca de un aire que parecía quemarle los pulmones al entrar. Los ojos de ella bajaron un momento a su boca. Solo durante un segundo, pero él lo captó. Y entonces fue demasiado tarde. Llevó una mano hasta su nuca y la besó.

Los labios de Blake presionaron apremiantes los suyos hasta que los separó. Su lengua la acarició segura, dominante. Rain dejó escapar un sonido ahogado cuando su boca buscó la suya con brusquedad, duro, impaciente, hábil. Tuvo la intención de revolverse para alejarse, pero de alguna forma acabó estrechándose contra él. Le arañó los hombros clavándole las uñas a través de la camisa y Blake gimió.

Él la besó como si quisiese robarle el aliento, como si quisiese poseerla por completo. Rain le mordió el labio inferior con fuerza y notó el sabor de la sangre sobre la lengua. Y la sensación la mandó

en una espiral hacia las profundidades. El sabor, salado y dulce a la vez que amargo, la calidez, la presión de sus manos y su cuerpo. Se arqueó contra él, hacia aquel penetrante dolor de deseo que la atravesaba.

Aquella confianza en sí mismo casi soberbia.

El tacto firme de sus manos y su boca.

Era como si ya lo hubiese vivido antes.

Blake se separó de ella y Rain experimentó una fuerte sensación de pérdida. La llama de un anhelo desconocido prendiendo en su vientre.

Blake se pasó la lengua por el labio inferior y vio el ligero rastro de sangre. La vergüenza sacudió a Rain haciendo que le ardiese el rostro, ella era la causante de la herida.

—¿Te ha gustado, Lee? Porque a mí sí.

Sus ojos eran dos abismos de caos y tinieblas, de promesas malditas.

Rain giró la cabeza, todavía descolocada, y se encontró con los ojos de fuego de Jun, que parecía sacudido por la ira.

Y entonces algo hizo clic en su cabeza.

—Eres despreciable, Ash Blake —escupió ella.



«Estoy habitada por un grito. Noche tras noche, sale aleteando, con sus ganchos, en busca de algo que amar».

SYLVIA PLATH





CAPÍTULO 35



Segunda. Rain había obtenido la segunda mejor nota en el examen de Astronomía. Los brazos le temblaron de angustia mientras miraba la lista con las calificaciones. Llamó a la puerta del profesor Narayana. Estaba sentado en una butaca de terciopelo y tenía un té humeante sobre la mesa.

Sus ojos de mirada perezosa la observaron con cautela.

—Señorita Lee —la saludó.

—Me gustaría saber en qué fallé —planteó ella directa.

La idea de haber cometido un error la estaba torturando.

—No hubo un fallo concreto.

Rain se mostró contrariada.

—No lo comprendo.

—Leer las señales del Universo no es algo matemático, es una ciencia a menudo interpretativa. Hay augurios, hay posibles caminos para el destino, es un arte complicado. Y usted está demasiado encorsetada.

—Pero...

—Cree que, por ejemplo, ¿una profecía tiene una lectura literal? Porque no es así. A veces hay que saber encontrar los elementos

escondidos, es algo sensitivo. No se puede ser bueno en todo.

Aquella última frase fue como una bofetada. Rain no era buena en muchas cosas, eso ya lo sabía, pero al menos siempre había confiado en su capacidad para aprender y comprender. No podía soportar la idea de que su cabeza no pudiese descifrar aquella ciencia, se sentía estúpida.

Le dio las gracias al profesor y salió del aula. Su hombro chocó con el de Nanook Jonsson, pero ni se molestó en girarse para disculparse. Estaba en *shock*.

Oyó que la insultaba.

Se mordió la uña del índice, si seguía así no sería la mejor de la promoción. Ya tenía dificultades en Entrenamiento y Defensa, si bajaba su media en las demás... El corazón se le aceleró y sintió un sudor frío que le bajaba por la espalda. Segunda. No podía soportar la idea.

A veces hubiera deseado ser menos competitiva, menos exigente. Pero era algo visceral de lo que nunca había conseguido deshacerse. La sensación de derrota arrastraba otros sentimientos peores, la idea de que no era lo suficientemente buena, válida. De que era una fracasada, como otros se empeñaban en decirle. Y Rain no quería darles la razón. Rain no quería sentirse avergonzaba delante de ellos, no quería que pudiesen escupirle la palabra *parvenus* con razón.

Fue a la biblioteca, a la sección de Astronomía y comenzó a buscar libros de forma compulsiva. Aprendería, mejoraría, despertaría esa sensibilidad especial, podía hacerlo. Podía ser más imaginativa, podía amoldarse a lo que querían de ella.

Había estado demasiado distraída con Blake, Jun, la desaparición de Maya, los túneles, las runas, el asesinato de Dereck Keller.

El libro que estaba intentando agarrar se le resbaló de las manos y cayó al suelo. El nombre de Blake la hizo sentir como si llevase un jersey de lana sobre la piel y todas sus terminaciones nerviosas hubiesen despertado furiosas.

Lo había evitado durante todo el fin de semana, pues el viernes por la noche las sensaciones que había tenido al besarle habían cobrado forma y color.

Y no, lo que había experimentado tras la fiesta de bienvenida no había sido un sueño, sino real, y el protagonista no era Jun, sino Blake. Se había enrollado borracha con Blake...

Se agachó y recogió el libro sintiendo cómo le ardía el rostro. El recuerdo se había desbloqueado de su cabeza como si hubiese encontrado una llave maestra.

Por los remolinos, se había lanzado hacia él. Y Blake lo había sabido durante todo ese tiempo y no le había dicho nada. Se había mostrado tan vulnerable, tan llena de amor, de deseo, de anhelo. Estaba mortificada y enfadada.

—Así que aquí te escondes —dijo el demonio que habitaba sus pesadillas.

Rain dio un respingo y el corazón se le subió a la garganta. Apretó los libros contra el pecho como si fuesen un escudo.

—No me escondo —masculló sin mirarlo.

Giró al siguiente pasillo dejándolo atrás. Pero él se adelantó dando la vuelta por el otro lado, plantándose frente a ella.

—Me has estado evitando, Lee.

Rain dio un paso hacia atrás y Blake la siguió.

—¿Por qué? —preguntó en tono demandante.

La espalda de Rain estuvo a punto de chocar con una estantería. Sintió ganas de golpearlo con uno de los libros que sujetaba.

—¿Por qué me besaste? —le preguntó con rabia—. Te dije que no me usaras para tu estúpida venganza contra Jun.

Blake la miraba desde arriba con los párpados ligeramente caídos. Rain detestaba esa expresión vacía y helada.

—¿Es así? —Blake dio un paso hacia ella obligándola a apoyar la espalda en la estantería. Estaban tan cerca que sus zapatos se tocaban—. No me respondiste, Lee. ¿Te gustó?

La garganta de Rain se movió tensa.

—No.

—Mmm. —Pareció considerar su respuesta durante un segundo—. Mentirosa. Todavía tengo la marca de tus dientes en el labio.

Se apoyó en la estantería inclinándose sobre ella. Rain apretó los libros más fuerte contra el pecho.

—¿Te refresqué la memoria? La próxima vez que quieras enrollarte conmigo asegúrate de no quedarte dormida, cargarte hasta tu torre fue un fastidio.

Rain sintió unas ganas irrefrenables de darle un puñetazo. No soportaba el peso de su mirada, el tono dominante de su voz, la altivez de su gesto, el hecho de que ocupase todo el espacio a su alrededor como si su presencia la aplastase hasta robarle el aire.

—Yo... pensaba que eras... —Bajó la mirada, la vergüenza caía sobre sus hombros como agua hirviendo. Le ardía el rostro—. No fue solo cosa mía, tú me devolviste el beso, no me paraste. Podrías haberme sacado de mi confusión —se defendió.

—¿Por qué?

—Porque deberías haber sabido que aquello no era para ti. Porque es cruel.

—Nunca he fingido lo contrario, Lee. Yo quemaría el mundo si fuese necesario para conseguir lo que quiero.

Rain parpadeó sorprendida.

—¿Y qué es lo que quieres, Ash Blake? ¿Destruirme? A veces no sé si te gusto o me detestas...

—¿Gustar? —Dejó escapar el aire—. No sé si lo llamaría así. —Rain lo golpeó en el pecho con los libros para apartarlo—. Detesto que seas la chica buena que se esfuerza en ser la mejor solo para conseguir encajar en un mundo que la rechaza.

Las manos de Rain se envolvieron en un aura turbia, granate como la rabia, su pelo se sacudió ligeramente y empujó a Blake con todas sus fuerzas haciéndolo chocar con una pared.

—Y estás tan obsesionada con Jeong que no ves que él forma parte de ese sistema que te rechaza por ser quién eres y venir de dónde vienes. —La sonrisa de Blake era malvada, pero sus ojos la contemplaban como si desease que ella lo mirase, que lo viese—. Eres frágil, demasiado inocente e ingenua para esta Academia, y eso hace que me hierva la sangre.

Rain le dio una bofetada y él apretó los dientes. Sus ojos se enturbiaron hasta parecer acero fundido.

—Al menos yo sé lo que es querer —escupió ella, empujándolo de nuevo. La mirada de Blake bajó hasta su boca—. No soy un gilipollas altivo con complejo de superioridad que no tiene sentimientos. Nunca tendría que haber confiado en...

Blake le agarró el rostro con ambas manos y la besó. Sabía a rabia y a deseo. Y la sensación de alivio fue similar a aplicar hielo sobre una quemadura.

Rain lo apartó mientras cogía aire.

—Te desprecio.

Blake llevó la mano derecha a su cintura, pegándola a él, y volvió a besarla. La espalda de Rain chocó con la estantería de atrás y varios libros cayeron al suelo, mientras su garganta dejaba escapar un gemido.

El deseo era un torrente salvaje que la tomó por sorpresa, consumiéndola por completo; mezclándose con la furia que ardía en su interior. Sus cuerpos colisionaban en una lucha de voluntades, empujones que no sabía si eran más un rechazo o una invitación.

Lo odiaba, pero en el momento en que la había besado, su piel se había encendido de inmediato. Un calor le subió desde el estómago, vibrando en su pecho, acelerando su respiración.

Lo empujó colocando ambas manos en su pecho.

—Si esto es para joder a Jun...

Blake acortó los pocos centímetros que los separaban y la besó de nuevo, los brazos de Rain apenas opusieron resistencia. La boca de Blake era fuego contra la suya. Él le mordió la boca antes de colar su lengua dentro, y ella le devolvió el beso apenas durante un segundo y volvió a apartarse.

—Si esto es por Jun... —dijo otra vez.

Blake gruñó cabreado.

—Cada vez que pronuncias su nombre deseo matarlo.

—Eso es muy siniestro —comentó ella, recolocándose la camisa y la corbata con manos temblorosas—. De todas formas, si esto es por tu venganza contra él...

La mandíbula de Blake parecía imposiblemente afilada en ese momento, sus músculos marcados con rabia. Sus ojos, devorados por las pupilas, eran dos ónix.

—Sí, Lee. Exacto, ese ha sido mi plan desde el principio. Joder a Jeong utilizándote a ti. ¿Contenta? —admitió derrotado con la voz áspera y grave.

Blake se marchó antes de decir nada más. Con Rain se volvía torpe y descuidado, cometía errores, se dejaba llevar por sus emociones en vez de ser racional. La dejó en el pasillo con los libros

tirados en el suelo, la respiración agitada y un camino de mariposas furiosas zumbando desde su boca hasta su ombligo.



Aiden estaba sentado en la cama de Rain con las piernas cruzadas, el pelo cayéndole sobre la frente y las gafas algo torcidas resbalando por el puente de su nariz. Había arrastrado el sillón hasta colocarlo frente a la cama, donde ella estaba sentada con Tinieblas en el regazo, la gata también parecía querer respuestas.

—Besaste al psicópata de Blake en el funeral de su posible víctima —dijo Aiden, con un horror exagerado.

—Falso. Él me besó a mí.

Los enormes ojos azules de Tinieblas se fijaron en ella y Rain tuvo la sensación de que la juzgaba.

—Tecnicismos. —Aiden sacudió la mano quitándole importancia—. No me pareció que te apartases, más bien todo lo contario. —Rain enrojeció—. Repito; en el funeral de su posible víc-ti-ma.

Rain cerró los ojos, le dolía cabeza.

—Estás exagerando.

—Y hoy os habéis vuelto a enrollar en la biblioteca.

A esas alturas ya se estaba preguntando por qué había decidido contárselo.

—En realidad, también ha empezado él.

—¿Te gusta?

—No —afirmó a toda prisa al mismo tiempo que su mente reproducía el momento y el corazón se le aceleraba. Bueno, no podía negar que Blake tenía algo cautivador, pero solo era eso, curiosidad...

«Deseo».

Tinieblas la golpeó con el rabo como si sospechase lo que pensaba.

—*Raaaaaaain* —dijo Aiden alargando la palabra.

—No es amor, Aiden. Es poder. Él quiere hacer daño a Jun a cualquier coste y me ha utilizado para ello. Y yo he sido tan tonta que me he dejado pillar en el fuego cruzado.

Blake jugaba una silenciosa partida de ajedrez con ella. Sus movimientos eran sutiles, pero escondían una jugada maestra para darle jaque. Y Rain había tardado demasiado en adivinar la trampa. Y ahora era su turno de mover.

—Rain, ese chico te mira como si te odiase. Deberías tener cuidado —dijo Aiden con preocupación.

Tinieblas saltó a la cama a su lado y se sentó erguida para estudiar a su dueña. Ella asintió. No creía que Blake la odiase, ella no era tan importante. No era más que una pieza útil en un plan mayor. Era Jun quien verdaderamente le importaba. Aunque había algo que le apetecía hacer más que tener cuidado como le había dicho Aiden: vengarse, utilizarlo para sus planes, igual que él había hecho con ella.



«Elijo disfrazarme tanto de bruja como de doncella».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 36



Rain sostenía una piedra de jade en la mano izquierda mientras leía el conjuro en un pergamino. Las letras brillaron conforme pronunciaba las palabras y la piedra se calentó en su mano. Su pelo flotó sostenido en el aire por una momentánea ingravidez y luego cayó.

—Y así es cómo se recarga una piedra para transformarla en un amuleto. Gracias, señorita Lee. Ya puede volver a su asiento —dijo el profesor Gunnar Berg—. Los amuletos son conjuros encerrados y ayudan al brujo o la bruja de distintas formas. Al igual que algunos tipos de joyas que son amplificadores de la magia.

—Pero esa clase de piedras y amuletos no son fáciles de conseguir —señaló alguien unas filas atrás.

—No. Son caros y preciados. Pocos brujos tienen acceso a esta clase de objetos. Aunque hay quien vende algunas baratijas haciéndolas pasar por verdaderos artículos mágicos.

—Algunos nunca podrán permitírselos —se rio Alberta Novak por lo bajo.

Rain se miró la mano. Todavía la sentía caliente.

Al salir de clase, Jun tiró de ella.

—¿Podemos hablar?

Rain enrojeció y dejó que la guiará hasta una habitación vacía que parecía llena de trastos.

—¿Te está molestando? —soltó de golpe—. ¿Te ha amenazado con algo?

—¿Quién?

—Ash Blake —escupió su nombre.

—No —dijo Rain, tratando de no pensar en su último encuentro con él.

—Entonces, ¿por qué me evitas desde que el viernes te besó?

Rain apartó la mirada incómoda.

—No le hagas caso, Jun. Solo lo hizo para provocarte. Es lo que ha estado intentado hacer todo este tiempo y... Creo que es por tus padres, porque tuvieron algo que ver en la detención del suyo. Aunque lo que está haciendo en absurdo, porque tú y yo...

Él le movió el rostro para que ella lo encarase.

—Bien, pues lo ha conseguido.

Rain cogió aire sorprendida y se tragó el resto de lo que iba a decir algo confusa.

Miró a Jun con gesto desconcertado. No era lo que había esperado que le contestase. Aquel no se parecía a su mejor amigo. No había nada de su aura tranquila y calmada. Ni de ese punto despistado y despreocupado. Jun casi parecía... celoso.

«No, imposible», se dijo.

Los dedos de Jun recorrieron el contorno de su cara hasta sostenérsela. Había anhelo en el gesto. La idea de retener algo que se escapa.

Rain se sintió mareada y se dio cuenta de que había dejado de respirar. Su cuerpo se había quedado muy quieto, quizá temiendo que si se movía rompería el hechizo del momento.

Entonces Jun dio un paso hacia atrás dejando caer la mano.

—Vamos a llegar tarde a clase —dijo, mientras se marchaba.

Ella tardó un par de segundos en salir. ¿Qué había sido eso?

Rain se topó con la mirada de Blake en el pasillo. Él fijó la vista unos metros más adelante, donde Jun caminaba con paso decidido, y comprendió que habían estado juntos en aquella habitación. Sus ojos fueron una tormenta helada. Los músculos de su garganta estaban tensos como cuerdas de piano.



El miércoles, Rain se despertó sobresaltada. El pulso le latía acelerado, al igual que la respiración. Tenía el pijama pegado a la piel. Había vuelto a tener una pesadilla aterradora. La balanza, el corazón, la mano ensangrentada y un pasillo oscuro por el que huía de alguien que parecía a punto de alcanzarla. Una frase repitiéndose en su cabeza como un mantra: «Hay algo poderoso en ganarse el corazón de alguien que ha jurado no tenerlo».

Las palabras parecían perseguirla en una cacería sin fin.

Garabateó los símbolos en su diario. Consultó en el grimorio la parte dedicada al estudio de los sueños para comprender el significado de todo aquello.

Los espejos son el reflejo de una parte de nosotros mismos que se nos revela, la ventana a una verdad incómoda o desconocida, la proyección de realidades ocultas. Los espejos son portales a otras dimensiones y conectan con planos espirituales más profundos. Pueden ser herramientas para explorar ilusiones o engaños. Hay que tener cuidado con las apariencias y distinguir entre lo real y lo ilusorio.

Los relojes están asociados con el control del tiempo y la manipulación de las energías temporales, a magias relacionadas con el tiempo. Hablan de alterar o influir en los ciclos naturales de la vida. Pueden representar la sincronización de rituales y el alineamiento con los ciclos cósmicos. Pueden indicar que es un momento propicio para realizar rituales o tomar decisiones importantes en alineación con los ritmos universales.

Las balanzas son símbolos de equilibrio y armonía entre las fuerzas opuestas [...].

¡La balanza! La imagen hizo clic en su cabeza como si una chispa se hubiese prendido. La había visto en el grabado del pasillo de la planta baja; el lugar donde posiblemente Maya había estado por última vez. Y la balanza de su sueño era la misma.

Pensó en Blake y en si debía contárselo o no. Nada duele más que la traición. Y ella ya había sido demasiado estúpida para dejarse utilizar por él. Era hora de que cambiasen las tornas. Usaría a Blake para encontrar ese libro y averiguar qué había pasado con Maya.

¿Y cuál era la mejor forma de ascender? A costa de los demás. Si algo le había enseñado la Academia era que en aquel mundo no había cabida para la moral y los escrúpulos.

Así que lo delataría cuando fuese necesario.

El sol todavía no había aparecido del todo, y no había nadie por los pasillos, era el momento perfecto para echar un vistazo.

Se vistió a toda prisa, cogió su bufanda y salió de la habitación sigilosamente.

—Cuida del fuerte —le susurró a Tinieblas, que la observaba desde las alturas fijamente.

Se colocó debajo de la ventana de Blake. Cogió una piedra y la hizo flotar hasta que golpeó el cristal, como si llamase a una puerta. Al cabo de unos minutos la cara adormilada de Kane se asomó. Una

pena no tener una cámara de fotos para inmortalizarla para Aiden, al principio la habría rechazado, pero estaba segura de que luego se la habría guardado cual ardilla en su nido, y se le caería la baba mirándola.

Kane se frotó los ojos.

—¿Rain? —murmuró desde las alturas.

—¿Puedes decirle a Blake que necesito hablar con él?

Kane arqueó las cejas y miró dentro.

—No está, se ha levantado hace un rato. —Al ver la cara perpleja y ansiosa de ella añadió—. Debe de estar en la sala de música, va allí cuando no puede dormir.

Rain corrió de nuevo dentro del castillo, el aire de noviembre cortaba como un cuchillo y la niebla de primera hora de la mañana prácticamente congelaba la hierba a sus pies.

Se sopló las manos mientras subía a la segunda planta. Cada vez que su mirada y la de Blake se habían encontrado el día anterior había sentido un sabor agridulce en la garganta.

De alguna forma, solo estar cerca de él le hacía sentir una electricidad punzante acompañada de una sensación de vértigo. Blake la miraba como si desease atravesarle el corazón y a la vez con una indiferencia mortal, si es que la combinación de ambas cosas era posible.

¿Cuántas veces había leído, escuchado y visto la metáfora de la serpiente y la manzana, y se había preguntado por qué el arte estaba tan obsesionado con ella? Nunca se le había ocurrido pensar en la dicotomía que planteaba: ¿eres la víctima inocente que es tentada por el mal o eres el mal que se disfraza de inocente para caer en la tentación sin culpa?

Qué interesante dualidad poder jugar las dos cartas.

La puerta del aula de música estaba cerrada, pero, aun así, se colaba a través de ella una melodía enfurecida al piano. Rain no había estado allí desde la visita en primavera. El suelo de madera estaba cubierto de alfombras, las paredes decoradas con molduras y cuadros de distintas épocas.

El piano estaba entre dos ventanas en una parte saliente de la sala, que era como la mitad de un hexágono. Solo había unos cuantos candelabros que proyectaban sombras sobre los muebles.

La figura de Blake quedaba recortada contra la noche, que poco a poco iba aclarándose. Sus manos se movían veloces, sus dedos tocaban con fuerza, pero su postura era casi desganada.

Giró la cabeza con rapidez cuando oyó la puerta cerrarse tras Rain.

Sus ojos la contemplaron como si no estuviese seguro de si era real.

—¿Qué haces aquí?

Rain caminó hacia él. Como la sala de música estaba orientada al este, podían verse los primeros rayos de sol aparecer mientras el cielo se teñía de los colores del aurora.

—Creo que ya sé dónde está la entrada a los túneles desde la Academia.

Blake frunció el ceño y bajó la mirada de nuevo al piano. Tocó una sucesión de teclas distraído.

—¿Por qué cada vez que intento alejarme de ti te acercas?

—Porque estamos trabajando juntos en esto.

—Pensaba que era una persona despreciable y cruel sin sentimientos.

—Y yo que ninguno de esos calificativos te molestaba —contestó ella.

Blake casi sonrió, era una sabelotodo.

—A mí no, pero creía que a ti sí —contraatacó él.

Rain se apoyó en el piano.

—A lo mejor no me importa mientras no lo seas conmigo.

Blake arqueó las cejas y echó el banco hacia atrás al levantarse. Rain se fijó un momento en lo bien que le quedaba el traje del uniforme y se apresuró a apartar la idea de su cabeza.

La forma en la que él la miró la dejó sin aliento.

—¿Lo dices en serio, Lee?

Rain tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos de lo mucho que se había acercado. Blake era su Mefistófeles, la serpiente de su cuento. Bajo aquella máscara de indiferente apatía escondía un punto de irritación y cabreo. Rain se sorprendió de haberlo notado.

Blake bajó la tapa del piano, cogió a Rain de la cintura con ambas manos y la subió hasta sentarla encima del instrumento, de esa forma sus ojos quedaban a la misma altura.

Ella dejó escapar un jadeo de sorpresa.

—¿Qué haces?

Blake le quitó la bufanda, enganchó un dedo en su corbata y tiró ligeramente para aflojársela.

—¿Sabes, Lee? A veces, realmente te odio. No soporto que me mires cómo lo acabas de hacer, con esa mezcla de fascinación y miedo. —Le quitó el primer botón de la camisa—. Odio tu imagen de chica buena que choca frontalmente conmigo. Y que a la vez hace que desee...

Para Blake, el deseo era poder. Y ansiaba verla ceder, perder su autocontrol ante él. Ver cómo su imagen de chica buena se desmoronaba, cómo su resistencia, sus principios, todo sucumbía para él.

La cogió de las caderas para empujarla al borde del piano y acercarla a él. Se inclinó y la mordió con suavidad en la base del cuello. Los dedos de Rain se cerraron con fuerza mientras se estremecía.

—No tienes ni idea de las cosas que haría por ti —murmuró Blake para sí mismo, mientras le bajaba la americana por los hombros.

—¿Todavía estás intentado enfadar a Jun?

Blake hizo un sonido de disgusto.

—¿Acaso lo ves por aquí?

—¿Qué es lo que quieres de mí, Blake? —le preguntó ella, echándose hacia atrás.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

El pecho de Rain subía y bajaba pesado.

Había algo poderoso en ganarse el corazón de alguien que había jurado no tenerlo, «y seductor», pensó mientras las palabras de sus pesadillas volvían a aparecer en su cabeza.

—Yo he preguntado primero.

Los dedos de Blake rozaron su rodilla.

—Simplemente... a veces la única forma de librarte de la tentación es caer en ella.

Rain asintió asimilando lo que se escondía detrás de esas palabras. De alguna forma escocieron. Pero no pensaba dejarle ver que aquello la había molestado, ni siquiera tenía sentido que le molestase.

—No sabía que tocaras el piano —susurró ella, y lo apartó para poder bajarse.

Blake la observó con una mezcla de anhelo e irritación, pero ella no lo vio.

—Mi madre me enseñó —contestó—. ¿Tú no tocas, chica Amanecer?

Blake abrió la tapa y pulsó un par de teclas.

Rain negó.

—Cuando era niña tocaba el violín.

Blake hizo un gesto con las cejas y luego sacudió la cabeza.

—Por supuesto...

—Pero en realidad lo que me gusta es el ajedrez, así que lo dejé hace unos años. Nunca fui excelente.

Blake siguió tocando una melodía simple con una sola mano, como si necesitase mantenerse ocupado.

—¿Cuántos años tenías cuando murió tu madre? —le preguntó Rain.

—Once.

Rain hizo cuentas. Cuatro años después se había quedado solo cuando encarcelaron a su padre. Un año más tarde, huérfano del todo. Le vino a la mente una frase de Oscar Wilde.

—Pareces bueno —comentó Rain.

Blake esbozó una sonrisa casi divertida.

—¿Solo lo parezco?

Las mejillas de Rain se encendieron levemente, aunque quizá fuese un efecto de la luz rozando su piel.

—Sonaba bien, lo que he oído. Pero no soy una experta.

—Mi madre nos decía que la música es buena si te transmite cosas. Siempre tuvo maestros muy estrictos, se movía en un ambiente esnob y elitista, de recital en recital y de concurso de piano en concurso de piano. Había escuchado demasiada música sin alma y no la soportaba, así que nos dejaba tocar como quisiéramos. Mi hermana tendía a aporrear el piano.

Fue la primera vez que Rain vio una emoción de felicidad casi genuina en él. Blake era normalmente un agujero negro, un punto donde la luz moría, pero en ese momento parecía irradiarla desde

dentro de él; como si una chispa de calidez se hubiese prendido en su interior y la luz se estuviera escapando por sus grietas.

—¿Has oído alguna vez que en las melodías de algunas canciones hay hechizos? Hay quien piensa que son una forma de romper los escudos de la mente —dijo Rain, tratando de imitar la melodía que él tocaba.

—Mi madre era realmente buena en el piano. Una canción y mi hermana y yo ya estábamos dormidos. Era capaz de controlar el estado de ánimo de una sala con sus dedos.

Blake la observó mientras ejecutaba la pieza.

Los dos se estaban utilizando en un peligroso juego de poder y la apuesta estaba subiendo, ya no eran solo sus conocimientos y la más que posible traición final, ahora también se estaban jugando el corazón. Porque cada vez era más complicado discernir entre lo real y lo que no lo era.



«Es mejor reinar en el infierno que servir en el cielo».

JOHN MILTON





CAPÍTULO 37



El relieve de la balanza del grabado era mayor al del resto del conjunto. Lo suficiente para poder apoyar un objeto delgado. Además, no tenía la misma capa de polvo y ese detalle es el que Rain había retenido en su memoria. Si el imbécil de Dereck Keller no la hubiese atacado se habría dado cuenta unas semanas atrás.

—Mi teoría es que Maya pilló a alguien saliendo o entrando y...

—Y la mataron para silenciarla —acabó Blake.

Rain asintió, una parte de ella trataba de encontrar una forma de que siguiese viva.

—Es un buen lugar para poner una entrada, es difícil no ver a alguien por este pasillo, está lo suficientemente lejos de las esquinas para que nadie te sorprenda y estos dos pilares esconden la entrada —analizó Rain.

—No creo que cualquier peso la active. Debe de ser algo que solo posean los que tienen acceso.

—Podemos intentar entrar desde el lago, estoy casi segura de saber el hechizo. Es más sencillo que averiguar qué podría abrir esta entrada. Pero el castillo está cerrado, las entradas y salidas selladas...

Ya había pasado más de una semana desde el asesinato de Dereck Keller y todavía no se sabía demasiado. Por lo que Rain había oído, nadie había forzado la puerta, no se habían encontrado rastros de magia en la habitación, pero sí en el propio Keller. Y ya está, eso era todo.

La gente se preguntaba si se habría colado alguien de fuera. Al fin y al cabo, Alfred Keller era el comisionado y tenía muchos enemigos.

—Oye, ¿qué sabes del culto Ereshkigal?

La expresión de Blake se tensó muy levemente, si Rain no tuviese su rostro tan estudiado no lo habría notado.

—Son gente poderosa.

—¿Y qué tienen que ver con la entrada del lago y todo esto? Pensaba que los otros símbolos de la puerta, los que no eran runas, no eran más que decoración, pero después de ver el recipiente tengo claro que no.

—En Hidden no tienen casi relevancia, pero en Eurínome es un culto bastante significativo.

Rain se sintió de nuevo apartada. Fuera y a la vez dentro de un mundo que no la dejaba participar del todo. Aiden y Jun habían crecido teniendo acceso completo, eran miembros de pleno por sus familias. Ella no, y había tantas cosas que no sabía...

Fueron hacia el comedor, la hora del desayuno estaba a punto de comenzar.

—Al Consejo no le hace mucha gracia.

—Creo que una vez leí que eran contrarios a algunas tradiciones. No es la primera vez que hay cismas en el Mundo Fuera de lo Normal, cultos que buscan alabar a otras formas de poder o dioses y que quieren imponer otras maneras de hacer magia. Siempre traen problemas y tiempos convulsos —reflexionó Rain con expresión concentrada.

—Solo siete mujeres pueden estar en el Consejo porque así lo manda la tradición, que, según se dice, estableció la primera bruja Cordelia Blean —dijo Blake—. Y como sabrás, mantener esa regla antigua sobre la que no hay nada escrito, solo una larga tradición, ha traído muchas disputas.

—Bueno, hace años que se votó al primer hombre. Aunque en realidad un par de siglos atrás el poder de las Sabias comenzó a estar muy controlado por las jerarquías de las órdenes, y en la cabeza hay mayoritariamente hombres.

—Eso quiere decir que en realidad el poder del Consejo es falso, porque ¿quién las pone ahí? —se preguntó Blake.

Rain se sirvió un café y unas tostadas francesas. Blake cogió una manzana y le dio vueltas en la mano mientras caminaban hacia su mesa.

—Es una paradoja porque cuando se cuenta la historia de Cordelia Blean y de cómo creó el Consejo se dice que quiso distribuir el poder y la toma de decisiones y para ello estableció siete asientos que representasen los siete poderes, de modo que nadie pudiese tener un poder absoluto.

Rain mordió un trozo de su tostada dulce y cerró levemente los ojos de gusto.

—¿Te das cuenta de que en realidad es un sistema corrupto?

—El de los comunes también lo es, pero no se puede ser tan cínico como tú.

Blake le dio un mordisco a su manzana.

—Depende de a quién le preguntes, el culto Ereshkigal no es más que una nueva forma de fe o... —Rain se echó hacia delante sobre la mesa—. Un movimiento de gente poderosa para cambiar el sistema a su favor.

—¿Y crees que todo esto está relacionado con el libro?

—Si el libro es real..., ¿quién no lo querría en su poder?

Rain sabía que en realidad había más de lo que Blake le contaba. Siempre medía muy bien la información que le daba para no dejarla jugar con ventaja.

Se llevó la taza de café a la boca. Se había sentado con él por inercia. Y no se dio cuenta de la cantidad de miradas que el gesto había suscitado hasta que Kane se sentó al lado de Blake con su bandeja de desayuno.

—Creo que Aiden quiere abrir un agujero en tu nuca ahora mismo —le susurró Kane a Rain señalando al chico, que entrecerraba los ojos con rabia detrás de las gafas. A su lado Jun la miraba con los brazos cruzados sobre el pecho.

Kane se giró y le dedicó una mirada extraña a Blake, como si estuviese haciéndole una apreciación sin palabras. A Rain le hizo gracia porque Aiden y ella también tenían esa forma de comunicarse a veces, sin necesidad de hablar.

Blake ignoró a su mejor amigo.

Rain maldijo para sí misma.

—La verdad es que quería hablar del club de ajedrez —dijo a un volumen más elevado buscando una excusa para estar allí sentada.

—Buen intento, chica Amanecer, pero ya estás condenada.

La boca de Blake se curvó en una mueca malévola

Kane los observaba entre fascinado y preocupado.

—Ya podrías convencer a Aiden de que nos acompañase —se quejó.

Rain los miró algo contrariada.

—No lo hará. Es... complicado, pero tiene sus razones —le explicó en un susurro—. ¿Cómo van las cosas entre vosotros?

Kane se echó hacia atrás y cruzó los brazos, lo que hizo que el jersey que llevaba se estirase sobre sus músculos marcados. Rain

miró por encima de su hombro y se encontró a Aiden estudiándolos fijamente. En cuanto la pilló observándolo apartó la mirada muy digno.

—Es totalmente impredecible, a veces parece decidido a perderme de vista y empieza con ese discurso de que entre órdenes no se pueden tener relaciones, pero luego, bajo la superficie, es tan dulce... —Kane sonrió como si estuviese recordando algo.

—¿Dulce? —le preguntó Rain.

Kane asintió.

—Al salir de los vestuarios después de clase de Entrenamiento, por ejemplo, si ve que voy más retrasado que él se hace el remolón para que salgamos a la vez y podamos caminar juntos. Adorable —dijo para sí mismo.

Blake le clavó una mirada hastiada.

—Tú y tus retos —murmuró.

La sonrisa de Kane se hizo más grande, hasta ocuparle toda la cara.

—Va a salir bien.

—Eso dijiste las tres veces anteriores.

—Es distinto —aseguró Kane.

Rain movía la cabeza de uno a otro, casi nunca lo veía interactuar con Kane y era tan obvio el cariño que sentía por él; una emoción que nunca había pensado verle expresar a Blake.

«Los malos también quieren» le había dicho en el funeral de Dereck Keller.

—Nunca entenderé por qué te haces esto a ti mismo —dijo Blake con cierta repulsión.

Sus ojos pasaron levemente por Rain, ligeros como la caricia de una brocha sobre un lienzo, y pronto los posó en otro punto de la sala.

Kane captó el gesto y arqueó una ceja con escepticismo y algo de burla.

—Ah, ¿no? No estoy tan seguro, Ash.



La profesora Kêt estaba sentada a un lado con un cuaderno en el regazo y una pluma en la mano. Rain esperaba en la fila a que le tocase su turno para la práctica. Aiden ya había pasado y estaba sentado al otro lado.

Jun salió al centro de la clase, el aura alrededor de sus manos se tiñó de blanco azulado mientras levantaba una serie de cajones cada vez más y más pesados. La prueba consistía en ver hasta dónde eran capaces de llegar, cuánto podían moverlos y con qué facilidad llegaban a manejarlos.

—«Arrastrada» sería la palabra —oyó Rain que decía la voz molesta de Alberta Novak desde la fila de atrás, un par de asientos más allá.

—Shh, que te va a oír —la reprendió Hanna Lambert otra chica de su grupo de amigas.

—Como él ha preferido a Manon, ahora trata de llamar su atención juntándose con el asesino. Incluso montó el numerito con el pobre Dereck. Está desesperada. Aunque claro, es su única forma de ganarse un puesto relevante. Ya sabes una... donnadie —dijo evitando usar la palabra *parvenus*.

Rain cogió aire y cuadró los hombros. Estaban hablando de ella.

—Alberta...

—Jun faltó al club por ella. Es lista.

Rain arrugó la frente. ¿Jun había faltado al club de combate por ella? ¿Por qué?

—Rain Lee —la llamó la profesora Kêt.

Salió al centro del aula y se colocó frente a los cajones. Sus manos se tiñeron de un blanco rosáceo. Las juntó delante del pecho, arrastró los dedos desde los talones de sus manos hasta el centro de las palmas y luego las elevó creando unos hilos de magia.

Dejó que la energía fluyera por su cuerpo y su pelo se sacudió ligeramente. Levantó todos los cajones de menor peso y tamaño a la vez. Flotaron en el espacio a su alrededor y los hizo formar una escalera.

Se subió a ellos demostrando que confiaba plenamente en su capacidad, y una vez arriba los hizo bajar despacio. Le dedicó una mirada fija a Alberta Novak.

Todavía nadie había conseguido elevar el cajón más pesado, el de una tonelada. Rain se concentró en él, a veces lo más efectivo para acallar esa voz insistente de su cabeza que no paraba de preguntarse «¿soy lo suficientemente buena?» era demostrárselo.

Rain se imaginó que el cajón era tan liviano como una pluma y que hacerlo flotar sería como lanzar un globo al aire, como si no hubiese gravedad. Las luces titilaron y durante un momento su visión se tiñó de rojo. El cajón comenzó a moverse en el suelo.

—Señorita Lee —dijo la profesora Kêt, preocupada.

Su corazón bombeó deprisa. De las manos de Rain ascendía una neblina rosácea que le envolvía los brazos. Estiró los dedos tensos y abrió ligeramente los brazos al tiempo que la caja se elevaba con esfuerzo. Rain tenía una fe en sus capacidades que rayaba en lo místico, como una niña que cree que si desea algo con mucha fuerza acabará sucediendo. Era una fe basada a menudo en el miedo y la desesperación, un último resquicio de su mente que escapaba de lo racional y que se agarraba a esa posibilidad efímera de lo casual y la suerte.

Las luces de los candelabros se apagaron, fuera el día era gris y tormentoso, así que la sala quedó sumida en la penumbra.

«¿Y si en realidad no soy lo suficientemente buena?». La pregunta se paseó por su cabeza y ella gruñó por el esfuerzo. Lo era y, si no, haría hasta lo imposible por serlo.

«¿Cuánto estamos dispuestos a dar para canalizar todo ese poder?» había dicho la profesora Kêt a principios de curso.

«Todo. Lo daría todo» respondió una parte desesperada de ella misma.

Le callaría la boca a todos los que la despreciaban.

«En realidad deseas su aprobación», la idea hizo que su voluntad se tambalease, con la ansiedad corriendo como un río venenoso por su cuerpo. El cajón se tambaleo.

«En los momentos importantes no te importará hacer trampas»; las palabras sonaron con la voz de Maya.

Rain estiró la mano hacia el tenue haz de luz que entraba por la ventana, el sol era orden, era energía. Se imaginó el rayo fluyendo hasta su cuerpo llenándola y fortaleciéndola, la sala se oscureció aún más y entonces el cajón se elevó por encima de su cabeza mientras los cristales temblaban.

Rain se sentía pletórica, eufórica, tan poderosa que era extasiante. Abrió los brazos y la fuerza de su magia hizo reverberar la atmósfera del aula. Los cajones menos pesados se elevaron y movieron frenéticos. Estaba famélica, quería más más más...

—¡Rain Lee, pare! —oyó que gritaba la voz severa de la profesora Kêt.

Los cajones dejaron de moverse y el más pesado golpeó el suelo con fuerza. Uno de ellos estaba a centímetros del rostro de Alberta Novak, que tenía cara de espanto. Rain parpadeó como si acabase

de despertarse de un sueño. Tenía la frente y el cuello empapados y la respiración agitada. Durante un momento se sintió desubicada.

Procesó muy despacio la escena: la clase, sus compañeros, Alberta y su rostro asustado. Y entonces le dedicó una sonrisa imperceptible.

—Pueden irse, el resto continuará en la próxima clase —dijo Dominique Kêt—. Usted, quédese, Lee.

Rain tuvo que apoyarse en una silla, se sentía mareada y exhausta. Había drenado casi toda la energía de su cuerpo. Los músculos le temblaban.

—Siento si se me han descontrolado —se disculpó con la voz débil.

—Eso que ha hecho ha sido muy peligroso. Podría haber lastimado a uno de sus compañeros.

—Pero se supone que estamos aquí para averiguar dónde están nuestros límites y mejorar.

—Cuidado, Rain —dijo, llamándola por su nombre de pila—; no deje que su ambición la consuma. No sería la primera bruja que pierde la cabeza por ello. Repetirá la práctica —anunció, sus pulseras tintinearon cuando movió las manos y sus trenzas se sacudieron mientras negaba.

—¿Qué?

—No evaluaré este ejercicio. El próximo día repetirá la práctica, señorita Lee —volvió a decirle con un tono firme que indicaba que no había lugar a discusión.

—Pero lo he hecho perfecto, no lo entiendo, profesora.

—¿A cambio de qué? De que ahora apenas pueda sostenerse en pie. Siempre hay que encontrar un equilibrio, Lee. Hemos terminado.

Rain abrió la boca, pero Kêt ya estaba saliendo por la puerta trasera hacia la torre de profesores.

Se levantó sintiendo las rodillas flojas, cogió su maletín y salió del aula furiosa. Su siguiente clase era Lengua Antigua, la última del día. Solo fue capaz de avanzar unos metros hasta que tuvo que pararse y pegar la frente a la fría piedra de una de las columnas, sentía que en cualquier momento iba a desplomarse. El cuerpo le ardía y la camisa se le pegaba a la piel sudorosa. Necesitaba tomar algo de azúcar.

—Eres increíble, casi quedas por encima de Blake —oyó voces acercándose por el pasillo acompañadas de pasos.

Rain intentó enderezarse, si seguía así llegaría tarde. Seguramente Aiden y Jun ya estarían en el aula. En cuanto dejó de sujetarse a la columna, trastabilló y chocó con Jonsson.

—Perdona —se disculpó.

Ella la miró, le dedicó una mueca entre la cortesía y el desagrado, y siguió hablando con su amiga. Rain retrocedió y unas manos la sujetaron de los hombros. Miró hacia arriba y se encontró con Blake, que tenía el ceño fruncido, para variar. Arrastró la mano izquierda hasta su cuello y le presionó la piel.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó en ese tono suave y frío que lo caracterizaba—. Te va a estallar el corazón —le indicó, notando su pulso.

Rain apoyó la espalda en su pecho usándolo para sostenerse.

—Práctica de magia, he empleado demasiada energía —dijo con un hilo de voz.

—¿Por qué?

—Porque soy estúpida —se lamentó.

Blake podía sentir su respiración irregular y el temblor de su cuerpo. Rain trató de incorporarse y caminar, pero él le rodeó la cintura con un brazo manteniéndola a pegada a él.

—¿Qué haces?

—Vamos a llegar tarde.

—Lee, vas a desmayarte.

—Solo necesito algo de azúcar.

—Vamos al laboratorio a por una poción energizante.

—No —dijo ella sin fuerzas—. Nunca me he saltado una clase.

—Si quieres puedo llevarte en brazos a la enfermería cuando pierdas el conocimiento. Si lo de ayer en el desayuno llamó la atención, esto será un gran espectáculo. —La cara de espanto de Rain lo hizo sonreír—. Lo que suponía.

Rain se negaba a dejar que Blake la ayudase a caminar, pero cuando su cara perdió totalmente el color y el mundo dio vueltas a su alrededor en manchas de colores propias de un cuadro posimpresionista, y el corazón le latió al galope en las sienes, él prácticamente tuvo que frenarla en su caída.

Un segundo antes estaba viendo el pasillo girar poco a poco sobre sí mismo hasta retorcerse en una espiral, y al siguiente, sus ojos se habían apagado. Se sintió ingrávida y al abrir los ojos estaba sentada en una de las ventanas del laboratorio.

Blake rebuscó en los armarios, sacó un frasco pequeño con un líquido color champán y se lo tendió. Rain lo cogió con manos temblorosas y se lo bebió de un trago.

—Te has agotado por completo, Lee.

—He conseguido mover el cajón de una tonelada. —Blake se sentó a su lado—. Y no me digas que tú también o tendré que matarte —susurró con un hilo de voz.

—No lo he hecho —aseguró Blake casi riendo.

Ella sonrió complacida.

Se recostó contra la pared y cerró los ojos mientras su corazón recuperaba poco a poco el ritmo normal y la desagradable sensación de mareo se iba atenuando.

—Blake.

—Mmm. —El murmullo de su voz sonó distraído.

—¿Por qué nunca me llamas por mi nombre?

Rain abrió los ojos y se encontró con los de él. La estaba observando con los ojos ligeramente entornados.

—Claro que te llamo por tu nombre.

—Por mi apellido o chica Amanecer, jamás Rain. Es curioso.

Blake no le contestó. No le apetecía compartir la realidad detrás de aquello.

—¿Te sientes mejor después de lo que has hecho? —le preguntó en cambio.

—Me vas a decir que es inútil y que te parece estúpido, pero solo por ver la cara de Alberta Novak y su grupo ha merecido la pena. Tú no sabes lo que se siente al estar rodeado de gente que no te respeta y que no te ve como a un igual. Que te escupan esa palabra...

—¿Y si el respeto procede del miedo? —susurró Blake.

—Entonces que así sea.

—Algunos argumentarían que eso no es respeto.

—«Es mejor ser temido que amado, si no se puede ser ambas cosas», me dijo alguien una vez.

Blake cerró los ojos. Estaba perdido.



«Todo el mundo ve lo que aparentas ser, pocos experimentan lo que realmente eres».

MAQUIAVELO





CAPÍTULO 38



El sábado la Academia levantó el veto de salida. Casi dos semanas después no había sospechosos oficiales ni pruebas sobre la muerte de Dereck Keller. Por mucho que algunos se empeñasen en señalar a Blake, en realidad, no había nada que apuntase a él más que su animadversión hacia Dereck, pero Blake no se llevaba especialmente bien con nadie.

Rain cerró el libro que estaba estudiando mientras desayunaba y buscó a Blake con la mirada en su mesa habitual, pero lo encontró justo delante de ella. Cogió una silla vacía y se sentó junto a Aiden, que lo miró con antipatía.

Estiró la mano y le quitó el libro.

—¿Magia del orden? ¿Lee, no puedes dejar de repasar ni siquiera mientras desayunas?

—¿Qué haces? —susurró bajito, sintiendo las miradas curiosas de los que ocupaban las mesas cercanas.

Blake hizo girar una manzana en su mano izquierda y se la llevó a la boca.

—Desayunar.

Un segundo después, Kane se sentó al lado de Rain, frente a Aiden, que casi tiró su té al verlo. Se pasó una mano por el flequillo con disimulo.

—Nadie os ha invitado —masculló.

—Sigo sin comprender qué has visto en él —le dijo Blake a su amigo, mirando a Aiden por encima del hombro.

—Yo tampoco comprendo qué ha podido ver Rain en ti —contestó Aiden sin achantarse—. Nunca ha sido superficial.

Blake arqueó una ceja rubia.

—¿Lee me considera atractivo?

—Desde luego, no brillas por tu personalidad —respondió Aiden por lo bajo.

—Ya, una pena que Kane sí que te haya escogido a ti por la tuya —rebatió, y le dio otro mordisco a la manzana.

Los hombros de Aiden se elevaron orgullosos al principio, pero no tardó en mirarlo contrariado.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene un gusto pésimo para los tíos.

Las mejillas de Aiden se sonrojaron de rabia.

—Bueno, Rain solía tener buen gusto, pero, claro, cuando se ha enamorado del mejor tío posible, es normal que sus otros intentos hayan sido mediocres. Aunque, sin duda, prefería a Arthy antes que a ti.

Tres pares de ojos se dirigieron a ella. Blake volvió a arquear una sola ceja al tiempo que inclinaba la cabeza ligeramente hacia un lado. Su mirada la hizo estremecer.

—¿Quién es Arthy? —pronunció su nombre con un tono entre la burla y la repulsión.

—¿Con cuántos chicos has salido? —le preguntó Aiden al mismo tiempo a Kane.

—Me gustaba más cuando se peleaban —susurró Diop en dirección a Rain.

Ella recogió su bandeja y su libro, y les dedicó una sonrisa alentadora.

—Será mejor que os dejemos para tener esta conversación.

—Aiden, no me mires así o pensaré que estás celoso. —Oyó Rain que decía Kane según se alejaba.

—¿Celoso, yo? —bufó su mejor amigo—. Pues... pues como si has estado con cincuenta tíos, me da igu... No habrás salido con cincuenta tíos, ¿verdad?

Blake alcanzó a Rain a la salida del comedor, a pesar de que era fin de semana y no tenían que llevar el uniforme, llevaba una camisa blanca con corbata negra, americana, falda, medias y unos mocasines con calcetines. Blake se llevó una mano a la boca para tapar su risa, era tan meticulosa que casi resultaba tierno.

Rain levantó la mirada hacia él, sus pestañas arañaron el cristal de las gafas.

—Tenemos que hablar —dijo bajito.

Estaba lloviendo a cántaros, así que el exterior quedaba descartado.

—¿Biblioteca?

La sección del Caos, con sus pasillos abigarrados y sus recovecos oscuros era el lugar más tranquilo y discreto. A algunos les bastaba con una mirada de Blake para alejarse lo máximo posible. Incluso sus compañeros del Crepúsculo tenían un respeto casi temeroso por él.

Blake se apoyó en una estantería con las manos en los bolsillos. Rain lo observó. Llevaba el jersey negro remangado mostrando sus antebrazos, la ropa siempre parecía dibujada sobre su cuerpo, le

quedaba ajustada en las partes indicadas y holgada en las que debía estarlo.

Se fijó en que tenía una cicatriz de un tono ligeramente más claro que su piel encima de la clavícula derecha, seguramente de algún duelo de combate de destreza. Jun tenía algunas parecidas. Y otra en la barbilla, aunque esa debía de ser por otro motivo.

En todo ese tiempo, Rain no se había fijado en ella, pero lo cierto es que nunca se había entretenido en el rostro de Blake tanto como le hubiera gustado. Al principio porque se había sentido intimidada, y después, porque observarlo la dejaba algo noqueada y temía que su cara expresase más de lo que debía; como que él le parecía atractivo.

—¿Cómo te la hiciste? —se le escapó la pregunta.

Blake siempre hacía que su razón bajase la guardia, y otras emociones, en este caso la curiosidad o la fascinación, tomasen el control.

—¿Saliste con él? —dijo Blake al mismo tiempo—. ¿Qué?

Rain se ruborizó y se apresuró a responder a su pregunta avergonzada.

—¿Con quién?

—El chico que ha mencionado Aiden en el desayuno.

—Ah... Arthy. Bueno, se podría decir que sí.

—¿Por qué?

Rain apartó la mirada de él.

—Porque Jun empezó a salir con una chica y... pensé que era una buena manera de superarlo. No duró demasiado, me arrepentí mucho de que mis primeras veces no fuesen con alguien a quien quisiese de verdad. Él no tenía la culpa, aun así. Arthy es un buen chico.

En realidad, Rain lo dejó porque, después de acostarse con él, sintió un vacío enorme, y la dolorosa certeza de que no había dejado de desear que el lugar de Arthy lo ocupase Jun. Y estar con alguien así era rastrero.

Blake se sintió desarmado por la dulzura y la tristeza de su tono al hablar del pasado. Realmente parecía sentirse mal por ese chico.

—¿Cómo era su nombre?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Por si algún día me lo encuentro.

—¿Y qué piensas decirle?

—¿Decirle? —Lo pensó—. Poca cosa —contestó como si fuese una broma interna.

Rain no supo discernir si Blake hablaba en serio o estaba burlándose de ella.

—Bueno, podemos hablar de lo importante. Tenemos vía libre para ir al lago.

—¿Es esta tu forma de superar a Jeong? —dijo Blake, dando un paso hacia ella.

Rain cogió aire. Blake tenía una forma muy particular de ocupar toda la atmósfera a su alrededor, ni siquiera tenía que estar cerca, podía hacerlo solo con mirar. Y cada célula de su cuerpo reaccionaba como si un animal peligroso estuviese al acecho y el miedo y la adrenalina se disparaban por su sistema nervioso y a la vez una anticipación dulce le bajaba por el estómago hasta los dedos de los pies.

—¿Qué forma?

—Ya sabes la chica buena que busca averiguar la verdad sobre la desaparición de su compañera de habitación y se alía con el chico malo. Una manera de mantener la mente ocupada. Un chute de adrenalina.

Rain entornó los ojos mientras su expresión se volvía seria.

—¿Y qué más te da cuáles sean mis motivos? Tú me has utilizado para intentar hacerle daño a Jun.

Él tuvo la deferencia de no negarlo.

Los músculos de la mandíbula de Blake se apretaron y sus ojos fueron acero líquido sobre ella. Su corazón se retorció herido y el aire en sus pulmones escoció. Dio un paso hacia atrás poniendo distancia entre los dos.

—Iremos esta noche —declaró—. Sabes cómo abrir la puerta, ¿verdad?

—Sí.

—No sé cómo de grandes serán los túneles y si encontraremos el libro a la primera.

—¿No crees que ir hoy es muy precipitado? Todavía tenemos la posibilidad de vigilar y que alguien use la entrada de aquí.

—Ya lo hicimos ayer y no conseguimos nada, y ni siquiera podemos estar completamente seguros de que sea ahí.

Los ojos de Blake eran fríos y distantes. No había ido a aquel lugar a hacer amigos, tampoco a estudiar. Se impacientó consigo mismo por dejarse distraer. Tenía que enfocarse en lo que de verdad había ido a hacer allí; llevar a cabo su venganza.

—Si no quieres venir, lo haré solo —espetó.

Rain tensó los hombros con indignación.

—No. Yo soy la que ha descifrado las runas y la que ha averiguado el hechizo. No vas a dejarme fuera. No te daré la información que tengo.

Blake soltó un sonido hastiado.

—No te dejo fuera, pero si tienes miedo no pienso presionarte, Lee.

—¿Tienes algún plan? —dijo ella, tratando de sonar más segura de lo que se sentía.

—Que no nos pillen, chica Amanecer.



Rain no quería ni imaginarse lo fría que debía de estar el agua a mitad de noviembre; si los pillaba tendrían una hipotermia en minutos. Escondió bien su bolsa entre los helechos que bordeaban el lago.

Iba vestida con la ropa que usaba para la asignatura de Entrenamiento y una sudadera oscura de Blake que le iba grande.

La noche fue extendiéndose poco a poco mientras observaban entre las sombras de los árboles. Llovía a mares. Iba a ser un milagro conseguir un haz de luna.

Blake le subió la capucha.

—Si hay alguien ahí dentro no podemos dejar que nos reconozca.

A Rain el corazón le iba muy deprisa y tenía un nudo en el estómago. Se sentía fuera de sí misma, como si estuviese viviendo aquello de forma ajena. Una espectadora de su realidad.

«¿De verdad que iba a hacer aquello?», se preguntó. Ella siempre había sido de aquellas personas que se mueve mejor en la teoría que en la práctica. ¿Y si se quedaba bloqueada? Aquello no era como responder a las preguntas de un examen que se sabía de memoria. Aquello era la vida real y nunca estaría lo suficientemente preparada para enfrentar todos los escenarios posibles.

Blake vio el brillo del pánico en sus ojos.

—Lo abriré yo, espérame fuera —ordenó.

Estaba más cortante y frío de lo habitual desde esa mañana. Pero todavía no había conseguido adivinar qué podía haberle molestado

de su conversación o quizá solo estaba nervioso, igual que ella, y era su forma de exteriorizarlo.

Blake se metió en el agua, era tal la oscuridad que no se lo distinguía todo vestido de negro.

—El cielo está muy cubierto, Blake.

Él no contestó. Se iba a congelar a ese paso.

Rain tenía un mal presagio con todo aquello, una sensación enrarecida retorciéndose en su estómago. Pero sabía que él no la escucharía. Y alguien tenía que ser la parte racional de ambos.

Podría simplemente haberse desentendido, pero no había llegado tan lejos para echarse atrás en el último momento. Y Rain no se consideraba a sí misma una cobarde. Aunque estaba asustada, lo haría, porque de eso iba la vida. Sobre todo, la que ella perseguía.

Miró a su alrededor mientras pensaba. Tenía que despejar las nubes al menos un poco. Se fijó en la arena a sus pies. Hidden estaba a unos cincuenta kilómetros del mar. Las posibilidades eran remotas, pero quizá funcionase.

Estiró los brazos y los movió en círculos haciendo que la arena se levantase en espirales, rezó para que tuviese una cantidad de sal significativa. La comprimió dejándola flotar delante de ella y le dio el calor suficiente para que no se transformase en cristal y pudiese luchar contra la lluvia. Le lanzó un ataque repeledor con todas sus fuerzas enviándola hacia el cielo.

—¡Prepárate! —le gritó a Blake.

Mucha de la arena cayó con las gotas de lluvia, pero una parte llegó arriba a las nubes y abrió un diminuto hueco por el que se coló un haz de luz. Blake lo capturó con su reloj de pulsera y mientras conjuraba el hechizo de empuje, como Rain le había explicado, apuntó al centro del lago.

El agua comenzó a separarse y ella echó a correr a toda velocidad hacia Blake. De algo servían las tortuosas clases de Defensa y Entrenamiento, porque no se le hicieron tan difíciles los doscientos metros hasta la puerta.

Tenían que darse prisa en abrirla antes de que los atrapase el agua.

—Espero que funcione —murmuró.

—Lo hará —dijo él como si no dudase ni un segundo de sus capacidades.

Rain juntó las palmas en horizontal delante de su pecho hasta que se tiñeron de su aura rosácea y trazó el cuadrado de la puerta mientras su boca murmuraba el hechizo en lengua antigua.

—*Agored doras, cedo ava me*.

Imaginó la piedra cediendo y abriéndose, invitándolos a pasar.

Las runas brillaron una a una mientras ella seguía repitiendo las palabras, obligándolas a ceder ante sus deseos.

El agua comenzó a caer. Blake no se movió ni un centímetro.

—*Agored doras, cedo ava me*.

Rain empujó la palma derecha hacia delante como si golpease algo y la puerta retumbó desplazándose hacia atrás.

Blake la agarró del brazo y tiró de ella rápidamente mientras con la otra mano empujaba la puerta con fuerza para abrirse paso. Un segundo después estaban en un pasillo oscuro que parecía no tener fin, y la puerta se cerró a sus espaldas, sellándolo del agua.

Rain chasqueó los dedos prendiendo una pequeña llamita para iluminar. El fuego se reflejó en los ojos de Blake, que la observaban voraces. Como de costumbre transmitía la sensación de ser un agujero negro devorando la luz, como el ocaso de un día, y ella sentía, a veces, que deseaba consumirla con esa misma intensidad.

La estaba mirando como si hubiese materializado un deseo. Sus ojos tenían un brillo mortal y a la vez sereno, como la pausa entre colocar una flecha en la cuerda de un arco y lanzarla.

—Vamos —dijo, girando la cabeza, e inició la marcha.

Ella dejó escapar un suspiro silencioso e intentó deshacerse de la sensación abrasadora que le había dejado aquella mirada.

El pasillo estaba húmedo y encharcado. Caminaron un tramo hasta un lugar que les pareció el equivalente a estar debajo de la Academia, y entonces unas escaleras estrechas y resbaladizas aparecieron delante de ellos. Arriba había una puerta de madera, que por suerte no tenía runas y pudieron abrirla con un hechizo de apertura sencillo.

El espacio estaba pobremente iluminado por antorchas y parecía un laberinto, tenía una cruceta de bóvedas que se dividía en tres caminos, aparte del que estaban usando ellos, y estos pasillos se dividían en más. Se preguntó si Maya estaría por allí en alguna parte.

—Es una trampa para intrusos —dijo Rain.

Blake se tomó un momento para pensar.

—Si la otra entrada está en el pasillo de la parte trasera del castillo y hemos venido del noreste, entonces... —Entrecerró los ojos mientras estudiaba el espacio—. Creo que debería estar por allí.

—Encontrar el libro aquí nos puede llevar horas, por no decir días —murmuró Rain.

—Entonces volveremos las veces que haga falta.

Se toparon con otra puerta de madera idéntica a la que habían cruzado.

—¿Crees que dará a las escaleras de entrada a la Academia?

—Puede, pero no la vamos a abrir por si alguien la utiliza y percibe que está forzada.

Rain se colocó de espaldas a la puerta como si acabase de cruzarla y estudió los pasillos abovedados de piedra.

—Vale, si esta es la entrada principal y la que suponemos que más se usa, los lugares importantes no deben de estar muy lejos.

Rain memorizó todos los giros que hacían para saber encontrar el camino de vuelta, trataba de fijarse en pequeños detalles discordantes en cada nueva intersección para trazar un mapa en su cabeza.

Y entonces llegaron a unas escaleras que descendían a un espacio pentagonal rodeado de librerías. Había siete asientos de madera con respaldos altos y los mismos símbolos de la puerta de piedra y la urna que había usado el sacerdote *Usum* grabados en ellos. El que más destacaba era algo así como un sol superponiéndose encima de otra circunferencia; podría significar la oscuridad, imaginó Rain. Una aurora quizá...

—¿Crees que podría estar aquí? —susurró.

Blake bajó las escaleras y se acercó a una especie de atril que había en el centro del pentágono. Había un libro escrito en lengua antigua, aunque su aspecto era moderno.

—¿Puedes leer lo que pone? —le preguntó a Rain, que se aventuró a bajar.

—Parecen consignas, plegarias a la... —lo pensó un poco mientras leía— muerte. Habla de renacer y de un poder superior. Hay una palabra aquí que no entiendo «s-i-d-h» —deletreó. Rain se esforzó por traducir las palabras que conocía, aunque no era capaz de formular el sentido de las frases—. Algo de un mundo prometido, de la verdadera tierra o de la tierra robada, no sé bien. Si pudiese llevármelo sería capaz de traducirlo con exactitud.

Blake estudió el libro con la frente arrugada.

—Este no es el que buscamos.

Se giró y comenzó a mirar por las estanterías. Rain no era capaz de apartar la mirada de aquellas líneas, la irritaba profundamente no ser capaz de descifrar lo que ocultaban, y tenía la sensación de que era importante. Todo aquello parecía más y más grande cada vez.

—Blake, esto parece... —Su mano rozó una página del libro y sus palabras se perdieron cuando una cuerda le rodeó el cuello atrapándola. Rain emitió un sonido ahogado y él se giró alarmado.

Blake dio un par de pasos apresurados hacia ella y la cuerda la elevó del suelo haciendo que solo las puntas de sus pies lo rozasen. Rain movió los labios articulando la palabra «trampa». Si Blake se movía un paso más acabaría completamente colgada.

Él parecía desesperado mientras miraba a su alrededor. Debían de haber accionado algún hechizo al entrar en el pentágono, tocar el libro del atril o acercarse a la estantería.

Rain trató de agarrar la cuerda con las manos y hacer fuerza para levantarse, pero nunca había sido muy atlética, así que falló. Intentó prender una chispa de fuego para quemarla y se apagó al instante.

—La cuerda tiene un contrahechizo —dijo Blake, adivinando lo que acababa de ocurrir. La magia no funcionaría contra ella, una vez la tocase el hechizo moriría.

Rain jadeó desesperada, cada vez le costaba más respirar y le dolían los músculos de las piernas del esfuerzo de mantenerse estirados, para apenas sostener su peso sobre los dedos de los pies. Sus ojos se abrieron como si acabase de tener una revelación.

Blake se sentía impotente, deseaba lanzarse hasta ella para ayudarla, pero estaba atrapado.

—Haz... lo ma... nu... al —consiguió decir Rain tratando de que comprendiese la idea que acababa de tener.

Y entonces Blake lo entendió. Solo necesitaba prender fuego a algo y lanzarlo contra la cuerda y ya no sería un hechizo, sino algo

natural. Blake estiró el brazo, cogió uno de los libros y arrancó una hoja que dobló hasta transformarla en una especie de flecha.

—Tienes que esquivarla cuando caiga —le advirtió a Rain, que hizo un gesto de comprensión con los ojos.

Blake prendió fuego a la flecha de papel y la lanzó certera contra la cuerda, al tiempo que Rain se impulsaba sobre la punta de los pies para balancearse a un lado. Solo una chispa quemó la cuerda, no lo suficiente para cortarla.

Las piernas de Rain comenzaban a fallar por la falta de oxígeno y cada vez le costaba más sostenerse, y Blake se dio cuenta de que si tardaban más acabaría perdiendo el conocimiento.

Arrancó otra hoja de papel y volvió a repetir el mismo proceso, varias hebras de la cuerda se rompieron y cedió. Rain usó las pocas fuerzas que le quedaban y la adrenalina de sus venas para tirar hacia abajo con todo su peso y quebrar el resto. Cayó al suelo sobre sus rodillas jadeando.

Los pulmones le quemaban y cada gota de oxígeno le supo a gloria. El alivio fue momentáneo y demasiado corto, porque al instante oyeron pasos corriendo hacia ellos. Debía de haber saltado una alarma.

Blake la cogió del codo y tiró de ella hacia arriba para ayudarla a levantarse. Los pasos venían de la dirección en la que tenían que volver.

—No pueden vernos la cara —dijo Rain, asustada; si los reconocían sería su fin.

Giraron al mismo tiempo que la persona que los perseguía alcanzaba las escaleras que bajaban a la sala pentagonal. Rain echó un breve vistazo por encima del hombro y captó la imagen de su perseguidor, cuando pasó junto al haz de luz de una de las

antorchas. Llevaba una máscara de color marfil con un rostro hierático tallado. Una capa oscura le cubría el pelo y el cuerpo.

Rain se estremeció, parecía sacado de un cuento de terror. Intentó que el pánico no la dominara, aunque lo sentía como un hierro candente sobre su pecho.

El enmascarado lanzó un hechizo de lazo contra Rain, que logró esquivarlo. Volvió a intentarlo y consiguió atraparla y hacerla caer al suelo. Rain quedó tumbada sobre el pecho apoyándose en los codos; tratando de dar la espalda al enmascarado. Respiraba de manera tan agitada que tenía la sensación de estar ahogándose.

No le quedaría otra que girarse para atacar, y entonces... estaba perdida. No veía la forma de salir airosa.

El corazón le latía tan deprisa y estaba tan angustiada que pensaba que se desmayaría. Sus manos se calentaron y no le quedó más remedio que volverse para enfrentarse a su oponente.

Era el fin.

Blake, que se había frenado un par de metros por delante, vio cómo el enmascarado se lanzaba sobre Rain en fogonazos proyectados por las antorchas. A ella se le cayó la capucha intentando defenderse y su rostro quedó completamente al descubierto.

El enmascarado dudó durante un segundo al verla, como si la hubiese reconocido. Entonces, sacó un puñal y apuntó al pecho de Rain, que luchaba por frenarlo. Pero perdía la batalla, su magia estaba débil al igual que ella. La hoja se posó sobre la sudadera y ella emitió un gemido de dolor cuando sintió el beso del acero sobre la carne.

La imagen le produjo pavor a Blake. Fue como desenterrar un objeto viejo de un baúl, hacía mucho tiempo que no experimentaba esa emoción.

—¡Rain! —chilló mientras corría hacia ella.

Era la primera vez que decía su nombre en voz alta, y a Rain se le detuvo el corazón durante un segundo, en el que el mundo se movió más despacio para acelerarse al siguiente.

Blake se lanzó sobre el enmascarado con violencia; con una brutalidad asesina. Su magia era de un verde oscuro casi negro y lo empujó haciéndolo chocar con fuerza contra una de las paredes.

Rain se palpó el pecho, por suerte el puñal solo le había hecho una herida poco profunda.

—Nos ha visto, Blake. Nos ha visto —susurró horrorizada.

Si aquellas personas eran tan poderosas como sospechaba, los cazarían aunque consiguiesen salir de los pasadizos. Rain tendría que esconderse, dejar la Academia. El cuerpo le temblaba de rabia, de ansiedad, de miedo.

—Lo sé —dijo él con calma.

El enmascarado robó el fuego de un par de antorchas y lo lanzó contra Blake, que se movió veloz esquivándolo. Rain veía la estela de sus hechizos en una danza intermitente mientras se levantaba con esfuerzo.

Blake cayó al suelo golpeado por un conjuro aturdidor, y detrás de él, a un par de metros, el enmascarado encontró la figura de Rain.

Jamás olvidaría la sucesión de ese momento. El desconocido se lanzó a correr hacia ella, todo en su cuerpo emanaba hambre y violencia y devastación. Al mismo tiempo, Blake se levantaba a toda prisa.

Y ella solo tuvo tiempo de lanzar las manos hacia delante deseando empujar lejos a la persona de la máscara.

Pero Blake lo interceptó primero. Y el puñal acabó hundido en su costado. Gruñó de dolor y cayó al suelo con el cuchillo clavado.

Y la persona de la máscara se volvió hacia Rain de nuevo.

Nunca había sido una gran guerrera y no tenía armas. Pero se negaba a aceptar que ese fuese su final.

Dio un paso hacia atrás.

Blake respiraba superficialmente, aguantando el dolor.

No era buena guerrera, pero era una magnífica hechicera, se recordó.

Juntó las manos delante del pecho, luego las abrió lentamente, arrastrando los dedos por las palmas, y las elevó creando unos hilos de magia. Al igual que había hecho en la clase de Magia del Orden.

El pelo se le sacudió al tiempo que su visión se teñía de rojo, e imaginó que el enmascarado era tan liviano como una pluma.

Las llamas de las antorchas titilaron haciendo que las sombras se movieran por el pasillo.

Rain empujó el hechizo contra el enmascarado, que trató de repelerlo. La mente de Rain se quedó en blanco. Se desconectó del resto de su ser y su cuerpo se movió automáticamente como si otra persona lo hubiese ocupado. Se sintió fuerte, poderosa, tanto que solo quiso más y más. De nuevo hambrienta, de nuevo extasiada.

Los pies del enmascarado se elevaron y su escudo se hizo más resistente.

El aura de Rain se oscureció adquiriendo un tono casi magenta, la piel se le perló de sudor y gruñó por el esfuerzo mientras empujaba sus manos, el sonido se amplificó por el eco y pareció llenar el lugar como si una bestia rugiese. Y entonces el escudo del desconocido cedió. Rain lo notó en los brazos, que por fin pudo proyectar al completo hacia delante. Elevó el derecho hacia arriba con rapidez y luego hacia abajo con violencia; sin pensarlo, solo por puro instinto.

El enmascarado se movió al mismo tiempo, golpeándose primero con el techo y luego con el suelo. Liviano, como si acabase de lanzar un muñeco de trapo. El crujido del cuello al romperse reverberó en

el pasillo y Rain salió del trance en el que se había sumido. Aspiró con fuerza mientras parpadeaba algo descolocada. Le llevó un momento ubicarse por completo. Observó la escena impactada y cayó de rodillas mientras jadeaba consternada.

Durante un terrorífico minuto no oyó nada. Solo hubo silencio y el eco de aquel chasquido. No necesitaba acercarse para saber lo que había hecho.

Rain boqueaba con el rostro cubierto de lágrimas.

Blake se arrastró hasta el cuerpo inerte y le quitó la máscara para descubrir su rostro.

A Rain se le paró el corazón. Y contuvo el aliento.

Era la profesora Kêt.

La visión de su cara la hizo perder el equilibrio y tuvo que apoyar las manos mientras sentía una arcada.

«La he matado», se dijo.

Su cuerpo se sacudió con violencia. Sentía tantas emociones, tenía tantas preguntas... que parecía estar a punto de colapsar, incapaz de procesarlo todo a la vez.

—Rain. Rain —la llamó Blake de nuevo—. Tenemos que... irnos antes de que venga alguien más —le costaba hablar.

Y entonces ella salió de la conmoción que aquel rostro sin vida le había provocado y volvió a ponerse en piloto automático. Accedió a la parte racional de su mente, esa que estaba llena de datos y pautas. Esa que sabía cómo actuar y que nunca la defraudaba. Se quitó la sudadera, le sacó el puñal a Blake y se la ató alrededor del costado haciendo presión sobre la herida. Las manos le temblaban mientras veía toda esa sangre. Él gimió de dolor e hizo una mueca.

Cada vez veía aquella situación más y más complicada.

—Blake —dijo asustada—. Tienes que ir a un médico, yo no sé... Todavía no controlo la magia medicinal.

Durante un brevísimo segundo recordó su idea original de traicionarle, su venganza. Blake debía tener razón y en el fondo era una blanda porque ni por un segundo consideró la posibilidad de dejarlo allí en aquel estado.

Él se había interpuesto en el camino de Kêt, la había ayudado. Si usaba esa ventaja estaría obteniendo una victoria sucia. Y la sola idea de dejarlo hizo que el corazón se le encogiese en el pecho hasta resultar doloroso.

—Primero... salgamos de aquí —dijo él.

Rain estaba desesperada. El camino de vuelta era largo y tendrían que cruzar el lago y a ella apenas le quedaban fuerzas. No veía cómo iban a poder conseguirlo.

Trató de ordenar sus ideas, esquivar la alarma creciente que comenzaba a ocupar todo su ser y obligarse a pensar con claridad y lógica durante un minuto.

Vamos, tenía que conocer algún modo, algún conjuro o hechizo...

Sus ojos vagaron por el espacio mientras descartaba y consideraba posibilidades.

El alma de la profesora Kêt se elevaba en volutas hacia arriba. Rain se levantó como un resorte y se acercó. Inhaló y exhaló. Era la única oportunidad. Le colocó una mano en el pecho y, al igual que había hecho con la luz del sol el jueves en su clase, tomó su energía.

Tabú, tomar la energía de otro sin que te la ofrezca.

Un peso que cargaría siempre en su alma, una muesca fea.

La boca se le llenó de un sabor dulce que le dejó un regusto amargo y áspero. La sensación burbujeante le bajó por los brazos hasta las yemas de los dedos, donde sintió electricidad.

Volvió con Blake. Trazó un círculo sobre la herida de su costado, mientras hacía un conjuro ralentizador. No bastaría, pero al menos

haría que la hemorragia se ralentizara. Lo ayudó a levantarse y dejó que se apoyara en ella para caminar.

Blake y Rain corrieron por los pasillos hasta que dieron con uno que ella recordaba. Tardaron al menos veinte minutos en encontrar la puerta de madera que daba a las escaleras de bajada.

Blake cada vez estaba más débil y la sangre comenzaba a empaparle la ropa. Se sostuvo en la pared, junto a la puerta de piedra que daba al lago, mientras ella intentaba volver a abrirla.

—Puedo hacerlo. Puedo hacerlo —murmuraba para sí misma.

El miedo y el instinto de supervivencia libraban una batalla encarnizada en su interior. Una parte de ella quería acurrucarse y llorar y otra la instaba a luchar hasta caer rendida.

Rezó para que el hechizo de apertura funcionase a la par con el lago, y no fuese otro distinto, o el agua los tragaría.

Colocó la palma de la mano sobre la puerta mientras pronunciaba:

—Agored doras, cedo ava me.

Lo hizo ordenándole a la puerta y al agua que se abriesen para ella.

«Ábrete, ábrete, ábrete». Apretó los dientes imaginando cómo el camino hasta la orilla se despejaba ante ellos.

La piedra cedió y se abrió con tanta fuerza que Rain tuvo que dar un salto hacia atrás para que no la golpease.

El lago ya se estaba despejando.

Los ojos de Blake estaban clavados en Rain y parecían embelesados.

—Eres de lo más fascinante, Lee.

Aquellas palabras se anudaron en su corazón y se sintió reconfortada.

—Dímelo si conseguimos sobrevivir a lo que queda de noche.

Se pasó una mano por la frente para limpiarse el sudor y él notó cómo temblaba de nerviosismo, de agotamiento, de pánico...

Blake le cogió la mano y corrió, o al menos lo intentó, con ella hasta la orilla; esquivando las piedras y plantas del lecho del lago y tropezándose ligeramente con el terreno irregular.

El agua los alcanzó llegándoles a la cintura y ambos se dejaron caer en la arena para recuperar el aliento.

Tan aliviados y cansados que no notaron siquiera las garras del frío en la piel.

—Tenemos que ir a Hidden. A mi casa —anunció Blake.



«Ámame, ámame porque ardo en mis huesos.
Ámame, ámame, la sombra cae sobre mi corazón».
ANÓNIMO





CAPÍTULO 39



El piso de Blake estaba sobre la galería de tiendas en la que se habían colado semanas atrás y Rain se había refugiado la noche de *Samhain*. Por suerte estaba en la primera planta y solo tuvieron que subir un tramo de escaleras.

No era demasiado grande, pero sí espacioso y de techos altos. Con dos balcones a la calle y una chimenea cuyo fuego Rain se apresuró a prender; ambos estaban mojados y helados.

Blake se dejó caer en un sofá marrón. Había perdido todo el color, excepto por el morado de sus labios, y temblaba ligeramente. Tenía el rostro fruncido en una mueca de dolor y le costaba respirar.

Rain encendió un par de lámparas de pie, y abrió una puerta corrediza que daba al único dormitorio. Cogió una manta. Luego entró en el baño y rebuscó en los cajones hasta dar con un botiquín. Se movió tan deprisa como pudo, dejando que la urgencia de la situación y el hecho de mantenerse ocupada y en movimiento la impidiesen venirse abajo.

Sacó las gafas de su bolsa y se arrodilló al lado de Blake. Le tomó el pulso y notó que lo tenía débil.

Se pasó una mano por la frente apartándose el flequillo que tenía pegado a la piel sudorosa. Sentía un pequeño zumbido en los oídos.

Desanudó la sudadera con cuidado y le cortó la ropa con una tijera. Tenía la herida un poco por encima de la cadera a unos cuatro centímetros del ombligo. No pudo evitar fijarse en que tenía un tatuaje de líneas finas y delgadas; la cabeza de una serpiente con la boca abierta bajaba desde su hombro derecho hasta su pecho donde había una mariposa a la que parecía querer devorar. El cuerpo del reptil parecía seguir por su espalda.

Se limpió las lágrimas silenciosas que le resbalaban por la cara con las manos temblando. Aquella noche estaba siendo la peor experiencia de su vida. Cerró los ojos y tomó unas bocanadas de aire mientras contaba para relajarse. Alguna vez habían recibido cursillos de primeros auxilios y de medicina básica y había leído sobre ello.

«Primero lavar la herida», se dijo. Cogió agua y jabón y la lavó con delicadeza. Los músculos de Blake se tensaron e hizo todo lo posible por no hacer ningún ruido de dolor. Rain rebuscó en el botiquín hasta dar con una caja de analgésicos y le hizo tragar unos cuantos, porque ahora venía la parte difícil: cerrarla. Presionó una gasa sobre la herida para evitar que sangrase en profundidad mientras pensaba.

Pócimas, ¿conocía alguna que le pudiese servir? La restauradora a lo mejor lo ayudaba después de haber perdido tanta sangre, necesitaría energía para sanar. Miró hacia la cocina. ¿Tendría los ingredientes necesarios?

Hechizos... Las opciones pasaban por su cabeza a toda velocidad como si estuviese consultando una enciclopedia en busca de una respuesta válida. Quizá uno energizante, nunca había probado uno reparador con una persona, solo con objetos... Tomó la decisión en

ese instante de que si el lunes habían sobrevivido a esta pesadilla se pondría a estudiar hechizos medicinales de forma intensa.

«Una bruja son sus capacidades, en realidad la magia es algo que fluye por nuestro cuerpo, solo tienen que encontrar la forma de materializar aquello que desean. Los hechizos no dejan de ser trucos para que nuestra cabeza sepa transformar esa energía en lo que necesitamos conseguir», les había enseñado la profesora Kêt.

Pensar en ella la hizo sentirse totalmente disociada de la realidad. Como si la mujer de los túneles no fuese la misma que les daba clases. Como si no acabase de matar a esa misma mujer.

Sintió náuseas.

Rain cogió la pomada antibiótica del botiquín y los analgésicos y fue a la cocina. Abrió todos los armarios y sacó todos los tarros de infusiones. Manzanilla y caléndula, al menos tenía algo con lo que trabajar. Puso un cazo al fuego con agua, machacó los analgésicos hasta convertirlos en polvo y echó las hierbas. Puso la mano sobre el cazo, cerró los ojos y pronunció un hechizo reparador, mientras se concentraba en transmitir toda su energía a la solución.

Ni siquiera tuvo que convencerse de que podía hacerlo, simplemente lo hizo. Era tanta la urgencia y necesidad que sentía de funcionar, de ser fuerte, de ser capaz de solucionar aquello que no tuvo tiempo de dudar de sí misma. La situación era tan grande y la sobrepasaba de tal modo que solo cabía estar a la altura, o Blake no saldría de esa noche con vida.

Después, cuando el peligro hubiese pasado, sería el momento de caer.

Miró el cazo. El resultado fue un líquido entre marrón y dorado, cogió un par de gotas y las mezcló con la pomada, que aplicó sobre la herida de Blake. Él apretó los dientes cuando sintió el contacto.

—Ya casi está... Vas a estar bien, Blake. Vas a estar bien —murmuraba Rain en una retahíla constante como si fuese un mantra.

Le puso una venda y lo arropó con la manta. Le tocó la frente, no parecía tener fiebre, lo que al menos era una buena señal. Sus dedos acariciaron una arruga que tenía en el ceño y subieron hasta su pelo, que apartó con cuidado. El gesto fue cariñoso, tierno, incluso, y juraría que lo oyó suspirar levemente.

Entonces fue su turno de ponerse un poco del mejunje en el corte que Kêt le había hecho a ella. Tenía la camiseta llena de sangre seca, aunque no mucha.

Blake, en su estado seminconsciente, apretaba los puños por el dolor. Rain entrelazó los dedos con los suyos, pensando que a ella le habría gustado que en un momento así alguien le hubiese agarrado la mano. No sentirse sola.

Y así, sentada en la alfombra y con la cabeza apoyada junto a la pierna de Blake, se quedó dormida de puro agotamiento.



Blake se despertó un par de horas después. La estancia estaba iluminada apenas por un par de lámparas. Una de ellas, la más cercana, bañaba de luz el rostro de Rain.

Su mano todavía sujetaba la de él.

Blake se fijó en la oscuridad bajo sus ojos, en las gafas que le caían torcidas sobre el puente de la nariz y en sus labios que apenas se rozaban algo entreabiertos. Era probablemente la imagen más hermosa y que irradiaba más tranquilidad que había visto en su vida.

Rain estaba hecha un ovillo, como si tuviese frío.

En la mesita de café estaba el contenido del botiquín desperdigado y el ungüento que había creado. Todavía flotaba en el

ambiente el olor de la manzanilla y la caléndula.

Blake contrajo el gesto como si algo le hubiese atravesado el pecho de lado a lado.

«¿Y si la chica buena es una villana, y si la villana es una chica buena?».

Rain se movió y parpadeó despertándose. Tardó un par de segundos en ubicarse.

—Deberías comer algo. Has perdido mucha sangre —dijo con la voz pastosa cuando vio que Blake estaba consciente.

—Y tú, mucha energía —contestó él con la voz áspera como papel de lija.

En la cocina, Rain encontró un tarro de mermelada sin abrir, un poco de mantequilla en la nevera y, por suerte, en el congelador, algo de pan congelado.

Los ojos grises de Blake la recorrieron de arriba abajo y su expresión se llenó de conflicto. Tenía ojeras oscuras y el pelo revuelto; lo que le daba un aspecto vulnerable y fiero a la vez.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó ella.

—Vivo.

Rain sonrió, fue un gesto pequeñito y cargado de alivio. Había funcionado.

A Blake el gesto dulce de su expresión lo dejó momentáneamente turbado.

Ella dejó las cosas en la mesita.

—Lee —dijo Blake, estirando la mano para tomar la de ella—. Gracias. —Su voz sonó algo ronca.

Ella apretó la mandíbula mientras tragaba. El tacto de Blake le provocó un hormigueo tan placentero como doloroso.

—Te hirió porque te pusiste en su camino para protegerme. Estamos empatados —trató de quitarle peso. Se sentó en la

alfombra sobre un cojín y Blake comió en el sofá sosteniendo su plato—. ¿Vives aquí? —le preguntó.

—Era de mis padres. Su primer apartamento. En enero, en cuanto cumplí los dieciocho, me vine aquí. La otra casa, la familiar —especificó—, es demasiado grande y... —Hizo una mueca como si hubiese pensado algo desagradable—. Prefiero esto.

Rain le dio un mordisco a su tostada pensativa.

—¿No te sientes solo aquí?

Blake se encogió levemente de hombros.

—Estoy acostumbrado a estar solo. Y no creas que Kane me deja estarlo tanto como me apetece.

—¿No te gustaba vivir con los señores Diop?

La expresión de Blake se ensombreció y Rain se mordisqueó el interior del labio nerviosa pensando que había ido demasiado lejos con su curiosidad.

—No quiero ser una carga. —Fue todo lo que él dijo, y hubo algo en su tono que le indicó que no quería profundizar más en el tema.

Rain se devanó los sesos por encontrar algo trivial que decir para deshacer aquella extraña tensión que había creado con sus preguntas.

—Vaya, pues eres casi un año mayor que yo —comentó.

—Es verdad, tú todavía tienes diecisiete —dijo él rememorando la noche que se colaron en las galerías y a ella le había dado miedo saltar desde la verja.

Rain desvió los ojos hacia Blake. Como le había cortado la ropa su torso quedaba al descubierto, apenas tapado por el vendaje, y a ella le parecía de lo más estúpido sentirse tan atraída por esa imagen.

Apartó la mirada cuando notó que se le calentaban las mejillas.

—No durante mucho tiempo más. —Apenas quedaban dos semanas para que llegase diciembre.

—¿Y qué vas a hacer para celebrarlo?

Ella se apartó el flequillo hacia los lados. Se abrazó las rodillas y sonrió algo triste.

—Jun, Aiden y yo siempre salimos el día cinco a ver la decoración de Yule, nos metemos en algún *pub* de mala muerte, en el que no nos pidan el carné, hasta el amanecer, y pillamos unos bollos con chocolate caliente de camino a casa; ya el día seis.

Los ojos de Blake resultaban abrasadores sobre su piel a la par que tristes, así que se puso de pie con prisa y recogió los platos para huir rápidamente del salón.

Cuando volvió lo vio hacer una mueca de dolor. Tenía la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el respaldo y los ojos cerrados con fuerza.

—Deberíamos dormir. Te daré analgésicos para el dolor —dijo ella mientras pasaba por detrás del sofá para ir a cogerlos.

—Rain... —murmuró él, y sus párpados aletearon abriéndose.

Ella se frenó, perdida en sus ojos del color del cielo en otoño. Al tener la cabeza echada hacia atrás la forma de la nuez se le marcaba y vio como tragaba antes de decir:

—Lo que has hecho... Podrías haberme dejado allí y... ¿Por qué?

Rain lo observó, parecía distinto, vulnerable como nunca lo había visto. Y comprendió que amarlo sería como rendirse a la oscuridad misma: tan devastador como hermoso, tan aterrador como irresistible.

Le recordó a ese cuadro: *El ángel caído*.

Empujó la idea fuera de su mente y le llevó las pastillas.

Rain observó cómo Blake se las tomaba con la mirada clavada en la serpiente de su pecho. Era curioso que siempre lo había asociado con aquel animal, ya fuera por la metáfora del mal que a veces le parecía que encarnaba, o porque le recordaba a una de ellas.

No pudo evitar estirar la mano hasta acariciar el tatuaje, y a Blake se le erizó la piel al tiempo que se le quedaba el aire atascado en la garganta.

—¿Es así como te ves? —preguntó Rain.

—A mí no, al mundo —respondió mirándola.

Los dedos de Rain eran suaves, su caricia tan delicada que Blake podría haber imaginado la sensación si no le estuviese quemando hasta los huesos.

—Es trágico y hermoso —susurró casi para sí misma.

—Las mejores cosas lo son.

Rain sonrió y apartó la mano. Blake sintió aquel gesto como si acabasen de arrancarle una parte esencial de su ser. El vacío fue indescriptible y casi deseó suplicarle que volviese a tocarlo.

—Justo como se siente enamorarse, Ash Blake, hasta podría decirse que sabes lo que se siente, aunque los dos sabemos que no es así —bromeó ella, bostezando—. Deberíamos dormir.

Blake se puso de pie con dificultad. Rain trató de no mirar cómo los músculos se le movían bajo la piel, tensándose. Intentó no prestar atención a su deseo de acariciarlos.

—¿Adónde vas?

—A la cama —contestó él, como si fuese obvio.

Rain se frotó el ojo derecho y miró la sala.

—Yo... —El sofá estaba manchado de sangre—. ¿Dónde dormiré yo?

—En la cama —explicó Blake.

—¿Contigo?

—Solo hay una.

Rain torció gesto.

—Sería cortés que te ofrecieses a dormir en el sofá teniendo en cuenta que te he salvado la vida y todo eso.

—¿Alguna vez te he parecido cortés, Lee? ¿Te da miedo dormir conmigo? —dijo dando un paso hacia ella.

Rain solo podía mirar las líneas marcadas de su pecho. Estaba tan cansada física y mentalmente que no era capaz de hilar dos pensamientos coherentes juntos.

—No. Yo... nunca he compartido cama con un chico, ni siquiera con Jun o Aiden.

Blake achicó los ojos.

—¿Y aquel con el que saliste?

—No dormimos juntos —respondió ella, con las mejillas tiñéndosele de carmín.

Blake sonrió con malicia y suficiencia.

—Tranquila, chica Amanecer, prometo no comerte —bromeó, aunque algo en su tono, profundo y aterciopelado, la hizo estremecerse.

Rain le cogió ropa prestada a Blake y se quitó la suya manchada de sangre, agua del lago y barro. Le pesaban los párpados, pero tenía miedo de cerrarlos y encontrarse con sus pesadillas.

Blake, tumbado bocarriba a unos centímetros de ella, oyó como la respiración de Rain se iba relajando conforme el cansancio la vencía.

—Ash... —le dio la impresión que decía ella y se le erizó el vello—. ¿Se puede querer a alguien con un corazón oscuro?

La pregunta lo sacudió llevándose las telarañas del sueño. ¿Se refería a él?

La idea de que Rain lo quisiese le provocó vértigo. Y de pronto se encontró en una caída libre.



«Y si miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti».

NIETZSCHE





CAPÍTULO 40



Rain caminaba por un pasillo oscuro, alguien la perseguía o ella perseguía a alguien. Trataba de correr lo más deprisa que podía, pero no parecía avanzar. Las paredes se inclinaban como si el mundo se estuviese moviendo.

Y entonces cayó a un lago profundo de agua negra.

Luchó por volver a la superficie angustiada. Arriba vio el reflejo de una persona. Nadó desesperada por pedir ayuda.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquello no parecía agua y de que su color era de un granate brillante como el de una piedra preciosa.

Aun así, acertó a ver el rostro de quien se asomaba: Jun.

Estiró la mano, que salió del agua cubierta del líquido viscoso, y él se apartó asustado. Gritó su nombre, pero lo único que consiguió agarrar fue su colgante.

Y entonces volvió a hundirse.



«Vuelve a la Academia y actúa con normalidad».

Esa fue la nota que encontró Rain el domingo en el apartamento de Blake cuando se despertó.

Tres días más tarde seguía sin saber nada de él. Parecía que se lo hubiese tragado la tierra.

—Kane dice que Blake se está recuperando de un resfriado. No pensaba que los de su clase cogiesen enfermades tan mundanas —comentó Aiden.

—¿Y qué clase de enfermedades crees que pillan «los de su clase»?

—No sé, la rabia, por ejemplo.

Rain sacudió la cabeza.

—Eres tan ridículo a veces.

Lo peor de la desaparición de Blake es que Rain no podía hablar con nadie de lo que estaba sucediendo. O del miedo y la paranoia que la asediaban.

El lunes ir a la clase de la profesora Kêt le había costado vomitar todo el desayuno en el baño y casi volver a vomitar en la puerta de la clase. Rain prácticamente la había visto llegar a la tarima, con sus largas trenzas sacudiéndose en su espalda, girarse hasta encontrarla en su sitio habitual, y señalarla mientras la llamaba asesina.

Sin embargo, no había sido Kêt quien había aparecido, sino la directora Blean. Lo que había provocado murmullos de desconcierto.

—Dominique no seguirá siendo vuestra profesora de Magia del Orden y tutora. Lamentablemente ha tenido que marcharse por un asunto personal muy urgente. Ayer mismo nos lo comunicó a través de una carta. Decía que sentía no poder despedirse apropiadamente, pero que espera que vuestros caminos y el suyo puedan volver a cruzarse en algún momento.

Rain había sentido cómo se le cristalizaba la sangre en las venas. Una carta, había dejado una carta igual que había hecho Maya. Y

ella sabía, a ciencia cierta, que no volverían a cruzar sus caminos con Kêt porque estaba muerta. Porque ella misma la había matado en los túneles.

Aquella fue la confirmación de sus sospechas. El hecho que conectaba los pasadizos, el libro del Otro Lado, el culto Ereshkigal, la detención de Ambrose Blake y la desaparición de su compañera de habitación.

La esperanza de encontrarla viva se desplomó. La idea hizo que le ardiesen los ojos por culpa de unas lágrimas furiosas y cargadas de frustración.

Los que estaban detrás de aquello parecían personas muy peligrosas y poderosas. Lo suficiente para ser capaces de cubrir la muerte de una profesora de la Academia, de orquestar una excusa creíble y fundamentada.



Durante los días siguientes la paranoia no había hecho más que aumentar. Sentía que había ojos en todas partes observándola, vigilando sus movimientos, como si supiesen que había sido ella. Era imposible, pero no podía deshacerse de aquella sensación espeluznante.

—¿Cómo van las cosas con Kane? —le preguntó a Aiden.

Estaban en el salón común de la torre del Amanecer estudiando. Bueno, ella intentaba estudiar mientras Aiden ojeaba una novela gráfica.

—Es... —Se quedó sin palabras. Estaba cada vez más pillado, era innegable. Enamorarse de Kane era fácil por su carácter carismático, amable, dulce, por su atractivo... Todo lo contrario que él. Todavía

no comprendía qué había podido ver Kane en un chico desgarbado y arisco como él.

A veces lo echaba tanto de menos que salía a vagar por los pasillos cerca de la torre del Crepúsculo para fingir que se lo encontraba por casualidad. A veces soñaba despierto con que era sincero y le decía que estaba colado por él y se dejaba llevar. A veces soñaba con que lo presentaba como su pareja, con que se permitía quererlo y eso lo hacía tan feliz que sentía ganas de llorar.

—Mi padre y yo no tenemos la mejor de las relaciones, pero si se entera de que tengo algo con alguien del Crepúsculo, me quitará su apellido.

—Tu padre debería aceptar a cualquiera que te quiera y al que tú quieras. De hecho, debería estar absolutamente feliz por ti.

—Nada es tan bonito. Pero Kane es paciente, nunca me presiona. Me da miedo...

—¿Perderlo?

Aiden asintió.

—Sé sincero con él. Dile que es la reacción de tu padre la que te preocupa y cuéntale cómo te sientes.

—Quiero que funcione —murmuró Aiden.

Los dos suspiraron.

Rain volvió a su libro de Fuerzas Arcanas, pronto tendrían examen. Le costaba concentrarse, tenía en su cabeza los recuerdos del fin de semana. Los túneles, el apartamento de Blake, aquel tatuaje...

Se sentía un poco rota; completamente perdida. Y no había nada que la asustase más que no tener certezas. Para ella, que siempre tenía todas las respuestas, aquella era la peor sensación imaginable.

Todo lo que había creído conocer del Mundo Fuera de lo Normal se había desmoronado. Blake tenía razón, había sido muy ingenua.

Ya no sabía quién era ella después de lo que había hecho. Ni siquiera podía contárselo a Aiden y mucho menos a Jun, y eso la hacía sentirse sola. Se había mirado al espejo esperando ver un trazo de sus pecados dibujado en su piel, alguna muesca que la desfigurase. No había encontrado nada, pero no se había sentido más tranquila. Sabía que, por dentro, su alma tenía una parte podrida, igual que una manzana perfecta, roja y brillante que esconde una parte fea, blanda y marrón. Y esa mancha acabaría extendiéndose hasta infectarlo todo.



Blake volvió a aparecer el jueves en Defensa. Rain se acercó disimuladamente hasta colocarse a su lado.

—¿Cómo te encuentras?

Él no la miró. Parecía distante.

—Estaba preocupada. ¿Por qué te fuiste el domingo sin decirme nada?

Blake no le contestó.

—Tenemos que hablar de... —insistió ella.

—¿No te cansas nunca? —Oyó que murmuraba Blake, hastiado.

Rain se quedó pasmada mientras él se alejaba.

El profesor Li los puso por parejas para practicar formas de desarmar al contrincante. Y a Rain le tocó con Jun. La incomodidad se podía palpar en el ambiente. Ambos se limitaron a seguir el ejercicio con la mayor diligencia.

Rain fue la primera en atacar. Avanzó hacia Jun con la espada trazando un arco. Él reaccionó casi con calma parando el golpe.

Una vez que hubo bloqueado el ataque de Rain, Jun dio un paso al frente y, con un movimiento ágil, deslizó su pierna derecha entre

las de ella. Desequilibró a Rain con un giro casi imperceptible de cadera que la hizo perder estabilidad.

Rain sintió el suelo ceder bajo sus pies, su cuerpo se inclinó hacia atrás sin control y cerró los ojos por instinto para recibir el golpe, pero antes de que cayese del todo, Jun la sujetó con una mano firme sobre su espada, sosteniéndola a centímetros del suelo.

—Me has dejado una apertura muy clara para derribarte, Rain. Deberías usar la diferencia de altura a tu favor, teniendo en cuenta mis puntos débiles —le explicó.

Ella asintió, y él tiró hasta colocarla de nuevo en posición vertical. Rain retrocedió y trató de hacer lo que le había dicho.

Lanzó un corte lateral hacia Jun apuntado a su cadera, pero él lo desvió con un movimiento fluido, haciendo retroceder su espada apenas lo necesario para evitar el impacto. Aprovechando el momento, Jun giró su muñeca rápidamente y deslizó su hoja a lo largo de la espada de Rain, enganchándola en su guarda.

Jun aplicó presión moviendo la muñeca y le arrancó la espada de las manos. El arma voló en el aire sacudiéndose antes de caer al suelo con un ruido sordo. Rain siguió la trayectoria con la mirada y cuando volvió a centrar su atención en Jun, él ya la estaba apuntando al pecho. Los ojos castaños de la chica transmitían una silenciosa admiración.

Era de las primeras cosas que le habían atraído de Jun, que lo que a ella le resultaba muy difícil, casi imposible de hacer, para él era sencillo, prácticamente natural.

Y esas partes que admiraba de su mejor amigo habían hecho que se enamorase de él, porque además de ser amable y guapo, era fascinante y alguien de quien podía aprender.

En ese momento las recordó, todas las cosas que le gustaban de Jun. Vinieron como un torrente y fluyeron por su cuerpo como una

presa abierta.

Cuando le tocó a él ser el atacante, Rain fue incapaz de desarmarlo y acabó resbalándose hacia atrás. Jun estiró la mano y la agarró del brazo, pero eso solo hizo que los dos cayesen al suelo.

Se miraron un momento a los ojos y sus bocas esbozaron una sonrisa divertida. Y Rain se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Hasta hacía unos meses Jun ocupaba una parte muy importante de su vida y ahora apenas hablaban. La tristeza y la nostalgia se mezclaron, dos sensaciones azules que la colorearon.

—Jun, no quiero que estemos incómodos el uno con el otro —dijo mientras él la ayudaba a ponerse de pie.

—Yo tampoco. El otro día me comporté como un capullo... —Se rascó la nuca, y Rain se fijó en que le había crecido el pelo, que comenzaba a ondulársele en las puntas. Estaba muy guapo y parecía más mayor, menos niño—. La verdad es que estoy celoso.

Rain levantó las cejas. Aquellas palabras habían salido definitivamente de la boca de su mejor amigo, pero no entendía por qué podría estar celoso.

—¿De qué?

Jun tragó, parecía turbado, como si lo hubiesen pillado desprevenido.

—De... de que *él* pueda ocupar mi lugar en tu vida, supongo —contestó algo inseguro.

Rain suspiró. Una pequeñísima parte de sí misma había creído que el motivo podía ser otro. Aun así, su respuesta le provocó cierta ternura.

—Supongo que tiene que ver con haber venido aquí y haber conocido gente nueva. Los tres dábamos por hecho que todo seguiría igual y a lo mejor fuimos un poco ingenuos. Pero que las

cosas cambien o que nosotros lo hagamos, no quiere decir que dejemos de ser importantes los unos para los otros.

Su madre no tenía relación con sus amigas del colegio o del instituto, alguna vez les hablaba de ellas cuando mencionaba esa época. Pero Rain solo conocía a las amistades que había hecho en la universidad y en el trabajo. «Creces, experimentas cosas nuevas, cambias y ellas también lo hacen y estáis lejos y simplemente te distancias. Ya no sois las personas que erais cuando os conocisteis y no pasa nada». Rain siempre había estado convencida de que eso no les ocurriría a ellos porque iban a ir a la Academia juntos, incluso a la misma orden. Pero ya no estaba tan segura.

Ahora les guardaba secretos horribles e inconfesables. Hechos que, si sus amigos conocían, no creía que pudieran perdonarle. Había dejado de ser poco a poco la Rain que había llegado en septiembre. Y si ella estaba cambiando, si ella guardaba secretos... ¿Quién le aseguraba que sus amigos no lo estuviesen haciendo también?

Al menos no creía que Aiden lo hiciese, pero Jun...

Él volvió a atacarla, y esta vez Rain frenó el golpe, aunque no pudo arrebatarle el arma.

—Sí, tienes razón —le concedió él con cierto tono melancólico—. Siempre serás importante para mí.

Fue el turno de Rain de atacar y esta vez encontró el punto débil de Jun, él siempre esperaba que apuntase a su torso porque a Rain le quedaba más a mano, así que esta vez fue a por su cuello y no pudo atraparla.

Ella le sonrió triunfal y él le dedicó una mueca divertida que la hizo reír. Fue una emoción ligera e incompleta, como si algo no encajase del todo.

Blake desvió la mirada por tercera vez atraído por el sonido de su risa. Se pasó la lengua por la comisura de la boca en un gesto irritado mientras sus ojos se clavaban en Rain y Jun.

La chica que tenía enfrente, Jonsson, carraspeó para volver a atraer su atención.

—Te toca atacar —dijo, poniéndose en guardia.

Blake fue hacia ella con paso decidido, pero tranquilo. La chica no se amedrentó a pesar de la mirada asesina que le dirigió él. Golpeó el arma de Jonsson con tal fuerza que la mano de ella no fue capaz de sostenerla y voló un par de metros por el aire. La chica giró la muñeca, dolorida.

—La sostienes mal —le indicó Blake con frialdad.

Jonsson alzó la barbilla con confianza.

—Pero he leído el manual y...

Aquella respuesta repelente le recordó demasiado a Rain. Se sentía torturado.

—Si no la sostienes bien, practicar contigo es una pérdida de tiempo, voy a desarmarte todo el rato —contestó Blake en un tono bajo y borde.

Recuperó el arma de Jonsson y le indicó cómo agarrarla para tener mejor equilibrio. Golpeó la punta con su espada presionando para demostrarle que de ese modo estaba más firme.

—¿Ves?

Rain, desde la otra punta del patio, observó el momento, desconcertada. ¿Desde cuándo Blake era amable con sus compañeros? ¿Desde cuándo siquiera hablaba con sus parejas de Defensa?

La bocanada de aire que tomó le supo a fuego. Y deseó deshacerse de aquella sensación.



Rain salió de los vestuarios limpiándose las gafas en la falda, perdida en sus pensamientos. Despistada, chocó con la espalda de un chico del Crepúsculo que la hizo perder el equilibrio y caer de culo. Él se giró y la miró despectivamente un momento para después seguir su camino.

Rain gruñó frustrada y se colocó las gafas antes de levantarse.

Entonces una mano apareció en su campo de visión.

—¿Estás bien? —le preguntó Jun mientras le ofrecía ayuda.

Rain estiró el brazo para agarrarle, pero Blake la cogió del codo y la levantó en un movimiento rápido. Ella se apartó de él dando un paso hacia Jun y los ojos de Blake echaron chispas. El pecho le dio una breve sacudida y los músculos de la mandíbula se movieron tensos.

—Ven —le pidió en tono cortante.

—No, gracias —contestó ella, y echó a andar ignorándolo.

¿Qué le había dicho en clase? Ah, sí, que si nunca se cansaba. Había sido un borde con ella, y ahora era ella la que no quería hablar con él.

No quería sentirse herida por las acciones de Blake, le parecía que hacerlo era perder una batalla contra la cordura y contra todo lo que su instinto le decía. Pero, aun así, el hecho de que él se hubiese marchado de su apartamento dejándole una maldita nota, sin darle ninguna explicación, y que luego se comportase como un capullo la hacía sentir mal. Le escocía.

¿Acaso no era más lista que todo aquello? ¿Acaso no sabía que acercarse a Blake era como querer agarrar una zarza? Acabaría clavándose sus espinas. Tener sentimientos por Ash Blake era estúpido y temerario, y lo sabía, lo sabía muy bien...

—Rain —dijo Blake mientras la agarraba de la muñeca para frenarla.

—¿No has oído que te ha dicho que no? —preguntó Jun, haciendo que la soltase.

Blake deseó matarlo en ese mismo pasillo. Y durante un par de segundos fantaseó con la idea. En cambio, arqueó una ceja y habló con una frialdad que le provocó escalofríos a Rain.

—Ya veo, los viejos hábitos nunca mueren. ¿Verdad, Rainy?

Y se marchó.



«Cada uno de nosotros somos nuestro propio diablo,
y hacemos este mundo nuestro infierno».
OSCAR WILDE





CAPÍTULO 41



El sábado Rain, Jun y Aiden bajaron a la ciudad para dar un paseo juntos. Las cosas todavía estaban algo incómodas, pero era agradable ir volviendo poco a poco a la normalidad. Rain pensó que el tiempo parecía un borrón de tinta sobre los últimos acontecimientos, como si no fuesen más que pesadillas como las que la acechaban algunas noches.

A veces la culpabilidad se convertía en una bola tan pesada en su estómago que el dolor la hacía vomitar y sentía que se partiría por la mitad. Se decía que Kêt los habría matado si no hubiese hecho nada, que era la única forma de actuar. Pero no se reconocía en aquella rabia cegadora, en la frialdad y la rapidez del acto. Ni siquiera lo pensó, solo actuó.

Desde ese día el miedo la acompañaba en cada rincón del castillo. Como si las sombras fuesen a materializarse hasta acecharla y apresarla.

En Hidden al menos se sentía menos perseguida.

Y quizá estaba siendo egoísta, pero estar con Jun y Aiden era como reencontrarse con esa versión de sí misma que todavía seguía siendo una buena chica, alguien que sentía ilusión y que veía las

cosas más bonitas, más fáciles, a la que su mundo no le parecía un lugar tan oscuro y podrido. Quizá ahora ya no era tan ingenua, pero sí algo más infeliz. Y fingir que todo era como antes durante unas horas no le haría daño.

Aiden y Jun estaban hablando sobre el segundo encuentro de combate de destreza; que sería en tres semanas, el sábado siguiente al cumpleaños de Rain. Justo antes de que se marcharan a casa para las vacaciones de Yule.

Su madre estaba deseando volver a verla y que le contase todos los detalles que las cartas no contenían, aunque Rain no podría revelarle todos sus secretos. ¿Notaría algo al mirarla? ¿La encontraría distinta?

El Black Rose era un *pub* oscuro en el que tocaba una banda de *rock*. La clase de sitio que Aiden clamaba detestar, pero que en el fondo disfrutaba.

Rain había cambiado su ropa uniformada de siempre por un vestido sencillo negro y corto y unas medias caladas del mismo color. Aunque no se había deshecho de sus Mary Janes.

El flequillo le caía abierto sobre la frente y le acariciaba las pestañas, que se había rizado, y sus labios, pintados de un color cereza muy oscuro, sonreían emocionados por la perspectiva de olvidar. Quería, necesitaba vaciar su cabeza.

Jun, con una camiseta *vintage* y vaqueros raídos, encajaba perfectamente en el ambiente del lugar. Aiden, por el contrario, era como un pegote.

—Hay demasiada gente aquí —se quejaba—. ¿La mitad de la dichosa Academia ha decidido venir a oír este sacrificio para los oídos? Huele a sudor y a pis de gato.

—¿Cómo va a oler a pis de gato?

—Sí, a eso es exactamente a lo que huele, como si Tinieblas estuviese por aquí.

Rain apretó los labios enfadada.

—Mi gata no huele a pis, es muy limpia y muy educada. No la ofendas.

—Es una psicópata. Estoy seguro de que esconde cadáveres bajo tu cama.

—Eso no es gracioso.

Jun soltó una carcajada musical.

—Cómo he echado de menos estos momentos.

Les pasó un brazo por encima a cada uno y los acercó hasta la barra para pedir. Rain eligió ginebra con zumo de arándanos, Jun, una cerveza, y Aiden, una soda de jengibre.

—Parece que tengas la edad de mi abuelo —comentó Rain—. Solo a él le he visto beber algo así.

—Tu abuelo es un hombre elegante.

—Sí, y tiene noventa años, prácticamente igual que tú —lo pinchó.

—Yo al menos no me he pedido una guarrada.

Se colocaron cerca de la pequeña tarima donde tocaba el grupo y donde la gente bailaba. Rain trató de beberse despacio su copa, pero aquel día el alcohol le sabía dulce y le resbalaba por la garganta casi sin quemarle.

La iluminación atenuada de un ligero tono anaranjado se balanceaba por la sala incidiendo en puntos alternativos.

Jun se inclinó hacia la oreja de Rain para hablarle.

—¿Estás bien?

—No he tenido mi mejor semana —reconoció ella.

—¿Es por Ash Blake?

La sola mención de su nombre la hizo sentir una oleada de irritación y calor. Tan pronto se comportaba como si... Apartó todas las ideas, no quería intentar descifrar su comportamiento. Con Blake era imposible discernir la realidad de la mentira. Quería hablar con él de los túneles y de Kêt. Pero se había comportado como un gilipollas, haciendo como si ella no existiera. Tenía ganas de darle un puñetazo.

Pero entonces recordaba al chico que tocaba el piano y le hablaba de su madre y su hermana con cariño o del que parecía sentirse desgarradoramente solo mientras le contaba que se había marchado de casa de los Diop como si no perteneciese a su familia. Como si de verdad creyese que no había ningún sitio para él en el mundo.

No quería sentir simpatía por alguien que le arrancaría el corazón si la situación lo requería. No cuando ella debería haber estado dispuesta a lo mismo y claramente no había sido capaz.

Jun percibió la chispa de rabia en los ojos de Rain. No era propio de ella.

—¿Te gusta? —le preguntó.

Rain lo pensó. A veces lo encontraba fascinante. Quería descubrir los entresijos de su cabeza, ser capaz de leerlo, de meterse dentro y conocer sus rincones más oscuros. Y la idea de conseguirlo la hacía temblar de anticipación. Era como ganar una partida de ajedrez a un gran maestro.

Cuando Blake estaba a su lado le parecía que tenía el mundo en la palma de la mano. Distinto y alcanzable. No se sentía un punto diminuto y microscópico en un todo homogéneo.

Se sentía poderosa. Capaz. Y esa sensación era adictiva.

Pero Blake era como el fuego; hermoso y destructivo.

«Como me gustan las víboras o las erupciones volcánicas, supongo», masculló para sí misma.

—¿Me traes otra? —le respondió en cambio.

Jun también tenía su vaso vacío y le sonrió con cariño, aceptando su silencio. Acto seguido, se dirigió a la barra a por las bebidas.

Aiden la observaba con el ceño fruncido.

—Oye, ¿no te parece que Jun...? —Se mordió el labio y no siguió con la frase.

—¿Qué?

—Nada, nada. Solo me alegro de que hayamos vuelto a la normalidad.

Jun le dio la ginebra con zumo de arándanos a Rain y la cogió de la mano para tirar de ella hasta donde la gente se agolpaba bailando. Rain a su vez agarró a Aiden para que los siguiese.

Unas pequeñas lágrimas se agolparon en el rabillo de sus ojos mientras reía. Se sintió más ligera, más normal después de los últimos acontecimientos. Casi podría haber creído que esos meses no habían sido más que un mal sueño.

Kane entró en el Black Rose abriéndose camino con su cuerpo alto y corpulento con facilidad. Todas las miradas se posaron en él y en Blake, que caminaba a su lado con una mueca de aburrido desdén.

—Te vendrá bien, tío. Hace siglos que no salimos y esta obsesión que tienes te está consumiendo. Todo el mundo necesita despejarse, hasta los amargados enfadados con la vida —decía Kane con sorna, aunque en realidad estaba preocupado de verdad por él.

El sonido de las guitarras eléctricas distorsionadas y la batería marcaba un ritmo implacable. La voz del cantante rasgaba el aire entonando una letra irreverente que el *pub* coreaba y acompañaba con saltos y aspavientos.

Rain nunca había sido buena bailarina, así que sacudía el mentón haciendo botar su flequillo. Jun le cogió la mano para hacerla girar

sobre sí misma. Rain trastabilló después del giro veloz perdiendo el equilibrio y se echó a reír. Aiden la apuntó metiéndose con ella y Jun le enseñó cómo hacerlo con elegancia.

Y mientras el momento feliz se desarrollaba bajo las luces anaranjadas de los focos, Blake no perdió detalle. Habría podido congelar el infierno con su mirada.

Rain notó una caricia fría sobre la piel y se volvió para encontrarse con los ojos de acero de Blake. Nadie debería ser tan guapo y tan potencialmente letal.

Él le dio un trago a su bebida sin quitarle la vista de encima y luego giró la cabeza, aburrido, de vuelta hacia Kane.

Aiden gimió mortificado.

—¿Qué hacen aquí? —le preguntó Rain.

—Puede que se me escapase que vendría porque tocaba una banda. —Rain arqueó una ceja—. Es que... Kane me propuso hacer algo este finde y lo rechacé y parecía tan triste que quise asegurarle que de verdad tenía planes y que no era una excusa. Porque ya sabes, a veces soy un poco... Bueno, ya sabes, no me gusta hacer sentir mal a Kane y le comenté lo del concierto.

A Rain le pareció tan tierno que la irritación de ver a Blake allí se le pasó. Dejó escapar un suspiro de derrota.

—He sido un idiota con él y no quiero serlo más. No quiero que piense que lo rechazo y no me gusta la idea de hacerle daño. Pero no pensaba que fuese a venir con...

Rain le dio un beso en la sien a su amigo, sintiendo que el corazón se le apretaba en el pecho por lo orgullosa y feliz que estaba por él.

Jun parecía incómodo con el tema. No se lo había dicho directamente a Aiden, pero era obvio que no estaba muy contento con su relación con Kane Diop. La política de las órdenes era un

mundo complejo y Jun era el que más metido estaba de los tres. Y no es que Diop le pareciese una mala persona, pero sabía cómo podía afectar aquello a la imagen de Aiden dentro del Amanecer, las dificultades que podía acarrearle en el futuro.

Rain estudió a Jun, atenta a cada una de sus expresiones. Pensó en que tendría que hablar con él sobre el tema. Aiden se dejaría influenciar por la opinión de Jun si este le decía que no veía con buenos ojos su relación con Kane, y Rain deseaba que fuese feliz y que tomase sus propias decisiones. Y ahora mismo estar con Kane lo hacía feliz, así que no permitiría que nadie se lo estropease.



Rain se cruzó con Alberta Novak y sus amigas al salir del baño. Chocaron con ella empujándola y la miraron con desprecio.

—Hay gente que no sabe cuál es su sitio —murmuró Hannah Lambert.

—Yo, si una alimaña se cuela en mi casa, me encargo de exterminarla —siseó Alberta.

Rain tenía la guardia baja y los comentarios la pillaron desprevenida. Se quedó fría, traspuesta. No esperaba que la confrontasen de esa manera en el *pub*. Para cuando quiso reaccionar, ellas ya habían entrado al baño.

De camino, aún chocó con un par más de personas. El bar estaba atestado, tanto que su pelo liso había comenzado a ondulársele por culpa del calor y la humedad.

Aiden, algo molesto con Kane por haber llevado a Blake allí, había ido a la barra a pedir para llamar su atención y, en cuanto este le había sonreído, había acabado ablandándose como la mantequilla.

—Anda, ve —le había dicho Blake a su mejor amigo.

—Pero hemos salido para que te animaras. No sabía que ella iba a estar aquí, pensaba que vendría solo con Jeong. Podemos ir a otra parte.

—Paso. No quiero oírte suspirar cada dos segundos. Ve a comerle la boca a tu novio de una vez.

—Podrías simplemente ser sincero contigo mismo y con ella y decirle que...

La expresión torturada de Blake lo hizo callar. Tenía la estúpida convicción de que no podía dejar a nadie entrar en su vida. A veces sentía incluso cómo trataba de apartarlos a él y a sus padres, como si los estuviese protegiendo de algo. Pero ese no era el momento de intentar razonar con Ash.

Se fue a por Aiden, que trató de ocultar lo encantado que estaba de verlo, pero que en cuanto le cogió la mano lo siguió.

—¿Qué haces aquí?

—Alguien me dijo que daban un concierto.

—¿No me creíste?

Kane sonrió.

—Sí. Pero me apetecía verte bailar y también tenía un poquito de envidia.

—¿Por qué? —preguntó Aiden, parpadeando confuso detrás de sus gafas.

—Porque a mí también me gustaría hacer planes así contigo. No quiero presionarte —se apresuró a añadir—. Es solo que a veces... —Se pasó una mano por su pelo corto, frotándoselo.

Y entonces Aiden se levantó sobre las puntas de los pies sintiendo una presión casi dolorosa en la garganta y lo besó.

Rain los vio enrollarse en una esquina poco iluminada. Y se alegró por ellos. Ya era hora de que Aiden aceptase que quería salir con Kane. Y eran tan adorables juntos...

Blake, pegado a la pared de ladrillo y bajo las sombras, charlaba con una chica e intentaba concentrarse en la conversación. Ella movía las manos de forma animada mientras hablaba, pero sus palabras le pasaban a Ash como un eco distante. Su atención volvía siempre a Rain, que bailaba con Jeong en la pista. Cada giro, cada roce casual entre ella y Jun era como una bofetada para él. Ella parecía más relajada, más viva junto a su amigo; segura de una manera en la que Blake jamás podría hacerla sentir.

Su mano se tensó alrededor del vaso que sostenía, los nudillos se le pusieron blancos por la fuerza con la que lo sujetaba. Los labios de la chica frente a él se movían, pero Blake apenas oía lo que decía. Asintió automáticamente, sus ojos clavados en la pista, siguiendo los movimientos de Rain. Apretó la mandíbula cuando vio a Jun inclinarse sobre ella, murmurándole algo al oído. El leve contacto entre ellos lo desquició.

—¿Estás bien? —le preguntó la chica, de la que solo recordaba la inicial de su nombre, una A, al notar su distracción.

Blake parpadeó, intentando retomar el control. Forzó una media sonrisa mientras apartaba la mirada de Rain. La sensación de los celos arrastrándose por su piel lo hacía sentirse expuesto, vulnerable.

—Perfectamente —mintió con una suavidad afilada, tratando de disimular la frustración que lo carcomía.

Jun la tomó de la mano, girándola sobre sí misma. Rain rio, el sonido ligero, y Blake sintió una punzada en el estómago. La imagen de sus manos entrelazadas le envenenaba la mente.

Rain había sido suya, aunque solo fuera en la distancia. Había notado que lo deseaba en un nivel que ni siquiera ella entendía. Y ahora, en medio de aquel *pub* oscuro, Blake sentía cómo el control se le escapaba.

Rain miró por encima del hombro de Jun, no había dejado de notar la presencia de Blake al otro lado del local. Estaba con una chica de unos veintitantos que no era alumna de la Academia. La escuchaba con esa mirada que Rain había visto tantas veces. Esa misma mirada que una vez había sentido fija en ella, penetrante y oscura.

La chica se reía, tocando el brazo de Blake con una confianza que la hizo apretar los dientes. La furia la sacudió por dentro, sintió una mezcla de rabia y sensación de pérdida. Se suponía que no debía importarle lo que hiciera Blake, pero ahí estaba, cada fibra de su cuerpo alerta, pendiente de cada gesto que él hacía con esa desconocida. Lo odiaba por hacerla sentir así, por despertarle este torbellino de celos y confusión.

Jun la hizo girar y se encontró con los ojos de Blake. Sus miradas se cruzaron en el aire denso del *pub*, y aunque fue solo un segundo, Rain sintió un tirón en el estómago. Blake la observaba con intensidad, con los párpados pesados, lo que les daba a sus ojos un brillo oscuro y mortecino. Sus cejas ligeramente fruncidas enmarcaban una mirada que destilaba furia contenida, como un fuego que arde lentamente bajo la superficie. Su mandíbula estaba tensa, los músculos de su rostro marcados, su boca torcida en una mueca de desdén. Apenas alzaba las comisuras en una sonrisa que no llegaba a ser completa, pero que dejaba ver un rastro de amargura y algo mucho más retorcido.

Y entonces, la curva de sus labios se amplió, como si hubiera leído sus pensamientos, en esa sonrisa ladina que siempre parecía esconder algo, y que ahora parecía una burla directa hacia ella. Blake volvió la atención a la chica que tenía a su lado, como si estuviera disfrutando de su compañía solo para fastidiar a Rain.

A ella le ardieron las mejillas, no solo por la ira que sentía, sino por la frustración de saber que lo que Blake hacía la afectaba. Se apoyó en Jun. Estaba cansada y dolida. Y triste, profundamente triste.

Blake había aprendido de los errores de su padre. En la balanza de Ambrose Blake, el amor había perdido la batalla contra sus obsesiones personales; el problema es que los demás habían sufrido las consecuencias de sus elecciones egoístas.

Y Blake tenía claro que elegiría la venganza por encima de todo, incluso de su propia vida, así que trataba de actuar en consecuencia. Aun así, cuando Rain se marchó con Jun sin dedicarle ni un solo vistazo, descendió un poco más a los infiernos.



«El destino baraja las cartas, pero nosotros somos quienes las jugamos».

SHAKESPEARE





CAPÍTULO 42



—Blake se enrolló con una chica en el Black Rose y las lenguas dicen que se fueron a los baños juntos —contaba Victoria Silva.

—¿Con quién?

—No era de la Academia. Me lo ha contado Alberta, que lo vio con sus propios ojos —susurró en tono confidente.

La conversación que había escuchado Rain a la hora de comer la había pillado desprevenida. Los síntomas de la resaca que arrastraba se habían acentuado desde entonces. Le dolía la cabeza y sentía náuseas. Y un pesado manto de tristeza la estaba aplastando.

Estaba tirada en la cama con las piernas colgando por el borde y Tinieblas caminaba por su pecho tratando de revivirla. Rain gimió.

—No estoy muerta; aún.

La gata maulló enfadada. Rain la cogió entre sus brazos y se giró para quedar de costado.

Cuando no soportó más aquellas emociones viscosas y corrosivas que daban vueltas por su cuerpo como anguilas, cuando el desprecio por sí misma había calado tanto que había cicatrizado, se levantó y decidió que tenía que ocupar su mente con cualquier cosa que la obligase a no pensar.

Ni siquiera entendía por qué se sentía tan mal consigo misma.

Y la mejor forma de superar aquello era sentirse útil y productiva. En vez de ocupar su cabeza con todos esos sentimientos negativos, la usaría como mejor sabía. Así que cogió su cuaderno de notas y se marchó a la biblioteca, su lugar feliz.

Todavía no tenía modo de confirmarlo, pero sabía que los que se reunían en los pasadizos eran los culpables de la desaparición de Maya y que el culto tenía relación con todo aquello. Ahora solo tenía que conseguir demostrarlo. Unir todos los hilos.

Buscó en la hemeroteca referencias al culto Ereshkigal. Las primeras que encontró fueron de principios de siglo. Se mencionaba el nombre de un tal Howard, que explicaba:

> No creo que las almas de los que tenemos «dones» vayan a parar al mismo lugar que las de los comunes. En cierta manera somos evolutivamente superiores. En la naturaleza siempre ha habido clases, algunas criaturas están por encima de otras porque así es como funciona el equilibrio. Y sería negar lo evidente decir que nuestra comunidad y la de los comunes es igual. No, no lo somos. Y, por lo tanto, no creo que procedamos del mismo sitio.
>
> [...]
>
> Todos podemos ver cómo nuestras almas ascienden. Pertenecen a los remolinos, pero no lo vemos con las de los comunes. ¿Qué debemos pensar, que sus almas son incoloras, que carecen de brillo? No, yo creo que descienden. Se hunden en la tierra para alimentarla. Ellos pertenecen al suelo, nosotros al cielo.

Entonces el periodista le preguntaba si estaba hablando de religión.

> Bueno, las metáforas están en el mismo imaginario de los comunes y son más antiguas que todos nosotros. ¿No ha pensado que esos seres a los que llaman ángeles y que bajan de los cielos a lo mejor somos nosotros? O mejor dicho nuestros antepasados. ¿Qué sabemos antes de la famosa bruja Cordelia? Nada. E incluso de ella se sabe muy poco, solo datos muy convenientes para el Consejo.
>
> Nuestra raza es superior porque canaliza el poder de los remolinos. Nos está legada una tierra prometida, un lugar del que nos expulsaron por nuestros pecados, pero que alcanzaremos cuando seamos lo suficientemente poderosos.

El periodista le preguntaba a continuación cómo explicaba entonces que grandes brujos tuviesen antepasados comunes.

> Porque vivir como comunes y arrebatarnos nuestro poder fue un castigo de los dioses, está claro. Y hemos vivido tanto tiempo entre ellos que nos hemos atrofiado. Pero el Consejo no hace nada por despertar nuestro verdadero poder. Quiere que parezca que vivimos amenazados y que somos muy pocos, que tenemos que escondernos. Cuando en realidad, debería ser al contrario.

Rain siguió leyendo, su discurso era el de un fanático que mezclaba un poco de aquí y allá. Por último, mencionaba el tema de las criaturas del Otro Lado.

> Nos atacan como una prueba. Los dioses las mandan para fortalecer nuestro poder y nuestra convicción, para comprobar si estamos preparados para volver al lugar que nos corresponde.

A Rain aquello le sonó a patrañas disfrazadas con un poco de realidad. Parecía el sermón de cualquier líder de una secta. Pero si al principio nadie les había prestado atención, a partir de los años sesenta habían comenzado a ganar relevancia.

Tomó nota de todas las fechas importantes. Si la Academia y el culto estaban relacionados, en algún punto tendrían que haber cruzado caminos. Había pocos nombres, pero quizá revisando los anuarios de estudiantes o los profesores, podría llegar a encontrar algo en común. De momento podría empezar a mirar por la profesora Kêt y sus compañeros. Si ella formaba parte, quizá algún conocido suyo también...



A Rain la despertaron unos golpes en la puerta. Se había quedado dormida encima de los recortes de periódico que había sacado de los

microfilms de la hemeroteca. Le dolía la cabeza como si alguien estuviese percutiendo en sus sienes.

Tinieblas estaba a su lado sentada, observándola. En cuanto la vio levantarse, se escondió debajo de la cama. Rain apiló sus papeles y los apartó a un lado.

—¡Rain, contéstame de una maldita vez! —gritó la voz histérica de Aiden.

—Voy, voy —gimió ella, y abrió la puerta.

Aiden entró como un huracán y la agarró de los brazos. En cuanto la tuvo en sus manos dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Te das cuenta del susto que me has dado? Llevo diez minutos llamando y no dabas señales de vida. Estaba a punto de pedirle a Jun que echase la puerta abajo.

Rain se dio cuenta de que estaba realmente angustiado.

—Solo me he quedado dormida. ¿Qué te pasa?

Aiden se sentó en la cama, temblaba ligeramente.

—No has bajado a cenar siquiera —se quejó, y Rain habría jurado que se le empañaban los ojos de lágrimas—. Han encontrado a una chica del Crepúsculo muerta en su habitación. Su compañera no ha pasado el fin de semana aquí, y cuando ha vuelto hoy, la ha encontrado.

Rain se quedó fría e inmóvil. Y entonces comprendió que Aiden había temido que a ella le hubiese pasado lo mismo. Se sentó a su lado y le cogió la mano con fuerza.

—Pero... ¿cómo ha sido? ¿Saben qué ha pasado?

—Dicen que un infarto, pero todo esto es muy raro. Primero Maya, luego Keller y ahora muere esta chica. Este lugar parece maldito. —Ambos se quedaron en silencio unos minutos y entonces Aiden añadió—: Y Blake no ha podido ser porque ayer no durmió

aquí, le dijo a Kane que iría a su apartamento... —La voz se le fue apagando.

Rain cerró los ojos. El pecho le dio una ligera sacudida y sintió algo que la quemaba por dentro. No había que ser muy lista para sumar dos más dos, si lo habían visto enrollarse con aquella chica en el Black Rose y luego había dormido en su apartamento, era muy obvio lo que había pasado.

La rabia que había sentido la noche anterior al marchase del *pub* se quedó pequeña; durante un momento vio el mundo en oleadas de rojo.



El lunes en el desayuno todo el mundo hablaba de lo mismo.

—Nanook era poca cosa y nunca había sido muy fuerte, pero tampoco parecía enferma. —Oyó que decían un par de chicas del Crepúsculo.

La directora Astrid Blean los había convocado a primera hora en el auditorio para abordar el tema.

—Sé que todos estáis asustados y preocupados por los últimos acontecimientos. Y lo entiendo. Quiero que sepáis que lo que le ha ocurrido a vuestra compañera ha sido un problema de salud. La autopsia ha sido clara, tenía una enfermedad en el corazón que, mezclada con la presión física y mental que implica la formación en la Academia, empeoró. No es la primera vez que ocurre algo así en la historia de la institución. —Se pasó los dedos por el pelo apartando un mechón que le había caído sobre el ojo.

Rain se fijó en sus ojeras marcadas, parecía cansada, como si en los últimos meses hubiese envejecido un par de años.

—Por eso —continuó— se os informó tanto a vosotros como a vuestros padres de que este lugar no es un colegio, es un sitio donde se forma a la élite y es peligroso y duro. Las órdenes no son lugares administrativos, no son puestos de placer, aunque a algunos os lo parezca. La magia que se practica aquí y que se os pedirá en vuestros trabajos es fuerte y exigente. Y estas cosas pueden pasar; por supuesto, eso no significa que no tengamos que esforzarnos para que no ocurran accidentes.

»Quiero ser sincera y que sepáis que no es lo habitual, pero que puede ocurrir. Ya no sois niños y debéis saber a lo que os enfrentáis. Dicho esto, no quiero que se escampen rumores infundados que puedan lastimar a la memoria de Nannook Jonsson, su familia o sus amigos.

—Y también a la institución... —murmuró la voz mezquina y burlona de Blake, un par de asientos más atrás.

Rain se tensó al oírlo y volvió la cabeza de forma instintiva. Las palabras habían sido un eco de sus pensamientos. Sus ojos se encontraron y ambos tardaron en apartar la mirada.

Echaba de menos compartir sus ideas con Blake, era la única persona con la que podía hacerlo libremente.

Ella también pensaba que a la Academia y al propio sistema no les interesaba que los padres quisiesen sacar a sus hijos de allí por temor a que tuviesen un destino como el de sus compañeros. Una muerte natural era algo distinto a un asesinato. Lo primero era mucho más fácil de manejar que lo segundo. Y tampoco podían permitirse que sus alumnos, futuros miembros de las órdenes, abandonasen. Aquel era un lugar de élite, como había dicho la directora, muy prestigioso, y el sistema colapsaría si perdían la confianza y la base de reclutamiento.

¿Qué harían si los brujos más prometedores se marchaban? ¿Dejar entrar a cualquiera? No, no tendría sentido.

La expresión de Blake no se alteró ni un milímetro, pero se sintió vacío cuando Rain volvió a mirar hacia el frente.

Ella dejó escapar un suspiro. Al menos Blake le había enseñado a ver las cosas desde una perspectiva mucho más estratégica. Puede que le hubiese hecho daño, que solo se hubiese acercado a ella para utilizarla en su venganza contra Jun o que fuese un capullo, pero la había vuelto más fuerte, más lista, la había hecho ver su mundo como de verdad era.

Y todo aquel aprendizaje era valioso para Rain.

Jun le pasó un brazo por los hombros pensando que se sentía afligida por lo que decía la directora. Y ella se apoyó en él apenas un momento. Cuando quiso incorporarse el pelo se le enganchó en la cadena que Jun llevaba colgada al cuello.

—Au —susurró Rain.

—Espera. —Jun apretó la mano con la que abrazaba a Rain para mantenerla pegada a él mientras desenredaba su pelo con la otra—. Ya está —dijo, y le dio un beso en la coronilla antes de soltarla.

No es que aquello no fuese normal entre ellos. Jun siempre había sido una persona afectiva, pero de alguna forma Rain lo sintió más íntimo.

La interacción de ambos hizo que se ganasen miradas de odio por parte de Alberta Novak y su grupo.



Rain trató de ocupar su mente todo lo posible. Pronto tendrían los exámenes finales y no podía fallar. Estudiaba, practicaba y entrenaba. Salía a correr temprano por el camino porticado del

castillo, aunque odiaba practicar aquel deporte con todas sus fuerzas.

Los días se habían vuelto más húmedos y fríos con diciembre cada vez más cerca y se esperaba que pronto llegasen las primeras nieves. El aliento le salía como pequeñas nubecillas, las mejillas y la nariz se le ponían coloradas y el flequillo se le rizaba.

Detestaba hacer ejercicio y además le dejaba mucho tiempo para estar sola con sus pensamientos, algo que no deseaba en ese momento. Así que repasaba la materia que había memorizado. Apenas era capaz de correr diez minutos sin ahogarse, aunque las clases de Entrenamiento habían dado sus resultados y se sentía algo más fuerte y más en forma que a principios de curso.

El miércoles, mientras volvía al castillo después de hacer su recorrido habitual, con el cielo apenas clareando con las luces de la aurora, se cruzó con Blake en el patio principal. Una parte de Rain se preguntaba si debía compartir con él las conclusiones a las que había llegado sobre el culto Ereshkigal y la sociedad secreta de los túneles.

Pero si se lo contaba perdería una ventaja valiosa. Y las cosas estaban tensas entre ambos. Todavía no sabía cuál sería el siguiente movimiento de Blake y no quería revelar el suyo.

Echaba de menos trabajar con él. No, si era totalmente sincera lo echaba de menos a él en general. Y no tenía sentido y era estúpido, ilógico y temerario.

Dudó al cruzarse con él. Estaba molesta y sentía el orgullo herido. ¿Por qué? ¿Qué le importaba a ella si Blake se había enrollado con alguien? ¿Qué le importaba si de pronto volvía a ser frío y distante?

No debería importarle, se dijo.

Pero le importaba, ese era el maldito problema.

Y por eso trabajar con él no era una buena idea.

Blake se frenó en seco cuando ella lo sobrepasó evitando mirarlo.

—¿Ya te has cansado de jugar a la chica mala, Lee? —preguntó con ese tono prepotente que tan bien sabía usar.

Rain lo miró por encima del hombro con un odio que abrasó a Blake. Su mirada lo atravesó como un chuchillo afilado.

—Una aventura genial para conseguir llamar la atención de Jeong, ¿no? —insistió Blake, dejándose llevar por el resentimiento.

Rain lo miró con los ojos brillando por algo que no era solo ira. Era dolor. Lo había conseguido, le había hecho daño.

En el rostro de Blake hubo un parpadeo de confusión y arrepentimiento, pero se endureció de nuevo rápidamente. La mueca sarcástica volvió a su boca, aunque algo en sus ojos parecía apagado.

Rain apretó los labios con furia y avanzó hacia Blake con decisión. Él sonrió al ver que había conseguido provocarle algo, una reacción. Pero el gesto burlón se le borró, cuando ella le dio una bofetada con todas sus fuerzas. El sonido se expandió por la planicie del jardín.

Los ojos de Blake echaron chispas y parecieron reflejar un fuego invisible. El pecho le dio una sacudida cuando cogió aire de forma abrupta. Movió la mandíbula encajando el golpe y los músculos se le tensaron.

La mirada de Blake la quemó allí donde se posó; estaba cargada de una necesidad que bordeaba lo peligroso y lo atractivo. No la estaba tocando y aun así podía sentir el peso de sus manos por su cuerpo. Todo en Blake transmitía un deseo tan intenso que Rain no podía distinguir si quería hacerle daño o, por el contrario, besarla.

El espacio entre ellos se volvió un campo de batalla donde el placer y la violencia se entrelazaban.

Rain tomó una bocanada de aire, salió de la presa de sus ojos, se giró y se marchó.

Y él la observó sintiendo la mejilla palpitar de dolor, pero nada se acercaba a lo que sentía en su interior.



«¿Qué haces cuando lo que amas te destruye?».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 43



El viernes por la tarde, Rain se quedó en la biblioteca después de rechazar la invitación de Jun y Aiden de ir con ellos a Hidden.

—Vamos, si no vienes tú no es lo mismo —le había dicho el primero—. No puedo combatir el malhumor de Aiden yo solo.

—Manon va con vosotros, tienes aliados.

Jun pareció incómodo, como si quisiese decirle algo, pero no se atreviese. Él nunca había expresado que tuviesen una relación, no solo a Rain, sino tampoco a Aiden. Pero obviamente había algo entre ellos.

—Ya... pero no eres tú.

Rain no supo qué decir. Últimamente Jun parecía más directo y la hacía sentir confundida.

—Bueno, la próxima no te librarás —declaró él, antes de que ella tuviese tiempo de reaccionar.

—Ya sabes que mi idea de una noche ideal es quedarme encerrada rodeada de libros.

—Oh, sí, cuántas siestas me habré echado sobre tu hombro mientras esperaba a que terminases un libro.

Rain sonrió ante el recuerdo. Cuando Jun salía de su entrenamiento de combate de destreza siempre iba a buscarla a la biblioteca y la encontraba sentada en el suelo leyendo un libro que había cogido por casualidad y que la curiosidad no le había dejado soltar hasta el punto de no moverse del sitio. Y entonces ella le pedía que esperase unos minutos, y él se sentaba a su lado, apoyaba la cabeza en su hombro para echar un vistazo a lo que leía y acababa quedándose dormido.

Era uno de sus recuerdos favoritos.

—Que te diviertas, empollona —se despidió.

Rain sintió algo cálido y reconfortante. Le gustaba que las cosas entre ellos se hubiesen arreglado. Tener a Jun a su lado la hacía sentir bien.

En el cuadro de profesores aparecía el año de nacimiento de la profesora Kêt, así que sacó el anuario de la promoción del 63. No conocía a la mayoría de sus compañeros de clase, más que algún nombre que le era ligeramente familiar quizá porque alguna vez lo había visto en el periódico.

Sí que reconoció la mayoría de los apellidos. Casi todos sus compañeros de curso, de segundo y tercero los compartían. Así de pequeño e inaccesible era el poder.

Rain no sabía quién era su padre, pero daba por hecho que debía de ser un brujo muy formado porque un poder tan fuerte como el de ella no surgía de dos comunes. Normalmente aparecía de forma gradual y aumentaba con el paso de las generaciones.

Como el encuentro de sus padres había sido fortuito —lo que venía a ser un rollo de una noche—, era imposible localizarlo. Y eso siempre la había molestado, la posibilidad de cruzarse con él sin saber siquiera que estaba mirando a su padre.

Observando las fotografías del anuario se preguntó si él estaría entre las personas que aparecían en ellas. Más de una vez se había cuestionado, incluso, si sería familia de alguno de sus compañeros y no lo sabía.

Apartó el pensamiento. No le gustaba dar demasiadas vueltas a aquel asunto porque acababa haciéndole daño. Era algo que no podía resolver y que tenía enquistado.

Volvió a centrarse en la profesora Kêt. Curiosamente, aparecía en los tutorizados por el profesor de Magia del Orden, Sebastian Howard, aunque no había ninguna referencia a que estuviese en ningún club. ¿Sería un fallo?

Rain cogió anuarios de las promociones por encima y por debajo para ver qué más nombres reconocía. En la del 62 se encontró con dos nombres muy familiares: Astrid Blean y Kim Soo-Min, la madre de Jun. Revisó todos los nombres de la promoción para saber si había alguien más tutorizado por el profesor Howard sin club y, aunque ambas coincidían con él, sí que estaban en el club de combate y en el de liderazgo. En la promoción del 64 no encontró nada relevante.

En el anuario del 61 se topó con Jeong Seong, el padre de Jun, y con Samuel Clark, el padre de Aiden; ambos también habían sido tutorizados por el profesor Howard y habían estado en los mismos clubes que las anteriores: combate de destreza y liderazgo.

En el 60 encontró un solo nombre familiar que cumpliese con el patrón: Alfred Keller, el padre de Dereck Keller. Así que todos ellos habían coincidido al menos un año en la Academia y dentro de un club. Y, casualmente, todos tenían en común el mismo tutor. Apuntó otros nombres que cumplían el patrón, pero que no reconoció, para investigar más sobre ellos.

¿Tendría algo que ver con el Howard del culto Ereshkigal?

Cansada, se quitó las gafas para frotarse los ojos. Aún le quedaban unas cuantas horas hasta que cerrase la biblioteca. Apoyó la cabeza en la mano mientras anotaba en su libreta, le pesaban los párpados. Llevaba toda la semana levantándose una hora antes que de costumbre para entrenar y las malditas pesadillas no la dejaban descansar bien.

Su mano cedió haciendo que acabase recostada sobre la mesa y se rindió al sueño.



Alguien le acarició el pelo. Por la esquina de su ojo derecho, vio las puntas de los dedos escarlata de la mano cubierta de sangre que la perseguía. Sus uñas largas recorrieron la piel de su sien y el corazón se le aceleró mientras su cuerpo se quedaba inmóvil.

La mano bajó por su mejilla hasta el mentón, los dedos le cubrieron la boca y la barbilla mientras le agarraba la cara. Siguió bajando por su cuello hasta el pecho e intentó atravesarlo para abrirse paso hasta su corazón.



Rain se despertó sobresaltada echándose hacia atrás; su pecho sacudiéndose con respiraciones rápidas mientras jadeaba. Salir del sueño fue como bucear hacia la superficie en busca de oxígeno.

Y entonces vio a Blake sentado a su lado mirando las notas de su cuaderno. Tardó un segundo en deshacerse de las garras del sueño y le quitó el cuaderno de las manos con un tirón.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó él.

El aspecto normalmente inmaculado de Blake había desaparecido, estaba desaliñado, como si hubiese una grieta en su fachada perfecta. Llevaba el pelo despeinado, la camisa remangada y un poco arrugada, y mostraba unas ojeras azuladas bajo los párpados. Si no lo hubiese conocido habría jurado que parecía triste.

Eso no le restó ni un ápice de atractivo, sin embargo.

—Ya no trabajamos juntos —respondió ella, y empezó a recoger sus cosas, tratando de ignorarlo. Miró la hora, había dormido casi cincuenta minutos. Al ver el reloj no pudo evitar fijarse en que Blake todavía llevaba el suyo en la muñeca.

—¿Y por qué no? —dijo él.

—Porque te has pasado las últimas dos semanas comportándote como un capullo o fingiendo que no existo —respondió ella mientras guardaba las cosas en su bolsa, evitando mirarlo.

Y porque era una mala idea, porque se sentía herida de una forma en la que no debería y eso era peligroso.

Blake se puso de pie para encararla, y ella retrocedió un par de pasos, abrumada por su proximidad. La agarró de la barbilla.

—Mírame cuando me hables —le pidió.

El calor de su mano, el tacto ligeramente áspero de su piel, y la suavidad de sus dedos que contrastaba con la firmeza de su gesto, la desarmaron por un momento. El deseo latió en su pecho, pero junto a ese anhelo, la tristeza se desplegó como una sombra.

Rain sacudió la cabeza deshaciéndose de su contacto.

—¿Estás dolida, Lee?

—Eres despreciable... —susurró enfadada.

—Bien.

—¿Bien?

—Prefiero tu odio a tu indiferencia —contestó él.

La mirada intensa de sus ojos, del color de los huracanes, mezclada con el tono bajo de su voz la dejaron sin aire momentáneamente. El pulso de Rain se disparó al mismo tiempo que el cuello se le teñía de un tono rosa que fue ascendiendo hasta sus mejillas. Y él lo percibió y sonrió.

—Si es así, genial, lo has conseguido. Enhorabuena.

La mandíbula de Blake se apretó conforme ella hablaba y aun así sus ojos no podían dejar de bajar hasta su boca.

—Ya sabía que eras cruel y una mala persona. Me faltaba saber hasta qué punto eres calculador y frío y careces de la más mínima humanidad y emoción. —Blake dio un paso de nuevo hacia ella, que chocó con una mesa—. Ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos mientras te hablo —lo acusó.

Y Blake levantó la mirada encendida. El infierno estaba helado en comparación.

—¿Hay algo entre tú y Jeong? —Las palabras dejaron una sensación árida en su garganta.

La mirada de Rain lo atravesó como una flecha.

—Jun me rechazó.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Ha pasado algo entre vosotros?

—¿Por qué tendría que responderte? —contestó ella, desafiante.

—Maldita sea, Rain. —La voz se le quebró ligeramente y ella sintió un agradable escalofrío al oírlo. Tanto, que los dedos se le encogieron dentro de los zapatos.

Blake se pegó a ella, que acabó sentándose en la mesa.

—No te debo respuestas, Blake —contestó, levantando la barbilla con cabezonería.

Por raro e improbable que pareciese, sus palabras le hirieron. Rain parpadeó sorprendida. Había herido al chico que no tenía corazón, o

es que quizá era mejor actor de lo que ella pensaba.

—¿Sigues enamorada de él?

Las piernas de Blake chocaron con las rodillas de Rain cuando se acercó más, como si quisiese devorar el espacio entre ellos.

—No creo que te importe.

—Entonces es que no sabes nada, Rain.

Blake apoyó la mano derecha al lado de su muslo y ella odió el incendio que había estallado en todas sus terminaciones nerviosas. Odió el nudo de mariposas que batía las alas en su estómago y que hacía que una sensación cálida bajase por su ombligo y subiese hasta su pecho. Odió que todas aquellas emociones le nublasen el juicio y adormeciesen su pensamiento racional.

Los ojos de Rain fueron hasta la boca de Blake, hasta la hondonada marcada bajo sus pómulos, hasta los músculos tensos de su cuello y mandíbula, hasta su nuez —que se movió pesada cuando tragó— y hasta su pecho, que se sacudía con una respiración superficial.

Se le secó la garganta.

—Rain, no me mires así —dijo Blake, y fue una advertencia y una súplica a la vez.

—¿Cómo te miro? —le desafió ella en apenas un susurro.

Blake le agarró la rodilla con la mano izquierda apartándola para colocarse entre sus piernas. Y sin separar los ojos de los suyos dijo con seguridad:

—Como si esperases algo de mí.

—Yo no te miro así —negó ella.

—Me miras como si quisieras que te bese, chica Amanecer.

—Es lo último que quiero.

Blake se inclinó ligeramente sobre ella.

—Ahora dímelo mientras te lo crees, Rain.

Muy despacio, milímetro a milímetro, sus rostros se acercaron hasta que sus labios casi se rozaron, y el roce suave y leve los dejó sin aliento. Fue un chispazo intenso.

Lo único en lo que había pensado Blake en esas dos semanas era en ella, incapaz de sacarla de su cabeza.

Y cuando la boca de Rain se entreabrió para tragar aire y tocó la de Blake; él dejó escapar un sonido grave, una mezcla de frustración y anhelo... Ella lo empujó apartándolo y se bajó de la mesa. Necesitaba volver en sí y pensar con claridad.

Blake la miró aturdido y excitado mientras se alejaba.

—Preferiría que me clavases un puñal y lo retorcieses a que intentes colarte en mi cabeza, Ash Blake. —«O en mi corazón», pensó, pero se lo calló.

Blake apretó los puños cuando Rain se marchó.

Para él ya era tarde.



«La cuestión no es quién me va a permitir; es quién me va a detener».

AYN RAND





CAPÍTULO 44



La primera semana de diciembre llegó con una capa de nieve y eso pareció levantar el espíritu de los estudiantes, sobre todo de los que nunca la habían visto, pues venían de sitios cálidos. En Céfiro la nieve se volvía gris y sucia y era más molesta que bonita, pero el paisaje de Hidden, los bosques y las montañas nevados, era impresionante.

Rain llegó antes a la clase de Entrenamiento para practicar en las barras. En el examen tendrían que cruzar una distancia de veinte metros colgándose de ellas. Cada vez que lo pensaba la empapaba un sudor frío. Su problema no era solo la fuerza, sino la coordinación.

Dio un salto y se colgó. Llevaba un rato practicando cuando Jun entró con Aiden.

—Te lo estás tomando muy en serio.

Rain se dejó caer sin aliento.

—Soy la primera de la clase en todas las materias menos en Defensa y en Entrenamiento, si no me esfuerzo por mantener al menos una media de notable, no acabaré como primera de promoción.

—Y eso sería una tragedia —bromeó Jun.

Rain lo empujó del hombro.

—Es que, por mucho que dé lo mejor de mí, mis capacidades físicas no van a alcanzar tu nivel, por ejemplo. —Tanto su voz como sus gestos estaban cargados de frustración.

—Anda, ven.

—Yo os miraré desde aquí —dijo Aiden, y se sentó en una colchoneta con un libro.

Jun la cogió de la cintura y la ayudó a impulsarse para subir a las barras. La observó mientras realizaba el ejercicio.

—Coloca las manos más anchas que tus hombros —le indicó.

Llegaron un par de chicas del Crepúsculo y a los pocos minutos lo hicieron Blake y Kane. Aiden, como si hubiese sentido su presencia, levantó la mirada del libro y Kane le dedicó un guiño a modo de saludo.

Jun atrapó por la cintura a una Rain destrozada y la ayudó a bajar. No sentía los brazos y los abdominales le dolían tanto que temblaba.

—¿Cómo puede ser que haya gente que prefiera hacer esto a sentarse a leer? No tiene sentido —se quejó.

Jun soltó una risa apagada.

—Eres una empollona repelente, Rainy —bromeó.

Rain se giró, entonces, y se encontró con la mirada penetrante de Blake, que cerraba y abría las manos, reflejando la tensión en su interior.

El viernes, Rain no había conseguido dormir después de marcharse de la biblioteca, se había pasado la noche dando vueltas y vueltas en la cama. Sus ojos, su boca, el sonido de su voz, todo la perseguía en sueños.

Odiaba la sensación de vacío que Blake le dejaba, y que solo había conseguido llenar durante esos minutos que habían estado juntos en la biblioteca. Cuando estaba con él todo parecía ir más deprisa, ser más intenso: su respiración, sus emociones. El mundo en general cobraba vida.

Y luego nada le parecía igual.

La profesora Lewis entró en ese momento dando comienzo a la clase.



Rain pensó que moriría cuando por fin acabó Entrenamiento. Si el corazón no se le paraba sería un milagro. Se dejó caer en el suelo, apoyada en las manos, hasta sentarse con las piernas estiradas.

Kane se quitó la sudadera mientras hablaba con Aiden, al que los ojos se le fueron a los brazos fuertes de su compañero, que quedaban al descubierto gracias a la camiseta de manga corta. Rain sintió unas ganas irrefrenables de ir hasta su mejor amigo y subirle la mandíbula que se le había descolgado un poco y decirle que se le caía la baba.

Kane le puso una mano en la cintura con disimulo y la llevó hasta su espalda. Aiden estaba tan ruborizado y turbado que solo era capaz de pestañear. Kane sonrió complacido con su reacción.

—Respira, Clark —le dijo antes de darle un beso rápido en la mejilla.

La expresión de Aiden reflejó su decepción, aunque se dio prisa en disimularlo.

—No me mires así, Aiden; yo también quiero comerte la boca, pero sé que no quieres que lo haga en público y no me lo estás poniendo fácil.

Aiden se atragantó con su propia respiración.

—No... No tienes que ser siempre tan directo —farfulló, algo avergonzado.

Agarró a Kane de la camiseta, y bajando los párpados detrás de las gafas para evitar mirarlo susurró:

—¿Vienes al vestuario?

No solía ser Aiden quien dejase a Kane sin palabras, pero su inesperado atrevimiento lo consiguió. Kane se recuperó, y cogiéndolo de la muñeca tiró de él hasta salir de la clase.

Rain se levantó y apartó la mirada del coqueteo nada disimulado de esos dos. Se encontró de nuevo con la expresión fría de Blake. Fue incapaz de leer ninguna emoción en su rostro.

—¿Por qué no dejas de mirarme? —le preguntó ella, cortante.

Blake sonrió con malicia.

—¿Eso hago?

—Vete al infierno, Blake.

—Soy el rey del lugar, Lee —se burló.

Rain lo miró irritada.

—A veces deseo hacerte daño —gruñó.

La sonrisa de Blake se torció hacia un lado, sus ojos se oscurecieron.

—Mmm, cuidado con lo que deseas...

—A lo mejor quien debería tener cuidado eres tú —le advirtió.

Blake arqueó una ceja.

—¿He subestimado a la chica buena?

—Es que he tenido un buen maestro.

—¿Y cuándo me vas a dar las gracias?

Rain se mordió el labio.

—Cuando desaparezcas de mi vida —comentó mordaz, dejándose llevar por la rabia.

Blake se quedó inmóvil por un momento, tenso. Las manos se le cerraron en puños a los costados, con los nudillos blancos por la presión. El rostro se le contrajo en una leve mueca de dolor. Sus ojos se oscurecieron, heridos, opacados por una sombra de tristeza. Su respiración se detuvo por un instante antes de retomar un ritmo irregular, como si el golpe de sus palabras hubiera dejado una marca en su pecho.

Rain se marchó, tenía un nudo de lágrimas en la garganta. No tendría que haberle dicho eso. Sí, había deseado hacerle daño, quería que dejase de tratarla con sarcasmo, pero mientras lo decía ya se estaba arrepintiendo.



Rain buscó el nombre de Sebastian Howard a conciencia, pero había muy poca o casi ninguna información sobre él. Algo extraño, porque en la Academia había un registro de antiguos profesores. Solo encontró una foto en blanco y negro de muy mala calidad; que estuvo veintiséis años dando clase, desde el 37 al 63, y que impartía Magia del Orden.

—Un hombre misterioso —masculló para sí misma.

En los microfilms tampoco tuvo mucha más suerte. No apareció nada de Sebastian Howard, solo una noticia de una chica de Hidden llamada Agnes Howard que había ganado un certamen de piano en el 58.

Algo no encajaba en todo aquello. Los profesores de la Academia eran personalidades dentro de su mundo, expertos en sus materias y, por lo tanto, bastante conocidos.

Quizá en Hidden averiguase algo más.

En el último momento, cuando estaba a punto de marcharse de la biblioteca, se le ocurrió mirar el anuario del padre de Blake. Si él estaba relacionado con todo aquello quizá lo encontrase en el patrón. No le fue difícil averiguar su edad, había muchos y variados artículos sobre él.

Promoción del 59. Miró sus notas, había coincidido en la Academia con Alfred Keller dos años, y con el señor Jeong y el señor Clark, uno. No había estado en ningún club, pero tenía una nota que ponía «ayudante del profesor», aunque el nombre estaba borrado.

Así que Keller, que había detenido a Ambrose Blake, lo había conocido cuando eran estudiantes. Allí había una conexión.



Rain estaba frente a una masa infinita de agua que se tragaba el sol y devoraba toda la luz del mundo. Ni siquiera dejaba brillar las estrellas.

«¿Me darías tu alma a cambio de tus deseos?», preguntaba una voz.

Rain vio su propio corazón latiéndole dentro del pecho y tiñéndose de negro. Y entonces la mano se lo sacó y lo sostuvo entre sus largos dedos de uñas afiladas. Lo estrujó y ella sintió un dolor intenso.

«Te rendirás a ti misma».

Dio un paso dentro del agua oscura, pero no se sumergió en las profundidades. El líquido le lamió las piernas como si quisiese arrastrarla y ella trató de oponer resistencia.



Se despertó con el pulso acelerado y jadeante. Le temblaba el cuerpo y tenía la cara llena de lágrimas. Se abrazó las piernas sintiendo un vacío doloroso en el pecho.

Su habitación olía a cera y a miel. El suelo estaba lleno de hojas y manchado de tinta y tiza.

Tinieblas esquivó el desorden y saltó a la cama. Se coló en el regazo de Rain, que agarró su diario de la mesilla y apuntó todos los detalles. Había algo en todo aquello que se le escapaba, un mensaje que no conseguía ver. Una idea que parecía muy atrás, escondida en su subconsciente, y de la que solo acertaba a vislumbrar su silueta.

Aquel día tenía el examen trimestral de Defensa y el sueño le dejó una sensación de mal augurio.

En el desayuno apenas fue capaz de comer nada.

—Estás pálida, Rain —le dijo Jun, preocupado.

—¿Será que has envejecido un año entero solo en esta noche? Te noto más mayor —la pinchó Aiden—, como alguien que mañana habrá alcanzado la edad adulta.

—Ja, ja —contestó Rain sin mucha energía.

Estaba tan preocupada por el examen que se le había pasado la fecha de su cumpleaños.

El profesor Li los colocó por parejas para los duelos. Y a Rain le tocó con Alberta Novak, el primer signo de que su suerte estaba gafada.

Tenían varias armas que habían trabajado durante esas once semanas, repartidas por el patio trasero de la Academia. Debían hacerse con una, la primera que encontrasen, y pelear entre ellas usando las técnicas que habían aprendido sin usar magia. Hasta segundo año no les dejarían combinar armas y hechizos, para que así dominasen el manejo de lo primero y no cubriesen sus carencias con lo segundo.

Era el examen final de ese tercio de la asignatura, así que tenía que hacerlo bien para no alejarse demasiado del sobresaliente.

—Sé de alguna a la que se le van a bajar los humos —dijo Alberta a sus amigas en un tono lo suficientemente alto para que Rain la oyese.

Le rechinaron los dientes.

Blake derrotó a su compañero de duelo con una rabia fría. La forma en la que usaba la catana era impresionante: elegante, certera y sanguinaria, o lo habría sido si hubiera estado afilada. Rain siguió el combate con fascinación.

Y, entonces, llegó su turno y el de Alberta. Se colocaron en el centro del patio. El profesor Li les dio el inicio. Rain corrió hacia la zona porticada. Saltó por encima del murito y encontró una bolsa con unos *sai*. Se lamentó; eran una arma difícil de utilizar y mayormente defensiva.

Volvió al centro y buscó con la mirada a Alberta, que estaba en la zona en ruinas sacando la catana. Vio en su cara la satisfacción cuando observó las armas de su oponente. Su pelo negro como la noche se balanceó a su espalda, cuando corrió hacia el centro del patio. Era casi diez centímetros más alta que Rain y su constitución más fuerte. Se sabía ganadora.

Rain había memorizado los movimientos del *sai* de tanto repetirlos. Pero una cosa era la técnica y otra el combate.

Paró el golpe de la catana con la defensa del *sai* enganchándola de la hoja. Alberta consiguió retirarla con facilidad deslizándola y volvió a armar su ataque.

A Rain la espalda y la nuca le sudaban mientras evitaba sus golpes. Hasta que por fin consiguió enganchar la defensa de su *sai* en el mango de la catana raspándole los dedos enguantados a Alberta, que hizo una mueca de dolor. Rain tiró de la catana hacia

arriba y hacia atrás dejando el cuello de su oponente al descubierto y la apuntó con el otro *sai*.

Rain le dedicó una sonrisa.

—Desarma para terminar, Lee —le indicó el profesor Li.

Ella trató de colar la pierna entre las de Alberta para desequilibrarla, pero su compañera fue más rápida y le dio una patada en el estómago que la hizo retroceder, dejándola sin aire.

Se sintió mareada durante un segundo y parpadeó intentando estabilizarse. Alberta fue a por su garganta y Rain frenó el golpe a duras penas. Clavó la hoja de la catana en una de las defensas de su *sai* izquierdo y tiró hasta que se lo arrebató.

Y entonces el combate se embarró. Alberta le tenía ganas y empleó todas sus fuerzas y jugarretas para golpearla hasta que consiguió tirarla al suelo, y Rain sintió como la cuerda de su control y raciocinio se partía. La rabia la cegó hasta que los bordes de su visión se tiñeron de rojo y golpeó a Alberta con el puño libre en la cara, tratando de quitársela de encima.

—Eres una perdedora. Ni siquiera deberías estar aquí —le escupió ella antes de desarmarla del otro *sai*.

Y la apuntó al pecho dándose por vencedora.

El profesor Li pitó el final y Rain se quedó inmóvil. Sostenida por sus codos, la única parte de su cuerpo que no parecía haber colapsado al oír la palabra «suspenso».

—A recuperación, Lee —le dijo el profesor Li—. Ayuda a tu compañera a levantarse, Novak —continuó, dirigiéndose a Alberta.

La chica, con los ojos brillantes de satisfacción, le tendió una mano a Rain. Cuando tiró de ella hacia arriba le colocó la zancadilla que la hizo caer y golpearse la boca contra el suelo.

El labio partido le chorreó sangre, pero Rain no reaccionó. No sintió el dolor.

«Suspenso». La palabra le provocó náuseas. Era todo lo que podía oír. Todo lo que podía procesar mientras una única idea la aguijoneaba:

«He fracasado».

Jun y Aiden corrieron hacia ella. Aiden empujó a Alberta Novak con todas sus fuerzas al pasar.

El profesor Li la amonestó por tirar a Rain, pero ni siquiera eso le borró la sonrisa de satisfacción.

«Nunca los alcanzaré».

Jun le levantó la barbilla a Rain.

Y los ojos de ella, vidriosos y acuosos por las lágrimas que se agolpaban en ellos, se encontraron con los de Blake. Su mirada era una mezcla de ira asesina e inescrutable apatía.

Una lágrima silenciosa se escapó de los ojos de Rain y cerró los párpados. En ese momento deseó dejar de existir.

Se sentía derrotada. Vencida.



«Deseo las cosas que me destruirán al final».

SYLVIA PLATH





CAPÍTULO 45



Rain tenía el labio superior hinchado y un corte grueso cicatrizado. No había dicho una palabra desde el examen de Defensa. No era capaz de ordenar sus emociones lo suficiente para expresarlas en voz alta. Tenía un nudo en el pecho de angustia y sentía que se ahogaba a cada momento.

Aquella fue la noche más larga de su vida. No durmió ni un solo minuto y pensó que su propia cabeza acabaría con ella. Cada idea, cada pensamiento más feroz. Luchaba contra una bestia hambrienta.

Le dolían los ojos. No es que hubiese tenido intención de llorar pero las lágrimas —que parecían especialmente ácidas—, se le habían escapado.

¿Acaso iba a fracasar en todo lo que deseaba?

Toda su vida había creído que, si trabajaba con tesón, si demostraba su valía, llegaría a ser aceptada. Pero ahora veía la realidad con dolorosa claridad: no importaba lo buena que fuera; nunca sería suficiente. Se miró las manos sintiéndose impotente, débil.

Por primera vez, la idea de rendirse no le pareció tan atroz. Rendirse era la única forma de liberarse del peso que cargaba.

Dejarlo todo. Dejar de intentarlo, dejar de luchar. El esfuerzo, la dedicación, el sacrificio... nada de eso había servido.

Algo profundo y oscuro se agitaba en su pecho, una emoción que no podía identificar del todo, pero que se aferraba a ella, susurrándole al oído.

Cuando el primer rayo de sol despuntó en el horizonte, Rain salió de su habitación para ir a la biblioteca. Ni siquiera allí encontró ningún tipo de motivación. No se sentía inspirada para hacer nada. Y solo deseaba ocupar su cerebro para distraerse de aquella rabia furiosa y abrasadora. Aunque la rabia era mucho más fácil de manejar que la tristeza. Lo primero era como un combustible, un fuego que la impulsaba, lo segundo era más destructivo, la apagaba hasta tener ganas de desaparecer, de cerrar los ojos y sentir la tranquilidad del vacío.

Aiden la secuestró en contra de su voluntad y la llevó a Hidden para celebrar su cumpleaños.

—Jun se unirá después. Tenía algo.

—¿Algo? ¿Un sábado?

—Sí, a veces va a una especie de reuniones. Un club de política o algo así. Me ha invitado, pero me parece lo más aburrido del mundo.

Rain se quedó en silencio. A ella nunca le había comentado nada y, de hecho, nunca había oído hablar de ningún club de política.

Por supuesto, la primera parada fue coger café y bollos calientes. En Hidden nevaba suavemente, como si cayese confeti blanco del cielo. A pesar de ello el día era luminoso. Los pasos de la gente, envuelta en gruesos abrigos y coloridas bufandas, hacían crujir la esponjosa capa de nieve acumulada en el suelo.

Toda la ciudad estaba decorada para Yule. Había velas flotando por las calles, guirnaldas hechas de ramas, abetos adornados con lucecitas, piñas, bayas y figuritas de estrellas y soles. En las plazas

había hogueras y en las puertas de las casas tenían coronas de acebo, enebro y laurel entrelazadas con cintas doradas.

La ciudad olía a hierbas aromáticas, a especias y a dulce. Las cafeterías estaban llenas de gente buscando calor, con tazas de chocolate caliente o té humeando entre las manos. El ambiente era vibrante.

Aquello la animó un poco.

Aiden ni siquiera tuvo que preguntar dónde quería ir su amiga, directamente se dirigieron a una librería. Rain se acercó a la dueña, la que le había conseguido *La Rueda de las Sombras,* y aprovechó para pedir libros que pudiesen servirle para su investigación. Y así poder averiguar algo más de Sebastian Howard.

Encontró a Aiden en el pasillo de mitología. Estaba ojeando un libro de cuentos ilustrado. Rain se asomó y vio el dibujo de una chica con el pelo blanco, más pálido que el rubio de Blake, etérea sostenía dos dagas en medio de una nevada con la noche a su espalda.

La historia de la diosa Luna y el príncipe Noche, decía el título.

«¿Puede el villano de la historia transformarse en el héroe? La princesa de este cuento no siempre fue una buena chica, tampoco el príncipe que vivía torturado por su malvado padre. Pero encontraron los motivos justos por los que luchar».

Al otro lado de la página, como si el manto de la noche se hubiese solidificado hasta tener forma de hombre, había un chico de pelo negro y ojos brillantes envuelto en una bruma oscura que parecía emanar de él.

La siguiente ilustración la enseñaba a ella robando, y a él, solitario y enfadado.

Aiden pasó unas cuantas páginas.

«Los dos se sacrificaron por salvar a su mundo y los remolinos los recompensaron grabando su historia de amor para siempre en el

cielo; concediéndoles así la eternidad. Cuenta la leyenda que la constelación Perseo tenía una estrella que cambiaba de color porque contenía sus dos almas. Y con el tiempo esas dos almas se fundieron en una».

Rain pensó que al menos esa parte era cierta. Perseo solía tener una binaria eclipsante que había acabado fundiéndose en una.

Como su madre era una común nunca le había leído cuentos del Mundo Fuera de lo Normal siendo niña, ella había crecido con otra clase de historias. Aiden, sin embargo, parecía familiarizado con aquel relato.

—Me lo contaba mi niñera para dormir —le explicó.

Después de ojear un par más de libros se marcharon.

—¿En qué piensas? —le preguntó Aiden mientras caminaban por la ciudad.

—¿Crees que serías capaz de vender tu alma a cambio de lo que deseas?

Aiden arqueó las cejas.

—No. No lo sé. Nunca me había planteado algo así.

—Yo sí —dijo Rain—. A veces pienso que daría todo, mi alma, mi capacidad de amar, de querer, mi humanidad, todo por conseguir lo que anhelo. Por tener poder.

—Rain, ¿lo dices en serio?

—No lo sé.

—¿Crees que serías más feliz así?

—No... No lo sé. Es que a veces es... es como tener hambre, un hambre insaciable, y no poder comer.

Lo había experimentado al levantar los cajones en clase de Magia del Orden.

—¿Tiene esto que ver con lo que pasó en el examen de Defensa?

—Me siento impotente en un mundo en el que parezco no tener voz. Es como si otros manejasen las cartas de mi destino y a mí no me quedase más remedio que o conformarme o ahogarme remando contra la corriente.

Estuvo a punto de contarle a Aiden todo lo que había averiguado. Los túneles, el culto, su certeza de que ellos tenían algo que ver con lo que le había pasado a Maya..., la profesora Kêt... Pero no lo hizo. Quería demasiado a Aiden para soportar que la mirase como si fuese un monstruo.



Jun apareció tarde y algo avergonzado. Se disculpó por haberse perdido parte de su cumpleaños.

—La cosa se ha alargado —dijo.

—¿Qué hacéis en ese club? —le preguntó ella con curiosidad.

—Eh, ya sabes..., hablar más que nada. Es más un club social que algo útil. Novak se empeñó en abrirlo.

En cuanto pronunció el nombre de su compañera se mostró arrepentido. Miró el corte del labio de ella frunciendo el ceño. La boca de Rain se curvó en una sonrisa pequeñita.

—Estoy bien —aseguró, y la respuesta estiró las arrugas de preocupación que tenía Jun en la frente.

Al menos físicamente lo estaba, no mentía.

—Toma —dijo él, entregándole una caja de regalo. En el interior había un colgante con un sol esférico que giraba dentro de un círculo—. Es un amuleto. Aleja las energías negativas y potencia la magia del Amanecer.

Rain sabía que no eran fáciles de conseguir, al menos no los buenos, los que de verdad funcionaban. Era un regalo caro y

poderoso, y se quedó sin habla.

—Jun... Esto es... Gracias —contestó, acariciando el metal.

La expresión de él se ensombreció, entonces.

—Sé que a veces... Sé que puede que no siempre lo demuestre, pero eres importante para mí, Rain. Más de lo que... —Se calló de golpe tragándose el resto de sus palabras.



Rain estaba en la biblioteca. Observando aquel colgante, la semilla de una idea se había plantado en su cabeza y había acudido ansiosa. En su empeño por reunir pruebas había dado con una noticia antigua de un tal Howard que podría estar relacionado con el que ella buscaba:

> Henry S. Howard detenido por predicar contra el Consejo de Sabias. Fue el instigador de una protesta minoritaria en la que decía conocer los secretos que ocultan las órdenes. Es conocido por su expulsión de Eurínome tras intentar realizar experimentos prohibidos. «Claramente, es un brujo desequilibrado que busca notoriedad porque no ha sido capaz de aportar ningún valor a la comunidad y eso le frustra», ha opinado el comisionado del Consejo. «Trata de cubrir su mediocridad con atajos y trampas y no tiene escrúpulos. Busca justificar la validez de sus experimentos y hechizos con motivos superiores ligados a los dioses, la naturaleza y profecías varias que no son más que cuentos». Parece que a Howard se le negó una plaza en la Academia por falta de talento, aunque él asegura que es porque no viene de una gran familia y de ahí nace su odio contra el sistema.

Lo curioso de la noticia es que la fecha, principios de siglo, coincidía con el nacimiento del culto Ereshkigal. Rain tomó notas en su cuaderno, ese tal Henry S. Howard podría ser el padre del profesor Sebastian Howard y eso haría que todo estuviese relacionado de nuevo. El culto y la Academia. Era un patrón que se repetía, aunque todavía no entendía por qué. ¿Habría captado el profesor a una joven alumna Dominique Kêt?

Le molestaba ver los trozos incompletos de su puzle y no saber dónde encontrar las piezas que faltaban. Si pudiese bajar a los túneles de nuevo y traducir aquel libro... O encontrar algún diario que explicase algo más. Y luego estaba el tema de qué querían hacer con aquel libro del Otro Lado.

Tenía tantas preguntas sin respuesta... Rain estaba tan enfrascada en sus deducciones que no notó que Blake se sentaba frente a ella. La observó en silencio unos minutos: el modo de ponerse los laterales del flequillo por detrás de las orejas constantemente, o de apartárselo de los ojos, cómo se mordisqueaba el labio al concentrarse y entornaba los ojos tras las gafas.

También se fijó en otros detalles, pequeñas cosas, como las poquísimas pecas que se esparcían por el puente de su nariz y que siempre le habían gustado, la cantidad de lunares que se repartían por su piel o que tenía uno de los incisivos algo torcido.

Rain levantó la cabeza y se encontró con él. El corazón le dio un vuelco por la sorpresa. Y cogió aire mientras se llevaba una mano al pecho.

Blake tenía el pelo húmedo, la piel brillante y algo sonrojada como si acabase de ducharse. Un jersey negro se extendía por su pecho y Rain tragó saliva con dificultad al verlo.

Jamás habría imaginado que la atracción por alguien podía sentirse así, como una oleada ardiente y devastadora. Y había algo más detrás, florecía en su interior y comenzaba a extenderse por su cuerpo como una enredadera que le clavaba sus afiladas espinas. Era un dolor dulce y delicado. Era hermoso y desgarrador. Un susurro silencioso. Y, en cuanto le puso nombre a la emoción, se dio cuenta de que estaba perdida.

—¿Qué... qué haces aquí? —preguntó algo turbada.

Blake estiró el brazo, llevó el pulgar hasta el labio partido de Rain y lo acarició. Ella se estremeció y dejó escapar un suspiro, su tacto fue un tornado eléctrico bajando desde su boca hasta su ombligo. Los dedos de los pies se le encogieron y dejó de sentir el suelo bajo ellos, como si flotase.

Los ojos de Blake se oscurecieron al tiempo que su mandíbula se apretaba.

Rain podía ver la rabia emanando de su cuerpo.

—Blake —le dijo llamando su atención.

—Esto no forma parte de ningún maldito plan.

—¿Qué?

—Sabía que te encontraría aquí —explicó—. Feliz cumpleaños, Rain —dijo a media voz con un tono suave y aterciopelado.

—Te has acordado... —susurró ella.

Él sonrió como si estuviese pensando en una broma interna.

—Todos rompemos nuestras normas por alguien —masculló para sí mismo y dejó una cajita sobre la mesa.

Rain la miró sorprendida. Estaba envuelta con un lazo. Tardó unos segundos en asimilar que era un regalo para ella.

Cogió la caja con cuidado y deshizo el nudo del lazo. Encontró dos anillos, uno dorado con un sol que tenía rayitos con pequeñas piedrecitas y otro plateado con una media luna azulada con pequeños diamantes en la parte convexa. Ambos se unían y formaban un único anillo. El sol —que solo tenía los rayitos en un lado— se encajaba en la parte cóncava de la luna.

Blake se perdió en la imagen de ella; delicada, dulce y algo vulnerable. Casi esperanzada. Y tragó saliva con dificultad.

Rain levantó la cabeza y clavó los ojos en los de él. Esperó que el chico dijese algo, que le explicase por qué le había hecho un regalo.

Deseó más que esperó, de hecho, que reconociese que lo hacía porque sentía algo por ella.

Quiso que le dijese que no había pasado nada con la chica del *pub* y que, en realidad, no dejaba de pensar en ella igual que ella no era capaz de dejar de pensar en él, por mucho que lo odiase, por mucho que él fuese cruel, y aquello, la peor idea del mundo.

—¿Por qué? —se le escapó a Rain.

La mirada de Blake captó el brillo del colgante en el cuello de Rain; un amuleto del Amanecer. Un regalo, supuso.

Y entonces su mirada se volvió distante de nuevo.

—Porque me salvaste la vida, supongo. Que duermas bien, Lee —le dijo antes de marcharse.

A Rain le escocieron los ojos mientras lo seguía con la mirada. De nuevo el sabor amargo de una emoción demasiado complicada para ponerla en palabras.

Blake se obligó a no girarse, y aun así podía verla allí sentada con el amuleto del Amanecer encima del corazón. Los dedos se le cerraron en puños y sintió los nudillos crujir.

Él era su cuento de hadas perverso.

Ella, su fantasía más oscura.

Y estaban destinados a destruirse.



«Las puertas del Infierno están abiertas día y noche;
fácil es el descenso y suave es el camino».
VIRGILIO





CAPÍTULO 46



Rain, Jun y Aiden estaban sentados en el camino porticado del patio, sobre el murete, con bollitos de canela humeantes en el regazo.

—¿No os parece como si nuestra vida en Céfiro hubiese pasado hace mucho tiempo? No me siento la misma persona —reflexionó Rain.

El libro de Fuerzas Arcanas que sostenía sobre las rodillas se le resbaló y Jun se movió deprisa para atraparlo antes de que cayese. La cadena que llevaba se le salió del cuello de la camisa y un pequeño medallón colgó balanceándose. Rain sintió un fuerte *déjà-vu*.

—Deja de estudiar, estoy seguro de que te lo sabes mejor que tu nombre —dijo él, devolviéndole el libro.

En realidad, hacía rato que no prestaba atención a lo que leía. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Se sentía cansada, no conseguía apagar su mente y así no podía concentrarse como era debido. Se sentía lenta, atrapar una idea, conectar dos pensamientos juntos era como nadar en el lago luchando contra la fuerza del agua que la empujaba hacia abajo. Le requería un esfuerzo casi doloroso.

La hora del descanso terminó y se dirigieron de vuelta al castillo.

Rain iba distraída dándole vueltas a algo y acabó quedándose atrás entre la multitud de estudiantes que se dirigían a las clases. Aiden y Jun estaban enfrascados en una conversación sobre el próximo encuentro de combate de destreza y los perdió de vista.

Alguien chocó con ella por la espalda con fuerza.

Al levantar la mirada se encontró con el rostro altivo de Alberta Novak y sus amigas.

—No te he visto. Perdona, Lee, eres tan irrelevante que cuesta notarte —se burló.

—Qué elocuente, Alberta —contestó ella.

—Miradla qué segura de sí misma, qué valiente.

Se rieron entre ellas.

—¿Cuál es tu problema? —le espetó Rain.

Alberta dio un paso hacia ella y la empujó contra la pared del pasillo.

—Mi problema, Lee, es, por si no te ha quedado claro, que tú y Jeong no tenéis nada que hacer. Él está con Manon, así que sería mejor que dejes de arrastrarte y entrometerte. Deberías tener claro cuál es tu sitio. ¿Crees que alguien de su estatus saldría con una donnadie sin apellido ni familia como tú?

Los ojos de Rain se estrecharon en pequeñas rendijas.

—¿Qué...?

—Jun solo está contigo por pena, es obvio. ¿Sabes lo que pasa cuando las ratas se meten en los lugares que no les corresponden? Que las exterminan, así que aprende cuál es tu lugar, no me gusta repetirme —siseó—. ¿Acaso tengo que explicarte lo que tú eres? Ya sabes a lo que me refiero —dijo haciendo referencia al término *parvenus*—. ¿Crees que los Jeong te dejarían unirte a su familia? Hasta tú puedes entender eso.

Sacudió la cabeza con cierto desdén.

—Bonita cicatriz, por cierto —se rio otra de las amigas señalando su labio.

Se marcharon apaciblemente después de dedicarle una última mirada cargada de superioridad.

Rain sintió una oleada de rabia tan fuerte que le temblaron los brazos. Su visión se oscureció. Y durante unos segundos su mente fue un lugar salvaje.



Vio las cicatrices del Universo, polvo de antiguas estrellas y planetas flotando en el espacio. Los remolinos coronándolo todo.

«Abre los ojos», decía aquella voz en su cabeza que era como hojas secas y un viento susurrado entre árboles. Y ella obedeció. La imagen se quebró como los cristales de un espejo roto.

«¿Hasta dónde estarías dispuesta a llegar por tus deseos?».

Se encontró sumergida en el lago de líquido granate. El latido de un corazón sonaba en sus oídos. Rain se llevó la mano al pecho y vio su propio corazón marcado y oscuro.

Trató de arrancárselo, de sacarlo fuera de su cuerpo.

«A veces hay que ser la villana en la historia de los demás para ser la heroína de la tuya propia».

Y entonces empezó a hundirse.



Rain se despertó abruptamente con un jadeo. Estaba empapada en sudor y se sentía mareada. Las imágenes de la pesadilla le daban vueltas en la cabeza. ¿Era algo premonitorio? El día del examen de

Defensa el sueño la dejó con una sensación de mal augurio que se cumplió. La magia de adivinación era un don muy raro y nada común entre los que se inclinaban por el Orden.

Los brujos que hacían uso de esa clase de poderes eran pocos y había un cierto tabú a su alrededor. Al ser un arte tan desconocido se los apartaba y se los temía al mismo tiempo que se los envidiaba y se los usaba, dado el caso.

Pero ella nunca había manifestado esa clase de poder. Incluso el profesor Narayana le había dicho que carecía de ese tipo de sensibilidad. ¿Era posible despertar algo así?

Observó las notas de su diario dando golpecitos en el papel con la pluma. Definitivamente aquel día no sentía lo mismo que el día del examen. Era distinto, como si algo se avecinase. ¿Una revelación? Se sentía intranquila.

Estiró la mano y agarró la cajita donde estaban los anillos que le había regalado Blake. No había vuelto a sacarlos desde el día de su cumpleaños. Los miró, fascinada, dolida, feliz... Se fijó en que tenían una inscripción dentro que la primera vez no había visto: «Procúrate el inocente aspecto de una flor» podía leerse en el del Sol, «pero sé tú la víbora que oculta» seguía en el de la Luna.

Rain reconoció la cita.

Sentía una sensación de pérdida que se colaba en los pequeños detalles del día a día, un anhelo sutil y persistente que la envolvía, como una bruma que nunca parecía despejarse del todo.

Tinieblas salió de debajo de su cama y saltó a su regazo. Rain volvió a guardar los anillos y la acarició.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó mirándole las patas sucias—. No te estarás escapando por ahí, ¿verdad?

Tinieblas ronroneó y Rain le rascó la cabeza.

—Tú nunca dejarás de quererme. ¿A que no?

Cuando bajó al salón común vio que Alberta Novak y sus amigas estaban reunidas y charlaban con cierto secretismo. La primera parecía cansada, pálida y preocupada.

—Me dio un susto de muerte —dijo Hanna Lambert.

—Deberías hablar con Blean —contestó Manon.

Y entonces apareció Aiden.

—¿Qué les pasa a esas?

—No lo sé —contestó Rain.

—No las soporto y no comprendo por qué a Jun le caen bien. Entiendo que se conocen desde hace años porque sus padres trabajan juntos y todo eso, pero aun así... De verdad que odio el nepotismo de Eurínome. Por eso siempre evito ir, porque al final todo es falso a cambio de favores.

Rain no pudo oír nada más de lo que decían Alberta y sus amigas. Se preguntó qué habría hecho que la altiva y soberbia Novak tuviese aquella cara de susto. Fuera lo que fuese se alegró. Se lo merecía.



—El sábado necesitamos irnos con al menos dos victorias más que los del Crepúsculo para dar la vuelta a la clasificación —decía Jun durante la comida.

—¿Vendrán tus padres? —le preguntó Rain.

—Pensaba que no porque la semana que viene ya nos marcharemos a casa para las vacaciones, pero me han dicho que sí.

—Mi padre también ha decidido venir —contestó Aiden, torciendo el gesto.

Rain tenía los ojos clavados en el cuello de Jun, en su cadena concretamente.

—¿Quieres que te deje una camiseta para animarnos? —le preguntó él.

Ella levantó la mirada algo turbada pues la había pillado perdida en sus pensamientos.

—¿Yo?

—¿Dónde estás hoy? —le preguntó Jun riéndose—. ¿Estás bien? Llevas todo el día rara.

—Sí, cansada. Puedo ponerme la de Aiden —comentó mirando a su mejor amigo—. No sé si a Manon le gustará que lleve la que tiene tu número.

Jun desvió los ojos hacia Dubois y sus amigas, entre las que estaba Alberta Novak. Su rostro, durante un segundo, mostró algo similar a la rabia.

—Manon y yo no tenemos nada. Así que me gustaría que te la pusieras, Rainy. Tú siempre me das suerte.

Mientras caminaban de vuelta a la torre del Amanecer, Rain le preguntó a Aiden:

—Oye, ¿cuándo empezó Jun a llevar esa cadena? Nunca ha usado cosas así.

—Sus padres se la regalaron cuando lo admitieron en la Academia, debe de ser una reliquia familiar. No se la quita jamás.

Esa noche, Rain se quedó dormida repasando las notas de su investigación, rezando por no tener más pesadillas.



«La traición es la más cruel de las heridas, un veneno que corroe el alma y oscurece el corazón, pero también es una lección sobre la verdadera naturaleza del amor y la lealtad».

ANÓNIMO





CAPÍTULO 47



Rain cayó en una oscuridad infinita hasta chocar con una masa de agua que se la tragó. El color escarlata de la sangre la envolvió, pero esta vez no tuvo miedo. «¿Me darías tu alma por tus deseos?», susurraba la voz en sus oídos. Y sin dudarlo, se dejó tragar.

Un destello llamó su atención y ascendió, y pudo ver a Jun inclinado mirando su reflejo. La cadena le colgaba del cuello y Rain sacó la mano del agua, con las uñas afiladas y cubierta de sangre, y agarró el collar.

Tiró de él con fuerza hasta arrancárselo y entonces se vio a sí misma emergiendo del agua toda cubierta de rojo.



Se despertó tomando una bocanada de aire e incorporándose como un resorte. Se miró las manos. Todavía podía sentir el tacto del metal en los dedos.

Por fin había conseguido desentrañarlo.

—La llave —jadeó, mirando a Tinieblas—. ¿Y si la cadena de Jun es el peso que abre la balanza? —se dijo a sí misma en voz alta.

Eso querría decir que los señores Jeong estaban implicados con el culto Ereshkigal y puede que Jun también. Lo primero podía ser, estaban en su lista de coincidencias sospechosas. Pero ¿Jun?

Rechazó la idea, la hizo sentirse descorazonada. No él... Jun no participaría en una cosa así.



Más tarde, en la entrada del comedor, se cruzó con Blake. Era sábado y la mayoría de los alumnos bajaban tarde a desayunar, así que eran de los pocos que estaban por allí.

—¿Vas al encuentro, Lee?

Y ahí estaba el vacío llenándose. Tomó una respiración profunda que le inundó el pecho. No se daba cuenta de cuánto lo echaba de menos hasta que se encontraba con él de nuevo.

Rain se permitió observarlo a gusto durante un momento. Sintió un tirón. Y cosquillas en las yemas de los dedos, y tuvo el impulso, el deseo de tocarlo. Se le formó un nudo en la garganta. Y una quemadura en el corazón.

¿Cómo sería sentir que Blake era suyo?

La idea la hizo notarse mareada y se clavó las uñas en las palmas.

—Sí.

Los ojos grises de él la recorrieron casi perezosos y algo posesivos.

—¿Necesitas que te deje mi camiseta de nuevo?

Rain sentía a veces al mirarlo, al tener el peso de sus ojos sobre ella y la cercanía envolvente de su cuerpo, que podría entregarle su corazón para que se lo rompiera. Ash Blake le nublaba el juicio y la hacía desear cosas que no debería.

El día de su cumpleaños había estado a punto de hacerlo.

Descender siempre ha sido un camino fácil y atractivo. «Resiste la tentación y tu alma se enfermará de añoranza por las cosas que se ha prohibido a sí misma», había leído una vez, y ahora lo entendía.

Pero aquello no era más que una fantasía estúpida. Él nunca sería suyo. Ellos jamás podrían pertenecerse. Y ella necesitaba protegerse, no quería que Blake le hiciese daño y estaba segura de que se lo haría.

Rain dio un paso hacia atrás y los dedos de Blake se sacudieron ligeramente, como si hubiese querido retenerla. Los cerró en un puño apretado.

—No te preocupes por mí, ya tengo quien me deje una —dijo Rain, sacudiendo la cabeza.



Esperó a Jun en la entrada del vestuario del equipo del Amanecer. Los señores Jeong salieron y le dedicaron una mirada. Aunque sus expresiones y gestos fueron educados, a Rain le parecieron más fríos de lo normal.

—Hola, Rain.

—Señores Jeong, un placer saludarlos.

—¿Qué haces aquí?

—Quería desearle buena suerte a Jun y recoger su camiseta. Le da suerte que la lleve.

Los padres de Jun se miraron.

—Jun tiene que concentrarse, es importante. Quizá no deberías...

Entonces él salió del vestuario. Su gesto alegre se transformó cuando vio a sus padres hablando con ella. Hizo una mueca de incomodidad.

—¿Rain?

—No te he visto en el comedor y quería desearte buena suerte y recoger la camiseta —explicó ella.

El padre de Jun le dedicó una mirada severa y él se tensó. Fijó la vista en un punto distante del pasillo evitando mirar a Rain, con expresión culpable.

—Eh... sí. Lo siento, se me ha olvidado que no las llevé a la lavandería.

Rain lo miró incrédula, y captó la sonrisa del señor Jeong. Y por fin comprendió aquello que Maya le había preguntado a principio de curso. En ese momento no había entendido por qué la interrogaba sobre su relación con los padres de Jun. Recordarlo casi la hizo reír. Maya apenas había estado dos semanas con ellos y ya se había percatado de lo que pasaba. Rain había estado ciega durante ocho años.

Los padres de Jun no la consideraban apta para salir con su hijo. La aceptaban pero no como una igual. Justo como le había dicho Alberta Novak.

Y Jun se dejaba condicionar por ellos. Justo como Blake había sugerido en más de una ocasión.

Ahora lo veía. Ahora lo entendía todo, o puede que una parte de ella ya lo sospechase, pero se había negado a creerlo.

Maya tenía razón en que él probablemente sí que sentía algo por ella. Todas esas veces que Rain había percibido que Jun la correspondía no había sido su imaginación. Simplemente, él parecía mantenerse a una distancia prudencial porque a sus padres no les gustaba ella. O no les parecía suficiente o vete tú a saber qué gilipollez elitista.

Los señores Jeong se despidieron para ir al gran salón y Rain se quedó sola con Jun en el pasillo.

Sentía náuseas. Estaba enfadada y herida. Y humillada y triste.

—Gracias por haber venido a desearme suerte.

Rain se giró para mirarlo, abrumada por lo que acababa de comprender. Necesitaba estar segura. Saber si no se estaba volviendo loca. Darle la razón a la Rain de trece, quince, diecisiete años que se había dejado los ojos llorando en su habitación por las noches cada vez que su esperanza se había estrellado contra el suelo, después de que Jun la hubiese hecho florecer con alguna frase o gesto. Decirle que no estaba loca, que no era una ilusa y que no lo había imaginado. Muy despacio se acercó y le dio un abrazo, que lo pilló desprevenido.

Lo oyó tragar aire.

Tardó en reaccionar un par de segundos y la estrechó con cariño.

—Eh, Jun —dijo Rain, poniéndole una mano en la mejilla—. Te quiero, que no se te olvide. Eres una persona increíble.

Y lo vio. Vio en sus ojos el anhelo, ese que siempre había pensado que su mente traicionera imaginaba. Estaba ahí.

Se tambaleó cuando apoyó los talones en el suelo y lo soltó. Su mente era una espiral colapsando.

¿Jun sentía lo mismo? ¿Era posible que todo ese tiempo él hubiese sentido lo mismo que ella?

Ah. Y Blake lo había visto tan claro, tan rápido... Por eso la había utilizado para hacerle daño. Los había leído a ambos con tanta facilidad...

Sí que había sido ingenua.



El segundo encuentro de combate de destreza tenía un ambiente más festivo que el primero, dado que solo quedaba una semana para las vacaciones. El reencuentro con los padres que habían

asistido era más emotivo después de casi tres meses y en el aire se respiraba alegría.

Rain se sentó sola en las gradas. Hizo contacto visual con Olivia Nikt, la chica del Crepúsculo, que le sonrió, pero no eran tan conocidas como para sentarse juntas. Manon y sus amigas estaban un par de filas más abajo, y Rain vio que ella llevaba la camiseta con el número y el apellido de Jun.

Fue como si echasen sal en una herida recién abierta.

—Bienvenidos al último encuentro de combate del año.

El público aplaudió de forma ensordecedora cuando entraron los equipos mientras tocaba la banda. Rain apenas oía el barullo. El sonido le llegaba amortiguado, como si estuviese debajo del agua.

Blake buscó a Rain con la mirada. Sus ojos se estrecharon en rendijas y sintió un alivio estúpido cuando vio que no llevaba la camiseta del Amanecer. Kane siguió la dirección de su mirada y le dio una palmada en el hombro.

—¿Es pronto para decir que te lo advertí? —le susurró.

—No estoy arrepentido. Ella no encaja en mis planes.

Blake apartó la vista y se sentó en el banco del Crepúsculo.

Rain no se levantó cuando entraron sus amigos, su mente estaba muy lejos de allí recorriendo lugares del pasado, momentos, recuerdos que ahora tenían otro color, otro significado.

Aiden le dedicaba miradas poco disimuladas a Kane. Estaba tan guapo que le costaba concentrarse en nada más.

Después de los saludos protocolarios, se decidieron los emparejamientos para los combates. Rain volvió momentáneamente a la realidad cuando oyó que nombraban a Aiden y a Kane juntos.

A Jun le tocó con Amira Khan y a Blake con Vasilyev, el mejor amigo de Dereck Keller.

Aiden salió al centro de la pista ligeramente tembloroso. Su padre estaba en el público y tenía que combatir contra el chico del que estaba enamorándose delante de él. Su sistema nervioso no estaba preparado para soportar aquel nivel de estrés.

Kane le dedicó una sonrisa socarrona. Y a Aiden le faltó el aire.

—¿Apostamos, Clark? —le dijo cuando se acercó a estrecharle la mano, la cual atrapó con firmeza y ternura.

Aiden parpadeó cautivado por sus ojos oscuros.

—¿El qué? —dijo con la voz algo débil.

—El que gane puede pedirle lo que quiera al que pierda.

Aiden sintió la mirada de Kane como una caricia. Y asintió antes de darse cuenta.

—Perfecto. Que gane el mejor —le contestó, guiñándole un ojo.

—No, espera, ¿qué? —dijo Aiden, aterrizando en la realidad.

Pero el árbitro los advirtió que iba a dar comienzo al duelo.

Aiden, demasiado aturdido por la apuesta, perdió el primer punto.

—Vamos, puedes hacerlo mejor. Me gusta cuando me lo pones difícil, Aiden —le susurró Kane, volviendo a su posición.

Kane era fuerza y tenía un ataque feroz. Era un jugador ofensivo. Aiden, por el contrario, era pura técnica y muy buen defensor.

Le costó meterse en el combate, pero una vez que consiguió concentrarse, atajó todos los ataques de su oponente con maestría. Sus comentarios divertidos y provocativos hicieron que Aiden se relajase y que incluso disfrutase del hecho de enfrentarse a él.

Kane no era un chico con un ego frágil al que le molestase perder. De hecho, también se alegraba cuando Aiden conseguía hacerle un punto.

Aiden sintió un nudo en la garganta. Ni en sus mejores sueños podría haber imaginado encontrar a alguien tan increíble como ese chico.

Los dos llegaron muy igualados a los últimos puntos, y ambos lucharon por llevarse la victoria. No solo por ganar, sino por ese deseo.

Pero, finalmente, fue Kane quien se impuso. Cuando se acercaron para darse la mano, ambos se subieron las caretas y Kane tiró de Aiden hacia él para acercarlo y susurrarle.

—Resérvame esta noche.

Aiden se alegró de que su cara ya estuviese acalorada por el esfuerzo del combate. Rain le dedicó una sonrisa de ánimo y le aplaudió con entusiasmo.

Blake parecía distraído y algo menos en forma que en su primer duelo, pero, y a pesar de que Vasilyev era bueno y se notaba en su forma de competir, no le costó demasiado ganarle. Se dejó más puntos de lo normal y cometió algunos fallos tontos que llamaron la atención de su entrenador y de los comentaristas.

—Hoy no parece estar centrado —dijo el periodista del *Sofía.*

Rain no aplaudió y no se movió de su asiento cuando el combate se resolvió a favor de Blake. Aunque no pudo evitar alegrarse y hasta sentirse un poco orgullosa. Las comisuras de sus labios se elevaron de forma involuntaria.

Blake se quitó la careta y levantó la mirada hacia ella. Se pasó una mano por el pelo para apartárselo de la frente mientras salía de la pista justo en el momento en el que Jun avanzaba para enfrentarse a Amira Khan.

Parte de la grada del Amanecer se puso en pie para aplaudir a su compañero. Rain no se levantó de su asiento, aunque sus ojos se fijaron en Jun con una intensidad que hizo que Blake apretara la careta y la tirara a un lado con rabia. Odiaba sentir esa clase de angustia.

—¿Qué narices te pasa hoy, Blake? —le llamó la atención su entrenador.

—Nada —contestó cortante.

Jun buscó a Rain con la mirada. Los ojos de ella, la expresión de su rostro, transmitían un fervor que hacía mucho tiempo que no le veía expresar por él. Y se sintió aliviado, casi eufórico porque así era como Rain lo había mirado siempre, como si él fuese un rompecabezas fascinante, como si quisiese aprenderse todos sus detalles, como si no hubiese nada más a su alrededor.

Y era como la había visto mirar al jodido Ash Blake durante los últimos meses.

El árbitro dio comienzo al combate pillando a Jun distraído.

—Trató de hacer lo mismo con Ash Blake pero le ha salido mal y ha vuelto a por Jun. Hay muchos como ella, que intentan escalar posiciones acercándose a familias de buen apellido. Es de lo más vulgar —dijo una de las amigas de Manon—. Alberta tuvo una charla con Jun el otro día en el club.

Rain se irguió al oírla.

A Jun le estaba costando imponerse a Amira. Cada vez que conseguía igualarla, ella volvía a ponerse por delante por un par de puntos. Parecía incapaz de meterse en el partido.

Jun, empatado de nuevo con la chica, avanzó con los ojos fijos en su oponente. Su espada brilló reflejando la luz del salón. Con un movimiento rápido y preciso lanzó una estocada extendiendo el brazo con un gesto técnico magistral.

El tiempo pareció detenerse por un instante, mientras Amira con agilidad trataba de esquivar la estocada con su propia arma, pero la reacción llegó demasiado tarde; la punta de la espada de Jun ya había tocado con precisión su coraza.

El golpe de la estocada encontrando su objetivo resonó por toda la sala rompiendo el silencio que el público, e incluso los comentaristas, había guardado fruto de la tensión del punto. El eco repitiéndose durante unos segundos hasta que un murmullo de admiración recorrió a los espectadores.

Con los ojos brillantes de satisfacción Jun miró a Rain y el árbitro le dio la victoria.

—El Amanecer se impone al Crepúsculo por un combate a favor, lo que hace que en la clasificación total queden empatados a siete victorias —informó el periodista del *Sofía*.

En cuanto se pitó el final del encuentro, Rain saltó de su asiento y bajó para felicitar a sus amigos. Jun esquivó a la gente que se agolpaba junto a las gradas y abriéndose paso llegó hasta Rain, a la que abrazó con fuerza olvidándose de las miradas que estaban puestas en él.

Ella se sintió sacudida en lo más profundo de su ser.

«Me quiere», pensó aturdida.

«Pero se avergüenza de ello», le recordó otra voz.

—Siempre me das suerte, Rain. —Le cogió la cara con ambas manos y mirándola a los ojos le dijo—: Gracias.

Rain sintió un regusto amargo en el fondo de la garganta. Pero le devolvió la sonrisa.

—Luego lo celebramos —se despidió Jun, y corrió hacia el vestuario con sus compañeros.

Rain se giró para marcharse cuando su mirada se cruzó con la de Blake, que había visto todo el momento con Jun. Su expresión era dura, con un toque de burla y desprecio. Rain apagó la voz que le suplicó ir hasta él y con un suspiro se giró y se marchó. No paró hasta que llegó a su habitación y cerró la puerta con fuerza a su espalda.

Se dejó caer en la cama y se abrazó las rodillas temblando. Tinieblas se le acercó sinuosamente y ronroneando se metió entre sus brazos.

Soltó una risa triste. No es que no conociese las reglas del juego, es que ni siquiera había estado participando en él. Y estaba tan enfadada...

Todos sabían lo que estaba ocurriendo a su alrededor, su estúpido amor por alguien que no podía escogerla, su deseo de llegar al Consejo... Se había paseado por la vida como una ilusa. Ahora comprendía las miradas condescendientes, todos sabían que su esfuerzo era en vano porque nunca conseguiría aquello que pretendía.

Por los remolinos se sentía tan tonta, tan humillada...

Y estaba harta de sentirse así.



«Desde las cenizas me levanto, con mi cabello rojo y devoro hombres como el aire».

SYLVIA PLATH





CAPÍTULO 48



La Academia había aprovechado el encuentro de combate de destreza para celebrar la fiesta de Yule y de cierre de trimestre porque el viernes todos partirían hacia sus casas.

Cuando Rain entró en el gran salón, las gradas habían desaparecido y todo estaba decorado con luces y guirnaldas. Había un enorme abeto con estrellas, símbolos solares y cartelitos con deseos para el año nuevo que los alumnos podían ir colgando.

La orquesta tocaba música festiva y las velas flotaban como un mar de estrellas sobre sus cabezas.

Rain llevaba un vestido de encaje negro con mangas largas algo acampanadas, el torso tenía forma de corsé y la falda corta se abría con cierto vuelo. Blake no tardó en encontrarla entre la multitud. Él, con traje, camisa y corbata negros, iba a juego con ella.

Desearla como Blake lo hacía debería estar castigado. Su mente se transformaba en un torbellino de oscuridad lleno de emociones que eran una llama directa sobre su piel.

Chocó con el hombro de un chico y le dedicó una mirada que hizo que el otro se apartase asustado.

Aiden alargó todo lo que pudo salir de los vestuarios para evitar encontrarse con su padre. Estaba sentado en uno de los bancos de las taquillas. Tenía el pelo húmedo, las gafas, la camisa y los pantalones puestos, la pajarita sin hacer colgada del cuello y la chaqueta todavía dentro de la taquilla.

Oyó los pasos de alguien, aunque hacía rato que sus compañeros se habían marchado a la fiesta.

—¿Aiden? —dijo la voz de Kane.

El corazón se le aceleró y lo sintió en la garganta.

—Es... Estoy aquí —contestó nervioso.

Kane entró en el cuadrado de las taquillas, estaba impresionante con su traje. Una sonrisa tierna adornó su rostro al ver a Aiden.

—¿Te estás escondiendo?

—No de ti —aclaró.

Kane se arrodilló delante de Aiden, de forma que sus ojos quedaron a la misma altura. Le acarició la mandíbula y llevó la mano hasta su nuca. Sus ojos oscuros se volvieron cálidos, la chispa alegre se apagó para dar paso a algo más intenso y dulce.

Fue Aiden quien se inclinó para besarle casi de forma ansiosa y Kane lo recibió con un jadeo de sorpresa y placer. Metió la mano libre bajo la camisa de Aiden y le acarició la espalda.

—Eres tan guapo, Clark —susurró Kane mientras le besaba el cuello.

Aiden hizo un sonido irónico.

—¿Qué?

—Que tiene gracia que me lo digas tú.

—¿Estás diciendo que soy guapo, Aiden? —preguntó Kane sonriente.

—Sabes que lo eres.

Kane se encogió de hombros.

—Pero quiero parecértelo a ti.

Aiden tenía las mejillas encendidas y el ceño fruncido.

—Eres tonto... —murmuró.

Kane le desabrochó un par de botones de la camisa y le besó el pecho. A Aiden se le cerraron los párpados.

—Quiero mi deseo —susurró Kane contra su piel.

Aiden se puso tenso de pronto. Nervioso.

—Yo no... yo nunca he...

Kane le cogió el rostro con ambas manos y lo miró con una expresión cargada de amor y anhelo.

—Sal conmigo, Aiden. Quiero que seas mi novio. Creo que es muy obvio que estoy enamorado de ti.

Aiden perdió la capacidad de hilar palabras. Su cerebro colapsó durante unos segundos y simplemente parpadeó. Cuando recuperó la capacidad de funcionar, enterró la cabeza en el cuello de Kane y lo abrazó con fuerza.

—Tú también me gustas.

—¿Eso es un sí?

Aiden movió la cabeza afirmativamente, todavía escondiéndose avergonzado. Más feliz de lo que se había sentido nunca porque no había nada que desease más que estar con él.

—Yo también quiero hacerlo oficial. —Tragó con dificultad sintiendo el picor de las lágrimas—. No es que quiera ocultarlo. Mi padre es muy estricto y no tenemos la mejor relación... Así que es difícil. Pero tú me importas más que eso.

Kane sonrió, su expresión mostraba un estallido de felicidad. Le acarició el pelo a Aiden, al que el corazón le latía demasiado deprisa para ser saludable, y le dio un beso dulce.

—Y con respecto a lo que has dicho antes. No te preocupes, podemos ir lo despacio que tú quieras —susurró Kane.

Aiden volvió a enrojecer hasta las orejas y trató de deshacer el abrazo, mortificado porque hubiese oído lo que había dicho.



Rain cogió una copa de vino y se la bebió de un trago para calmar sus nervios. Dejó la marca de sus labios de color cereza en el borde. Tenía la vista clavada en la ventana. La nieve parecía caer a cámara lenta. Oía el ruido de la fiesta muy a lo lejos. En su cabeza solo veía un cierre que se abría y un fuerte clic.

—Hola —dijo la voz de Jun junto a su oreja.

Rain dio un respingo, sorprendida. Jun tenía los ojos algo vidriosos y una sonrisa triste en los labios.

—No te he oído llegar.

—Estás guapa, Rainy.

Ella parpadeó.

—¿Estás borracho, Jun?

—Un poco, los veteranos han sacado cervezas en el vestuario para celebrar y... —Se encogió de hombros.

Rain se sirvió más vino y le dio un largo trago.

—¿Quieres bailar? —le preguntó Jun.

—Sí, claro. —Se terminó la copa que tenía en las manos y la dejó en la mesa—. ¿Y tus padres? —quiso saber.

—Tenían un poco de prisa. Se marcharon cuando acabó el encuentro.

«Tenía sentido», pensó ella. Ahora muchas cosas parecían tenerlo.

Jun le puso las manos en la cintura y Rain colocó las suyas en sus hombros. La iluminación de las velitas era tenue, íntima y acogedora.

—Te he echado mucho de menos —dijo Jun con la voz algo grave —. Me gusta que las cosas vuelvan a ser como antes.

Si él no hubiese ido bastante tomado habría notado la falta de brillo en los ojos de ella. Habría notado la ausencia de emociones reflejándose en su rostro.

Rain sintió que el corazón se le encogía dolorosamente en el pecho. Estaba tan harta, tan cansada... Por todo su cuerpo se expandía una oleada de derrota. Llevó la mano derecha hasta el cuello de Jun y le acarició ligeramente la nuca, sus dedos tocaron el cierre de la cadena.

«Nunca he sido suficiente».

«Nunca lo serás».

—¿Como antes? —susurró ella.

—Que volvamos a estar juntos, como siempre hemos estado.

—¿Y crees que podremos estar siempre así? —preguntó con cierta ironía.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasará cuando nos graduemos? ¿Qué pasará cuando crezcamos? ¿Seguiremos juntos?

Quería oírselo decir, quería que tuviese el valor de decirle que ella nunca estaría a su par. Que su mundo no lo permitiría. Al menos se merecía eso ¿no? Que tuviese el valor de mirarla y confesarle la verdad.

Pero también quería que lo desmintiese, que le dijese que a él no le importaría, que le daba igual lo que sus padres opinasen o sus amigos de Eurínome.

—¿Por qué lo dices como si no fuese a ser así?

—No lo sé. ¿Lo será?

—Yo... ¿Por qué pensar ahora en eso? Lo que cuenta es lo que está sucediendo en este momento. —Jun sonaba algo desesperado

—. No quiero pensar en el futuro. Solo sé que eres importante para mí, Rain. Y siempre lo has sido.

Las palabras le supieron amargas, como la traición.

—Aiden y tú también lo sois para mí —respondió.

Jun arrugó la frente y sus manos la agarraron más fuerte estrechándola contra su cuerpo.

—¿Igual que *él* también? —soltó de pronto en un tono más duro.

Rain parpadeó sorprendida. Movió su mano izquierda por el hombro de Jun, acariciándolo.

—No te entiendo —susurró.

—¿Lo que sientes por Ash Blake se parece a lo que sentías por mí? —preguntó Jun con la voz áspera.

Ella se quedó sin aire. No esperaba que se mostrase tan directo.

—No —respondió con sinceridad.

Y entonces él se inclinó hacia ella, y Rain supo que iba a besarla. Ah, por supuesto. Solo había mostrado sus sentimientos por ella cuando había visto que la perdía, que ella comenzaba a mostrar interés en Blake.

Su cerebro se apagó en un colapso momentáneo porque había imaginado aquello tantas veces, lo había deseado con tanta fuerza y desesperación durante tantos años que casi lo había materializado. Y ahora estaba ahí rozándolo con la punta de los dedos. Era suyo.

La boca de Jun chocó con la de ella y Rain se rindió por completo.

Había soñado con ese momento, lo había anhelado, lo había dado por perdido incluso. Qué curiosos los sueños, nunca llegan cuando los esperas, ni te hacen sentir cómo tú creías.

Jun la besó con delicadeza pero con cierta desesperación. «Se le daba bien», pensó ella.

Rain presionó sus labios acariciándolos con suavidad mientras arrastraba la mano izquierda hasta la base de su cuello.

No había sido lo suficientemente buena para que Jun aceptase sus sentimientos sin más. Había tenido que acercarse a alguien que él odiaba para conseguir su atención. Y sí, puede que Jun la quisiese, pero pesaba más su ego, porque eso es lo único que había podido sobreponerse al sentido del deber que les guardaba a sus padres. Y esa certeza también le escocía.

Ya estaba harta de ser la chica buena que se esfuerza por encajar. Ya estaba harta de querer ganarse un respeto que nunca tendría del todo. De tener que luchar el doble que los demás para sentirse aceptaba.

Había sido ingenua e ilusa. Había comprado esa tonta idea de que el mérito y el esfuerzo la llevarían a estar donde deseaba.

No. No más.

Si ni siquiera su mejor amigo era capaz de pasar por alto su estatus social, ¿quién lo haría entonces? ¿Quién la escogería por encima de alguien con buenas conexiones y un apellido famoso?

Rain mordería si tenía que hacerlo.

En su cerebro vio algo abrirse al mismo tiempo que sus dedos acariciaban el cierre de la cadena.

Jun presionó su boca con más pasión e intensidad.

Rain cogió aire y se separó.

Envolvió a Jun con sus brazos apoyando la barbilla en su hombro y lo abrazó con fuerza mientras trataba de calmar el latido errático de su corazón.

Después de todo, jugar limpio nunca le permitiría cumplir sus sueños.

—Te quiero, Rain. —Oyó que decía él muy muy lejos.

Al mismo tiempo, ella observaba la cadena de Jun colgando en su mano izquierda. Lo había hecho, se la había robado.

Iría a por ese libro, destaparía lo que tramaba el culto y lo que había pasado con Maya. Conseguiría las herramientas necesarias para ganarse el lugar que siempre había deseado. Si no podía hacerlo por un camino honesto, lo haría siguiendo las reglas que la Academia le había enseñado.

Una lágrima resbaló por su mejilla mientras apretaba con fuerza el medallón encerrado entre sus dedos hasta que sintió dolor.

La mancha de su corazón se expandió. Y pudo sentir cómo moría una parte de sí misma.

—Yo también te quiero, Jun —contestó, al tiempo que se guardaba la cadena en el bolsillo del vestido.

«Procúrate el inocente aspecto de una flor, pero sé tú la víbora que oculta».

Sí, eso haría.

Agradecimientos



Escribo estos agradecimientos con la satisfacción de haber terminado algo de lo que estoy muy orgullosa. Aunque llegar aquí no ha sido fácil. A mitad del primer borrador pensé que la historia no funcionaba, me costó muchísimo encontrarles el tono a los personajes, a la historia de amor y a la intriga. Tanto que dejé de compartir lo que escribía con mis amigas, que me hacen de lectoras cero.

Me obligué a no rendirme con la historia y después de meses y meses de trabajo puedo decir que para mí, ahora mismo, es lo mejor que he escrito. Así que, quiero dejarlo aquí para recordarlo en el futuro, para esos momentos en los que me ataca el síndrome de la impostora y pienso que no sirvo para esto; volveré a estos agradecimientos y me recordaré que acabará saliendo todo bien.

Y con esto quiero darles las gracias a mis amigas María y Celia porque estaban ahí en ese momento difícil, porque esperaron pacientemente, porque se lo releyeron todo cuando lo cambié. Y, sobre todo, a María porque cuando yo me hablo fatal y pienso que no sirvo para escribir ella me recuerda siempre que no es así. Gracias chicas por creer siempre en mí.

También a Fran que soporta la montaña rusa de emociones que es para mí escribir, y al que le conté la primera idea de esta historia antes de escribirla, con todos los *spoilers* incluidos.

No sé, en general quiero dar las gracias a todos los que día a día están conmigo y celebran cada paso que doy en el camino; mis amigos que vienen a mis presentaciones y mis firmas, aunque ya se sepan de memoria lo que voy a decir. De verdad que tengo muy buenos amigos.

A mi hermana, que me promociona con las madres del cole de mis sobrinas y a mis niñas, Sol y Manuela, que están deseando leerse mis libros. ¿Me puede hacer algo más ilusión que eso?

A mi madre, que hace conjuros para que todo me vaya bien. ¿Cómo no voy a escribir sobre brujas si en casa siempre lo hemos sido un poco?

Y a Crossbooks, a mi editora Irene y a Laura y a las chicas de marketing, gracias por hacer esta preciosidad de libro. En serio, es un regalo y me siento muy afortunada de trabajar con vosotras.

Y para todas las que me habéis pedido en las firmas que vuelva a escribir fantasía, aquí lo tenéis. Mil gracias por estar siempre al otro lado de la página, espero que lo hayáis disfrutado.

OCASO ES LA PRIMERA PARTE DE LA BILOGÍA
LA ACADEMIA.
NO PUEDES PERDERTE *AURORA*,
SU DESENLACE.

La Academia I. Ocaso
Nerea Llanes

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Nerea Llanes, 2024
© del diseño de las guardas: Gonzalo A. Mendiverry, 2025

Poemas del interior:

© El spleen de París (pequeños poemas en prosa). Baudelaire, Charles. Alianza Editorial, 2014.

© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo 2025

ISBN: 978-84-08-30223-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



No hay verano sin ti

Han, Jenny

9788408019909

272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La trilogía en la que se basa la serie de Prime Video. El verano no es igual sin Cousins Beach Año tras año, Belly espera con impaciencia la llegada de las vacaciones para reencontrarse con

Conrad y Jeremiah en la casa de la playa. Pero este verano no podrá ir. No después de que la madre de los chicos volviera a enfermar y de que Conrad cambiara. Todo lo que el verano significaba se ha esfumado y Belly está deseando que acabe. Hasta que recibe una llamada inesperada que la convence de que aún podría volver a ser como antes. Y eso sólo puede ocurrir en un lugar...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



You 2. Need you

Maskame, Estelle

9788408153580
440

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ha pasado un año desde que Eden Munro vio por última vez a su medio hermano –confesémoslo, también su amor secreto– Tyler. Desde entonces no ha escatimado esfuerzos por olvidarlo y luchar contra ese amor prohibido. Pero cuando Tyler la invita a reunirse con él en New York durante el verano…su determinación flojea. Mucho.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



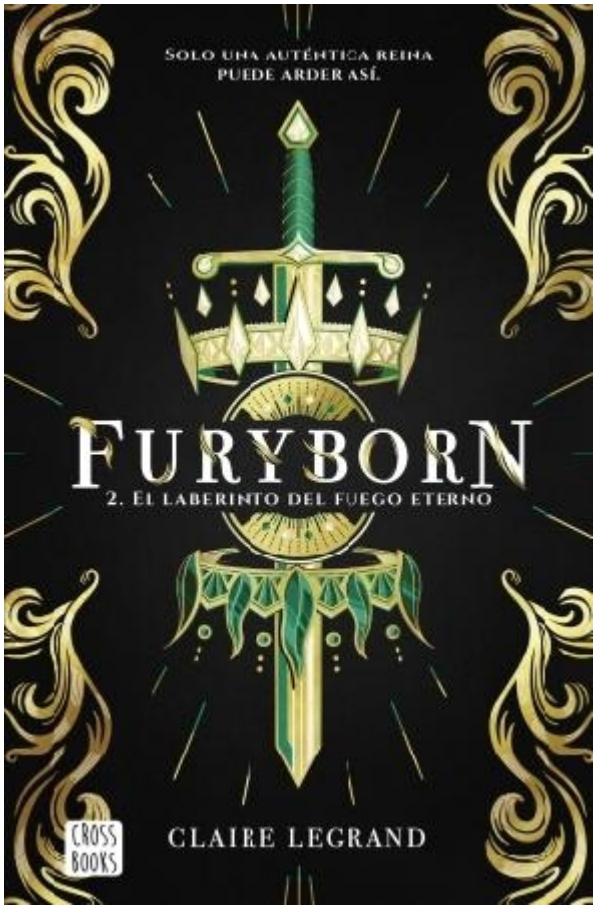
La ciudad desolada

Riggs, Ransom
9788408160786
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Continúa el viaje extraordinario con la huida de Jacob Portman y sus insólitos amigos en busca de una cura para su querida maestra, Miss Peregrine. Perseguidos por sus enemigos, al llegar a Londres encuentran una ciudad destrozada por las bombas en las que el peligro acecha en cada esquina. A pesar de su valentía y fortaleza, deberán enfrentarse a retos que desafiarán sus asombrosas habilidades. ¿Cómo sobrepasar todos los obstáculos de un mundo en el que humanos y peculiares libran guerras paralelas?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Furyborn 2. El laberinto del fuego eterno

Legrand, Claire

9788408213062

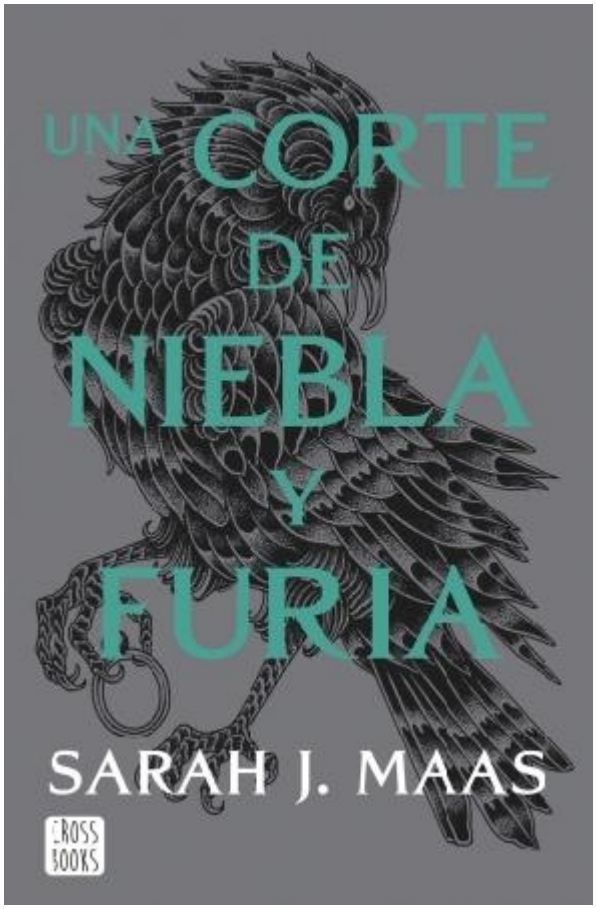
272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tras el impactante final de Furyborn 1: El origen de las dos reinas, llega la segunda parte de esta imponente saga para saciar el apetito

de los lectores ávidos de más. Furyborn 2: El laberinto del fuego eterno desvela algunos de los secretos planteados en el libro anterior, y abre nuevas incógnitas sorprendentes. Inmersa en un gran escándalo palaciego, Rielle debe enfrentarse a pruebas de enorme peligro para demostrar si es ella la Reina Solar que la profecía anunciaba. Mientras su corazón se desgarra por Audric, su obligación es mostrar tanto a gobernantes como a súbditos que sus poderes proceden del Bien. Sin embargo, una oscura presencia la acecha, y le hace ver que su Destino quizá es mucho más terrible de lo que ella creía... Por su parte, Eliana descubre la espantosa verdad que oculta el Imperio, y se encuentra ante el dilema de asumir un Destino más poderoso de lo que jamás hubiera imaginado... ¿Estará quizá en su mano un poder tan grande como para destruir el mundo? ¿Cuál de ellas es la Reina del Sol, y cuál la Reina de la Sangre? El enigma continúa.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una corte de niebla y furia. Nueva presentación (Edición española)

Maas, Sarah J.

9788408174349

592

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un cuento de hadas nunca había sido tan sexy. ¡Déjate seducir por la saga del momento! (Libro 2) Tras haber superado más pruebas de

las que un corazón humano puede soportar, Feyre regresa a la Corte Primavera con los poderes de una alta fae. Sin embargo, no consigue olvidar los crímenes que se vio obligada a cometer para salvar a Tamlin y a su pueblo, ni el perverso pacto que forjó con Rhysand, el alto lord de la temible Corte Noche. Mientras Feyre es arrastrada hacia el interior de la oscura red política y pasional de Rhysand, una guerra inminente acecha y un mal mucho más peligroso que cualquier reina amenaza con destruir todo lo que Feyre alguna vez intentó proteger. Ella podría ser la clave para detenerlo, pero solo si consigue dominar sus nuevos dones, sanar su alma rota y decidir su futuro y, junto a él, el de todo un mundo en crisis.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

